



Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII

Tomo II: Viajes a la Luna, utopías selenitas y legado científico

María Inés Castagnino, Lucas Margarit
y Elina Montes (compiladores)

Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII

Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII

Tomo II: Viajes a la Luna,
utopías selenitas y legado científico

María Inés Castagnino, Lucas Margarit
y Elina Montes (compiladores)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana

Graciela Morgade

Vicedecano

Américo Cristófalo

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretaria Académica

Sofía Thisted

**Secretaria de Hacienda
y Administración**

Marcela Lamelza

**Secretaria de Extensión
Universitaria y Bienestar**

Estudiantil

Ivanna Petz

Secretaria de Investigación

Cecilia Pérez de Micou

Secretario de Posgrado

Alberto Damiani

Subsecretaria de Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

**Subsecretario
de Transferencia
y Desarrollo**

Alejandro Valitutti

**Subsecretaria
de Relaciones
Institucionales
e Internacionales**

Silvana Campanini

**Subsecretario
de Publicaciones**

Matías Cordo

Consejo Editor

Virginia Manzano, Flora Hiler; Carlos Topuzian, María Marta García Negroni | Fernando Rodríguez, Gustavo Daujotas; Hernán Inverso, Raúl Illescas | Matías Verdecchia, Jimena Pautasso; Grisel Azcuy, Silvia Gattafoni | Rosa Gómez, Rosa Graciela Palmas | Sergio Castelo, Ayelén Suárez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Colección Saberes



Imagen de tapa: Andreas Cellarius-Gerard & Leonard Valk,
Scenographia Systematis Mundani Ptolemaici (1708),
mapa coloreado a mano, 50,8 x 43,18 cm. Ámsterdam.

ISBN 978-987-3617-41-6

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2015

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar

www.filo.uba.ar

Margarit, Lucas

Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII : viajes a la Luna, utopías selenitas y legado científico / Lucas Margarit y Elina Montes ; compilado por Lucas Margarit y Elina Montes. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2014. 260 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-3617-41-6

1. Literatura Inglesa. 2. Filología. 3. Filosofía de las Ciencias. I. Montes, Elina II. Margarit, Lucas, comp. III. Montes, Elina, comp. IV. Título.
CDD 410.1

Fecha de catalogación: 17/07/2014

Índice

Introducción a “Viajes a la luna, utopías selenitas y legado científico” <i>Lucas Margarit</i>	7
--	---

El hombre en la Luna <i>Francis Godwin (1638)</i>	13
---	----

Introducción <i>Elina Montes</i>	15
-------------------------------------	----

Anexo 1. Filosofía natural <i>William Poole Elina Montes (traducción)</i>	59
--	----

El hombre en la Luna o Discurso sobre un viaje hasta allí realizado por Domingo Gonsales, el veloz mensajero <i>Francis Godwin Elina Montes (traducción)</i>	75
---	----

Anexo 2. “Sobre los niños verdes” (1196-1198) [fragmento] <i>William de Newburgh Elina Montes (traducción)</i>	131
--	-----

Anexo 3. El mensajero inanimado (<i>Nuncius inanimatus</i> , 1629) Francis Godwin Elina Montes (traducción)	135
--	-----

El descubrimiento de un Nuevo Mundo, o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitabile en la Luna	147
---	-----

John Wilkins (1648)

Introducción. John Wilkins, vida y contexto <i>María Inés Castagnino</i>	149
---	-----

El descubrimiento de un nuevo mundo, o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitable en la Luna, junto con un discurso sobre la posibilidad de transportarse hasta allí (1638-1640) <i>John Wilkins María Inés Castagnino (selección y traducción)</i>	171
--	-----

Poemas atómicos	215
------------------------	-----

Margaret Cavendish (1653)

Introducción. La atomización del lenguaje poético. Los poemas científicos de Margaret Cavendish <i>Lucas Margarit</i>	217
---	-----

Atomic Poems (antología) <i>Margaret Cavendish, Duquesa de Newcastle Lucas Margarit (selección y traducción)</i>	229
---	-----

Cronología del contexto de la época de producción y difusión de las obras	245
--	-----

Los autores	257
-------------	-----

Introducción a “Viajes a la luna, utopías selenitas y legado científico”

Lucas Margarit

*And new Philosophy calls all in doubt,
The Element of fire is quite put out;
The Sun is lost, and th'earth, and no mans wit
Can well direct him where to looke for it.*

John Donne, “The Anniversaries:
An Anatomy of the World”

La publicación de obras que van desde *Sobre las revoluciones de los cuerpos celestes* (1543), de Copérnico, hasta *Sidereus Nuncius* (1610) o *Diálogo sobre los principales sistemas del mundo* (1632), de Galileo, pasando por los descubrimientos de Kepler expresados en su *Nova Astronomia* (1609), permitió al hombre reflexionar acerca de cómo el mundo conocido dejaba su quietud y pasaba a contemplar y ser testigo directo de que el cambio y el movimiento eran parte ineludible del universo, lo cual alteró de manera evidente los esquemas sociales, culturales, científicos y políticos del siglo XVII y los tiempos venideros. Se estaba gestando un nuevo paradigma y un nuevo orden que permitirían al científico hacerse preguntas inéditas y sospechar de las respuestas heredadas, así como también esbozar viajes a nuevos territorios más allá del espacio terrenal.

En esta segunda parte de *Textos utópicos en la Inglaterra del siglo XVII*,¹ veremos un cambio de perspectiva con respecto

¹ Esta publicación tiene su origen en el proyecto de investigación Proyecto UBACyT- 20020100200009, *Configuraciones utópicas en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII* de la Facultad de Filosofía y Letras de

a la anterior, ya que el territorio utópico se extiende más allá del paradigma conocido al sobrepasar el plano de lo terrestre para proyectarse al celeste. Incluso podemos pensar que estos viajes más allá del plano sublunar se convierten en un recurso para evaluar las posibilidades de establecer un territorio utópico en los límites del macrocosmos. Como podemos ver, el contexto ideológico tampoco está ausente en producciones primariamente motivadas por los avances científicos, donde la imaginación se expande en viajes hacia la luna, como en los casos de *The Man in the Moone. Or A discourse of a voyage thither* (1638), de Francis Godwin, y *The Discovery of a New World* (1638), de John Wilkins, reunidos aquí. Como en el primer volumen, cada una de estas traducciones está acompañada de una introducción y un aparato crítico escritos por el traductor. Asimismo, en el caso de la obra de Godwin se han incluido otros documentos relacionados con ella y el trabajo de un especialista, William Poole,² para completar el panorama sobre este relato utópico. Por otra parte, se incluyen también algunos poemas de carácter científico de Margaret Cavendish, de la serie conocida como *Atomic Poems*, publicada en el volumen *Poems and Fancies* (1653), para establecer un recorrido opuesto, es decir ilustrar el modo en que la Duquesa de Newcastle intenta describir el ámbito de los átomos y de qué modo estos conforman un mundo. Ya no se establece un viaje al ámbito lunar sino que, por el contrario, se dirige la escritura al ámbito microcósmico para descubrir las fuerzas que conforman el mundo que habitamos.

la Universidad de Buenos Aires. En este marco nos hemos reunido a debatir e investigar Elina Montes, María Inés Castagnino, Noelia Fernández, Marcelo Lara, miembros de la cátedra de Literatura inglesa, Ezequiel Rivas, profesor de Lengua y Cultura griegas y yo como director del proyecto con el fin de reflexionar acerca de la naturaleza de las utopías y dar a conocer estos textos inéditos

2 Queremos expresar nuestro agradecimiento al Prof. Dr. William Poole por permitirnos traducir y publicar en este volumen su texto "Natural Philosophy", la introducción a *The Man in the Moone* by Francis Godwin. Copyright © 2009 by William Poole. Ontario, Broadview Edition, pp. 34-44.

Esta sección se abre con el texto de Godwin, donde podemos observar que las nuevas teorías astronómicas ofrecen alternativas al sistema ptolemaico. El abandono del geocentrismo plantea una serie de modificaciones con respecto a la estructura de la cosmovisión imperante, ya que ese anhelo de un orden absoluto donde la figura del soberano ocupa un lugar central, reflejado en la noción de la cadena del ser heredada de la Edad Media, parece comenzar a resquebrajarse. Por otra parte, la posibilidad de visitar otros mundos habitados muestra la necesidad de establecer un nuevo paradigma y también expone la visión proyectiva de la ciencia durante este período. Asimismo, modifica cuestiones teológicas con respecto al lugar que ocupa el hombre en el universo. La novela de Godwin constituye un territorio textual en el que se manifiestan posturas opuestas entre cosmovisiones diferentes que inciden en la concepción tanto de la organización social y política de los estados como en el ámbito de la creencia religiosa.

En cuanto a Wilkins, vemos que analiza las condiciones de posibilidad de la utopía de Francis Godwin. La influencia de Godwin sobre Wilkins es observable no solo en este texto sobre un viaje a la Luna, sino también en otros de sus escritos. En este caso presentamos las proposiciones XIII y XIV de *El descubrimiento de un nuevo mundo, o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitable en la luna, junto con un discurso sobre la posibilidad de transportarse hasta allí* (1638-1640).

¿Podemos incorporar estos textos en el género utópico? Creemos que sí, ya que como tales recuperan una serie de recursos característicos tanto del relato de viajes como de las utopías sociales: los viajes más allá del territorio conocido, la descripción de sociedades diferentes, las largas distancias que separan el lugar de origen del mundo a descubrir, etc. La elección del mundo lunar exigirá al escritor utópico

moderno tanto el uso de un conocimiento científico como de la imaginación en el momento de concebir su obra. Por otra parte, para el siglo XVII el mundo conocido angosta sus fronteras y el nuevo territorio propuesto por Godwin para su relato presentará un nuevo marco de escritura. Es por ello que viajar por el cielo se propondrá como una analogía con respecto al viaje marítimo, donde se emprenden desafíos técnicos que ya habían sido enfrentados con respecto a la navegación. Wilkins, por caso, se preocupará por estudiar la capacidad del hombre para cruzar las distancias celestes y no morir durante la travesía. Para ello investiga acerca del magnetismo terrestre, la atmósfera, las posibles distancias, etc. mediante experimentos y diagramas.

Por su parte, podemos observar que el pensamiento de Margaret Cavendish no puede ubicarse en un sistema o una tradición científica de manera definitiva; sus textos literarios se emplazan en ese espacio lúbil donde los límites entre el conocimiento empírico y la especulación empiezan a diluirse, tanto como el límite entre la ficción (la literatura) y el discurso de la ciencia. Esta falta de una clasificación certera será motivo de crítica a su obra desde un ámbito más racionalista, ligado al método primero baconiano y luego newtoniano de la ciencia. Los *Atomic Poems* intentan dar una respuesta a su percepción del mundo, la cual Cavendish desarrollará posteriormente en su tratado *Observations upon Experimental Philosophy*. Otro aspecto a tener en cuenta es el modo en que fue considerada su producción literaria, ante todo por el hecho de provenir de una mujer, tema sobre el que la autora también debatirá en sus obras. Por caso, consideremos la afirmación que realizó Samuel Pepys en su diario: “(...) me quedé en casa leyendo la ridícula historia de mi señor Duque de Newcastle, escrita por su esposa, lo que nos demuestra que es una mujer loca, consentida y ridícula.”

La unión de estos tres autores en esta sección es el resultado de un debate que nos permitió pensar una analogía entre el conocimiento científico y un cambio en la concepción de los relatos utópicos apoyados en intereses que van más allá de una experiencia empírica y que se proyectan hacia una posición más especulativa. Los tres autores evidencian una formación tanto científica como también basada en otros conocimientos y artes más tradicionales. Los tres dan cuenta de mundos inaccesibles (para ese entonces) mediante la experiencia empírica y resuelven su investigación a través de la especulación teórica, narrativa y poética. Sin embargo, vemos que la fluidez de sus explicaciones constituye un discurso verosímil donde el lector entra en un grado de creencia y fascinación, tanto con respecto al macrocosmos que está más allá del hombre como al microcosmos atómico que explica el mundo que lo contiene.

El hombre en la Luna

Francis Godwin (1638)

Introducción

Elina Montes

Algunos datos biográficos

Francis Godwin nace en Hannington, condado de Northamptonshire, en 1562. La mayoría de sus biógrafos destaca que el autor de *El hombre en la Luna* proviene de una familia de eclesiásticos protestantes, y quizás esto sirva para señalar que, para él, el entorno fue determinante –tanto o más que la vocación– a la hora de encauzar su vida adulta. Sus abuelos habían sido obispos y el padre, el Rev. Thomas Godwin, había ejercido primero en Bath y luego en Wells. No es de extrañar, entonces que Francis estuviese destinado a una carrera que, por otra parte, era muy habitual en ese momento y procuraba no solo un prestigio comunitario nada desdeñable, sino también vivienda para el religioso y su familia y, en el peor de los casos, una modesta estabilidad económica.

El joven Francis fue enviado al Christ Church College de Oxford para completar sus estudios superiores. El colegio había sido fundado en 1524 por el Cardenal Wolsey y reestructurado bajo Enrique VIII en 1546, como parte de la reforma de la Iglesia de Inglaterra y luego de haber roto relaciones con la autoridad de Roma (1536). En 1584, Francis

Godwin obtiene el título de Master of Arts¹ y, a partir de ese momento, se le asignan diferentes destinos en la administración eclesiástica, entre los cuales una prebenda en Exeter y una canonjía en Wells.

En 1601 publica *Catalogue of the Bishops of England, etc.*,² un trabajo erudito de corte historiográfico y con tan encomiosa recepción, incluso por parte de Isabel I, que, en recompensa por su labor, la reina concedió al autor el obispado de Llandaff. La obra es deudora de la tradición de los estudios académicos isabelinos y, por ende, resulta ser una voluminosa colección de biografías de obispos y arzobispos, algunas de ellas muy breves. Es indudable que este *Catálogo* fue recibido como un aporte más al intento de establecer una historia de la Iglesia de Inglaterra frente a los ataques de católicos y puritanos. Al respecto, D. R. Woolf señala que la manifiesta intención de Godwin con la obra es “restablecer la reputación de los preladados de la iglesia, particularmente los de los obispos que ejercían antes de la Reforma y cuyos nombres habían sido mancillados (...) Es notable la

1 En su libro *Universities in Tudor England*, Craig R. Thompson provee una detallada descripción de los requisitos para la obtención de los distintos títulos académicos. Señala, entonces, que los estudios inferiores terminaban, como hoy en día, con el título de bachiller (B.A.). “Los hombre con un B.A., por lo general, estudiaban para un M.A. incluso antes de dedicarse a estudios profesionales (más específicos), aunque era posible recibirse de abogado o médico sin tener el M.A. Ser M.A. era el logro de la vida académica. No era solo la vía de acceso más común para la obtención de títulos profesionales, tener un M.A. habilitaba la *ius docendi ubique*, es decir, el derecho que la comunidad académica reconocía de enseñar o dictar conferencias en cualquier lugar. (...) Para la obtención del *Master of Arts* (M.A.), era necesario cursar tres años más de los cuatro requeridos para el *Bachelor of Arts* (B.A.). Para el *Bachelor of Divinity* (B.D.) había que agregar otros siete años al M.A., y para el *Doctorate in Divinity* (D.D.), otros cuatro o cinco al B.D. La obtención de un doctorado en teología suponía, por lo tanto, unos veinte años de estudio” [la traducción es nuestra].

2 El título completo de la obra es *A catalogue of the bishops of England, since the first planting of Christian religion in this island, together with a briefe history of their lives and memorable actions, so neere as can be gathered out of antiquity* (*Un catálogo de los obispos de Inglaterra, desde la llegada de la religión cristiana a esta isla, junto a una breve historia de sus vidas y acciones memorables, tan precisa como lo consienta la lejanía temporal*)

ecuanimidad de Godwin, por ejemplo, al describir las diferencias entre Thomas Becket y Enrique II” (Wolf, 2004).³

La obtención de la plaza en Llandaff llevó aparejada para el autor la necesidad de continuar con los estudios y obtener así el título de Doctor en Teología, lo que logró en 1596. En noviembre de 1601 fue consagrado obispo en Westminster. Parece ser, sin embargo, que el puesto de Llandaff no reportaba un ingreso monetario suficiente, por lo que Godwin decidió retener uno de los nombramientos anteriores. En 1615, publica la reedición ampliada del *Catalogue*, esta vez dedicada a Jacobo I. Al año siguiente, publica el *Rerum anglicarum*, anales de los reinados de Enrique VIII, Eduardo VI y María I. Por esta obra se vio beneficiado con la concesión del obispado de Hereford en 1617. Los anales tuvieron una excelente recepción, en 1630 se tradujeron al inglés y en 1647 al francés, lo que les otorgó difusión continental. La obra se siguió reimprimiendo hasta 1675, hecho que refrenda su valor documental y originalidad temática para la época.

Francis Godwin se casó con una hija del obispo de Exeter, John Wolton, y el matrimonio tuvo una prole numerosa. El más joven de sus hijos, Thomas, fue vicario de Newland; Morgan alcanzó a ser archidiácono de Shrewsbury; a Charles se le otorgó una prebenda en Monmouth y una de las hijas se casó con el archidiácono de Hereford. No son pocos los biógrafos que señalan que Godwin supo aprovechar los privilegios que su posición le ofrecía y tuvo pocos escrúpulos a la hora de beneficiar a sus hijos y yernos con puestos en la administración pública y eclesiástica para los que carecían de la preparación esperada. Al respecto, se sabe que en 1625 Thomas Ryves, un abogado civil, elevó una queja ante Carlos I en la que expresaba que se había presentado

³ La traducción es nuestra.

a una vacante para una secretaría legal y había perdido el puesto ante Thomas Godwin, que sin tener ningún entrenamiento en ese campo, había ingresado por las diligencias del padre. Browne Willis,⁴ ya a principios del siglo XVIII, en una historia de las catedrales inglesas, recordará los aspectos más negativos de Godwin, resaltando precisamente la conducta inapropiada que lo llevó a “vender y disponer de los bienes, en favor de algún hijo o hija”.

Es probable que Francis Godwin haya sido menos un eclesiástico dedicado a la labor pastoral que un erudito apasionado y prolífico; es en esa línea que uno de los biógrafos (Wolf, 2004) contrasta su aparente indiferencia por los deberes de la diócesis con el entusiasmo con el que recibe el *Book of Sports* de James I. Lo cierto es, sin embargo, que poco podemos opinar sobre la intensidad del compromiso espiritual de Francis Godwin, tan solo constatar los datos con los que contamos, que evidencian que las plazas a las que finalmente accedió fueron más el resultado del reconocimiento a su labor intelectual que a una búsqueda abnegada por ejercer un sacerdocio pleno y dedicado.

Francis Godwin fue, ante todo, un estudioso: amante de la matemática, en la que sobresalía, de la filosofía y de la historia, a la que se dedicó con una entrega entusiasta; fue –incluso– un excelente latinista. De acuerdo con el anticuario Anthony Wood, su contemporáneo,

para adentrarnos algo más en el carácter de nuestro autor Godwin, y de acuerdo con lo que su hijo nos comunicó, diremos que fue considerado un buen predicador y una persona rigurosa, pero tan entregada a sus estudios y a las cuestiones religiosas, que “fue un

4 Survey of York, Durham, Carlisle, Chester, Man, Lichfield, Hereford, Worcester, Gloucester, and Bristol (1727).

extraño para el mundo y sus asuntos”. (Wood, citado en Lawton, 1931: 24)

Thomas Fuller (1655), a su vez, lo recuerda no solo como “un buen hombre y un teólogo aplicado”, sino también como “un gran historiador y un anticuario incomparable”. Al igual que muchos de sus condiscípulos del Christ Church College, Godwin se dedicó con esmero a los estudios anticuarios, que en el siglo XVI fueron sentando las bases de la historiografía moderna. En Inglaterra, uno de los nombres más recordados del período fue William Camden (1551-1623), con el que Godwin tuvo una larga amistad y con quien compartió algunos viajes de investigación y recopilación de materiales y datos.

El nepotismo de Godwin provocó muchas y persistentes reacciones adversas que, hacia el final de su vida, pueden haber sido la principal causa de su retiro a la residencia de Whitbourne, en la que se dedicó de lleno al trabajo literario. Francis Godwin muere en abril de 1633, luego de una prolongada enfermedad. Cinco años más tarde se publica *The Man in the Moone*.

Algunos datos concernientes a la escritura y a las primeras ediciones de *The Man in the Moone*

No se sabe a ciencia cierta cuándo Francis Godwin comienza a escribir la novela. Es Henry Hallam quien, en 1843, reflexiona por primera vez sobre esta cuestión en su obra *Introduction to the Literature of Europe in the 15th, 16th and 17th Centuries*. Hallam especula con que habría que considerar el período que abarca los años 1599 a 1603. La primera fecha la provee el narrador al decir que el “jueves 21 de junio de 1599 zarpamos para España”, una afirmación que se

verá desmentida de inmediato porque, como corresponde a un relato de esta naturaleza, luego de algunos infortunios el protagonista se ve arrastrado no ya hacia la península ibérica sino hacia la Luna. La segunda fecha se corresponde con el año de la muerte de Isabel I, que aún no habría ocurrido en la época de escritura, pues leemos que ella es celebrada por un dignatario selenita como “la más gloriosa de las mujeres vivientes”. H. W. Lawton observa, sin embargo, que Godwin podría haberse permitido algunas licencias respecto a la cronología interna; en tal sentido, el crítico nota que existiría incluso un episodio anterior a 1599 aludido en el texto, que es la batalla de la Isla de los Pinos, ocurrida en 1596. Es necesario tener en cuenta, incluso, que hay algunos datos adicionales que deben ser tomados en consideración a la hora de estimar un arco temporal probable para el proceso de escritura de la novela.

El protagonista de las aventuras imaginadas por Godwin es el español Domingo Gonsales, cuyo accidentado y extraño viaje que incluye el interludio lunar culmina con un aterrizaje en tierras chinas, y ahí se encuentra con el jesuita Diego Pantoja. Este religioso fue un importante colaborador del italiano Matteo Ricci, él también miembro de la Compañía de Jesús y el primero en introducir el cristianismo en el país oriental. Pantoja ingresó a Pekín en 1601 y estuvo en contacto con el Emperador, quien incluso lo autorizó a ingresar a la Ciudad Prohibida. Quince años más tarde, sin embargo, el jesuita es expulsado de China debido a las crecientes tensiones entre la Corte imperial y los misioneros católicos. La contribución de Pantoja al desarrollo del sistema de transcripción del chino mandarín al alfabeto latino es notable y su noticia debe haber llamado particularmente la atención de Godwin. Es una tarea que sería continuada por el jesuita flamenco Nicolas Trigault, en 1623. Ahora bien, Francis Godwin puede haber conocido la

obra de Pantoja por dos vías. Una de ellas sería la larga epístola que el misionero despacha en 1602 a su Provincial, el Arzobispo de Toledo, detallando las características geopolíticas y culturales de China. Esta misiva fue publicada en 1604 en español y solo en 1625 en inglés. La otra, es el relato que Samuel Purchas hace de la hazaña en la tercera parte de la colección de sus escritos sobre viajes y viajeros (*Purchas, His Pilgrimes*), publicada en 1625; en ella menciona la labor de Trigault y sus antecedentes⁵. Como puede observarse, en los dos casos mencionados parece oportuno extender, entonces, el período de producción de la novela hacia la segunda década del siglo XVII. Abonando esta hipótesis, Lawton sugiere incluso considerar la fecha de publicación del opúsculo de Godwin *Nuncius Inanimatus*, que se editó en latín por primera vez, en 1629, ya que en la novela se alude al mismo cuando Gonsales, al detallar sus experimentos con las señales, anuncia: “es posible que en el futuro prepare un discurso sobre este tema, asegurándome que el mismo resulte útil para la humanidad”.

Al tratar el tema de las fuentes que pueden haber incidido en la composición de la novela, Lawton resalta que, de hecho,

Godwin menciona solo tres autores por su nombre: *de rebus Anglicis* de Gulielmus Neubrigensis, *Nueva Granata* de Inigo Mondejar e *Historia de México* de Joseph Desia de Carana. Se refiere vagamente a estas tres autoridades respecto de lo que acaba de mencionar, es

5 Ricci tuvo una vasta producción escrita a lo largo de su vida, referida principalmente a sus intercambios con eruditos chinos y a sus opiniones respecto de la vida política y cultural del país oriental. Sus escritos fueron publicados póstumamente por Nicolas Trigault (1577-1628), quien los recopiló y los tradujo al latín para luego publicarlos bajo el título *De Expeditione Christiana apud Sinas* [La expedición cristiana a China] (1615). *Purchas His Pilgrimes* incorpora para el público inglés y por primera vez los detalles de la labor de los misioneros recogidos por Trigault.

decir, luego de haber descripto las virtudes morales de los selenitas, su empleo de las hierbas en la curación, su práctica de intercambiar los niños selenitas que tengan “una disposición malvada” con niños terráqueos y de haber mencionado el parecido que guarda el color de la piel de los selenitas y su práctica de fumar tabaco con las de los nativos norteamericanos. (37, la traducción es nuestra)

Si bien la crítica no ha podido establecer hasta el momento que Desia de Carana e Inigo Mondejar hayan existido realmente, la tercera mención, sin embargo, apunta hacia un texto que el Godwin anticuario debe de haber frecuentado, aun cuando se tratara de una obra escrita en el siglo XII, nos referimos a *The History of William of Newburgh*. Dos fragmentos de la historia de Newburgh interesan particularmente a la hora de hallar sus ecos en *El hombre en la Luna* (ver Anexo 2). En ellos, el historiador medieval recoge unos cuentos populares que relatan la llegada a la Tierra de dos niños con una extraña coloración verdosa en la piel y que declaran venir de otro mundo y ser “habitantes de la tierra de Saint Martin”⁶. Es muy probable, además, que este motivo fuese muy conocido en la Inglaterra isabelina y que Godwin contara con las asociaciones que podían efectuar sus lectores.

Además, el mismo título de la novela de Godwin alude a los cuentos populares que se afirman en la creencia de que, durante la Luna llena, en el hemisferio norte puede verse delineado un rostro en la superficie de la Luna, al que se lo denominaba comúnmente “la cara de la Luna” o “el hombre de la Luna”. Una antigua tradición popular europea

⁶ Es interesante notar que el motivo de los niños verdes será retomado ya en el siglo XX por Herbert Read en su novela *La niña verde*



The man in the moon drinks. Claret, "Bagford Ballads", ii. 119.



Representación en la iglesia de Gyffin, cerca de Conway.

sostenía que había un hombre confinado en el territorio lunar por algún oscuro crimen cometido, pero como es usual en los casos de tópicos compartidos, las circunstancias y las razones varían regionalmente y según la época (Hernández Fernández, 2006; Baring Gould, 2010). El tema del robo se repite en germanos y romanos, mientras que con la afirmación de la religión cristiana el castigo se asocia al pecado de Caín, arrojado ahí por voluntad divina y condenado a llevar eternamente sobre sus espaldas un fajo de espinas; así, en Dante leemos en *Infierno*, XX, 124-129

Ma vienne omai; che già tiene 'l confine
d'amendue li emisperi e tocca l'onda
sotto Sobilia Caino e le spine;
e già iernotte fu la luna tonda;
ben ten de' ricordar, ché non ti
alcuna volta per la selva fonda.

[Mas ahora ven, que llega ya a los confines
de ambos hemisferios, y toca las olas
debajo de Sevilla, Caín con las espinas;
ya estuvo redonda anoche la Luna:

nocque bien has de recordarlo, pues no te ha dañado
jamás por la selva oscura].

En Inglaterra, los registros son numerosos, Alexander Neckam, en el siglo XII, haciéndose eco de la creencia popular, escribe:

Rusticus in Luna,
Quem sarcina deprimit una
Monstrat per spinas
Nulli prodesse rapinas

[Ved al rústico en la Luna
cómo se dobla por el fardo;
muestra con las espinas
que nadie aprende a través del robo]

Más tarde, la referencia puede hallarse en los tiempos de Eduardo I (1239-1307):

Mon in the mone, stond ant streit;
On is bot-forke is burthen he bereth:
Hit is mucche wonder that he na down slyt.
For doute leste he valle he
shoddreth ant shereth.

El hombre en la Luna, está de pie y avanza;
con su pesada carga que es ejemplar:
gran maravilla que no se deslice hacia abajo.
Por miedo de caerse se estremece y tiembla.

El motivo regresa en *The Tempest* de William Shakespeare, en el episodio en el que Cáliban, que nunca había conocido otros seres humanos que no fueran Próspero y Miranda, se

encuentra con Stephano y Trínculo, que supone –entonces– criaturas arribadas de otro mundo:

CÁLIBAN: Hast though not dropped from heaven?

STEPHANO: Out of the moon I do assure thee: I was
the man i' the moon when time was

CÁLIBAN: I have seen thee in her, and I do adore
thee: My mistress showed me thee and thy dog and
thy bush (III, ii, 35-140)

CÁLIBAN:¿No sois caído del cielo?

STEFANO: Sí, claro, de la Luna. ¡Seguro! Hace mucho, muchísimo tiempo era yo el Hombre de la Luna.

CÁLIBAN: Es allí donde te conocí, y desde entonces te adoro. Mi señora me mostró tu imagen, y la del perrito, y la de los arbustos. (1994: 244-246) (1994: 244-246. Conejero, Miguel Ángel (trad.))

Es indudable, sin embargo, que lo que está operando en Godwin es una relectura de las tradiciones a la luz de los discursos científicos que circulaban en su tiempo y que estaban modificando drásticamente la configuración de los cielos, al tiempo que especulaban sobre la posibilidad de otros mundos habitados. En ese contexto, los supuestos que habían poblado los cuentos populares se van a resignificar y el territorio lunar puede pensarse tanto o más dignamente poblado que el terrestre.

Como bien lo señala David Cressy en su ensayo “Early Modern Space Travel and the English Man in the Moon” (2006: 961-982), hacia principio de la década de 1630 el tema de otros mundos habitados ya estaba instalado y el público lector inglés, podía incluso tener aproximaciones muy diversas al mismo, como es el caso incluso del diálogo *Historias verdaderas*, la sátira de Luciano, que había sido

traducida por esos años, en la que el narrador relata un viaje fantástico a la Luna. En 1621, Robert Burton, que se había educado en el Christ Church College de Oxford como Godwin pocos años antes, edita su célebre *Anatomía de la melancolía*, una obra de enorme e inmediata resonancia. En ella menciona varias veces las teorías científicas que le son contemporáneas y en el libro segundo reflexiona:

Kepler (lo confieso) no admitiría de ninguna manera los infinitos mundos de Bruno, o que las estrellas fijas pudieran ser otros tantos soles, pero (...) concede que los planetas sí pueden estar habitados (...) Y lo mismo hace Tycho (...) él nunca creería que esos grandes y vastos cuerpos que percibimos estén hechos para el único uso de iluminar la Tierra (Burton, 1998) (64)

Un poco más adelante se pregunta:

¿quién habitará en esos vastos cuerpos, tierras, mundos, “si es que están habitados”? ¿“Criaturas racionales”, como reclama Kepler? ¿Tienen almas que puedan ser salvadas? ¿O habitan una parte mejor del mundo que la que habitamos nosotros? ¿Somos nosotros o ellos Señores del mundo? ¿Y cómo están hechas todas las cosas para el hombre? “Es un nudo difícil de desatar... (64)

Un nudo no solamente insoluble, sino incluso espinoso que no podía ser tratado sino desde la ficción y Godwin parece haber recogido tempranamente el guante. Ahora bien, la serie de interrogantes planteados por Burton cubren diferentes áreas especulativas, que van de la inquietud por lo antropológico y lo espiritual, al interés por la conformación geográfica o el universo de las prácticas que organizan las

posibles sociedades alternativas a la nuestra, e inclusive desliza –y este no es un punto menor– que la humanidad podría no ser el conjunto de criaturas con mayores capacidades que habitan el remozado diseño del cosmos. Todo esto halla una respuesta imaginativa a través del viaje fantástico ideado por Godwin.

La novela se publica por primera vez en 1638, a los cinco años de la muerte de su autor. La edición estuvo a cargo de uno de los hijos de Godwin y lleva en la portada la siguiente inscripción:

*El hombre en la Luna: o un discurso sobre el viaje que hasta allí hizo Domingo Gonsales, raudo mensajero.
Londres, impreso por John Norton, para ser vendido por
Joshua Kirton y Thomas Warren, 1638.*

Esta primera edición contiene el prefacio dirigido “Al ingenioso lector” (que fue suprimido en las siguientes reimpresiones) y antepone al título un frontispicio en el que puede verse un hombre montado en una máquina que asciende al cielo impulsada por el vuelo de unos pájaros. También incluye los grabados de la isla de Santa Elena y de las Azores. Según refiere Poole, solo la primera de las ilustraciones habría sido hecha especialmente para la novela de Francis Godwin, mientras que las otras dos fueron tomadas de *A Relation of Some Yeares Travail Begunne Anno 1626 into Afrique and the Greater Asia*, de Sir Thomas Herbert, obra publicada con anterioridad.

En 1648 Jean Baudoin traduce la novela al francés con el título *L’Homme dans la Lune: ou le voyage chimerique fait au Monde de la Lune, nouvellement découvert par Dominique Gonzales, aventurier Espagnol, autremét dit le Courrier Volant*; esta edición francesa se reedita en 1666 y es utilizada para la versión alemana de 1659.

En Inglaterra, la obra vuelve a editarse en 1657 y, en esta ocasión, se le anexa el tratado *Nuncius inanimatus* traducido al inglés, un escrito que Godwin había publicado en latín en 1629 (Anexo 3). La tercera edición de la obra, de 1768, ofrece diferencias notables respecto de las dos primeras. Se inicia con un sucinto resumen del contenido de la novela al que le sigue una introducción en la que se hace una descripción de la isla de Santa Elena (que difiere muy poco de la que hallamos en las primeras páginas del relato); a continuación y antes de dar comienzo al relato de Godwin, se reproduce la historia de un viaje hecho a El Pico por unos mercaderes ingleses durante el reinado de Carlos II.

Una novela temprana

Con la obra de Francis Godwin podemos constatar, asimismo, que la novela como género se presenta, desde su temprano origen, como un artefacto literario para un público extendido, también por hacer coincidir en el relato materiales muy diversos, provenientes del mito, de la historia o de las ciencias, a menudo exigiendo que los lectores, como apunta Hunter (1990), asumieran “las tareas complejas de interpretación y evaluación que parecen estar más allá de las capacidades de un público ‘nuevo’ para esta experiencia lectora”. La entusiasta recepción de los textos, sin embargo, demuestra que los lectores de la época aceptaban el reto de hacer frente a tramas en las que se les pidiera incluso evaluar los cambios estructurales profundos por los que atravesaba su horizonte cultural.

Barbara Shapiro menciona que, hacia las últimas dos décadas del siglo XVII, John Nalson asegura que “La Historia degenera en Romance, si carece de Verdad o se entremezcla con algo de Falsedad” (42) y, si bien el interés por separar

los hechos históricos de los relatos fantásticos o mitológicos es parte del espíritu renacentista, la necesidad de catalogar con mayor precisión y de disponer el material de acuerdo con una normativa más rigurosa se instala a partir de la Restauración y de la puesta en circulación de preocupaciones culturales que surgen en territorio francés y que serán la marca distintiva de la estética neoclásica. El último cuarto del siglo XVII insta una relación entre “verdad” y “palabra escrita” que decidirá la suerte de los géneros ficcionales.

No puede negarse que en Godwin haya una conciencia clara de estar manipulando los datos de la realidad para insertarlos en una extravagante trama imaginativa, pero esto es parte del juego que se le propone al lector. Pocas décadas más tarde, el panorama de las expectativas acerca de la producción y la recepción habrán tomado un giro drástico.

Al respecto, y en coincidencia con lo que dice Shapiro, Michael McKeon aporta ejemplos extraídos de algunos catálogos de libreros en los que comienza a aplicarse un rigor distintivo entre “historia” y “literatura” o bien, “hechos” y “ficción”. Así, en 1689, William Thackeray subdivide sus existencias en impresos religiosos o “libritos piadosos”, material de entretenimiento o “libritos divertidos” y, por último, “historias”, entre las que aún incluye una variopinta mezcla de romances de caballerías y otros relatos. Por su parte, William London, opta por dos grandes rubros, por un lado, coloca las “historias” y, por el otro, los “Romances, poemas y obras de teatro”, sentando de ese modo la clara voluntad de oponer lo factual a lo ficcional.

La voluntad neoclásica de catalogar las producciones escritas y educar al lector para ejercer una sana separación de “verdad” y “ficción”, instaló un debate que no era del todo ajeno al público inglés. Por una parte, desde el siglo XVI los puritanos habían ejercido una violenta embestida contra

las manifestaciones artísticas, teniendo a la escena isabelina como principal blanco de sus invectivas. Si bien alegorías y metáforas eran un lugar común en el ejercicio de la escritura poética, los puritanos alertaban contra estas manifestaciones estilísticas que juzgaban inapropiadas para la edificación espiritual, pues, a su entender, tergiversaban u oscurecían la verdad. Aceptar el juego impuesto por la ficción constituía –para el imaginario puritano– participar volitivamente de una duplicidad, al consentir que la “mentira” fuera un ingrediente admisible en el modo de interpretar y construir la realidad. Pensemos, por ejemplo, que ya en William Shakespeare los presupuestos imaginativos son elementos explicativos y simbólicos poderosos e imprescindibles a la hora de significar la relación entre individuo y sociedad. A tal punto la lucha puritana contra todo ornamento estaba instalada en la sociedad inglesa que esta atraviesa todo el siglo XVII y llega a producir hechos tan insólitos como el pedido elevado en 1670 por el obispo Samuel Parker que insta al Parlamento a emitir un acta para prohibir el uso *fulsome and luscious* (“excesivo y empalagoso”) de las metáforas.

Por otra parte, y como podemos en parte notar en el *Nunciatus inanimatus*, el ejercicio de una moderna práctica anticuaria por parte de algunos notables eruditos del fin del siglo XVI hace extensiva una preocupación por reconocer y excluir los relatos populares y poco confiables de la reconstrucción de los hechos a los que se abocaban. En este sentido, no solo la amistad de Francis Godwin con William Camden, sino también el hecho de haber compartido con él intereses y modos de revisión de la materia histórica inglesa, colocan a nuestro autor en un lugar de evidente reconocimiento de la cuestión y de plena conciencia de la misma al momento de hacer una utilización profusa de datos de la realidad en su novela, casi a modo de comentario de la posición que podría

haber tenido acerca de una alianza válida entre *prodesse et delectare*.

La novela como zona de producción de mundos alternativos

Si bien esto resulta evidente para el lector que ha transitado el género, no parece en vano aclarar que la obra de Godwin posee entre sus muchos, loables y destacables atributos el de ser una precursora moderna del viaje hacia el espacio exterior⁷ y, como justamente señala Sarah Hutton (2005), no se puede aislar el episodio lunar sin perder el significado utópico de la narración en conjunto. Al respecto, la autora comenta que:

[el] viaje lunar de Gonsales es importante no solo por su obvio interés histórico, sino por ser un componente vital del aspecto utópico de la narrativa, vital en tanto vínculo entre las sociedades terráqueas y selenitas. La travesía lunar de Gonsales, entonces, constituye no solo una digresión en la ciencia ficción, sino también una parte esencial de la maquinaria literaria que relaciona la utópica luna con una ya no tan utópica tierra. (5)

Esta última resulta ser una observación oportuna, puesto que Godwin está escribiendo cuando parecen estar agotándose las posibilidades de descubrir nuevas tierras, lo que afecta a la dimensión de lo incógnito en cuanto repositorio ideal para la especulación social y política. Sin embargo, los tiempos de Godwin son también una época en la que se produce una activa circulación de escritos científicos que, aunque aún no redefinan las formas de manera conclusiva,

⁷ *Les États et Empires de la Lune et du Soleil* de Cyrano de Bergerac, se publica recién en 1647.

amenazan con derribar todos los antiguos paradigmas que todavía sostenían no solo un diseño del cosmos, sino una forma de gobierno y de subjetivación que le era solidaria: todo un modelo de soberanía y de obediencia que era fiel reflejo de una voluntad creadora que habría puesto la Tierra –único planeta habitado y diseño ejemplar del gran diseñador– en el centro de un cosmos cerrado. La figura del monarca absoluto era el nexa analógico terrenal de la majestad divina sobre ese cosmos. Asimismo, micro y macrocosmos estaban a tal punto relacionados, en una época en la que la ciencia no era un campo disociado de la teología, que, en los varios debates acerca de la posibilidad de la existencia de otros mundos poblados que se habían instalado a fines del reinado de Isabel, se producían –por ejemplo– discusiones acerca de los alcances del pecado y de la salvación en una cosmografía que no se adecuara a los parámetros de las Escrituras y que no reafirmara el sentido único del Sacrificio.

El hombre en la Luna, entonces, permitiría pensar el pasaje entre dos sistemas iconográficos diferentes, cuya táctica representativa justifica y preserva la potestad soberana. Las especulaciones astrológicas promovidas por el texto de Godwin contienen, en efecto, la tensión entre la antigua cosmología que persiste en la imagen de la *Gran cadena del ser* y los supuestos de la nueva ciencia que son el respaldo –entre otras operaciones– a esa estrategia en la que se origina el frontispicio del *Leviatán* de Hobbes: representación de un soberano que ya es “Dios mortal”, poder secularizado, el gran animal mecánico, un Estado que, en esencia, se separa del concepto de trascendencia.⁸

Para la época en la que Francis Godwin escribe, los astrónomos estaban evaluando los cálculos y observaciones de

⁸ Cfr. al respecto Carlo Ginzburg en “Fear, reverence, terror: reading Hobbes today”, <http://www.eui.eu> (01-09-2012).

Kepler, Tycho Brahe, Copérnico, y de Bruno, que defendía la idea de muchas tierras habitadas; al finalizar la primera década del siglo XVII, tomaban conocimiento del telescopio descubierto por Galileo. El prefacio de *El hombre en la Luna* coloca la obra precisamente en el contexto galileano, cuando se afirma:

Que hubiera antípodas era antes una paradoja tan grande como lo es hoy pensar que la Luna podría ser habitable. Pero parece más apropiado pensar que este conocimiento está reservado a nuestra época de descubrimientos, en la que nuestro Galileo, con la ventaja de sus catalejos, puede observar las manchas del Sol y describir montañas en la Luna.⁹

La novela pone, entonces, en circulación diversos conocimientos científicos que se hicieron públicos mayormente a partir de 1620, y que atañen a la constitución de la superficie lunar, la rotación diurna de la Tierra, la atracción magnética de los cuerpos celestes y su variación acorde con la masa de los mismos. El año en que se publica la obra también se edita la más seria disquisición de John Wilkins *El descubrimiento de un Nuevo Mundo*,¹⁰ que Godwin no alcanzó a ver publicada pero de la que muy probablemente conociera el espíritu. En ella, Wilkins se muestra reticente a imaginar las características que podrían tener los habitantes de la Luna, evitando así ingresar –por ejemplo– en un terreno espinoso para la especulación teológica sobre los medios que esa población

9 Estas palabras pueden leerse en la "Carta al lector" que se incluyó en la primera edición.

10 El título completo de la obra de Wilkins es *El descubrimiento de un Nuevo Mundo, o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro Mundo Habitable en la Luna*, con un discurso sobre la posibilidad de transportarse hasta allí (1638). Sobre la misma referimos a los fragmentos traducidos que se incluyen en este mismo volumen, con introducción y notación de la Lic. María Inés Castagnino.

extraterrestre posea para alcanzar la salvación; en efecto, si como anticipamos, los terrícolas no eran los únicos habitantes del Universo, ¿cómo interpretar –por ejemplo– el sacrificio de Cristo?¹¹

Hemos incluido en el presente volumen la traducción de parte de la introducción que William Poole hace a la obra de Godwin; el apartado “Filosofía natural” que reproducimos en el “Anexo 1” se impone como un resumen claro y exhaustivo del complejo panorama científico de la época. (Al respecto, deseamos agradecer muy especialmente al Dr. William Poole y a los responsables de la editorial Broadview¹² la amable cesión de los derechos para posibilitar la inclusión del material en esta edición).

El escrito de Godwin pone en juego toda la incertidumbre de su época con respecto al modo de imaginar el Universo y de pensar el papel que en él podía tener la especie humana. Entre otras cosas, podemos observar que, si por un lado el personaje reniega de la tradición en la que insisten “filósofos y matemáticos” que con una obstinada ceguera se niegan a admitir la rotación de la Tierra, por la otra, se hace eco de la dificultad de respaldar el gran giro copernicano: “No iré tan lejos –confiesa– como Copérnico, que afirma que no ya la Tierra sino el Sol es el centro del Universo, y dice que está inmóvil; tampoco me definiré por una opinión contraria”.

Sobre este particular, estimo de interés mencionar el trabajo de Nicholas Campion (1999)¹³ que destaca las variaciones que se operan en la apreciación del vínculo entre el dominio celeste y el destino de los asuntos terrenales en

11 Wilkins se pregunta “Whether they are the seed of Adam, whether they are there in a blessed estate, or else what means there may be for their salvation” (Wilkins, 1638, pp. 185-186).

12 El Dr. William Poole estuvo a cargo de la edición, introducción y profusa notación de la obra de Francis Godwin, publicada en 2009 por el sello editorial canadiense Broadview Editions.

13. La traducción de los fragmentos citados es nuestra.

una época de grandes cambios, pero que todavía consideraba válida la interpretación astral para la toma de decisiones políticas. Campion destaca que en Kepler (y en el astrónomo francés Jean Bodin, cuyos trabajos son un antecedente importante para la labor de su par alemán) todavía subsiste la intención de religar los cálculos matemáticos y la disposición de los astros para la predicción de acontecimientos que pudieran incidir en los destinos de los reinos de Europa; hay en los dos hombres de ciencia, sin embargo, una voluntad de elaborar un sistema basado en la investigación empírica y definitivamente emancipado de una astrología “basada en los ciclos planetarios, libre del los signos del zodiaco y de las casas del horóscopo” (14). Sobre el tema, añade que:

La revolución intelectual de la que fueron parte [Bodin y Kepler] fue estimulada tanto por el deseo de recrear el pasado como por las ansias de construir el futuro. No tuvieron éxito, puesto que para fines del siglo XVII la astrología en su conjunto, ya sea tradicional o reformada, ya no se consideraba un instrumento adecuado para el estudio de la historia o el análisis político. El estado cósmico en Europa, en sus modalidades antigua, había muerto. (14)

El hombre de la Luna conjuga, como sugerimos más arriba, la interrelación entre lo posible y lo imposible. *Frédérique Aït-Touati*, en *Fictions of the Cosmos: Science and Literature in the Seventeenth Century*, juzga que lo que se produce en la obra es la fluctuación permanente de la credibilidad, puesto que la narración oscila entre aquellos elementos que pueden considerarse viables, como los que conciernen al relato de viaje, y los que pertenecen a un discurso astrológico, que parecían aún demasiado estrambóticos para concitar credibilidad.

Otro factor a ser tenido en cuenta es el que concierne a la voz narradora, puesto que pertenece a un tipo de personaje poco confiable en cuanto a la entrega de un testimonio ajustado a la verdad de los hechos, aunque demuestra detentar conocimientos sólidos con respecto a los nuevos enunciados científicos que evalúa para comprender los fenómenos que lo rodean y que articulan sus aventuras celestes.

Podemos notar, por otra parte, que el protagonista apela de manera permanente al valor de una experiencia, en la que se resaltan mayormente los aspectos visuales, y sensoriales en su conjunto, y que es propia del relato de viaje renacentista, en el que se enfatiza, en la evidencia de lo visto, el alcance del testimonio y de un modo de conocimiento que se propone experiencial y en franco contraste con las prácticas librescas del aparato epistémico escolástico. El recurso narrativo pone al lector nuevamente ante el conflicto entre lo que la vista reconoce como elementos familiares, y los aspectos más inusitados asociados con los mismos: un ejemplo de ello serían los colores y texturas de la vestimenta de los selenitas. A través del reconocimiento de lo más cotidiano el narrador extiende el pacto de verosimilitud sobre lo excepcional, entre lo que integra algunos postulados de la nueva ciencia.¹⁴ De este modo, se cumpliría el propósito de las palabras que prologan la obra, que alertan al lector sobre el hecho de que en el escrito “razón e invención se muestran juntas” y que este arreglo “consiente libertad de ingenio ahí donde (se) puede ejercer libertad de juicio”.

El tránsito de la Tierra a la Luna sirve para que el lector vaya familiarizándose con las teorías magnéticas y de rotación terrestre, mientras el arribo a la Luna mitiga las

14 Este punto es particularmente evidente cuando, para volver creíble la teoría del magnetismo, afirma que los gansos, una vez sobrepasada la atmósfera terrestre, quedan suspendidos en el aire e inmóviles. Aquí, revierte la expectativa lectora y coloca a la máquina inverosímil del lado de lo posible y a la teoría magnética del de lo imposible.

objecciones que puedan hacerse acerca de otros mundos habitados atribuyendo a los selenitas, por un lado, el conocimiento de Cristo y, por el otro, la admiración por la reina Isabel. En efecto, los altos preceptos morales que rigen entre los habitantes de la Luna son de corte cristiano y la modalidad de gobierno, solidaria con la monarquía absoluta. De ese modo, Godwin echa a andar un ingenioso dispositivo narrativo en el que conjuga hábilmente el uso y difusión de teorías innovadoras con la reproducción de un modelo teológico que es solidario con el soporte simbólico del poder soberano. William Poole, en su extensa introducción a la obra, señala acertadamente que “Godwin introduce a sus alienígenas en la economía de un universo cristiano, pero no explica exactamente qué papel cumplen en la misma” (Poole, 2009: 41), como otros temas menos espinosos, la aclaración se pospone pero no se efectiviza, mientras que la sola exposición del motivo implica que el debate quede instalado entre el público lector.

Gonsales: un pícaro en la aventura lunar

Entre las estrategias elegidas por Francis Godwin para combinar los materiales de su relato sin que las afirmaciones pudieran resultar escabrosas para el lector de la Inglaterra isabelina, están las de haber otorgado al protagonista las características de los héroes de la picaresca, siempre prontos a afrontar las difíciles pruebas de la existencia con habilidad e ingenio, pero también a adornarlas con una exuberancia que linda con la fabulación.

Hay varios elementos a tener en cuenta al momento de vincular *El hombre en la Luna* con la literatura picaresca. Para principiar, cabe destacar que la primera traducción al inglés del *Lazarillo de Tormes* (1554) se hizo en 1576, aunque

diez años más tarde, en 1586, hubo una versión más cuidada, a cargo de David Rowland que seguramente Godwin debe haber conocido. El *Lazarillo* tuvo un éxito inmediato entre el público lector isabelino y Rodríguez Rodríguez, en su trabajo sobre la traducción de Rowland, propone que este resultado se debe en gran parte a que el contenido de la novela española resultó ser –entre otras cosas– un verdadero regalo para la propaganda protestante en su ataque contra la Iglesia de Roma; en efecto, a los lectores ingleses les resultaba sumamente atractiva una trama que expusiera la corrupción de la iglesia española, la incompetencia de su ejército y, en general, un modo de vida urbano caótico y desarreglado que transmitía el desmoronamiento espiritual de su gran rival.

Asimismo, es de notar que la picaresca emerge sobre un fondo de permanente conflicto entre los países europeos y W. S. Mervin sugiere que la inmediata simpatía hacia el personaje se debió en gran parte a que entre Inglaterra y España había una gran “afinidad de caracteres y temperamentos” (citado por Rodríguez Rodríguez, 2008: 81-96), precisamente por las continuas y ásperas disputas que las igualaba en la lucha por el dominio del mundo. Estimamos que estos elementos llegan a ser una explicación válida a la hora de evaluar las razones por las que Godwin elige otorgarle determinadas características a su héroe y a su relato, insertándolo en la tradición satírica clásica y en la más moderna novela, donde la parodia al romance de caballería se estira hasta producir un relato antiépico, en el que el protagonista se involucra en una serie de accidentes que provocan que la risa surja también como elemento desacralizador.

En “El enfoque comparativo de la literatura picaresca”, Julio Rodríguez-Luis (1993) pasa revista a diferentes aportes teóricos para la definición del género. Para André Jolles,

por ejemplo, la picaresca sería la “la expresión de nuestro deseo de escapar a las presiones de la cultura en que vivimos”, mientras que para Robert Scholes, es la representación de un mundo más caótico que aquel en que vivimos. Por otra parte, Claudio Guillén, en 1987, enumeró ciertas características para distinguir la picaresca, cuya relación con la obra de Godwin señalamos a continuación:

1. *La soledad radical del protagonista y su permanente extrañamiento de la sociedad.* En este punto cabe destacar que, en la picaresca tradicional, se trata de un huérfano que lucha contra la marginación y la inanición. Pero en sus transformaciones el género focaliza las acciones en personajes como el Domingo Gonsales imaginado por Godwin, un desclasado, a pesar de su reivindicación de alta cuna, hijo decimoséptimo de un oscuro noble de provincia.
2. *La estructura episódica.* Al respecto Ulrich Wicks, en su trabajo “The Nature of Picaresque Narrative: A Modal Approach”, habla del “ritmo interno” que presenta la picaresca en cada episodio. Esta progresión al interior de cada núcleo significa, entre otras cosas, que el protagonista se vea impelido a un embate con la adversidad o la “fortuna” que él no ha buscado o deseado y del que logra salir, para verse implicado nuevamente en otro episodio desventurado; este es un ritmo que en sí sugiere la permanente desintegración del orden. Y este es el modo en que Godwin organiza su relato, puesto que Domingo Gonsales atraviesa por disímiles situaciones complejas con una dinámica similar en la que el caos irrumpe y con él la aventura y los encuentro imprevistos.
3. *El carácter pseudobiográfico de la narración.* La picaresca introduce al lector a la materia narrada desde el punto de vista de la primera persona: el acto de narrar se transforma así en una

estrategia de permanente afirmación de la identidad del héroe; es Ulrich Wicks quien asocia la relación que se establece en la picaresca entre lector y narrador con la que logra Chaucer en el “Prólogo del Bulero” de sus *Cuentos de Canterbury* en el que el personaje pretende convencer a los peregrinos con sus palabras, inmediatamente después de haber manifestado ante ellos el modo en que suele engañar al auditorio con un apropiado uso del discurso. Es decir, el lector se encuentra básicamente ante la narración compacta de un yo que, aunque poco confiable, resulta imposible de rebatir desde las leyes internas del relato, a pesar de las inconsistencias, la exageración de las situaciones o los hechos estrafalarios.

4. *El punto de vista parcial del narrador.* Es un punto estrechamente relacionado con el anterior, que en el relato de Godwin se halla reafirmado por el modo en que los más prestigiosos y encumbrados personajes se rinden ante la supuesta valía del héroe y desean que este les narre sus aventuras, como una experiencia incontestable de los modos de aparición y funcionamiento de los mundos por él conocidos.
5. *El modo reflexivo, filosófico y crítico que adquieren las meditaciones del protagonista.* Particularmente en la obra que nos ocupa, las reflexiones adquieren un carácter tanto afín con la especulación científica como con el discurrir utópico.
6. El énfasis en los modos de subsistencia con una particular y hasta sórdida focalización en los aspectos materiales y pecuniarios. Este motivo es recurrente en cada uno de los episodios de las aventuras de Gonsales; en efecto, su preocupación recurrente es poder amasar una modesta fortuna para recobrar una posición aceptable para él y su familia. Trafica constantemente con las piedras preciosas, llegando a especulaciones risibles y mezquinas a la hora de considerar

entregar alguna de sus posesiones a reyes y emperadores.

7. *La observación de las clases sociales, las profesiones, los caracteres, las ciudades y naciones por las que deambula el pícaro.* En este punto, la novela de Godwin responde al cruce de dos tradiciones, la picaresca por un lado y la del utopismo clásico y contemporáneo. Es así que el asombro de Gonsales acerca al lector detalles sobre prácticas y relaciones de poder provenientes tanto de lugares reales (Isla de Santa Elena, China) como de otros fantásticos (el mundo de la Luna).

8. *El desplazamiento horizontal a través del espacio y vertical a través de la sociedad.* Las peripecias llevan al protagonista de *El hombre de la Luna* a un recorrido que incluye Europa, Asia, Tenerife y el espacio lunar; a la vez, su deseo de trascender y afirmarse en la consideración cortesana lo encuentra siempre asomándose a los territorios soberanos en los que, en la voluntad de emerger y hacerse de renombre, ofrece su experiencia viajera y narrativa como un salvoconducto que se revela siempre efectivo para acceder a los lugares más encumbrados de las sociedades que visita.

A las consideraciones detalladas en el último punto pueden asociarse las apreciaciones de José Antonio Maravall (1986) que ve en el pícaro el representante de una crisis social en la que los pobres dejan de aceptar su situación para, en cambio, tratar de medrar por cualquier medio. El registro de Francis Godwin de la percepción del gran dinamismo social de la Inglaterra de su época no es –desde ya– un hecho aislado; algunos anticuarios ya lo habían señalado; esto es evidente, por ejemplo, no solo en las descripciones de John Stow en su *Survey of London* ([1598] 2012), sino especialmente en los bosquejos que hace William Harrison para las *Crónicas d Holinshed* ([1587] 1997), en los que una

movilidad social sin precedentes se asocia al temor por sectores emergentes que a través del disfraz y un despliegue de afectados modales cortesanos, se mezclan con los representantes de una aristocracia tradicional, según el autor, honrada y confiable.

Utopías de otros mundos

El hombre de la Luna parece ser el comentario adecuado a la afirmación de Todorov, cuando dice que “un texto no es tan solo el producto de una combinatoria preexistente (combinatoria constituida por las propiedades literarias virtuales), sino también una transformación de esta combinatoria” ([1970] 1982: 13). Es entonces que, pensando a partir de cuestiones genéricas que aún no perturbaban el impulso de los creadores de su época, vemos que confluyen en la obra de Francis Godwin las modalidades narrativas de las novelas de viaje y satíricas de la Antigüedad clásica, los relatos fantásticos de Luciano de Samosata, las fábulas y sagas medievales que refieren viajes iniciáticos y portentos, las leyendas populares, una más moderna reflexión inserta en la tradición utópica moriana, el retorno del imaginario arcádico en la poesía y drama isabelinos, la emergente novela picaresca española y, finalmente, las crónicas e informes de viajeros que se constituyeron en un activo estimulante de las ficciones del siglo XVI.

Es así que reconocemos en Domingo Gonsales los trajines y las estrategias de supervivencia del pícaro, las conmociones de un viaje cósmico imaginado por Luciano, el registro minucioso de una geografía reconocible, los sobresaltos de los viajes marinos asechados por pillajes y tempestades, los naufragios como umbral de la aventura, el descubrimiento de un nuevo territorio con seres excepcionales

y prácticas de socialización y gobierno desconocidas. En todos los casos, sin embargo, el personaje de Godwin se involucra en acontecimientos que lo definen básicamente como un sujeto nuevo, poseedor de un espíritu emprendedor y con ansias de trascender su propio ámbito económico y social.

En Godwin, el viaje por las diferentes zonas del globo terráqueo, España, los Países Bajos, las Indias Orientales, la Isla de Santa Elena, China lo es, eminentemente, por espacios de lucha por el poder, por la conquista y por la expansión económica. Incluso el más apacible de los lugares, la Isla de Santa Elena –que se describe bajo las más favorables de las condiciones climáticas y se proclama generosa en productos de la tierra y la ganadería– tiene la evidente desventaja de hallarse demasiado alejada de las rutas habituales. Santa Elena es un islote deshabitado en el que el héroe vive con el esclavo Diego una protohistoria del *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe; en ella Domingo utiliza el tiempo libre no ya para organizar unidades productivas de asentamiento, sino para estudiar estrategias de comunicación y desarrollar una máquina voladora que le permita el escape del lugar. No acepta el destino actuando estrategias de supervivencia que lo afinquen al lugar, sino que se desvela ideando formas de vencerlo y trascenderlo.

Es en la superficie lunar donde Domingo Gonsales puede hallar una sociedad bien diferente a todas las que ha conocido a lo largo de sus aventuras terrestres; esto es lo que abre el texto a una zona en la que la imaginación utópica puede tener lugar. Sin embargo, dado el carácter tan extraordinario del encuentro, la visión de los lunarios (Godwin los llama *lunars* a los selenitas) adquiere los tintes de los relatos fantásticos. Los selenitas son seres antropomorfos, de cualidades excepcionales, cuya altura se relaciona con una mayor perfección moral y espiritual, “[u]na generalidad entre

ellos –aclara el narrador– es que las personas más altas de estatura son las más excelentes, tanto por sus dotes mentales como por su longevidad”.

La vida en la Luna se asemeja a la que en *Los trabajos y los días* Hesíodo asigna a la primera raza perecedera creada por los dioses, pues, en la Edad de Oro, los hombres estaban, dice el poeta:

(...) al amparo de las penas y de las miserias. Sobre ellos no pesaba la cruel y sórdida vejez, sino que siempre se mantenían lozanos sus brazos y piernas, en permanente juventud continuamente se entregaban a festines y banquetes, alejados de todo mal. ([ca. 700 a. C.] 2008) (24)

En la novela de Godwin, leemos –en consonancia con este fragmento– que en la sociedad selenita

(...) no hay nada que al hombre le falte. Los alimentos crecen por doquier y sin necesidad de trabajar, y los hay de toda clase. Si se trata de vestimenta o de vivienda o de cualquier otra cosa que una persona pueda imaginar o desear, esta le es brindada por un Consejo de Superiores, a cambio de muy poco trabajo, razón por la cual no hacen nada más que jugar y solazarse.

En la Luna, los habitantes gozan de una vida larga y bella a los ojos del trajinado visitante de la Tierra y todo parece desenvolverse de manera armónica y equilibrada no ya por una voluntad de gobierno afortunada y establecida sino solo por el hecho que se trata de seres dotados de una excepcional inclinación hacia el bien y asentados en una feliz e inmutada relación de convivencia que viene de un pasado remoto. Al respecto, Robert Appelbaum nota que:

el estado paradisiaco del mundo lunar sirve para proyectar una sociedad ideal (...) tanto como Utopía de Moro o Bensalem de Bacon¹⁵ (2004: 91)

La utopía godwineana materializaría ante la mirada del lector una sociedad lejana e inalcanzable, pero que se ofrece al imaginario de la época –en el que otros mundos habitados en el Universo comenzaban a ocupar un horizonte de posibilidad– como un estadio previo de la humanidad, aún no afectado por la corrupción, por las luchas por la obtención y la preservación de los bienes materiales o simbólicos, ni por las disputas políticas, las contiendas bélicas o las mezquinos pleitos que animan el escenario en que se debaten Domingo y sus contemporáneos. En este sentido, el texto de Godwin opone drásticamente una serie de episodios en los que el héroe se ve envuelto en confrontaciones de todo tipo (escaramuzas, guerras, duelos, batallas navales, persecuciones), y que imprimen un ritmo acelerado a sus acciones, a la serie lunar en la que lo que prima es la quietud, la regularidad, la holganza, el sueño, y una suerte de suspensión temporal e invariabilidad que habla de una sociedad que carece de necesidades, pero también de deseos, es decir desconoce la apetencia que instala la falta.

A diferencia del mundo de donde proviene Domingo Gonsales, el dinamismo y el cambio para compensar privaciones o carencias o la movilidad impulsada por la aventura hacia lo ignoto, son desconocidos en el mundo de la Luna. Los selenitas son seres plenos, bellos, perfectos, Appelbaum señala que hasta su lenguaje es “infalible, un perfecto instrumento de denotación”, como si quisiera subrayarse que así sería si nuestras lenguas adecuaran “deseos y necesidades, y se hace hincapié en la ironía de que en el mundo

15 La traducción de los fragmentos de la obra de Appelbaum es nuestra.

sublunar esto no sucede” (2004: 91). En este sentido, podemos notar que la preocupación por encontrar un lenguaje artificial que sea efectivo para la comunicación exacta y rápida de nuestras necesidades se reitera en la obra en los intentos de Domingo en la Isla de Santa Elena. Y son un eco de las opiniones vertidas por Godwin en su *Nuncius Inanimatus*, así como un reflejo de las especulaciones más sistemáticas iniciadas en su época en pos de una reforma lingüística que inyectara mayor claridad (y simplicidad) al lenguaje¹⁶. En todos los casos, puede inferirse incluso la inquietud del clérigo por los peligros que radican en las equívocas interpretaciones del lenguaje y de la brecha que separa la palabra de la cosa.

Al hablar de los paraísos pensados como reservorio del pensamiento utópico, Raymond Williams indica que estos son:

(...) proyecciones de una conciencia mágica o religiosa, inmanentemente universal y atemporal, y por lo tanto están situados [los paraísos] más allá de las condiciones de cualquier vida humana ordinaria y terrenal. (1994: 112)

Y son estos, precisamente, los atributos que explicarían el episodio lunar en la obra de Godwin como un espacio colocado radicalmente fuera de las posibilidades de acceso para los mortales terrestres, a menos, claro, que el azar

16 Al respecto sugerimos consultar el excelente trabajo de Ann Cline Kelly, *Swift and the English Language* (Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1988), en el que la autora analiza no solo los trabajos relacionados con la filosofía del lenguaje en Wilkins, Webster, Locke y Hobbes, sino también los trabajos dirigidos a elaborar lenguajes de señas para mudos, conocido en territorio inglés en 1644 con John Bulwer (deudor de las investigaciones de 1620 de Juan Pablo Bonet), los que ponen aún más de relieve la posibilidad de relacionar la palabra y la cosa, sin la intervención perniciosa y engañosa de los sentidos desplegados por la palabra.

no intervenga de un modo tan inaudito que se conjugue el increíble funcionamiento de una estrambótica máquina movida por un tropel de pájaros amaestrados, con la misteriosa suspensión de la atracción magnética de la esfera terrestre. Sin embargo, y a diferencia de otros mundos utópicos de imposible localización, la Luna está ahí, a la vista de todos nosotros, y las máquinas voladoras son una promesa que constantemente ocupa la renovada fantasía en este campo de artífices e inventores de principios del siglo XVII. Lo que hace Godwin es interponer en la serie de aventuras, más privativas del afán picaresco, un episodio que permite señalar una diferencia que es del orden de lo moral, haciendo que lo que está a la vista de todos, que la Luna y la silueta que la leyenda dibuja en su rostro, se vuelvan no solo un *exemplum* permanente de armonía y urbanidad, sino también un recordatorio de la corruptibilidad del mundo sub lunar, con sus ansias y apetencias, y sus consecuencias.

Por otra parte, en el mundo perfecto, de seres altos y excelentes también hay seres cuya altura no difiere de la de los humanos, son:

(...) las criaturas más inferiores, incluso situadas apenas un grado antes de las bestias, y que se emplean por ende en los oficios más viles y serviles. Los llaman con una palabra que significa hombres-bastardos, falsos o intercambiados.

En la cita podemos advertir un guiño mediante el cual Godwin se permite sugerir una suerte de recomposición del mito de las edades de Hesíodo, de modo que lo que en el poeta griego se piensa como una degradación en el tiempo, en el escritor inglés se supone fruto de un reordenamiento espacial, por el que la Tierra viene a ocupar algo así como el lugar del desecho cósmico, un sitio donde se opera el

descarte que preserva la sociedad ideal; “los primeros hombres”, en Godwin, seguirían poblando la Luna.

Una última consideración merece el encuentro que Domingo Gonsales tiene con las extrañas criaturas voladoras en el trayecto que lo lleva a la Luna. Sobre la utilización que hace aquí Godwin de este motivo, nos parece importante mencionar el aporte iluminador de Viktoria Tkaczyk (2007) cuando recuerda que durante todo el siglo XV regía una concepción sagrada del espacio extraterrestre; esta creencia daba lugar a una circulación relevante de relatos aterradores acerca de demonios y brujas voladores que surcaban esos cielos. Las visiones servían para reforzar, a través del terror, la interdicción a la intromisión de los humanos en dominios divinos, que era respaldada incluso por el aparato inquisitorial. Al respecto, recordemos que, en el *Somnium* de Kepler, Duracotus oye de su madre, la bruja Fiolxhilda, los secretos acerca de la Luna que le fueran transmitidos por los que ella –refiriéndose a los demonios– llama “espíritus sapientísimos”, y que son –entre otras cosas– los que transportan a los seres humanos de la Tierra hacia Lavania (la Luna). Teniendo esto *in mente*, cabría incluso asignar a la estadía de Domingo en el territorio lunar un sentido de purificación espiritual, lo que justificaría que durante el viaje de regreso el héroe ya no sea tentado por las temibles criaturas que lo asediaron y engañaron a la ida.

Las máquinas voladoras de la primera modernidad

Domingo Gonsales tiene el privilegio de haber inaugurado la serie de las máquinas voladoras de la literatura moderna. Robert Appelbaum ha indicado al respecto que una de las diferencias radicales entre el mundo lunar y el terrestre es la imperiosa propensión que hay en este último a la

utilización de la tecnología para lograr los objetivos y afirmar el dominio sobre el adversario o la adversidad. Aclara, sin embargo que el mensaje es de doble filo, puesto que,

(...) si la tecnología nos compensa y nos provee con la medida de la grandeza, es solo porque el mundo sublunar es intrínsecamente imperfecto y siempre lo será. Es decir, que nuestra tecnología compensa los límites pero también nos confirma en ellos. No puede realizar su función de compensación, excepto por el hecho de que se lleva a cabo bajo condiciones de limitación.

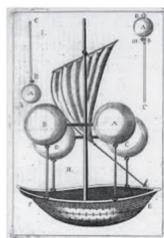
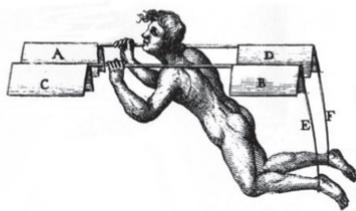
Appelbaum propone que la figura de Gonsales,

(...) el pícaro tecnocrático, encarna esta dualidad. Representa la pequeñez de la humanidad ante el mundo natural (la inadecuación de la naturaleza humana ante la caída y el exilio). Pero también representa el potencial de grandeza de la humanidad, la idea de que “los cuerpos más inesperados pueden hacer cosas grandes y maravillosas” si es que “estos cuerpos aprenden a aprovechar la tecnología y a aprovechar las herramientas de la comunicación”. (2004: 92)

En este sentido, Domingo Gonsales estaría replicando el gesto del hombre baconiano puesto que cree firmemente que ejercer un dominio sobre lo natural participa de las reglas de juego de su mundo y se lanza con entusiasmo a una aventura tecnológica que lo satisface tanto como lo desvela. La tecnología, para Domingo, es una herramienta que le permite sortear obstáculos, y no solo del orden de lo natural, puesto que también resuena como la piedra de toque que demostrará su valía ante una sociedad que se empeña

en relegarlo. El deseo de regreso del héroe de Godwin está teñido en parte por la nostalgia por el hogar, pero en mayor medida por las ansias de “la merecida gloria que ‘podrá’ alcanzar” cuando logre dar a conocer en España su método de señalización y su máquina voladora.

Para comprender mejor la incidencia, en nuestro caso, del motivo de la tecnología aplicada al vuelo humano, vale la pena recordar dos textos estrechamente relacionados con el tema y que están próximos al momento de aparición de *El hombre en la Luna*. Poco antes de la muerte de Godwin, en 1627, se publica *Nueva Atlántida* de Francis Bacon; en ella, un habitante de Bensalem informa al huésped extranjero ante quien describe los trabajos que se realizan en la Casa de Salomón: “También tenemos fábricas de máquinas en las que son preparadas máquinas e instrumentos para toda suerte de movimientos. (...) También imitamos el vuelo de los pájaros; podemos sostenernos unos grados en el aire” ([1627] 1991) (209). Unos años más tarde, John Wilkins, en *The Discovery of a World in the Moone* (1638) declararía no dudar de la posibilidad para un hombre de “volar por sus propios medios... no hay invento que pueda imaginarse que fuese más beneficioso para el mundo o para la gloria de su autor; e incluso debe ser objeto justo de la investigación de quienes tengan tiempo y medios para esta clase de experimentos” (Wilkins, [1648] 1970: 197-199).



A la izquierda, la máquina voladora de Besnier. A la derecha, el barco volador de Lana de Terzi.

Muy acertadamente, Viktoria Tkaczyk focaliza la atención sobre un punto fundamental para el análisis de la concentración de intereses acerca de máquinas voladoras en los siglos XVI y XVII, al poner de relieve el cambio de signo que se ejerce sobre un mito como el de Ícaro cuya caída, hasta el momento, era interpretada como castigo por una arrogancia desmedida y el desprecio por los límites admitidos para el conocimiento:

La *curiositas* que amenazaba con trasgredir esos límites era representada por el fallido piloto de la Antigüedad: Ícaro alertaba a los visionarios que los vuelos de altura acarrearían la calamidad, tanto en un sentido técnico como metafórico. El espacio aéreo era un espacio sagrado –solo a los dioses se les permitía surcarlo, misteriosamente y desprovistos de gravedad, a través de las regiones celestes. Solo gradualmente volar, a través *del proceso de secularización*, se transformó en lo que hoy concebimos: una actividad técnicamente factible que está sujeta a las leyes de la aerodinámica. [la traducción y el énfasis son míos]

Si bien en el siglo XVII indagar sobre máquinas voladoras todavía podía interpretarse como un gesto inconveniente, las especulaciones de los astrónomos ya estaban abonando el terreno para revertir esa percepción. Un discípulo de John Wilkins, el filósofo natural, polímata y uno de los fundadores de la Royal Society, Robert Hooke, dedicó gran parte de su carrera al estudio del vuelo. El 29 de octubre de 1673, Hooke anota en su diario: “He adquirido el Leonardo da Vinci por 15 chelines”. Tkaczyk sugiere que tratándose de alguien que en su juventud había experimentado con aladeltas y ornitópteros, e inventado y probado toda clase de estructuras que facilitarían la elevación, es probable que

el libro al que alude sea *Sul volo degli uccelli*, el exhaustivo estudio de Leonardo sobre el vuelo de las aves. Hooke estaba convencido –como lo estuviera Wilkins antes que él– de que había que dedicar tiempo, esfuerzo y capital a la empresa y abogó para que se preservaran los registros de lo actuado en este campo por artesanos y hombres de ciencia del pasado. Él mismo tradujo el tratado de Francesco Lana de Terzi *Saggio di alcune invenzione nuove premesso all'arte maestra* (*Ensayo de algunos inventos nuevos antepuesto al arte maestro*, 1670) y la descripción del intento de vuelo que, en 1678, llevara a cabo el cerrajero francés Besnier y que había causado una honda conmoción entre el público europeo. Tkaczyk refiere que,

[e]n su prefacio a la traducción de Lana, Hooke coloca el mito de Ícaro bajo una nueva luz. (...) Los personajes de la mitología antigua no eran ya los héroes arrogantes, sino artífices atrevidos, a los que Hooke elevó al estatus de precursores de la filosofía experimental.

Pero este espíritu, apenas esbozado en las andanzas de Domingo Gonsales por los cielos sublunares, será ya el que domine el entusiasmo dieciochesco por las bondades de la tecnología.

Los viajes lunares de la imaginación moderna

1516	Ludovico Ariosto	<i>Orlando furioso</i>
1591	John Lilly	<i>Endymion, the Man in the Moon</i>
1621	Ben Jonson	<i>News from the New World Discovered in the Moon</i> (masque)
1634	Johannes Kepler	<i>Somnium Astronomicum</i>
1638	Francis Godwin	<i>El hombre en la Luna</i>

1657	Cyrano de Bergerac	<i>Estados e imperios de la Luna</i>
1705	Daniel Defoe	<i>The Consolidator</i>
1727	Samuel Brunt	<i>A Voyage to Cacklogallinia</i>
1784	Vasily Levshin	<i>El viaje novísimo</i>
1785	Rudolf Erich Raspe	<i>Viajes maravillosos por mar y tierra: Campañas y aventuras cómicas del barón de Münchhausen</i>
1793	Aratus (pseudónimo de autor anónimo inglés)	<i>A Voyage to the Moon</i>
1813	George Fowler	<i>Un viaje a la Luna</i>
1824	Wilhelm Küchelbecke	<i>Land of Acephals</i>
1827	George Tucker	<i>Un viaje a la Luna</i>
1865	Julio Verne	<i>De la Tierra a la Luna</i>
1901	H.G Wells	Los primeros hombres en la Luna
1902	Georges Méliès	<i>El viaje a la Luna</i> , primera aparición filmica del motivo



Bibliografía

Fuentes primarias

The Man in the Moone. 1996. Con estudio introductorio de Andy Johnson y Ron Shoesmith. Woonton Almeley: Logaston Press.

The Man in the Moone. 2009. Con estudio intrroductorio de William Poole. Ontario, Broadview.

The Man in the Moone: or a Discourse of A Voyage Thither by Domingo Gonsales. The Speedy Messenger. 1638. Londres,; printed by John Norton for Joshua Kuton and Thomas Warren Edición online consultada el 30-11-2011 en: http://www.fcsh.unl.pt/docentes/rmonteiro/pdf/The_Man_in_the_Moone.pdf

The Strange Voyage and Adventures of Domingo Gonsales. 1768. Londres,; John Lever, en edición digitalizada por la Duke University, consultada online el 30-11-2011 en <http://archive.org/details/strangevoyageadv00godw>.

Fuentes secundarias

Aït-Touati, Frédérique. 2005. "La découverte d'un autre monde: fiction et théorie dans les oeuvres de John Wilkins et Francis Godwin", *Études Epistémè* N° 7, Science(s) et Littérature(s), mayo..

———. 2011. *Fictions of the cosmos: science and literature in the seventeenth century*. Chicago, University of Chicago Press.

Alcalde-Disodado Gómez, Alfonso. 2001-2002. *El tópicó el hombre en la Luna en las literaturas cultas y populares*. Tesis doctoral dirigida por los Dres. Jesús García González y Mariano Benavente Barreda. Inédita. Universidad de Granada Versión online consultada el 15-04-2012 en hera.ugr.es/tesisugr/18069265.pdf.

Appelbaum, Robert. 2004. *Literature and Utopian Politics in Seventeenth-Century England*. Cambridge, CUP.

Bacon, Francis. [1627] 1991. *Nueva Atlántida en Instauratio Magna. Novum Organum. Nueva Atlántida*. México, Porrúa.

Baring-Gould, Sabine. 2010. "The Man in the Moon", en *Bran's Island, "Popular Mysticism / Curious Myths of the Middle Age"*, consultado online el 06.02.2013 en <http://www.donaldcorrell.com/index.html>.

- Burton, Robert. 1998. *Anatomía de la melancolía*, tomo II. Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.
- Campion, Nicholas. 1999. "Political Cosmology in the Renaissance. Bodin, Kepler and the Reform of Astrology". Consultado en línea el 3 de junio de 2013 en www.nickcampion.com/Portals/3/BODINSA2.pdf.
- Cressy, David. 2006. "Early Modern Space Travel and the English Man in the Moon", *The American Historical Review*, vol. 111, N° 4, octubre.
- Empson, William. 1993. "Godwin's Voyage to the Moon", en Haffenden, John (ed.). *Essays on Renaissance Literature*, vol. 1, 220-54. Cambridge: Cambridge UP.
- Fuller, Thomas. 1655. *Church-History of Britain*. Oxford, OUP.
- Grewell, Greg. 2001. "Colonizing the Universe: Science Fictions Then, Now, and in the (Imagined) Future", en *Rocky Mountain Review of Language and Literature*, vol. 55, N° 2, pp. 25-47.
- Hernández Fernández, Ángel. 2006. "El rapto de la luna: cuentos, leyendas y mitos sobre el origen de las manchas lunares". Culturas Populares. *Revista Electrónica 2*, mayo-agosto.
- Hesíodo. [ca. 700 a. C.] 2008. *Los trabajos y los días*, en *Los trabajos y los días. La teogonía. El escudo de Heracles*. La Plata, Terramar.
- Holinshed, Raphael and Harrison, William. [1587] 1997. *Descripción de la Inglaterra isabelina*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Hunter, Paul J. 1990. Robert Boyle and the Epistemology of the Novel". *Eighteenth Century Novel*, vol. 2, en <http://digitalcommons.mcmaster.ca/ecf/vol2/iss4/4/>
- Hutton, Sarah. 2005. "The Man in the Moone and the New Astronomy: Godwin, Gilbert, Kepler", *Etudes Epistémè* N° 7 (primavera). Disponible en: <http://revue.etudes-episteme.org/?the-man-in-the-moone-and-the-new>, consultada el 28.10.2012.
- Knowlson, James. 1968. "A Note on Bishop Godwin's *Man in the Moone*: the East Indies Trade Route and a "Language" of Musical Notes", *Modern Philology* 65, N° 4.
- Lawton, H. W. 1931. "Bishop Godwin's Man in the Moone" en *The Review of English Studies*, vol. 7, N° 25, enero, pp. 23-55.
- Maravall, José Antonio. 1986. *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*. Madrid, Taurus.

- McKeon, Michael. 1988. *The Origins of the English Novel. 1600-1740*. Michigan, Johns Hopkins UP.
- Menzies, Ruth. 2012. "The Bishop and the Braggart: truth and fiction in Francis Godwin's *The Man in the Moone*". *Représentations. La revue électronique du CEMRA. Hors série 3*. Consultada el 3 de marzo de 2012 en: http://w3.u-grenoble3.fr/representations/pages/Hors_serie3.htm
- Montgomery, Scott. 1999. *The moon and the western imagination*. Tucson, The University of Arizona Press.
- Nicolson, Marjorie Hope. 1940. "Cosmic Voyages", *EHL*, vol. 7, No. 2, junio, pp. 83-107.
- Poole, William. 2009. "Introduction" to Francis Godwin's *The Man in the Moone*. Canada, Broadview.
- Rodríguez-Luis, Julio. 1993. "El enfoque comparativo de la literatura picaresca", *Acta Salmanticensia. Estudios filológicos*, 252. Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca.
- Rodríguez Rodríguez, Beatriz María. 2008. "David Rowland's Lazarillo de Tormes (1586): analysis of expansions in an Elizabethan translation". *Sederi* 18. Universidad de Vigo.
- Samosata, Luciano de. 1992. *Diálogos. Relatos verídicos*. Barcelona, Gredos.
- Shakespeare, William. 1994. *La tempestad*. Conejero, M, Á. (trad.). Barcelona: Cátedra, pp. 244-246.
- Shapiro, Barbara. 2000. *A Culture of Fact. England, 1550-1720*. Ithaca: Cornell University Press.
- Steinmann, Vayla Gwynevere Eva. 2011. *Journeys to the moon: A study on cosmic travel stories in the early modern Renaissance period*. Tesis doctoral dirigida por Jeroen Salman. Inédita. Universidad de Utech. Versión online consultada el 20-04-2012 en <http://igitur-archive.library.uu.nl/student-theses/2011-0801-200834/MasterscriptieVGESteinmann3279049ELMR29juni2011.pdf>
- Stow, John. [1598] 2012. "Estudio sobre Londres" y "De las formas y las costumbres" en Margarit, Lucas y Montes, Elina (eds.). *Notas sobre la ciudad en Inglaterra: breve antología de textos*. Ficha de la Cátedra Literatura inglesa. Buenos Aires, OPFyL, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- Todorov, Tzvetan. [1970] 1982. *Introducción a la literatura fantástica*. Barcelona, Ed. Buenos Aires.

- Traczyk, Viktoria. 2007. "Ready for Takeoff", *Cabinet Magazine*. Versión en línea consultada el 16-06-2013 <http://cabinetmagazine.org/issues/27/tkacsyk.php>.
- Vogel, Klaus A. 2008. "European expansion and self-definition", en Park, Katharine and Daston, Lorraine (eds.). *The Cambridge History of Science. Early Modern Science*. Vol. 3, Cambridge: CUP, pp. 821-840.
- Wicks, Ulrich. 1974. "The Nature of Picaresque Narrative: A Modal Approach", *PMLA*, vol. 89, N° 2, marzo, pp. 240-249.
- Wilkins, John. 1638. *El descubrimiento de un Nuevo Mundo, o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro Mundo Habitable en la Luna, con un discurso sobre la posibilidad de transportarse hasta allí*. Londres, E. G. for Michael Sparl and Edward Forrest.
- . [1648] 1970. "Mathematical Magic: or the Wonders that may be performed by Mechanical Geometry," in *The Mathematical and Philosophical Works of the Right Book II*. Londres, Cass.
- Williams, Raymond. 1994. "Teoría política: Utopías en la Ciencia Ficción" en Link, Daniel (ed.). *Escalera al cielo*. Buenos Aires, La marca.
- Woolf, D. R. 2004. "Godwin, Francis (1562–1633)", *Oxford Dictionary of National Biography*. Oxford, Oxford University Press.

Filosofía natural

William Poole¹

Elina Montes (traducción)

El viaje de Domingo a la Luna y lo que allí encuentra se relacionan con dos discusiones superpuestas pero no idénticas que tenían lugar en los tiempos de Godwin: la relación entre la astronomía y la filosofía natural, más precisamente la física del Universo, y las nociones de pluralidad de mundos y de vida exterior.

Tradicionalmente, la filosofía natural había incluido la física celeste, describiendo las regiones más allá de la Luna. En la división ideal de los trabajos académicos, la filosofía natural se distinguía de la astronomía y era considerada superior a esta que solo podía ofrecer un modelo matemático de los movimientos aparentes de los cuerpos celestes. Estos modelos no describían necesariamente la estructura física de los cielos. Así, la física aristotélica afirmaba que la naturaleza supralunar se estructuraba en esferas concéntricas, cada una de las cuales sostenía un planeta o las estrellas “fijas”. Esta

¹ Este texto es parte de la extensa “Introducción” que el Dr. William Poole escribió para *The Man in the Moone* en una edición profusamente anotada por él, publicada por Broadview Edition (Ontario) en 2009. El Dr. Poole ha cedido generosamente el material y la editorial sus derechos, entendiéndose que la difusión de la obra en español, en esta edición, contaba con muy escasos recursos, lo que imposibilitaba enfrentar los cánones de rigor. Traducción de la Lic. Elina Montes.

zona era inmutable en sus ciclos y su movimiento era circular. Estaba hecha de *aeter*, o quintaesencia, un material corpóreo pero sobrenatural. Para algunos comentaristas medievales, esto podía significar que las esferas estrictamente no eran sólidas (“sólido” y “líquido” eran predicamentos aplicables únicamente a la materia sublunar), pero en los tiempos de Godwin ya se creía que esas esferas, si es que existían, no podían pensarse sino únicamente sólidas. De ahí la famosa conclusión de Tycho Brahe, cuyo sistema determinaba una intersección de las órbitas de Marte y del Sol, de que era imposible que existieran las órbitas celestes.² La materia por debajo de la Luna, por contraste, poseía un movimiento rectilíneo y estaba idealmente separada en capas que contenían los cuatro elementos: fuego (la más elevada), aire, agua y tierra (la más baja). Aunque la astronomía tolemaica se basaba en epiciclos y recursos similares para su funcionamiento, estos podían carecer de un correlato físico e incluso era necesario aceptar un complejo mecanismo de cascos transparentes y de esferas. La realidad material o de otra índole de los epiciclos y de los ciclos excéntricos fue algo muy debatido en el siglo XVI, aunque las soluciones físicas que se generaron no resultaron completamente satisfactorias. El uso tolemaico de un punto ecuante, por ejemplo, al que debía referirse la revolución de un cuerpo celeste determinado respecto de un punto que no fuese el centro de la Tierra, no era compatible con el ideal aristotélico de un sistema con rotación uniforme, con órbitas homocéntricas. Pocos, en verdad, dudaban de la existencia de esta “amplia escala” de órbitas concéntricas; fue el estatuto de los epiciclos y los ciclos excéntricos más pequeños los que desataron el agnosticismo o el escepticismo.³

2 Con referencia a la astronomía medieval, consultar la obra de Grant, (1977; 1987: 152-173). Sobre el tema de las esferas, remitimos a los ensayos de Nicholas Jardine (1982: 168-94 y 170-174).

3 Dos aproximaciones generales al tema resultan de utilidad: Johson (1968, 1937); Russell (1972:

De revolutionibus (1543) de Copérnico había aparecido con una epístola del teólogo luterano Andreas Osiander a modo de prefacio (sin el consentimiento de Copérnico, que falleció cuando la obra estaba por publicarse); en ella sugiere que las teorías de Copérnico pertenecen a la esfera de la astronomía y, por ende, no tienen pretensiones físicas. Y, en efecto, muchos astrónomos académicos adoptaron algunas de las mejoras en el terreno de la matemática aportadas por el modelo heliocéntrico sin, por otra parte, adherir a la evidencia física –este tipo de verdades, solían afirmar, no eran de su incumbencia– (Westman, 1975: 164-193; 1980: 105-147). En Inglaterra, por ejemplo, Thomas Blundeville, avalando la interpretación instrumental de Copérnico, escribió que este “con la ayuda del supuesto [deliberadamente] falso” de que la Tierra se mueve “ha hecho las demostraciones más verdaderas de los movimientos y las revoluciones de las esferas celestes que jamás se hayan hecho” (Blundeville, 1594: 181r).

La separación de la astronomía y la física, sin embargo, siempre ha sido algo problemático, que opera más en el nivel de la teoría que en el de la práctica. El prefacio de Osiander, al enfatizar la separación tradicional, probablemente haya querido proteger a Copérnico del ataque, y cuando Copérnico fue confrontado por el teólogo y astrónomo dominico Giovanni Maria Tolosani (1470/71-1549), quedó claro que, aunque la astronomía fuese una disciplina aparte, dependía de la física y las conclusiones de ambas no podían ser discontinuas (Westman en Lindberg y Numbers, 1986: 87-89; 76-113).⁴ El mismo Copérnico creía estar exponiendo un reclamo de la física, como lo prueban ejemplos

189-239). Aunque no específicos, también pueden consultarse los trabajos de Grant (1994) y algunos más pertinentes de la obra de Taton y Wilson (1989).

⁴ El trabajo de Tolosani permanece, por otra parte, manuscrito y Copérnico no fue ingresado al Index hasta 1616.

de las notaciones a las copias *De revolutionibus*, hechas por su alumno Rheticus, que van a tener la airada contrapartida de las correcciones en rojo de Osiander en el prefacio (Gingerich, 2004: 63-68).⁵

En la universidad de Salamanca de Domingo Gonsales, en la que los alumnos desde el comienzo podían elegir ser instruidos en *De revolutionibus*, el teólogo jesuita Diego de Zuñiga (1536-1597) adoptó abiertamente el sistema copernicano en sus comentarios sobre Job (publicados por primera vez en 1584, aunque se remontaban a la década de 1570), es decir para exponer el episodio de Dios que sacude la tierra (Job 9:6). Zuñiga, de ese modo, tomaba al copernicanismo no como un modelo instrumental sino como una teoría física completa, avalada por las escrituras (de Zuñiga, 1591: 140-141).⁶ En Inglaterra, Thomas Digges (1546-95) expuso en vernáculo tanto la verdad de las matemáticas copernicanas, como la consiguiente hipótesis física del movimiento de la tierra, mientras que el Sol mantenía una posición central en el universo. En su famosa ilustración, Digges dibujó las estrellas en forma dispersa, más allá de la órbita del planeta más externo, extendiéndose hacia los bordes de las páginas y, en realidad, más allá –“lo fijo infinitamente arriba”,

5 N. de la T.: Rheticus había sido autorizado por Copérnico para revisar las pruebas de la impresión; a su vez Osiander, preparaba el prólogo sin que ninguno de los dos estuviera al tanto. En este, manifiesta que el texto no contiene sino hipótesis para el cálculo de los movimientos celestes, sin la pretensión de que estas sean “verdaderas”. El prólogo salió sin firma, por lo que los lectores de la primera edición pensaron que el propio autor de la obra estaba informándoles que la misma no tenía otro objeto que el de permitir que los cálculos astronómicos fueran más acertados en relación a las posiciones “aparentes” de los cuerpos celestes.

6 Debido a su condena, esta sección está borrada en muchas copias de proveniencia católica. Más adelante, Zuñiga rechazó el movimiento terrestre y el libro es ingresado al Index en 1616, *donec corrigatur* (hasta no ser corregido). Para Zuñiga y los copernicanos de Salamanca, remitimos a Vernet (1972: 271-291, y especialmente 275-277), y a Dobrzycki, 1972: 271-91. Los comentarios de Zuñiga estaban disponibles en Oxford por lo menos hacia la época del primer catálogo de Bodley (1605), y la sección más relevante fue luego traducida al inglés por Salusbury (1665: 468-470).

el reino de los benditos (Dignes, 1576: fol. 43r)⁷. Esta región estelar podía, como en la vieja cosmología, haber tenido perfección inmutable, pero ahora tenía una extensión sin límites, y no estaba confinada a la estrechez de una esfera.

Digges no representaba en absoluto la opinión común, académica o de otro tipo, aunque la matemática de Copérnico resultaba ser popular. Las postrimerías del siglo XVI fueron testigo de un endurecimiento de los límites teológicos entre católicos y protestantes y, entre estos últimos, el énfasis renovado en el mensaje literal de la Biblia los mal predisponía a las conclusiones físicas que podían surgir de la nueva astronomía. Galileo, el católico, de hecho, defendería más adelante la verdad física de sus modelos astronómicos, como lo haría el protestante Kepler, pero ambos hombres se abstuvieron de emitir los corolarios más extremos de Digges. El luterano Tycho Brahe, el famoso noble astrónomo danés, postuló un copernicanismo mitigado, en el que los planetas orbitaban alrededor del Sol, mientras que el Sol orbitaba alrededor de la Tierra. Desde un punto de vista absolutamente matemático, un sistema como ese no podía fallar; como tampoco las tablas alfonsíes (geocéntricas) o las revisiones rudolfinas (heliocéntricas) de Kepler, sin sus imprecisiones. Inglaterra favoreció, por lo general, tanto la vieja cosmología como el sistema de Tycho y el *De Magnete* (1600) de William Gilbert; aunque apoyara la rotación diurna de la Tierra, fue cautelosamente vacilante sobre otros movimientos, que una concepción física de Copérnico habría impuesto: los movimientos anuales y axiales de la Tierra. Esta vacilación se infiltró en los libros de texto que seguían a Gilbert, especialmente la *Geographie Delineated* (1625) de Nathanael Carpenter.

7 El texto que sigue a esta lámina incluye una traducción de *De revolutionibus*, 1.10, 7, 8 (el capítulo 9 omitido es, con "aprensión", una variación axial en el movimiento de la Tierra).

¿Qué podía saber Godwin de todo esto? Fuller advierte que Godwin era un “matemático competente” y, sin lugar a duda, su formación universitaria debe haber incluido algo de astronomía matemática. Una comparación pertinente, proveniente de Cambridge, es la de Gabriel Harvey, un contemporáneo algo mayor que Godwin y un hombre cuyas anotaciones en sus libros en la década de 1580 demuestran que en esos años saltaba permanentemente de Tolomeo a Copérnico. Harvey, como Godwin, era movido más por un interés ecléctico que por una indagación seria en el campo de la astronomía matemática; ninguno de los dos, sin embargo, estaba adecuadamente capacitado para realizar una especulación más arriesgada (Stern, 1979: 165).

Volviendo a Oxford, si examinamos las *quaestiones philosophicae* que se debatían en los “Vesperies” y los “Comitia”,⁸ en la época en que Godwin estudiaba, podemos observar un incremento marcado de tesis con implicancias astronómicas o cosmológicas que coinciden en buena parte con el período de concurrencia de Godwin y se extienden hacia el nuevo siglo. En las *Vesperies* de 1576, se debatió si la Tierra era aún el centro del cosmos; en el mismo foro de 1581 hubo un debate sobre la existencia de materia en los cielos y, en los *Comitias* celebrados a los pocos días, sobre la posibilidad de existencia de muchos mundos. En 1583, se discutió si había más de cuatro elementos; en 1584, si los cometas causaban el mal o el bien; en 1587, si la Luna causaba mareas; en 1588, nuevamente se debate la existencia de muchos mundos; en 1608, si la Tierra era de naturaleza magnética, una señal certera de la influencia de Gilbert; y, en 1611, si la Luna era habitable –fue el año en el que comenzó a circular en

8 N. de la T.: *Vesperies* y *Comitia* eran dos diferentes instancias de debate público en las que un candidato de universidades como Oxford y Cambridge, en el período Tudor, defendía su tesis, contestando preguntas de los jurados examinadores.

el continente el manuscrito del *Somnium* de Kepler– (Clark, 1887: 170-177)⁹ Otra gran conmoción en los días de estudiante de Godwin debe haber sido la visita de Giordano Bruno a Oxford en 1583, con la comitiva del príncipe Albert Lasky, en la que, a pesar del engolamiento con el que dio cuenta de la visita, Bruno solo confrontó a los oxonianos con una jactancia vacua. George Abbot, que luego perteneció al Balliol College, recuerda a Bruno de esta manera:

(...) arremangándose como un jugador, nos arengaba con sus *chentrum & chirculus & circumferenchia* (que así es la pronunciación en su país de origen) (...) acometió, entre otras muchas cosas, con un intento de hacer valer la opinión de Copérnico, según el cual la Tierra gira y los cielos se mantienen quietos, cuando, a decir verdad, era su cabeza la que daba vueltas y su cerebro el que no permanecía en reposo. (1604: 88)

La referencia aparentemente ofensiva d Abbot respecto de Copérnico no debiera tomarse como una demostración de una falta de interés de los oxonianos en esta materia: como dice Feingold, en la década de 1580, Oxford albergaba muchos hombres que sabían más que Bruno sobre Copérnico y todo lo hecho por Bruno les molestó (Feingold, 2004: 329-346).¹⁰ Fue notoria, en la década de 1570, la

9 Tesis citadas y traducidas de Clark (1887. vol. 2, parte 1, pp. 170-77). Una Licenciatura en Humanidades (M.A.) otorgada en 1584 (como la de Godwin) hubiese tenido muy probablemente un debate como el de las tesis recopiladas para ese año. La costumbre de dejar registro de si el postulante afirmaba o negaba la proposición tuvo comienzo solo en 1592, aunque esto no tendría mayor importancia, puesto que el postulante, sin importar la posición que tomara, estaba respondiendo a preguntas planteadas por un miembro de la institución de mayor jerarquía académica. Se suponía que doctores, licenciados y estudiantes debían "frecuentar las escuelas", por ende, si Godwin era un estudiante aplicado –y no hay indicaciones de que no lo fuese– debe haber presenciado muchos de estos debates. Para la recepción inglesa de Kepler, referimos especialmente a Applebaum (1696) y Jared Apt (1982).

10 Puede incluso señalarse que Antonio del Corro, otro extranjero notable y herético en Oxford, en

comparación que hizo Henry Savile del Merton College, en sus clases sobre Tolomeo, de los sistemas tolemaico y copernicano. Finalmente, la elección que hace Godwin de Salamanca como *alma mater* de Gonsales, sugiere que estaba al tanto del copernicanismo temprano, a través de canales que desconocemos.

¿Qué hay de la astronomía de Godwin en *The Man in the Moone*? En primer lugar, el vuelo que Domingo emprende a la Luna sin chamuscarse le brinda una ocasión para ridiculizar la cosmología aristotélica de los dominios del fuego y demás y, su viaje *a través* del espacio implica que no es de ninguna manera sólido y puede mezclarse con o por lo menos recibir la materia sublunar. Pero, Domingo no dice nada de un movimiento de orientación axial (algo que también omite Digges en su traducción parcial de Copérnico), ni de una trayectoria terrestre a través del espacio. Hasta aquí, Godwin no hubiese necesitado leer más que a Gilbert, su mayor influencia inmediata en física. Debemos, por supuesto, evitar reponer en la cosmología de Godwin una interpretación newtoniana del movimiento celeste y la fuerza que lo impulsa (“gravedad” es una palabra que Godwin no usa). *The Man in the Moone* fue un documento importante para la popularización de *algunas* ideas astronómicas, y sabemos que Godwin inspiró a John Wilkins en la escritura del que fue probablemente el primer libro de texto popular de astronomía sobre el modelo copernicano. Pero Godwin no es un copernicano cabal, puesto que no discute los movimientos anuales y axiales de la Tierra y lo que está presente es el magnetismo, no la gravedad. Hasta aquí, Godwin se ajustaría a la tendencia académica, identificada por Feinglod, de aceptar el movimiento diario de la Tierra y

esos tiempos, fue *ensor theologicus* en la Christ Church (1578-86), durante la estadía de Godwin en el lugar.

luego mantener una mente abierta o cerrada ante los otros dos movimientos copernicanos (Feingold, 1984).

Por ende, no sería justo decir que el relato de Godwin “contiene muy poco en el terreno de la especulación científica seria, eludiendo explícitamente la cuestión copernicana”; no hay nada de poco científico o poco serio acerca de este silencio, que era compartido por la mayoría de los comentaristas. De igual modo, el reclamo que se le hace a Godwin de “etiquetar mal” a la gravedad “como fuerza parecida al magnetismo” resulta absolutamente anacrónico (Baine Campbell, 1997: 1-17, at. 3; Parte, 2004: 54).¹¹

Más originales son los extraterrestres de Godwin. Es verdad que existen precedentes literarios para los alienígenas –*Relatos verídicos* de Luciano, en los que la Luna está poblada de homosexuales pelados, es el ejemplo más temprano. El relato de Luciano, sin embargo, no descansa de ningún modo sobre bases astronómicas serias.¹² Por el contrario, lo que otorga importancia a los extraterrestres de Godwin es que aparecen en un universo que también opera según algunas de las leyes físicas sugeridas por la nueva astronomía. La vida alienígena para Luciano puede haber sido una broma, pero fue una cuestión muy seria para la modernidad temprana, aunque Godwin la trate con cierta liviandad (McColley, 1936: 285-430; Dick, 1982: *passim*). Las razones de esto descansan en el papel que había jugado la física de la inmutabilidad supralunar en una conducción teológica antropocéntrica para la que el hombre ocupaba en exclusiva el centro del Universo, y por el que se le había garantizado

11 Compárese, al respecto, la terminología del contemporáneo Ridley (1613: 13): “Así comprobamos que la Tierra está emplazada y firme por sus virtudes magnéticas y no por su peso y gravedad”.

12 Un contraste interesante lo provee Kepler, que tenía una posición diferente sobre *Relatos verídicos* y adujo que el prefacio de Luciano daría cuenta de una intencionalidad seria respecto de su trabajo. Sobre este punto, remitimos a Romm (1988-1989, pp. 97-107) y a Grafton (1997, pp. 185-224 y 195-96).

en exclusiva un salvador, que había muerto una vez y para siempre.¹³ La posibilidad de existencia de vida extraterrestre resultaba, por ende, perturbadora desde lo teológico, puesto que suscitaba interrogantes insolubles sobre la eficacia del sacrificio de Cristo (¿salvó también a los marcianos?) y forzaba a tomar una decisión sobre la existencia de la Caída en las naciones alienígenas. No es un problema menor que el obispo Godwin colocara en su Luna a seres que sin ningún esfuerzo eran superiores: su paz personal y su utopismo social nos obliga a dudar de que sufran de las mismas deficiencias morales que los terrícolas y, si no lo hacen, ¿qué lugar ocupan en el universo cristiano? ¿Son criaturas caídas? Si no lo son, ¿qué significa Cristo para ellas?

Godwin percibe estos problemas. Sus lunarios, tan pronto se produce el encuentro entre Domingo y ellos, se revelan cristianos, aunque su falta de reacción ante el nombre de María sugiere que no han caído en el error de la Iglesia católica, a pesar de alguna que otra institución de tinte católico presente en la Luna. En un sentido, el problema no se resuelve, puesto que Godwin introduce a sus alienígenas en la economía de un universo cristiano pero no explica con exactitud cuál es su papel en esa economía. En efecto, la aparente falta de mácula de los lunarios hace que la pregunta emerja. El problema fue audazmente extirpado de raíz por el traductor al francés de Godwin, Jean Baudoin, quien, como podemos observar, omitió todas las referencias cristianas. Finalmente, el *Somnium* de Kepler, el único viaje lunar de la época de Godwin, imagina que las criaturas de la Luna son bestias alienígenas de vida efímera, de naturaleza reptante, que emiten su vagido en el amanecer lunar y se

13 Como ejemplo paradigmático, señalamos el de Melanchthon (1581), donde el autor agrega un apéndice con su propia refutación física. Una lista contemporánea y apropiada de los que creían que la Luna estaba habitada, que finaliza con una censura, puede hallarse en Riccioli (1651: 187-188).

extinguen al finalizar el día –fieles a su forma de vida extraterrestre–. Al lado de los de Kepler, los seres joviales y antropomorfos de Godwin son claramente humanos.¹⁴

La decisión de Godwin de situar a sus alienígenas en la Luna, se relaciona no solo con la tradición de Luciano sino incluso con la tradición filosófica anterior que se remonta a los pitagóricos, que conjeturaron que la Luna era otro mundo, hecho de la misma materialidad terrestre y, por ende, habitable.¹⁵ Por lo que sabemos, es justamente esta cuestión de la habitabilidad la que fue debatida en Oxford en 1611, aún si para negarla –por cierto un signo de el casi instantáneo efecto de las publicaciones de Galileo y de Kepler de 1610–. Que la Luna gane terreno sobre los demás planetas en estas especulaciones no sorprende ya que predomina en

14 Aunque Godwin puede haber accedido sin inconvenientes a la lectura de la *Dissertatio cum nuncio Sidereo*, es del todo improbable que haya tenido acceso al *Somnium* o haya tenido algún conocimiento del mismo, puesto que no parece que la obra haya sido conocida en Inglaterra durante la vida de Godwin. Para esto último, consultar Kepler (1634), de la que hay una excelente traducción al inglés de Rosen, ampliamente comentada ([1967] 2003). La posibilidad de que la obra haya sido conocida en Inglaterra con anterioridad a su publicación es debatida por Rosen en el Apéndice E al *Somnium* de Kepler y en “Origins” de Poole. [N. de la T.: en español hay una traducción con introducción y notas, a cargo de Socas (2001)].

15 Particularmente cercano a Godwin está el (seudo-)Plutarco de “The Opinions of Philosophers”: “Los pitagóricos afirman que la Luna parece terrestre, por lo que está habitada en todo su territorio, como la Tierra en la que estamos y poblada, por decirlo de algún modo, con las más grandes criaturas vivientes y las más bellas plantas; y esas criaturas que ahí están son quince veces más fuertes y más poderosas que las nuestras, la misma Tierra no produce desechos y el día allí es, proporcionalmente, más largo” (1603: 825). Diógenes Laercio refiere de Anaxágoras que “declaró que había moradores en la Luna y, más aún, cerros y quebradas” (2.8); y Cicerón en su *Academica* anota que “Xenófanes dice que la Luna está habitada y es un lugar con muchas ciudades y montañas” (2.39.123). Ateneo en *Deipnosophistae* cuenta una anécdota curiosa, “Pero Neocles de Crotona se equivocaba al decir que el huevo del que nació Elena provino de la Luna, puesto que, aunque las selenitas ponen huevos, su prole es quince veces más grande que la nuestra, como señala Herodoro de Heraclea” (2.57). Eliano, en *On Animals*, refiere el antiguo mito según el cual el león de Nemea había caído de la Luna (12.7), Macrobio, en *Commentary on the Dream of Cicero* ([1952] 1991) comenta que “los filósofos naturales llamaban la Luna ‘tierra etérea’ y a sus habitantes ‘gente lunar’, pero las razones para hacerlo son demasiado numerosas para referirlas aquí”. (11.7, p.131).

el cielo nocturno, pero la conexión científica entre la Tierra y la Luna había sido impuesta por Gilbert tanto en sus obras publicadas como en aquellas sin publicar. El advenimiento del telescopio reafirmó esta conexión pues, incluso con lente de escaso poder y particularmente durante los cuartos creciente y menguante, podía revelar los cráteres lunares con una asombrosa precisión. Sir William Lower le escribió a Thomas Hariot a comienzos de 1610 contándole que había dirigido el “cilindro de perspectiva” de Hariot hacia la Luna, la cual se le apareció “como las descripciones de las costas en los libros holandeses de viajes” –los mismos “libros holandeses” que usó Godwin para las secciones de apertura de su ficción– (citado en Shirley, 1983: 399). Además, el siglo XVII vio el surgimiento de la selenografía, o de la cartografía lunar, que tuvo comienzo con el rudimentario mapa de Gilbert (que califica como tal en virtud de estar hecho sobre una cuadrícula de 8 x 8) y un desarrollo hasta el mapa de Langrenus de 1645 (Michael van Langren, 1600-1675); 168 de los 325 nombres dados por Langrenus a lugares en la Luna han sobrevivido (Whitaker: 3.68).

Las tradiciones literarias o humanistas y la astronomía práctica no son actividades separadas para los astrónomos de la modernidad temprana (Grafton, 1991: 178-203; 1992: 561-572). Kepler, por ejemplo, concebía un trabajo sobre la Luna que parecía más una mezcla de sátira y utopianismo que un tratado formal de astronomía:

Campanella escribió *La ciudad del Sol*. ¿Y qué de mis escritos sobre una “Ciudad en la Luna”? ¿No sería magnífico describir las costumbres de los cíclopes de nuestro tiempo con tintes vívidos, pero, al hacerlo –y para estar a salvo– dejar esta tierra e ir a la Luna? Moro en su *Utopía* y Erasmo en su *Elogio de la locura* se sumergen en problemas y tienen que defenderse. Por

lo tanto, dejemos las vicisitudes de la política y quedémonos con los verdes, frescos y placenteros campos de la filosofía.¹⁶

Pero, como dice Kepler, este es un proyecto que acaba de rechazar: el *Somnium* definitivo *no* es, según Kepler, un trabajo deudor del utopianismo y su carta predice más adecuadamente lo que escribirá Godwin; el obispo realizó el proyecto que el astrónomo abandonó.

Godwin tendría a disposición también la más famosa colección de especulaciones lunares de la Antigüedad, el diálogo de Plutarco sobre la cara visible de la Luna –un diálogo que, significativamente, acompañaría la primera edición del *Somnium* de Kepler–. Este fue un gesto, por parte de Kepler, que señalaba la deuda literaria antes que autobiográfica. La circulación del manuscrito del *Somnium* ocasionó, después de todo, la persecución de la madre de Kepler bajo el cargo de brujería.¹⁷ El diálogo de Plutarco es un útil resumen de los más antiguos comentarios sobre la Luna, y ahí Godwin pudo hallar ideas que eran muy similares a las que habían sido desarrolladas por Gilbert y otros –especialmente la tesis antiaristotélica de que podría haber muchos centros en el Universo y que la Luna tiene su propio centro, que se mueve “por medio de un espíritu y naturaleza diferentes” del que opera en la Tierra. Las tesis “gilbertianas” ya habían estado a disposición de cualquier lector accidental de Plutarco. De algún modo, entonces, la moderna tradición astronómica se complementaba con la antigua más que impugnarla.

16 Carta a Matthias Bernegger, Linz, 4 de diciembre de 1623 en Kepler, *Gesammelte Werke*, Max Caspar (ed.), vol. 18 (Muchich, 1959, p. 143); hemos tomado prestada la traducción al inglés de Carola Baumgardt en *Johannes Kepler: Life and Letters* (Londres, Victor Gollancz, 1952, pp. 155-156).

17 Kepler menciona el asunto en la octava nota del *Somnium* (pp. 38-41).

Bibliografía

- Abbot, George. 1604. *The Reasons Which Doctour Hill hath bright, for the Upholding of Papistry*. Oxford, Simon Waterson, p.88.
- Applebaum, Wilbur. 1696. "Kepler in England: The Reception of Keplerian Astronomy in England, 1599-1687". Disertación de doctorado, SUNY Buffalo.
- Baine Campbell, Mary. 1997. "Impossible Voyages: Seventeenth-Century Space Travel and the Impulse of Ethnology", *Literature and History* 6.2, pp. 1-17, at. 3.
- Blundeville, Thomas. 1594. *M. Blundeville his Exercises*. Londres, John Windet, 181r.
- de Zuñida, Diego. 1591. *In Iob Comentaría*. Roma, Franciscus Zannettus, pp. 140-41.
- Clark, Andrew (ed.). 1887. *Register of the University of Oxford*. Oxford, Clarendon Press, vol. 2, parte 1, pp. 170-177.
- Dick, Stephen J. 1982. *Plurality of Worlds*. Cambridge, CUP.
- Digges, Thomas. 1576. "A perfit description of the Caelestiall Orbes", anexoado por Leonard Digges a *A Prognostication Everlastinge*. Londres, Thomas Marsh, fol. 43r.
- Dobrzycki (ed.), *The Reception of Copernicus' Theory*. Dordrecht, Reidel, pp. 271-291
- Feingold, Mordechai. 1984. *The Mathematician's Apprenticeship: Science, Universities and Society 1560-1640*. Cambridge, CPU.
- . 2004. "Giordano Bruno in England, Revisited", *Huntington Library Quarterly* 67, pp. 329-346.
- Gingerich, Owen. 2004. *The Book Nobody Read: In Pursuit of the Revolutions of Nicolas Copernicus*. Londres, William Heinemann, pp. 63-68.
- Grafton, Anthony. 1991. "Humanism and Science in Rudolphine Prague: Kepler in Context" en *Defenders of the Text: The Traditions of Scholarship in an Age of Science 1450-1800*. Cambridge, MA, Harvard University Press, pp. 178-203
- . 1992. "Kepler as Reader", *Journal of the History of Ideas* 53, pp. 561-572.
- . 1997. *Commerce with the Classics: Ancient Books and Renaissance Readers*. Ann Arbor, University of Michigan Press, pp. 185-224 y 195-96.

- Grant, Edward 1977. *Physical Sciences in the Middle Ages*. Cambridge, CPU.
- . 1987. "Celestial Orbs in the Latin Middle Ages" en *Isis* 78, pp. 152-173.
- . 1994. *Planets, Stars, and Orbs: The Medieval Cosmos, 1200-1687*. Cambridge, CUP.
- Jardine, Nicholas 1982. "The Significance of the Copernican Orbs" en *Journal for the History of Astronomy* 13, pp. 168-94 y 170-174
- Jared, Adam, Apt. 1982. "The Reception of Kepler's Astronomy in England: 1596-1650". Tesis de doctorado en Filosofía. Oxford.
- Johson, F. R. (1968, 1937). *Astronomical Thought in Renaissance England: A Study of the English Scientific Writings from 1500 to 1645*. Nueva York, Octagon Books.
- Kepler, Johannes. 1634. *Somnium, seu opus posthumum de astronomia lunari*. Sagan/ Frankfurt, the heirs of Kepler.
- Macrobio, [1952] 1991. *Comentary on the Dream of Cicero*. Harrs Stahl, William (trad., introd. y notas). Nueva York, Columbia University Press.
- McColley, Grant. 1936. "The Seventeenth-Century Doctrine of a Plurality of Worlds", *Annals of Science* 1, pp. 285-430.
- Melanchthon, Philip. 1581. *Initia Doctrinae Physicae*. Wittenberg.
- Parrett, Aaron. 2004. *The Translunar Narrative in the Western Tradition*. Aldershot, Ashgate, p. 54.
- Plutarco. 1603. *The Philosophie, commonlie called, the Morals*. Holland, Philemon (trad.). Londres, Arnold Hatfield, p. 825.
- . 1957. *Defacie in orben lunae, Moralia*, vol. 12. Harvard, Heinemann-Harvard.
- Riccioli, Jean-Baptista. 1651. *Almagestum Novum*. Bolonia, pp. 187-188.
- Ridley, Mark. 1613. *A Short Treatise of Magneticall Bodies and Motion*. Londres, Nicholas Okes, p. 13.
- Romm, James S. 1988-1989. "Lucian and Plutarch as Sources for Kepler's *Somnium*", *Classical and Modern Literature* 9, pp. 97-107.
- Rosen, Edward [1967] 2003. *Kepler's Somnium. The Dream, or Posthumous Work on Lunar Astronomy*. Madison, U fo Winconsin/Nueva York, Dover.

- Russell, John L. 1972. "The Copernican System in Great Britain", en Dobrzycki, Jerzy (ed.). *Reception of Copernicus' Heliocentric Theory*. Dordrecht, D. Reidel, pp. 189-239.
- Salisbury, Thomas. 1665. *Mathematical Discourses and Demonstrations*. Londres, pp. 468-470.
- Shirley, John W. 1983. *Thomas Hariot: A Biography*. Oxford, Clarendon Press, p. 399.
- Socas, Francisco. 2001. *El sueño o la astronomía de la Luna*. Huelva, Universidad de Huelva.
- Stern, Virginia F. 1979. *Gabriel Harvey: His Life, Marginalia and Library*. Oxford, Clarendon Press, p. 165.
- Taton, René y Wilson, Curtis (eds.). 1989. *Planetary Astronomy from the Renaissance to the Rise of Astrophysics*. Cambridge, CPU.
- Vernet, Juan. 1972. "Copernicus in Spain" en *Studia copernicana* 5, pp. 275-277; 271-291.
- Westman, Robert S. 1975. "The Melanchthon Circle, Rheticus, and the Wittenberg Interpretation of the Copernican Theory", *Isis* 88, pp. 164-93.
- . 1980. "The Astronomer's Role in the Sixteenth Century: A Preliminary Study", *History of Science* 18, pp. 105-47.
- . 1986. "The Copernicans and the Churches" en Lindberg, David C. y Numbers, Ronald L. (eds.). *God and Nature: Historical Essays on the Encounter between Christianity and Science*. Berkeley, UCP, pp. 76-113 y especialmente 87-89.
- Whitaker, Ewen. 2003. *Mapping and Naming the Moon*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 3-68.

El hombre en la Luna o Discurso sobre un viaje hasta allí realizado por Domingo Gonsales, el veloz mensajero

Francis Godwin

Elina Montes (traducción)

*Al ingenioso lector*¹

Presento ante ti un ensayo de la imaginación, en el que razón e invención se muestran juntas. La intención del autor no fue, creo yo, hablarte con la verdad en cada circunstancia particular. Este arreglo a él le otorga libertad de ingenio, ahí donde tú puedes ejercer libertad de juicio. En síntesis, tienes ante ti el novedoso descubrimiento de un nuevo mundo, que es posible que te resulte un poco más entretenido que el que Colón descubriera en la estima de todos los hombres por primera vez... Que hubiera antípodas era antes una paradoja tan grande como lo es hoy pensar que la Luna podría ser habitable. Pero parece más apropiado pensar que este conocimiento está reservado a nuestra época de descubrimientos, en la que nuestro Galileo, con la ventaja de sus catalejos, puede observar las manchas del Sol y describir montañas en la Luna. Pero, en el discurso que

¹ Esta carta aparece en la primera edición de 1638 y se excluye de las subsiguientes.

sigue, dejo esto y más en manos de tu franca censura y el fiel relato del testigo presencial,² nuestro gran descubridor.

E. M.³

El hombre en la Luna

Todo el país de Andalucía sabe que yo, Domingo Gonsales, he nacido en 1552 de noble familia, renombrada en la ciudad de Sevilla. El nombre de mi padre es Therando⁴ Gonsales y, por parte de madre, soy pariente cercano de Pedro Sanches, el noble conde de Almanera; mi madre fue la hija del famoso hombre de leyes Otho Perez de Sallaveda, gobernador de Barcelona y corregidor de Vizcaya. Soy el más joven de diecisiete hijos y fui enviado a la escuela y prometido a la Iglesia; pero los propósitos del Altísimo de usar mis servicios en causas de otra naturaleza me inspiraron en emplear algo de tiempo en las guerras, en la época en que el renombrado Duque de Alba,⁵ don Fernando, fue enviado a

2 Godwin emplea la expresión *eye-witnesse*, que subraya el estatuto experiencial que se otorga a la mirada a lo largo del relato. Este, además, es un rasgo particularmente señalado en la escritura de viajes, a partir del siglo XVI, puesto que privilegia un conocimiento empírico, que surge del contacto con la realidad, por encima del adquirido a través de los libros. Una actitud que va a correr pareja con la paulatina relevancia adquirida por el saber científico en desmedro del conocimiento obtenido de la especulación filosófica.

3 Aunque escrita en inglés por Godwin, la obra lleva, en su primera edición, la indicación de que había sido "escrita en español por Domingo Gonsales y traducida al inglés por Edward Mahon, gentilhomme". Las iniciales que aparecen aquí aparecen pueden, entonces, vincularse con el ficticio traductor del relato.

4 Por Fernando, probablemente un error en la transcripción del manuscrito.

5 El Duque de Alba fue enviado por Felipe II a los Países Bajos con un poderoso ejército para aplacar las revueltas calvinistas. Nombrado gobernador (1566-1573), se volvió altamente impopular debido a los sangrientos tribunales que juzgaron y ejecutaron a los sublevados, los altos costos de mantenimiento de las tropas y el descontento de la población por la imposición de nuevos tributos, un conjunto de factores que obligaron a Felipe II a reemplazarlo en el cargo.

los Países Bajos, en 1568. Siguiendo el curso de mis deseos, dejé la Universidad de Salamanca, a la que mis padres me habían enviado, sin avisarle a ninguno de mis amigos y, viajando por Francia, me dirigí a Amberes, ciudad a la que llegué sin mayores complicaciones. Había vendido mis libros, la ropa de cama y otros enseres, que me redituaron unos treinta ducados, y a los padres de mis amigos pedí prestados unos veinte adicionales. Adquirí un pequeño rocín con el que viajé algo más frugalmente de lo que acostumbran los jóvenes gentilhombres, hasta que, al llegar a una legua de Amberes, unos condenados menesterosos⁶ cayeron sobre mí y me privaron del caballo, del dinero y de todo lo demás, de modo que me vi obligado a entrar al servicio del Mariscal Cossey, un noble francés, al que he provisto honorable asistencia, aunque mis enemigos afirman, para mi desgracia, que no he sido más que su mozo de cuadra. En lo que atañe a esta cuestión, me remito al Conde Mansfield, así como a otras personas de su condición, que a menudo han atestado ante muy dignas personas, y de ese modo confirman el verdadero estado de mis asuntos, es decir, que el señor Cossey fue enviado en esos días al Duque de Alba, gobernador de los Países Bajos. Este le informó acerca de la nobleza de mi cuna y de mis recientes infortunios y juzgó que sería no poco honor para él que un español de mi calidad lo sirviera. Se me proveyó, entonces, de un caballo, de armas y de todo lo que yo deseara usar en mi servicio. Tuve luego que aprender francés para escribir sus cartas, puesto que mi estilo era cuidado. En tiempos de guerra, y siempre que fuese necesario, a veces yo mismo aparejaba mi caballo y no debería reprochárseme, puesto que es deber de un gentilhombre ejercer los oficios más viles para servir a su príncipe.

⁶ *Geuzes* en el original, probablemente en alusión a *Les Gueux* ("mendigos"), nombre adoptado por nobles calvinistas confederados que, en los Países Bajos, se oponían a Felipe II.

La primera expedición de la que tomé parte fue contra el príncipe de Orange⁷ cuando mi amigo el Mariscal se le enfrentó camino a Francia, lo desbarató y lo forzó a huir, dándole caza hasta los mismos muros de Cambrai: mi buena fortuna quiso que derrotara a un soldado, matando a su caballo con mi pistola; el jinete, al caer bajo sus patas no podía moverse y se entregó a mi misericordia; yo tenía conciencia de la debilidad de mi persona y, al verlo alto y vigoroso, me aboqué a pensar cuál sería el modo más efectivo de acabar con él. Lo cual llevé a cabo hurtándole una cadena, dinero y otros objetos por el valor de doscientos ducados. Ni bien la plata estuvo en mis bolsillos, asaltó mi memoria el recuerdo de mi nobleza y, pidiendo licencia a Monsieur Cossey, regresé de inmediato a la corte del Duque de Alba, donde varios de mis conocidos, viendo que mis bolsillos estaban repletos de coronas, se hallaron bien dispuestos a tomarme en consideración. A través de ellos, hallé empleo en la corte y, al poco, tiempo obtuve el favor del Duque; de vez en cuando, este bromeaba sobre mi persona más de cuanto yo podía soportar; aunque reconozca que mi estatura es bien baja y no crea que haya otro hombre tan poco favorecido, hay cosas que no dependen de nosotros sino de la voluntad divina, razón por la cual él no debiera haberle enrostrado semejante asunto a un caballero. Los hechos gloriosos que me sucedieron evidencian que hasta los cuerpos menos agraciados pueden protagonizar eventos maravillosos, si el espíritu es bueno y la bendición de nuestro Señor secunda y acompaña nuestros esfuerzos.

Ahora bien, aunque las bromas del Duque me molestaban bastante, me empeñé tanto en ocultar mi resentimiento y adaptarme a sus otros humores que terminé por ganar sus favores; siendo el año 1573, yo le asistía en su partida

7 Luis de Nassau, calvinista y figura clave de las fuerzas rebeldes contra España.

hacia España y, sea por la consideración hacia mí como por otros asuntos en los que por mi afán a menudo se me requería, pude llevar a casa tres mil coronas en mis bolsillos.

Mis padres, que habían quedado muy perturbados por mi partida, me recibieron a mi regreso con una alegría acrecentada por el hecho de ver que yo podía mantenerme por mí mismo sin ser una carga para ellos o menguar la parte que correspondía a mis hermanos y hermanas. Sin embargo, temiendo que gastara mi fortuna con la misma rapidez con la que la había adquirido, me solicitaron que pidiera en matrimonio a la hija de John Figueres, un notable mercader de Lisboa. Satisfice sus deseos y puse no solo la dote sino buena parte de mi dinero en manos de mi suegro, por lo que viví casi como un caballero, desahogadamente y con gran contento, por muchos años.

Al cabo de un tiempo, surgió una querrela entre un gentilhombre y pariente, Pedro Delgades, y yo. La misma cobró dimensiones tales que no pudo prevalecer la mediación de ningún amigo, tomamos las espadas y buscamos un desencampado, y ahí la suerte estuvo de mi lado y lo maté, aunque era un hombre verdaderamente fuerte, pero lo que me faltaba en fuerza lo suplía en coraje y mi agilidad compensaba su estatura. Esto sucedió en Carmona, por lo que escapé a Lisboa, pensando en esconderme en casa de algunos amigos de mi suegro hasta que el asunto se resolviera y los fiscales aceptaran una sentencia de absolución. Esto ocurrió en 1596, por esa época, un famoso conde español, regresado de las Indias Orientales, hizo declaraciones públicas de una gran victoria que había obtenido contra los ingleses cerca de la Isla de los Pinos.⁸ Sea cual fuere la verdad, lo cierto es

8 Muy próxima a Cuba, así se la conoció hasta 1978, cuando fue rebautizada como Isla de la Juventud. En 1668 Neville escribe un relato utópico llamado *The Isle of Pines*. La obra fue traducida al español para esta misma colección por el Dr. Lucas Margarit, a cargo también del estudio introductorio y notas.

que, en ese viaje, no había conseguido más que unos cuantos golpes y una cuantiosa pérdida.⁹

Si sus crímenes hubiesen sido solo la mentira y la vanidad, no hubiesen sido tan grave, pero su codicia estuvo a punto de ser mi ruina definitiva; se comprobó –sin embargo– que él fue un medio para inmortalizar mi nombre, y en verdad espero que, de ahora en más, así sea para toda la posteridad, con un indecible beneficio que devengará a todos los mortales. Plazca a los cielos que pueda volver a salvo a mi país y a mi casa, aunque parezca imposible, y que pueda dar perfectas instrucciones acerca del uso de mis dispositivos e ilustrar sobre los modos en que deben hacerse públicos. Entonces, verán hombres volar de un lado a otro por el aire; podrán enviar mensajes a varias millas en un instante y recibir respuesta inmediata, sin la ayuda de ninguna criatura sobre la superficie de la Tierra; ustedes podrán compartir el pensamiento con un amigo, aunque se halle en el más remoto y oscuro lugar de una ciudad populosa. Se les brindará muchas otras cosas parecidas, pero lo que colmará toda expectativa es recibir noticias del descubrimiento de un Nuevo Mundo, junto con abundantes, raros e increíbles secretos de su Naturaleza, que los filósofos de edades pretéritas jamás soñaron poseer. Sin embargo, deberé ser precavido en la publicación de estos misterios maravillosos, hasta que nuestros hombres de Estado hayan considerado cómo pueden ser compatibles con la política y el buen gobierno de nuestro país, y los Padres de la Iglesia hayan juzgado que su divulgación no es perjudicial para la fe católica y la religión. Puesto que he visto esas maravillas antes que ningún otro mortal, he pensado anticiparlas de la

9 Godwin se refiere al escrito de Savile, *A Libell of Spanish Lies* (1596), una propaganda antiespañola en la que se refuta el informe de Delgadillo de Avellaneda, comandante de la flota española que se había enfrentado a la inglesa cerca de la Isla de los Pinos. Avellaneda alude al debilitamiento de las fuerzas inglesas luego de la muerte de Francis Drake ocurrida a principios de 1596.

mejor manera, y espero poder hacerlo, haciendo caso omiso de toda ventaja temporal.

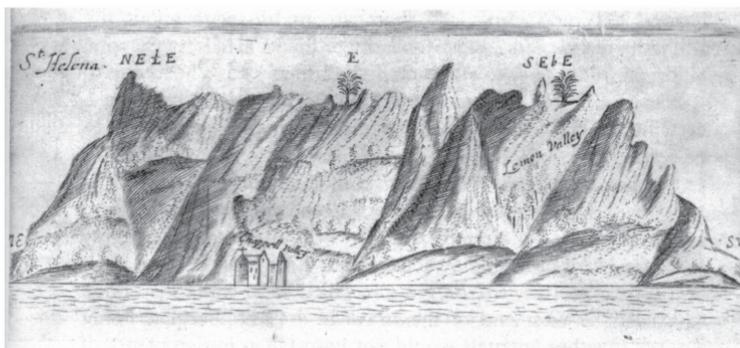
Pero procedamos con el relato: el pedante capitán del que hice mención mostró gran descontento con la muerte de Desgades, quien al parecer habría sido su pariente; sin embargo, prometió no hacer bulla ni anteponer demandas si yo le entregaba mil ducados. Por entonces tenía yo esposa y dos hijos, que no iba a dejar en la ruina solo para satisfacer el avaricioso humor de ese bravucón, por lo que tuve que tomar otras medidas. Me embarqué en una sólida carraca fletada para las Indias Orientales, llevaba conmigo dos mil ducados para comerciar con ellos y dejé a mi esposa e hijos con otro tanto para su sustento, por si la fortuna no me acompañaba. En las Indias prosperé más de lo esperado, invertí piedras preciosas, mayormente diamantes, esmeraldas y perlas, que compré a tan excelentes condiciones, que al llegar a España (pues entiendo que se recibieron) deben haber rendido diez veces más. Pero, al doblar el Cabo de Buena Esperanza camino a casa, enfermé gravemente y no esperaba más que la muerte, la que habría sobrevenido con certeza si no hubiésemos arribado a la bendita isla de Santa Helena, a mi entender, el único paraíso en la Tierra, por su aire saludable y ese suelo fértil que produce todo lo que un hombre puede necesitar en vida. Lo que pueda decir en España lo saben hasta los niños y no dejo de preguntarme por qué nuestro rey, en su inmensa sabiduría, no ha pensado en establecer ahí una colonia y fortificarla, siendo que es un lugar tan necesario para el aprovisionamiento de los viajeros que van a las Indias, que es imposible pensar que alguien haga esa travesía sin parar en la isla.

Está ubicada aproximadamente a 16 grados de latitud sur y no hay tierra firme ni continente a menos de 300 leguas marinas, ni isla a menos de 100 leguas a la redonda; parece un milagro de la naturaleza que en tan vasto y tempestuoso

océano pueda emerger y mostrarse una superficie tan pequeña de tierra.¹⁰ Hay una excelente bahía al sur y, próximas a esta, varias casas construidas por los portugueses para alojamiento de los extranjeros, como también una capillita embellecida por la torre del campanario. Cerca de esta corre un arroyo con óptima agua fresca y bellas alamedas con naranjos, limoneros, granados, almendros y otros árboles a ambos lados, que dan frutos todo el año, como por ejemplo, higueras, viñedos, perales (de muy diferentes variedades), palmeras, cocoteros, olivos, ciruelos y hasta algunos damascos, que he visto con mis propios ojos. Hay abundante provisión de hierbas de jardín como perejil y romero, y no faltan colzas, melones, calabazas y lechuga; el maíz crece solo y es muy abundante, lo mismo que el trigo, los guisantes, la cebada y casi todas las legumbres. Lo que más abunda, sin embargo, es el ganado vacuno y aviar, pero no faltan cabras, ovinos y porcinos, caballos, perdices, gallinas salvajes, faisanes, palomas, y todo tipo de ave silvestre, más allá de lo imaginable. En especial en febrero y marzo pueden observarse grandes bandadas de cisnes salvajes (de los que tendré ocasión de hablar más adelante) que, como nuestros cucos y ruiseñores, desaparecen en determinada estación y no se ven por lo que queda del año.

En esta isla bendita me desembarcaron junto a un negro para que cuidara de mí, y ahí quiso Dios que recuperara mi salud y permaneciera por todo un año, entreteniéndome con pájaros y bestias, a falta de hombres con los que estar en sociedad; Diego, que así se llamaba el esclavo negro, se vio forzado a vivir en una cueva en el extremo oeste de la isla, puesto que si hubiésemos vivido juntos los víveres no

10 En 1589 Richard Hakluyt publica *Voyages and Discoveries: Principal Navigations, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation*; en el capítulo "The prosperous voyage of the worshipful Thomas candis" hace una descripción de la Isla de Santa Elena, abordada por el Cavendish que, muy probablemente, haya servido de referencia a Godwin.



hubiesen sido suficientes para los dos, pero así, si uno tenía éxito en la caza de animales o pájaros, el otro hallaría el modo de reunírsele; si ambos fallábamos, nos esforzaríamos en buscar cada uno por su cuenta, pero esto ocurría pocas veces, ya que ahí las criaturas no le temen al humano más que a una cabra o a una vaca, razón por la cual pude amansar fácilmente muchos pájaros y animales con solo amordazarlos para que comieran únicamente cuando estaban conmigo o con Diego. Al principio, hallé gran satisfacción con una suerte de perdices y en un zorro manso, de los que hice buen uso. Si tenía necesidad de hablar con Diego, tomaba uno de ellos, lo amordazaba, lo hambreaba y, luego, le ataba una nota al cuello alejándolo de mí con un golpe para que fuese derecho a la cueva de Diego; si el animal no lo hallaba ahí, entonces iba de arriba abajo por el lado oeste de la isla hasta encontrarlo. Sin embargo, este método de transporte trajo aparejados algunos inconvenientes que sería superfluo relatar aquí. Pasado un tiempo convencí a Diego (quien, por ser de buen talante, siempre accedió a estar a mis órdenes) para que trasladara su morada hasta un promontorio o cabo en la parte noroeste de la isla. Estaba a más de una legua, pero a la vista de mi casa y de la capilla y, por ende, cuando el clima lo permitía, podíamos hacernos

señales en todo momento, y hacernos entender el uno al otro en un instante, tanto de día como de noche, cosa que nos alegró sobremanera.

Si de noche quería comunicarle algo, lo hacía sosteniendo una luz en la torre o sitio donde cuelga la campana: era una habitación amplia, con una bella ventana con vidrios, con paredes encaladas, de un blanco níveo. Por esta razón, aunque la luz era pequeña, resplandecía y, de ser necesario, se hubiese visto desde más lejos. Solía cubrir la luz luego de haberla exhibido durante media hora: y luego, si veía alguna señal de mi compañero desde el cabo, sabía que él esperaba noticias mías y se las hacía llegar ocultando y mostrando la luz, siguiendo ciertas reglas que habíamos acordado entre nosotros, lo hacía sin inconvenientes y de manera similar durante el día, comunicándome con él a voluntad, a veces mediante humo, a veces con polvo, otras veces de manera más sutil y efectiva.

Esta modalidad contiene más misterios de los que pueden decirse en pocas palabras, es posible que en el futuro prepare un discurso sobre el tema,¹¹ asegurándome que el mismo resulte útil para la humanidad y que sea usado adecuadamente: en efecto, lo que un mensajero tarda muchos días en llevar a cabo, puede este método efectuarlo en el arco de una hora. En fin, a pesar de todo, después de un tiempo me cansé de todo esto, porque me resultaba muy engorroso, y volví a mis mensajeros alados.

A la orilla del mar, especialmente cerca de la boca de nuestro río, encontré una importante colonia de ciertos cisnes salvajes (mencionados más arriba) que se alimentaban

11 En 1629 –y antes de que la novela se diera a conocer– Godwin había publicado el panfleto *Nuncius Inanimatus*, que puede leerse en el Anexo 3. En el mismo, el autor hace un repaso de los métodos de comunicación a distancia hasta entonces conocidos y sugiere que posee el secreto de una modalidad inédita y efectiva para llevar adelante tal propósito, como también insinúa al final de la novela.

en grupo alrededor de una presa, un pez o un ave, cosa en verdad muy extraña. Tienen patas con garras, y talón como los del águila, mientras que en todo lo demás se parecen a un cisne o ave de agua. Estos pájaros se reproducen en gran cantidad, yo tome unas treinta o cuarenta crías jóvenes y las tuve en parte para mi recreación y en parte porque ya tenía en mente algunos rudimentos de ese dispositivo que luego puse en práctica. Son criaturas fuertes y aptas para vuelos prolongados, por lo que les enseñé, en primer lugar, a acudir desde lejos a mi llamado, sin proferir sonido alguno sino solo mostrándoles una tela blanca. En ellas pude ver que es cierto lo dicho por Plutarco, cuando afirma que *Animalia Carnivora* son *dociliora quam alterius cuiusuis generis*. Sería maravilloso describir los trucos que les enseñé cuando ya tenían unos tres meses: entre otras cosas, poco a poco, aprendieron a volar llevando una carga, y debo decir que eran muy aptas para ello, tanto que las preparé para realizar otra tarea: si Diego les mostraba un trapo blanco desde la cima de la colina, las aves podían llevarle desde mi asentamiento pan, carne y otras cosas que le enviara para luego volver a mí tras un llamado.

Habiendo llegado a este punto, se me ocurrió pensar que podía unir las aves unas a otras para que acarrearan una carga mayor: si lograba realizarlo, sería capaz de hacer que un hombre volara, al ser transportado por el aire hasta un determinado lugar, a salvo y sin sufrir daño alguno. Reflexioné, agudicé mi ingenio e hice algunas pruebas y por experiencia pude comprobar que si se colocaba mucha mercadería en una sola carga, como era imposible que las aves se elevaran todas juntas y al mismo tiempo, cuando la primera levantaba vuelo, se atoraba, puesto que tenía que soportar un peso mayor del que podía mover por sí sola, y así les sucedía a la segunda, a la tercera y a cada una de las demás. Finalmente, inventé un método por el que cada una

de ellas podía despegar arrastrando consigo solo el peso que le correspondía en proporción, y así se hizo.

Fijé sobre cada una de mis *gansas*¹² un pequeña polea de corcho y a través de ella coloqué una cadena de mediana longitud, até un extremo de la misma a un bloque de aproximadamente ocho libras de peso. El extremo opuesto de la cadena lo até a una pesa de unas dos libras y, hecho esto, a la señal indicada se elevaron todas las aves (cuatro en total) y levantaron el bloque llevándolo hasta el lugar indicado. La operación se desarrolló de acuerdo con lo que yo esperaba y deseaba; hice luego la prueba con un cordero, usando dos o tres pájaros más. Hay que decir que es envidiable la fortuna del animal, puesto que fue la primera criatura viva en tomar posesión de ese dispositivo.

Finalmente, luego de muchos ensayos, comencé a tener un gran anhelo de ser acarreado yo mismo de esa manera. Diego, mi moro, estaba poseído por el mismo deseo. Yo le tenía un gran afecto y, por otra parte, necesitaba de su ayuda; quizás debería haber tomado su ambición como una pequeña maldad de su parte, dado el mayor honor que le esperaba al que se convirtiera en el primer hombre en emprender vuelo, casi como un Neptuno que por primera vez se aventurara a navegar en el mar. Sea como fuere, no pareció darse cuenta de que su deseo me arrebatara esa distinción y solo le dije (porque así lo creía) que la totalidad de mis *gansas* no constituían una fuerza suficiente para llevarlo, siendo como era un hombre de por lo menos el doble de mi peso. Así que, habiendo hecho provisión de lo necesario, me coloqué con toda mi parafernalia sobre una roca en la embocadura del río y dirigí el aparato (cuya descripción

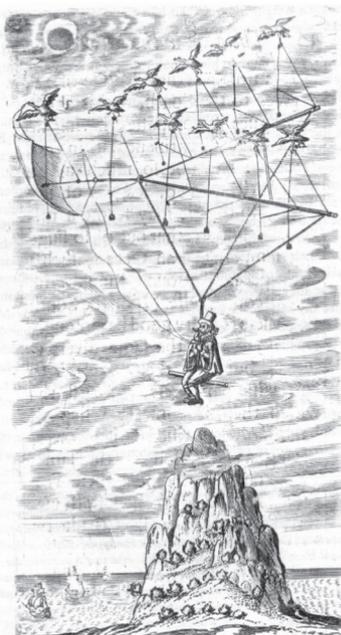
12 En español en el original. William Poole, en la nota de su edición, explica que la palabra puede provenir también del alemán y del holandés *gans*, y agrega que "Philemon Holland había usado esta palabra previamente en su traducción de Plinio (1601) y es probable que Godwin la haya tomado de ahí".

se acompaña) hacia el mar abierto; hice que Diego desplegara la señal, tras lo cual mis pájaros, veinticinco en total, de inmediato levantaron vuelo y me llevaron con vigor hasta una roca del lado opuesto, distante aproximadamente un cuarto de legua.

Elegí ese momento y ese lugar porque pensé que si la empresa fallaba, contra toda expectativa y por algún motivo inesperado, en el peor de los casos caía al agua y podía ponerme a salvo nadando, recibiendo en la caída pocos golpe o ninguno. Pero, una vez a salvo, admito que mi

corazón estaba henchido de alegría y de admiración por mi propio invento. ¡Cuántas veces quise estar en España y que todos me reconocieran de inmediato por mi gloria y renombre! No pasaba hora sin que deseara que llegara la flota de las Indias para llevarme a casa, pero por desgracia y por razones que ignoro, tardaron tres meses más de lo acostumbrado. Por fin arribaron tres buques dañados por el embate de los elementos, con casi todos sus tripulantes enfermos y debilitados, circunstancia que los obligó a quedarse un mes entero en la isla para reponerse.

El capitán de nuestra almiranta se llamaba Alfonso de Xima, un hombre valiente, sabio, deseoso de fama y digno de mejor fortuna de la que luego le deparó el destino. Lo hice conocedor del dispositivo con mis gansas, sabiendo que de otro modo hubiese sido imposible persuadirlo



a recibir tantas aves en su barco. Esto era, en efecto, problemático principalmente por la dificultad de los arreglos que para ellas debían llevarse a cabo y habiendo ya tantos hombres embarcados. Le imploré, sin embargo, con ruegos y persuasiones de todo tipo que me dispensara un trato tanto honesto como secreto. No dudé de esto último, puesto que me aseguró que no se hubiese atrevido a difundir la noticia del dispositivo antes de que se diera conocimiento del mismo a nuestro rey. Pero no estaba tan seguro de su honestidad, puesto que la ambición y el deseo de sacar ventaja del honor por semejante invento podía tentarlo a deshacerse de mí; sin embargo, me vi forzado a correr el riesgo, con el consiguiente peligro de perder mis aves, únicas en toda la cristiandad para ese propósito específico y, por lo tanto, seguramente irremplazables. Y bien, mis dudas resultaron infundadas, creo que el hombre era honesto. De haberse manifestado desleal, yo había ideado un plan para ponerlo al descubierto y es probable que él lo intuyera y esto lo previno de actuar, sabe Dios cómo, antes de arribar a España, de no haber sido, claro, interceptados como oiréis a continuación.

El jueves 21 de junio de 1599 zarpamos para España; se me consintió alojar mis aves en una cabina muy apropiada mientras que a mi dispositivo se le hizo lugar en la bodega. El capitán hubiese preferido que yo lo dejara en tierra y es una suerte que no lo haya hecho, puesto que salvó mi vida y me proporcionó lo que valoro en más de un centenar de vidas, si las tuviera. Esto es lo que ocurrió: luego de dos meses de navegación nos encontramos con una flota inglesa a unas diez leguas de la Isla de Tenerife, una de las Canarias, que es famosa en todo el mundo por tener una colina a la que llaman El Pico y que se avista y se reconoce desde el mar a no menos de cien leguas de distancia. Teníamos a bordo una tripulación cinco veces más numerosa que la de ellos,

bien provista de municiones y con hombres gozando de buena salud. Sin embargo, veíamos que estaban dispuestos a pelear y, puesto que transportábamos grandes riquezas, pensamos que lo mejor y lo más sabio era, de ser posible, alejarnos rápidamente y no enfrentarnos a una compañía de individuos peligrosos poniendo en riesgo no solo nuestra vida (que en casos como estos un hombre de valor desestima), sino las posesiones de muchos pobres mercaderes, que me temo se hubieran arruinado por completo con la pérdida de sus negocios. Nuestra flota constaba entonces de cinco unidades, a saber, tres carracas, una nao y una carabela¹³ que había llegado de la Isla de Santo Tomás y (en mala hora para ella) se nos había adelantado hacía algunos días.

Los ingleses tenían tres naves regiamente aparejadas que, tan pronto fueron divisadas y como bien pudimos observar, comenzaron a acercársenos cambiando su curso, se esforzaron por mantenerse en línea recta para tenernos a sotavento, lo que pudieron llevar a cabo tan pronto amainó el viento, puesto que poseían bajeles livianos y ágiles, como lo son la mayoría de los ingleses, mientras que los nuestros eran pesados pues estaban muy cargados y, además, tenían el fondo cubierto de moluscos y algas: nuestro capitán resolvió escapar, puede que bastante sabiamente (pero seguro que ni con valentía ni con fortuna), y nos ordenó dispersarnos. La carabela debido a su sobrecarga fue a dar contra una de las carracas y se dañó tan severamente que una de las naves inglesas que la seguía le dio alcance fácilmente y abrió su flanco: la vimos hundirse de inmediato ante nuestros ojos. Por lo que pude percibir, la nao escapó sin que nadie fuera tras ella persiguiéndola, mientras que a otra de nuestras carracas los ingleses le dieron caza por algún tiempo,

13 La carraca era un barco grande, por lo general usado en la guerra, mientras que la nao y la carabela eran barcos más pequeños.

probablemente pensaron que esa llevaba a bordo un botín que apreciábamos mucho, por lo que ejercieron una intimidación sostenida.

Este hecho obligó a nuestro capitán, que estaba a bordo con nosotros, a dar la orden de desembarcar prontamente en la Isla, alegando que esperaba salvar parte de las mercancías y algunas de nuestras vidas, a sabiendas de que el resto debía darse por perdido y encomendarlo a la merced de nuestros enemigos. No pudimos, sin embargo, alcanzar el puerto. Cuando oí semejante resolución, al ver la altura de las olas y consciente de que la costa estaba llena de rocas escondidas y bancos de arena, supe que nuestra nave no habría podido acercarse a tierra antes de hacerse añicos. Fui hasta el capitán y le hice notar que el curso que pretendía tomar era desesperado y le sugerí que mejor intentara la merced de sus enemigos antes de naufragar junto a tantos hombres valientes. Pero no quiso prestar oídos a lo que le decía, con lo cual y viendo que ya era tiempo de que me las arreglara por mi cuenta, busqué primero el cofrecito con las gemas y lo guardé en mi manga, luego me dirigí adonde estaban mis gansas y las coloqué sobre mi máquina, yo me subí a ella confiando –como de hecho sucedió– que cuando la nave se partiera, las aves, si bien actuaban respondiendo a una señal, con tal de salvaguardar su propia vida (lo que está en la naturaleza de todos los seres vivos en pos de preservar su poder) irían hacia la Tierra, lo que hicieron perfectamente y de acuerdo con mis expectativas, loado sea el Señor. La gente de nuestro barco se sorprendió con lo que hice, salvo el capitán ninguno de ellos estaba enterado del uso que hacía de los pájaros, y Diego estaba en la Rosaria,¹⁴ el barco que huyó sin ser perseguido (como dije anteriormente); no faltaba ni media legua para la orilla cuando nuestra

14 Es lo último que sabemos de este personaje en esta obra.

carraca se estrelló contra una roca partiéndose de inmediato, por lo que yo solté las riendas de mis gansas luego de subirme a la parte más alta de la cubierta. Con la conmoción, todas levantaron vuelo llevándome afortunadamente hacia tierra, por lo que me sentí bien retribuido, a pesar de la penosa vista de mis amigos y conocidos miserablemente angustiados. Puedo asegurar, sin embargo, que muchos pudieron escapar de lo peor y tuvieron razones en las que fundar sus esperanzas: los ingleses lanzaron los botes salvavidas y pudimos comprobar que eran hombres de muy noble y generosa disposición, que se apiadaron de los que naufragaban y desplegaron toda la diligencia de la que eran capaces para ayudarlos y salvarlos de la furia de las olas, incluso poniéndose en peligro ellos mismos. Rescataron así a nuestro capitán, quien –según me dijo el padre Pacio–¹⁵ había subido a un bote con otros doce y fue inducido a rendirse ante un capitán Rymundo,¹⁶ que lo llevó junto a nuestro piloto en un largo viaje hacia las Indias Orientales, adonde se dirigían. Su mala fortuna quiso, sin embargo, que cerca del Cabo de Buena Esperanza una rompiente los hundiera sin piedad entre las olas, con esa misma furia inédita de la que poco antes habían podido escapar. El resto de ellos, unas veintiséis personas, según pude saber, subió a otro barco y fue dejada en tierra pasando Cabo Verde.

En cuanto a mí, me sentí a salvo, puesto que logré alcanzar las playas de un país habitado mayormente por españoles. Sin embargo, caí pronto en la cuenta de que los lugareños no estaban al tanto de lo acontecido y fue una suerte que yo diera con esa parte de la isla en la que la colina de la que hablé anteriormente comienza a elevarse. En ese

15 El padre Pacio fue un jesuita que existió en la vida real, con el nombre de Francisco Pasio.

16 Hispanización del nombre real del capitán George Raymond que, con su barco *Penélope*, dobló el Cabo de Buena Esperanza, en 1591.

sitio hay gente salvaje,¹⁷ que vive en las laderas de la colina, cuya cima está siempre cubierta de nieve y, debido a su elevada altura y abrupta pendiente, resulta inaccesible para hombres y bestias. Sin embargo, estos salvajes por temor a los españoles, con los que están en disputa permanente, se mantienen tan cerca de la cumbre como les es posible y ahí tienen diversos sitios bien protegidos, por lo que nunca bajan a los valles de los frutales sino que cazan lo que pueden encontrar en su territorio. Quiso la fortuna que un grupo de ellos pudiera avistarme antes de aterrizar: pensaron que se harían de un buen botín y se aproximaron a toda velocidad, pero; como no se ocultaron pude adivinar su propósito antes de que estuvieran a medio cuarto de legua. Los vi bajar a gran velocidad la ladera de la colina hacia mí, muchos de ellos portaban largos bastones y otras armas que no pude reconocer porque se hallaban a gran distancia. Pensé que sería propicio moverme y cambiar de rumbo para mantenerme fuera del alcance de esos esclavos que, de atraparme, me hubiesen hecho trizas por el odio que tienen hacia nosotros los españoles,

En ese lugar el territorio era yermo, sin árboles, pero las montañas que mencioné comenzaban a elevarse desde ahí y pude divisar en uno de los costados un acantilado blanco. Confié en que mis gansas podrían confundirlo con una señal, tomar un envión y llevarme lo suficientemente lejos como para que esos bárbaros bribones no pudieran

17 Es probable que Godwin haya leído tanto la obra de Richard Hakluyt, *Principal Navigations* (1598) como la de Jan Huygen van Linschoten, *Discours of Voyges into the Easte and West Indies* (traducida al inglés en 1589); en ambas se mencionan los pobladores originarios de las Islas Canarias. Al respecto, Hakluyt dice "These people were called Guanches, naturally they spake another language cleane contrary to the Canarians, and so consequently euery Iland spake a seuerall language." (Llamaban a esta gente *Guanches*, ellos hablaban una lengua muy diferente a la de los canarios, por consiguiente, en cada isla se hablaban diferentes lenguas). Los guanches son los antiguos habitantes de la isla de Tenerife, que se piensa que llegaron alrededor del siglo V a. C.

dar me alcance, y hasta que yo encontrara refugio en lo de algún español o, a lo sumo, tuviera tiempo de esconderme de ellos. Pensé que hacia la noche, y con la ayuda de las estrellas, podía dirigirme a La Laguna, ciudad de la isla que, según creo, está a una legua de distancia de ahí. Entonces, tan rápidamente como pude hacerlo, aparejé mi máquina, dando rienda suelta a mis gansas. Fui muy afortunado, puesto que se elevaron todas al mismo tiempo, aunque no tanto como hubiese deseado. ¿Te preguntas, lector, qué sucedió entonces? *Aures arrige*¹⁸ y prepárate para escuchar el hecho más extraño que le haya sucedido a mortal alguno. Sé que no podrás darle crédito hasta que la repetición de experiencias similares lo pruebe; espero, en efecto, que en breve constatarás más de una hazaña similar. Mis gansas, como esos caballos que sostienen la brida entre sus dientes, no apuntaron al acantilado hacia donde las dirigía, aunque actué de la manera acostumbrada para conducir a la líder de la bandada. Sin embargo, esta me llevó con todas sus fuerzas hacia la cima de El Pico y no se detuvo hasta llegar ahí donde ningún hombre había estado antes, lugar que estimo se halla por lo menos a unas quince leguas de altura –medidas perpendicularmente– sobre el nivel normal de aguas y tierras.

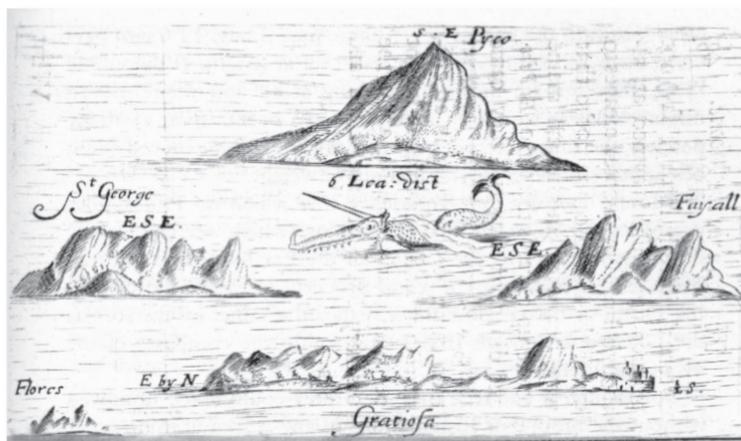
Será para mí un gran deleite contarte acerca del lugar con el que me encontré allí y cuáles fueron los muy importantes asuntos en los que me vi envuelto. Cuando finalmente desembarqué puede notar que mis pobres gansas jadeaban y resoplaban, respiraban penosamente como si fueran a morir; pensé entonces que sería mejor no molestarlas por un tiempo, y me abstuve de llamarlas (puesto que siempre acudían, aun en las peores dificultades), y aguardé lo que pudiese ocurrir.

18 "Mantén abiertos tus oídos".

Estábamos en esa estación del año en la que estas aves migran como los hacen en España los cucos y las golondrinas en otoño. Como pude constatarlo luego –si bien yo las había forzado a que me llevaran con ellas–, tenían muy presente su viaje habitual, así que levantaron vuelo en forma conjunta –para mi indecible terror y asombro a causa de la estampida vertical en línea recta e interrumpida– y, no pudiendo sino desplazarse hacia lo alto, siguieron el ascenso, según pude entender, por el espacio de una hora. Hacia el final de ese tiempo, podía sentir que trabajaban cada vez menos, hasta que al fin, ¡oh, cosa increíble!, cesaron sus movimientos por completo y se quedaron quietas, como paralizadas, como si todas a la vez se hubiesen posado en otras tantas perchas. La máquina estaba inmóvil (y yo con ella), flojos los tirantes, permanecía en el lugar como si no cargara peso alguno. Esta experiencia me hizo comprender lo que ningún filósofo hasta entonces se había atrevido a soñar siquiera, es decir, que esas cosas que llamamos pesadas no se hundan hacia el centro de la Tierra, como sería natural que hicieran, sino que son atraídas como por una propiedad secreta del globo terráqueo o por algo dentro del mismo, como sucede entre el imán y el hierro, cuando están en un radio de atracción mutua.¹⁹

Si bien es cierto que las gansas podían permanecer inmóviles sin el apoyo o el soporte de cosa corpórea alguna más que el aire, y aunque parecían peces en el agua, tan

19 Como en otros momentos en los que diserta sobre temas astronómicos, Godwin sigue aquí la obra de William Gilbert *De Magnete* (1600). Según lo explicita William Poole en su edición anotada, Gilbert afirma que la Tierra se comporta como un magneto en rotación de enorme tamaño, como lo hacen otros cuerpos pesados; el globo terráqueo poseería su propio radio de influencia y centro, independientes de los de otros cuerpos celestes. El radio de influencia sería mayor que la esfera, pero se desconoce cuánto; es por eso que las gansas planean sobre la Tierra sin desplazarse. A diferencia de la gravedad, el magnetismo no es universal para Gilbert, quien lo asocia con el alma de la Tierra.



tranquilas y cómodas se las veía, también es cierto que, ante el menor esfuerzo, se desplazaban con una ligereza y una celeridad difíciles de imaginar, tanto hacia arriba como hacia abajo o a los costados, y siempre todas a la vez. Debo confesar que ese lugar me produjo espanto y asombro a la vez y, si no me hubiese armado de coraje y resolución como español que se precie, seguramente habría muerto de miedo.

Otra de las cosas que en verdad me inquietó fue la rapidez que adquirirían ahí los movimientos, lo cual me dejó casi sin aliento; si tuviese que hacer una comparación, diría que una flecha lanzada desde un arco o una piedra arrojada de lo más alto de una torre serían mucho más lentos.

Debo admitir, por otra parte, que la aparición de demonios²⁰ y espíritus malignos que se acercaron a mí apenas llegué el primer día, fue algo extremadamente impactante, más allá de lo imaginable, se presentaron en gran número y bajo la forma y el aspecto de hombres y mujeres. Estaban intrigados conmigo como podrían estarlo los pájaros ante

²⁰ Godwin utiliza la expresión *Illusions of Devils*.

un búho y se expresaban en lenguajes muy diferentes que yo no entendía, hasta que finalmente les manifesté que yo hablaba un muy buen español, algo de alemán y de italiano, ya que son esos todos los idiomas que conozco.

Solo una vez y por un breve momento pude observar ahí la ausencia del Sol, pues este estaba siempre ante mis ojos. Ahora bien, para satisfacer vuestra curiosidad sobre lo demás, deben comprender que mis aves, aunque atadas a los tirantes, podían fácilmente hallar la manera de lanzarse sobre diversos insectos y pájaros, especialmente cucos y golondrinas, de los que había por doquier y tantos como motas en el Sol; sin embargo, confieso que jamás los vi alimentarse de cosa alguna. En cuanto a mí, estaba demasiado ocupado observando a las criaturas, fueran estas hombres o demonios. Estas, en gran diversidad de lenguas –que me abstengo de mencionar– me dijeron que, si seguía sus instrucciones, no solo llegaría a salvo a casa sino que tendría asegurada la obtención en ese lugar de cuanto placer pudiese desear y cuando lo quisiese. Ante semejante propuesta no me atreví a negarme del todo, les pedí un tiempo para pensarlo y, además, les supliqué que me ayudaran con alguna vitualla para no morir de hambre si bien, y aunque esto pueda parecerles extraño, no tenía demasiado apetito. Así lo hicieron y bien pronto, trajeron una carne excelente y pescado de diferentes procedencias y bien presentado, todo muy fresco y sin ningún tipo de condimento o sal. También probé vinos de distintas variedades y tan buenos como los de los españoles, y una cerveza que ni los belgas podrían envidiar.²¹ Me pidieron luego que me aprovisionara tanto

21 Poole llama la atención sobre el imaginario de la época en el que abundaban los relatos sobre las tentaciones de las criaturas demoníacas o fantásticas que apelan al ofrecimiento de una gran riqueza de alimentos. El despliegue de la abundancia de comidas y las tretas jugadas por estos seres está tanto en el *Doctor Fausto* de Marlowe como en *La Tempestad* de Shakespeare. Por supuesto, también en la literatura popular existe el mundo de las cucañas, a las que se accede de manera

como los medios a mi disposición me lo permitieran puesto que, según me aclararon, hasta el jueves siguiente no podían brindarme ayuda ulterior, aunque sí después de ese día. Llegado el momento, también hallarían los medios para llevarme de vuelta a salvo a España donde seguramente yo desearía estar. Aseguraron que me volvería yo un miembro de su fraternidad puesto que me interiorizaría de los pactos y acuerdos que habían estrechado con su Amo y Maestro, del que no revelaron el nombre. Les contesté con gran amabilidad diciéndoles que, por el momento, no veía razones suficientes para aceptar su ofrecimiento y les rogué me las hicieran notar si la ocasión se presentaba. Así las cosas, ni bien me libré de ellos comencé a llenar mis bolsillos con tantos víveres como pude entre los que hice lugar a un pequeño botijo de buen vino de las Canarias.

Voy a enumerar ahora las características del lugar en el que me hallaba. Podía ver todas las nubes abajo, entre la Tierra y yo. En cuanto a las estrellas, puesto que era siempre de día,²² las veía siempre iguales, no tan brillantes como las vemos nosotros en la Tierra durante la noche sino de un color blanquecino como el de la Luna, cuando la vislumbramos durante el día: no alcanzaba a ver demasiadas, pero las que veía eran de gran tamaño, estimo que diez veces mayores que como las vemos nosotros. En cuanto a la Luna, parecía enorme y atemorizante, puesto que hacía solo dos días que había cambiado.

fantástica y que reúnen la posibilidad de hartarse de comidas con la eximición de cualquier tipo de trabajo, lo que también sugiere la caída en la gula y la holgazanería. Sobre este punto, remitimos también a lo dicho en la "Introducción".

- 22 Godwin sigue aquí la creencia medieval, en el sentido de que el espacio estaba iluminado si bien, hacia fines del siglo XVI, el astrónomo y matemático inglés Thomas Digges había descartado la existencia de las estrellas fijas y, con eso sugerido, siguiendo la tesis copernicana, por una parte, que había oscuridad del espacio y, por la otra, que el Universo era infinito. Kepler, unos años más tarde, confirmará que el Universo no contiene la cantidad suficiente de estrellas para que se mantenga constantemente iluminado.

No hay que olvidar, además, que las estrellas aparecían solo en la parte del hemisferio que estaba próximo a la Luna y cuanto más cercano mayor era la cantidad. Insisto en señalar que sin importar que me hallara parado y quieto o arrastrado por los aires, me hallaba siempre entre la Tierra y la Luna. Entonces, por un lado, cabe pensar que mis gansas no habían tomado otro camino sino el que las llevaba directamente a la Luna. Por otra parte, es posible que, al detenernos por unas cuantas horas, hayamos sido insensiblemente transportados –ya que no pude percibir movimiento alguno– alrededor del globo terráqueo o aún más. En efecto, de acuerdo con las últimas opiniones de Copérnico, la Tierra se desplaza y gira permanentemente de oeste a este, dejando solo a los planetas ese movimiento que los astrónomos llaman natural,²³ y que no se produce en los polos equinocciales, denominados comúnmente polos del mundo, sino en los del zodiaco.²⁴ Sobre este tema, sin embargo, hablaré más adelante, cuando tenga tiempo para recordar la astronomía que aprendí siendo aún joven en Salamanca²⁵ y que ahora he olvidado casi por completo.

No había vientos que agitaran el aire del lugar, que me pareció muy quieto y por demás templado, ni caliente ni gélido, ya que ni los rayos del Sol se posaban ahí sobre cosa alguna, ni la Tierra y sus aguas estaban tan cercanas como para afectar el aire con el frío, que es su cualidad natural. Los filósofos imaginan que los atributos del aire son el calor y la humedad, pero yo siempre pensé que esas son

23 Tesis aristotélica según la cual los planetas tenían un movimiento circular alrededor del centro del Universo que no necesitaba una causa y, por ende, era “natural”.

24 El sentido es que el movimiento de los planetas no se produce en relación al eje de la Tierra, sino al de su posición en relación con el zodiaco. Su aparente rotación diurna, junto con el resto de los cielos, sería una ilusión creada por la rotación diurna terrestre.

25 Se refiere a las teorías copernicanas, que tuvieron una temprana difusión en esa universidad.

afirmaciones sin asidero.²⁶ Por último, creo necesario recordar que después de mi partida de la Tierra jamás sentí hambre ni sed. No puedo afirmar si esto se debía a la pureza del aire en el que nos hallábamos –pues no estaba infectado por ningún vapor de la tierra o del agua–, que podía producir sustento natural y suficiente, o si había otras causas desconocidas, pero yo me sentía en perfecta salud corporal, con buen uso de mis miembros y sentidos y con una fuerza en el cuerpo y en la mente muy superior a los niveles y vigoros acostumbrados. Pero sigamos adelante y hagámoslo más aprisa.

No pasaron muchas horas después de que la diabólica compañía se alejara de mí que mis gansas comenzaron a moverse, dirigiendo su curso hacia el globo o cuerpo de la Luna. Se abrieron paso con una rapidez increíble que estimo llegó a las cincuenta leguas por hora.²⁷ Tres cosas me parecieron realmente notables en ese momento: la primera es que cuanto más nos alejábamos, más pequeña se veía la Tierra y –a la vez– aunque se tratara de su lado opuesto, más monstruosamente enorme parecía la Luna.

Además, la Tierra²⁸ –según pude observar– parecía ocultarse tras una especie de brillo, como si fuese otra Luna; incluso tenía manchas o nubecillas como esas que nosotros vemos en nuestra Luna. Pero, mientras que la forma de las manchas de nuestra Luna es inalterable, las que yo percibía en la Tierra cambiaban poco a poco y a cada hora. Creo que

26 Se refiere a las cualidades de los cuatro elementos (tierra, agua, aire, fuego) que se creía, desde la Antigüedad hasta todo el Renacimiento, que incidían sobre los humores humanos.

27 Una legua equivale a 5,6 km, aproximadamente.

28 Uno se los primeros registros literarios de la Tierra avistada por un viajero del espacio se halla en los *Relatos verídicos* de Luciano. Luego de que la nave en la que viajaba fuera llevada por los vientos de un tifón hacia los territorios lunares, el narrador se asombra con lo que divisa y dice: "Vimos también otro país abajo, con ciudades, ríos, mares, bosques y montañas, y dedujimos que era la Tierra" (Luciano, *Diálogos. Relatos verídicos*. Barcelona, Gredos, 1998, pp. 215-216).

esto se debe a que la Tierra, de acuerdo con su movimiento natural²⁹ (porque lo tiene, y en este asunto sigo la opinión de Copérnico) gira en torno a su propio eje cada veinticuatro horas de oeste a este. Es por este motivo que primero pude ver en el medio del cuerpo de esta nueva estrella una mancha con la forma de una pera mordida en uno de sus costados, luego de algunas horas me fue dado observar la mancha del lado oriental; no cabe duda de que era África. A continuación, se hizo visible un brillo enorme y resplandeciente que ocupó el espacio por igual cantidad de tiempo (probablemente se tratara del gran océano Atlántico). A este le siguió una mancha con forma ovalada, como la que suele dársele a América en nuestros mapas. Finalmente, se produjo otra gran claridad que representaba el océano Occidental y, por último, un conjunto de puntos que parecían los países de las Indias Orientales. Todo eso se mostró a mi mirada como un enorme Globo Matemático,³⁰ vuelto ociosamente hacia mí, que presentaba ante mis ojos y sucesivamente todos los países que en nuestro mundo rotan por el espacio de veinticuatro horas. Y este era también el modo que se me brindaba para llevar la cuenta del tiempo y el número de los días.

Filósofos y matemáticos: me gustaría que se admita ahora vuestra obstinación y ceguera. Hasta hoy, le hicieron pensar a todos que la Tierra carece de movimiento. Y para hacerlo creíble, insistieron en atribuir al conjunto de los cuerpos celestes dos movimientos, contrarios entre sí. Uno (que suponen regido *per raptum primi Mobilis*) es el que va de este a oeste y que se realiza en el término de veinticuatro

29 El movimiento interno que se pensaba inherente a todo objeto, siempre uniforme e igual a sí mismo.

30 Se refiere a un globo terráqueo, el modelo más conocido entonces en Inglaterra fue el de Emery Molyneux, quien lo presentara ante Isabel I a fines del siglo XVI (ca. 1592). Para fabricarlo, Molyneux se basó en los datos de navegantes y matemáticos de la época.

horas, el otro se efectúa de oeste a este en tiempos diferentes para cada cuerpo.

Es increíble pensar que esos enormes cuerpos de las estrellas fijas que están en la más alta de las esferas –y que muchos han reconocido que son cien veces más grandes que la Tierra– se hallen dispuestos como clavos sobre la rueda de una carreta y giren en ese espacio restringido, mientras transcurren muchos miles de años (creo que calculan por lo menos treinta mil) antes de que esa esfera termine su curso de oeste a este, que es lo que denominan movimiento natural.³¹ Ahora bien, cada uno de estos cuerpos realiza su movimiento natural de este a este y en su propio tiempo. La Luna lo hace en veintisiete días, el Sol, Venus y Mercurio en un año aproximadamente, Marte en tres años, Júpiter en doce y Saturno en treinta. Sin embargo, es un concepto absurdo atribuir a estos cuerpos celestiales también movimientos opuestos, más aún lo es pensar que una misma esfera (cuyo curso natural toma tantos miles de años) ahí donde están las estrellas fijas, también tenga que girar cada veinticuatro horas. No iré tan lejos como Copérnico, que afirma que no ya la Tierra sino Sol y es el centro del Universo, y dice que está inmóvil; tampoco me definiré por una opinión contraria. Solo esto diré: dejen que la Tierra tenga su movimiento (lo cual mis ojos pudieron atestiguar en su momento) y abandonen todo otro absurdo, pues cada cuerpo posee un único movimiento que le es propio.³²

31 Según Tolomeo, la esfera que contenía las estrellas fijas tenía un movimiento de *precesión* (en retroceso). Se trata del gran ciclo zodiacal o cósmico, el eterno retorno que Platón denominó el "gran año" y al que atribuyó una duración de cerca de 26.000 años (Cfr. *Timeo*).

32 Es evidente que, a través del asombrado viajero Gonsales, Godwin se hace eco del sinfín de teorías que circulaban en su época derribando creencias afianzadas en el occidente europeo desde la Antigüedad clásica. Así, al lado de la reflexión sobre el movimiento de las estrellas fijas, perteneciente a la concepción geocéntrica tolemeica, aparece la revolucionaria visión heliocéntrica copernicana.

Pero, ¿cómo he llegado hasta aquí?, les prometí una historia y, antes de que pudiera darme cuenta, me dejé arrastrar por las argumentaciones. Sin embargo, ocurrió otro accidente digno de especial mención. Durante el tiempo en que estuve quieto pude ver algo parecido a una nube de color rojizo que se me aproximaba y se hacía más y más grande, hasta que por fin tomé conciencia de que era un enjambre de langostas. Quien esté acostumbrado a leer los escritos de los hombres cultos, recordará el de León el Africano,³³ cuando en sus descripciones de África relata que estos insectos pueden verse durante muchos días en el aire antes de que se precipiten sobre un villorrio. Añado pues a esas descripciones mi propia experiencia, por la cual puede fácilmente concluirse que las langostas que hay sobre la Tierra no proviene de otro lugar que no sea la Luna. Pero, déjeme retornar ahora a mi viaje: este transcurrió tranquilamente y sin interrupciones a lo largo de once o doce días, durante los cuales fui llevado directamente hacia el globo u orbe lunar por un remolino cuya violencia es difícil de describir.

No puedo, en efectos, imaginar una bala que salga de la boca de un cañón y atraviese con esa rapidez el aire espeso y nebuloso próximo a la Tierra, lo cual es bien extraño, puesto que mis gansas por momentos batían sus alas y por momentos no lo hacían; a veces las mantenían desplegadas y no las movían por espacio de quince minutos, hecho que observamos a veces en las águilas o incluso vemos en las cometas. Según recuerdo, alguien dijo al respecto *contabundo*

33 Se refiere a León el Africano, nombre cristiano de Hasan bin Muhammed al-Wazzan al-Fasi (ca. 1488-1554), erudito marroquí. A pedido del que fuera entonces su mentor, el papa León X, escribió un compendio de las regiones de África que le eran conocidas sea a través de sus viajes que de los relatos recogidos. De este modo León el Africano produjo una de las obras renacentistas más importantes sobre el continente, *Descripción de África y de las cosas notables que ahí hay*, obteniendo gran reconocimiento y difusión. Al mencionarlo, Gonsales inscribe entonces su relato en una tradición prestigiosa.

*volatu pene eodem loco pendula circumtuentur.*³⁴ Creo que mis aves aprovechaban las pausas para echarse una siesta, como me fue dado notar, pues en otro momento no tenían tiempo para dormir.

En lo que hace a mi persona, estaba tan asimilado a mi máquina que me entregué al sueño también, y caí dormido con gran facilidad como si hubiese estado acostado en la mejor cama de Amberes (me resisto a hablar de ello, porque entiendo que parece increíble).

Transcurridos once días de este vuelo impetuoso, pensé que nos aproximábamos nuevamente a tierra, si es que puedo decirlo de este modo, pues estábamos sobre el globo o el cuerpo de esa estrella que nosotros llamamos Luna.

La primera diferencia que encontré entre esta y nuestra Tierra es que la Luna, una vez que nos libramos de la atracción de la Tierra, se mostró en sus colores naturales. En efecto, mientras estamos bajo la influencia terrestre, todo lo que se aleja de nuestra vista una o dos leguas comienza a cobrar un color azul siniestro y mortecino.

Entonces, pude ver también que la Luna estaba cubierta en su mayor parte por un mar enorme y poderoso, y que solo estaban secas esas tierras que nosotros vemos más oscuras que el resto de la superficie (me refiero a lo que la gente común llama *el hombre della Luna*).³⁵

Aquellas zonas que, por el contrario, vemos tan brillosas pertenecen a otro océano, salpicado aquí y allí con algunas islas que, por ser tan pequeñas, nosotros desde tan lejos no podemos discernir.

Así, ese resplandor que comparece ante nosotros e infunde luz a nuestra noche, al parecer no es otra cosa que el

34 Cita de *Florida*, 2 de Apuleyo, "(el águila) estuvo suspendida por un instante casi en el mismo lugar en su vuelo vacilante" (agradecemos al Lic. Ezequiel Rivas las sugerencias aportadas para la traducción de este fragmento).

35 En español en el original.

reflejo de los rayos del Sol sobre las aguas, como si se tratara de vidrio: en este punto, no ignoro en absoluto que lo dicho se distancia de lo que los filósofos enseñan en las escuelas.

Pero ¡ay!, en nuestra época, con el tiempo y la experiencia, muchos de sus errores han sido refutados y no voy a molestar al lector insistiendo sobre el tema.

Entre muchas de sus vanas conjeturas, el orden y la cronología de mi relato me trae a la mente una de ellas que mi experiencia halló particularmente falsa. ¿Queda todavía alguien que no haya creído hasta este preciso instante que la región más alta del aire es la más caliente de todas, puesto que es el asiento natural del Fuego?³⁶

¡Oh, vanidad, fantasía, ilusión!

Luego de quedar libre del radio de atracción del tirano imán de la Tierra, me encontré con que el aire estaba siempre a igual temperatura, desprovisto de viento, lluvia, nieblas, nubes, frío o calor; en cambio, se mantenía permanentemente igual, agradable, suave y placentero, y esto sucedió hasta que hice mi llegada al Nuevo Mundo de la Luna.

En cuanto a la Región del Fuego de la que tanto hablan los filósofos, no tuve de ella ninguna noticia y mis ojos pudieron observar con todo rigor que tal cosa no existe.

Cuando terminé mi viaje, la Tierra, al girar, ya me había mostrado todas sus zonas doce veces. Según mis cálculos debía ser (y resultó que así era) martes once de setiembre. En ese momento la Luna se hallaba en el vigésimo grado de Libra y estaba en el segundo día de su menguante. Mis gansas mantuvieron el curso de manera uniforme y en

36 Según Aristóteles, el Universo todo se dividía en dos reinos esencialmente diferentes, el sublunar y el supralunar. La primera región, que abarcaba la Tierra y el aire en torno a la Luna, estaba hecho de cuerpos compuestos por los cuatro elementos terrestres con sus movimientos rectilíneos, estos se disponían de acuerdo con su peso, desde los más pesados, en la superficie de la Tierra (tierra, agua) o fuera de ella hacia la superficie lunar (aire, fuego). Por ende, se pensaba que el fuego, al ser el elemento más liviano, era el que estaba más alejado de la Tierra y el más cercano a la Luna.

determinado momento descansaron por algunas horas. Luego, retomaron el vuelo y en menos de una hora me posaron en la cima de una colina muy alta en ese otro mundo, e inmediatamente se presentaron ante mis ojos muchas cosas asombrosas, insólitas y extrañas.

Lo primero que pude observar fue que el globo terráqueo parecía mucho más grande desde ahí de lo que la Luna nos parece a nosotros desde la Tierra, incluso parecía tener el triple de su diámetro; en extensión y volumen, todo tipo de cosas parecían allí diez, veinte o treinta veces más grandes que las nuestras. Los árboles son por lo menos tres veces más altos que los nuestros y son cinco veces más anchos y gruesos. Lo mismo sucede con sus hierbas, bestias y pájaros, aunque se me dificulta la comparación, puesto que no pude hallar ahí ninguna especie de animales o aves que se pareciera a alguna de las nuestras, excepción hecha de las golondrinas, los ruiseñores, los cucos, las perdices, los murciélagos y algún que otro pájaro silvestre como mis gansos. Todos estos, como bien pude observar, incluso en ese mundo, pasan su tiempo alejados de los hombres, tampoco se diferencian en nada de los nuestros, ni en cantidad ni en calidad, por lo que afirmo que son los mismos no solamente como *specie* sino como *numero*. En su debido momento brindaré mayores detalles sobre estas novedades.

Ni bien fui posado en el suelo fui sorprendido por un hambre voraz y un ardiente deseo de comer. Avancé hasta un árbol próximo y até al mismo tanto mi máquina como mis aves y muy a prisa me lancé a la búsqueda de los manjares que había guardado en mis bolsillos. Para mi gran sorpresa y malestar, sin embargo, en lugar de perdices y liebres, que es lo que yo había reservado, no hallé sino una mezcla de hojas aplastadas y pelos de cabra, de carnero, estiércol de ovejas, musgo y más basura de este tipo. En cuanto a mi vino canario, este se había convertido en una especie de licor

sucio y apestoso, parecido a la orina de algún animal. ¡Estas son las ilusiones creadas por los malos espíritus! Yo había confiado en ellos con ánimo bien dispuesto y de esa manera me habían retribuido. Me quedé absorto y meditando en esta extraña metamorfosis, cuando de pronto oí que mis aves revoloteaban detrás de mí. Miré hacia atrás y pude divisarlas lanzándose con avidez sobre un arbusto que crecía en el radio de sus tirantes; se alimentaban con una voracidad que hasta ese momento ninguna planta les había despertado. Di unos pasos hacia el arbusto y puse una de sus hojas entre mis dientes: no puedo expresar el placer que me causó su sabor, tanto que, de no haber moderado mi apetito extremando la discreción, me hubiese hartado. El arbusto actuó como un cebo que atrajo a las gansas y a mí en el preciso momento en que más necesidad teníamos de algo vigorizante.

Apenas habíamos terminado el banquete, me vi rodeado al instante por un grupo de gente muy extraña, tanto por sus rasgos como por su comportamiento y atavíos.³⁷

Su estatura era de lo más diversa, aunque la mayoría doblaba en altura a la nuestra; el color de su piel y su semblante eran agradables y su ropa es difícil de describir, pues jamás vi vestidos de seda u otra tela que se parezcan a los de ellos y (lo que es más extraño aún) no sé cómo describir sus colores o su hechura. No eran negros, blancos, amarillos, rojos, azules o de ningún color compuesto por estos. Pensándolo bien, puesto a responder, afirmarí que nunca he visto colores semejantes en nuestro mundo y, por ende, la descripción resultaría imposible, ya que tampoco ustedes lograrían concebir un color que nunca vieron.

En efecto, así como es tarea ardua describirle a un hombre ciego de nacimiento la diferencia entre el azul y el verde,

37 La descripción de los selenitas se ajusta a las prácticas etnográficas del momento, que se detienen en el detalle de los atuendos y adornos.

del mismo modo me resulta imposible descifrar este color lunar que no tiene afinidad con ningún otro en el que se hayan posado antes mis ojos. Lo único que puedo decir es que era más espléndido y exquisito de lo que jamás podrían imaginar y no hay cosa que en verdad me haya deleitado más durante mi estadía en ese nuevo mundo que la contemplación de colores tan placenteros y resplandecientes.

Queda ahora por hablar de la conducta de esa gente que se presentó ante mí tan repentinamente y ataviada del modo extraordinario que he mencionado. Por mi parte, fue tal mi sorpresa que me persigné al grito de *Iesus Maria*. Ni bien la palabra *Iesus* salió de mi boca tanto jóvenes como ancianos cayeron sobre sus rodillas (cosa que me alegró muchísimo), levantaron ambas manos y repitieron palabras que no pude entender.

A continuación, se levantaron todos y el más alto de ellos vino hacia mí, me abrazó con bondad y dio la orden al resto (que pude entender en parte) de que se quedaran junto a mis aves. Me tomó de la mano y me condujo a pie colina abajo llevándome hasta su morada, que se hallaba a media legua del primer lugar en el que descendí.

El edificio era de una belleza y una grandiosidad incomparables, nunca vistas en nuestro mundo. Y, sin embargo, más tarde me fue dado ver construcciones que hacían que esta, en comparación, pareciera una cabaña.

No había ninguna puerta en la casa que no tuviese treinta pies de alto y doce de ancho. Las habitaciones tenían entre cuarenta y cincuenta pies de altura, lo que condicionaba todas las otras medidas: y no podía ser menos puesto que el Amo que las habitaba medía unos 28 pies.³⁸ Por lo que se refiere a su contextura, podemos suponer que si tuviéramos que pesarlo en una balanza en nuestro mundo, hallaríamos

38 Cada pie es equivalente a 0,305 m, por lo que el selenita mide unos 8,53 m.

que su peso equivaldría al de veinticinco o treinta de los nuestros.

Luego de haber permanecido con él uno o dos días, me acompañó a cinco leguas de ahí, hasta el palacio del Príncipe de ese país. De la majestuosidad de esa construcción y de otros tantos detalles que le resultarán placenteros al lector hablaré en la segunda parte de mi trabajo,³⁹ ahí lo expondré detalladamente. Deseo pues que en esta primera parte no se hable de otra cosa que del avance de la historia que concierne a mi viaje y que, necesariamente, se centra en mí.

Este Príncipe, que tenía una estatura muy superior al primer ser con el que me encontré, se llama *Pylonas* (intento reproducirlo lo más fielmente posible con nuestras letras, puesto que sus sonidos no se adecuan del todo a nuestro alfabeto), que en su idioma significa *El primero*, que no solo denota su alta dignidad y autoridad sino que expresa que es el hombre de mayor jerarquía en todas aquellas zonas. Y digo en todas aquellas zonas, puesto que entre ellos hay un solo monarca, que lo supera en estatura y que gobierna sobre toda las tierras de ese mundo. Debajo de ese monarca hay veintinueve príncipes de gran poder y cada uno de ellos gobierna sobre veinticuatro más, siendo *Pylonas* uno de estos.⁴⁰

El primer ancestro del gran monarca provino de la Tierra,⁴¹ según lo cuentan, se casó con la heredera de esa gran monarquía y obtuvo así el gobierno, que legó a su descendencia, que desde entonces y por el espacio de cuarenta

39 Godwin nunca escribió la segunda parte de la obra que se anuncia aquí y en reiteradas oportunidades más adelante.

40 Es decir, entonces, que los príncipes selenitas son 699: Irdozuz y los veintinueve que le siguen en jerarquía, cada uno de los cuales gobierna sobre veinticuatro de nivel menor. Además, están los jerarcas religiosos Hiruch e Imozes.

41 Se invierte aquí lo manifestado por los relatos de los primeros conquistadores, que afirmaron que las poblaciones indígenas los habían tomado por dioses descendidos del cielo. La genealogía selenita de seres excepcionales tiene un origen terrícola.

mil días o lunas, es decir, cerca de 3.077 años, no ha registrado variación. El nombre de sus herederos hasta nuestros días es *Irdonozur*, puesto que todos asumen con el mismo nombre, continuando de ese modo por casi cuatrocientas lunas. Engendraron muchos hijos, que (por medios que no divulgan) retornaron a la Tierra. No cabe duda de que, como nosotros, ellos también tienen sus fábulas. Pero, puesto que nuestras historias no recogen ninguna mención de un terrícola que haya estado en ese mundo antes que yo, y mucho menos de alguien que haya retornado de allí, no puedo sino condenar su tradición por ficticia y mendaz. Debo, por otra parte, notar que el aprendizaje cuenta con gran estima entre ellos y que aparentan querer desterrar toda mentira o falsedad, las que son severamente castigadas.

Asimismo, lo que podría otorgar cierta credibilidad a sus relatos históricos es el hecho de que muchos de ellos viven una vida increíblemente larga, más allá de toda imaginación, puesto que han declarado ante mí que tenían treinta mil lunas, que equivalen a más de mil años, por lo que la edad de tres o cuatro de ellos alcanzaría los tiempos del primer Indonozur. Una generalidad entre ellos es que las personas más altas de estatura son las más excelentes, tanto por sus dotes mentales como por su longevidad.

Puesto que su estatura es de lo más diversa (cosa que en parte sugerí más arriba), muchos de ellos apenas exceden la nuestra; estos raramente viven más de mil lunas, que equivalen a ochenta de nuestros años. Son las criaturas más inferiores, incluso situadas apenas un grado antes de las bestias, y que se emplean por ende en los oficios más viles y serviles. Los llaman con una palabra que significa hombres-bastardos, falsos o intercambiados.⁴² De modo que los que

42 En el original, *counterfetts, or changelings*, el primero de los términos también significa "contrahecho" y el segundo tanto "idiota" como "niño intercambiado al nacer". Es decir que las características que se asignan a los que "no dan la talla" pueden interpretarse en el sentido de una falla del orden

consideran genuinos, naturales o verdaderos selenitas, tomando en cuenta el tamaño del cuerpo y la duración de la vida, los hay treinta veces más que aquí, puesto que la proporción se relaciona con la cantidad de días en cada mundo que es de treinta a uno a su favor.

Ahora bien, cuando les cuente de qué manera viajamos hasta el palacio de Pylonas, dirán que jamás han oído algo tan extraño e increíble. A cada uno de nosotros nos habían sido entregados dos abanicos de plumas, no muy distintos de los que usan nuestras damas en España para refrescarse en el calor del verano. Antes de seguir con el uso de los abanicos, deben entender que el globo lunar no está del todo exento de un poder de atracción, aunque más débil que el de la Tierra, y es tan débil que si un hombre salta con todo su brío (como los bailarines cuando brincan en sus exhibiciones) podría remontarse hasta cincuenta o sesenta pies y por lo tanto se hallaría casi fuera de la atracción del globo lunar, sin poder volver a posarse. Es por eso que se ayudan con los abanicos, que usan como si fuesen alas, los selenitas se desplazan en el aire en trayectos breves y hasta donde les place (aunque no con la suavidad de los pájaros).

De acuerdo con mis cálculos, fuimos desplazándonos por el aire con la ayuda de los abanicos por cerca de dos horas, cubriendo unas cinco leguas. Éramos unas sesenta personas. Cuando llegamos al palacio de Pylonas nuestro guía consiguió una audiencia y declaró la clase de presentes que había traído. Los sirvientes me llamaron casi de inmediato. Pude adivinar enseguida la grandeza de Pylonas por la majestuosidad de su palacio y las reverencias que hicieron ante él y, por lo tanto, en la medida de lo posible, me dispuse a ganar su favor. Quizá recuerden que les conté que tenía conmigo una caja o cofre con joyas de las Indias Orientales, que me

de lo genético que animaliza a los seres y los vuelve "falsos selenitas".

habían quedado luego de haber enviado la mayor parte de la isla de Santa Elena a España. Pues bien, antes de ser llevado ante él las saqué de mi bolsillo y me dispuse en un rincón para elegir las que me parecían más convenientes.

Lo hallé sentado en el más magnífico de los tronos con su esposa, la reina, de un lado y, del otro, el mayor de sus hijos. Estos eran atendidos por un séquito de damas y jóvenes caballeros y a ambos lados de la sala había un gran número de excelentes notables, muy pocos por debajo de la jerarquía de Pylonas, con una edad que dicen es ahora de veintiún mil lunas. Ni bien entré, caí sobre mis rodillas y pensé en proferir ante él las siguientes palabras en latín: "*Propitius sit tibi Princeps Illustrissime Dominus noster Jesus Christus &c*".⁴³ Como sucediera con las primeras gentes con las que me encontré, ni bien escucharon el santo nombre de nuestros Salvador, todos ellos, es decir, el rey, la reina y todos los demás, cayeron de rodillas y pronunciaron una o dos palabras que no pude entender. Cuando se levantaron nuevamente yo proseguí de la siguientes manera: "*& Maria Salvatoris Genetrix, Petrus & Paulus &c*"⁴⁴ y fui agregando cierto número de santos, con el objeto de averiguar si entre ellos había alguno que ellos honraran como patrono, entre muchos otros nombré a San Martín, ante lo cual todos inclinaron su cuerpo y levantaron las manos en señal de gran reverencia. Luego supe que "Martín" en su idioma significa "Dios". Finalmente tomaron las joyas que había preparado para tal propósito, y presenté ante el rey o príncipe (pueden llamarlo como les plazca) siete piedras de la más variada especie, un diamante, un rubí, una esmeralda, un zafiro, un topacio, una turquesa y un ópalo, que él aceptó con muestras de deleite y admiración, como si no hubiese visto nada parecido hasta entonces.

43 "Que nuestro ilustrísimo amo y príncipe, Jesucristo, te sea favorable, etc."

44 "y María, Madre del Salvador, Pedro y Pablo, etc."

Luego, ofrecí a la reina y al príncipe algunas otras y estaba a punto de distribuir algunas más entre los presentes cuando Pylonas les prohibió aceptarlas (como luego supe), pensando que era todo cuanto yo poseía y que debían reservarse para Irdozonur, su Soberano.

Hecho esto, me abrazó con gran gentileza y comenzó a preguntarme muchas cosas a través de señas, que yo contesté con señas también, según pude. Sin embargo, no fui capaz de satisfacerle, por lo cual me puso bajo la tutela de cien de sus gigantes (que bien puedo llamarlos así) ordenándoles, en primer lugar, que yo no debía desear nada que no me correspondiera; en segundo lugar, que no debían dejar que los selenitas enanos (si se me permite la expresión) se acercaran a mí; en tercer lugar, que debía ser instruido en su idioma con toda diligencia. Finalmente, ordenó que de ningún modo debían transmitirme el conocimiento de ciertas cosas que especificó claramente, pero, fuesen las que fuesen, lo cierto es que nunca tendría yo que saberlas.

Probablemente deseen saber qué fue lo que Pylonas me preguntó. ¿Qué más podría ser? Que de dónde había venido, que cómo había llegado allí y por cuáles medios, que cuál era mi nombre y mi misión y otras cosas por el estilo. A todo ello contesté con tanta verdad como me fue posible. Luego de que se me despidiera, se me concedió todo cuanto podía desear para mi subsistencia, por lo que me sentía ahí como en el Paraíso, difícilmente puedan ser superados los placeres de los que gocé, que lograron incluso mitigar un poco la preocupación que me causaba el recuerdo de mi esposa e hijos.

Yo estaba dispuesto a avivar cualquier pequeña chispa de esperanza de regreso, razón por la cual tomé especial cuidado en mis aves (me refiero a las gansas), a quienes atendía personalmente y con gran esmero todos los días. Sin embargo, esta tarea comenzó a no rendir los resultados previstos, pues no contaba con otros hombres que me secundaran en

las labores que llevaba a cabo. En efecto, pronto llegaría el momento en que la gente de pequeña estatura (entre los que me incluyo) necesitaría dormir el equivalente de trece o catorce días completos. Sucede que, a causa de una fuerza secreta y un llamado irresistible de la naturaleza, cuando despunta el día y la Luna es iluminada por los rayos del Sol (que es lo que nosotros llamamos cuarto creciente) toda esa gente que no excede en mucho nuestra estatura y habita estas partes cae en un profundo sueño y no pueden despertarse hasta que el Sol se ponga y salga de su vista, al igual que nuestros búhos y murciélagos no pueden soportar la luz. Por lo tanto, nosotros, al despuntar del día, cuando nos sorprendía la claridad, caíamos de inmediato en un sueño que se hacía más y más profundo, hasta que la luz desaparecía nuevamente del área, lo que sucedió luego de catorce o quince días, es decir, en el cuarto menguante. Ahora bien, recuerdo haber oído a algunos hombres preguntarse acerca de la clase de luz que hay en ese mundo durante la ausencia del Sol: para entender este asunto, aclaro que hay dos tipos de luz. Una es la del Sol (cuya contemplación no puede soportarse) y la otra la de la Tierra. Esta última estaba en su apogeo, puesto que cuando cambia la Luna, para ellos la Tierra se convierte en una suerte de Luna llena, y crece como en nuestro caso lo hace la Luna. Cuando la luz de la Tierra para ellos mengua, si bien el Sol está ausente, la luz allí se parece a la de nuestro día, cuando el Sol está cubierto de nubes. Durante el cuarto, va disminuyendo poco a poco, dejando, sin embargo, algo de luz, lo cual es en verdad algo extraño. Pero, más extraño aún es lo que me fue informado acerca del otro hemisferio de la Luna (es decir, el opuesto adonde yo estaba). Ahí, durante los cuartos no ven jamás ni el Sol ni la Tierra, por lo que los ilumina una luz (que no difiere, por su descripción, a nuestra “luz de luna”) que parece serles proporcionada por la proximidad de las estrellas y otros planetas (más cerca de

ellos que de nosotros).

Comprenderán ahora mejor por qué hay tres tipos diferentes de verdaderos selenitas. Están los que sobrepasan bastante nuestra estatura, con unos diez o doce pies de altura, y pueden soportar el día de la Luna, cuando la Tierra brilla un poco, pero no soportan también los rayos del Sol, cuando estos llegan deben conformarse con acostarse y dormir. Hay otros que llegan a veinte pies de alto o algo más, por lo común soportan tanto la luz de la Tierra como la del Sol. Además, hay en una isla, cuyo misterio nadie puede conocer, hombres de veintisiete pies de altura (siguiendo la medida de la norma de Castilla). Si cualquier otro tipo de ser llega a la Tierra de la Luna durante el día, cae dormido de inmediato. A esa isla que mencioné la llaman Isla de los Dioses –o Insula Martini en su lenguaje– dicen que tiene un especial gobernador que, por lo que cuentan, tiene sesenta y cinco mil lunas, lo que equivale a cinco mil años de los nuestros. Su nombre es Hiruch, y sigue en el mando después del poderoso Irdonozur, especialmente en esa isla de la que jamás sale.

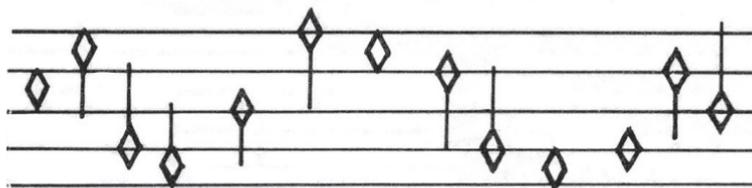
Hay otro gobernante que sale a menudo, dicen que tiene la mitad de los años o un poco más, es decir, cerca de treinta y tres mil lunas, o dos mil seiscientos de nuestros años. Tiene potestad sobre todo el territorio de la Luna en todo aquello que hace a cuestiones de religión y de servicios divinos, similar al Santo Padre, el Papa que está en Italia. Me hubiese gustado mucho poder visitar a este hombre, pero no podía acercarme a él: su nombre es Imozes.

Permítanme ahora acomodarme para una larga noche de sueño: mis asistentes se harán cargo de mis aves, preparan mi alojamiento y me comunican a través de señas lo que debo hacer. Hacia mediado de setiembre fue cuando percibí que el aire estaba más claro que de costumbre, y que la luminosidad aumentaba, primero comencé a sentirme torpe,

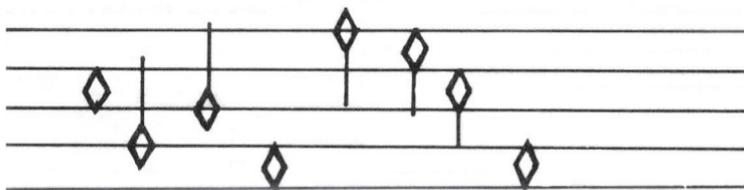
luego más pesado y con deseos de dormir, y nada me hubiese impedido tomar esa fácil salida. Me entregué por fin a la custodia de la hermana de la Muerte, cuyo prisionero fui hasta casi dos semanas más tarde. Entonces, desperté y cuesta creer lo fresco, ágil y vigoroso que me sentí, era dueño de todas las facultades del cuerpo y de la mente.

Luego de un tiempo, me aboqué presto al aprendizaje de la lengua que (es cosa maravillosa a ser considerada) es una misma para todas las regiones de la Luna. Sin embargo, nuestra sorpresa no debe obviar el hecho de que todo el territorio de la Luna cubre solo una cuarta parte de nuestra Tierra habitada, sea porque el globo lunar es menor que el terráqueo, sea porque sus mares y océanos cubren las tres cuartas partes (si no más) de ese total, mientras que –por el contrario– la superficie de nuestras tierras puede equipararse a la de nuestros mares.

La dificultad de su lenguaje es difícil de concebir y esto por dos razones: primero, porque no tiene afinidades con ningún otro lenguaje oído; segundo, porque no consta de palabras y letras sino de tonadas y sonidos extraños que no se pueden expresar mediante el alfabeto. Por lo tanto, hay pocas palabras pero significan muchas cosas diferentes y se distinguen solo por el tono con que las pronuncian. Hay palabras que solo son un mera tonada, como si se completara en sus mentes al escucharla: por ejemplo, tienen un saludo muy común entre ellos, que significa (*Verbatim*) “Gloria a Dios”, que expresan solo musicalmente, lo transcribo aunque no soy un buen músico:



También los nombres de las personas los expresaban de la misma manera. Cuando querían hablarme y para que yo supiera que querían dirigirse a mí, así decían *Gonsales*:



En lo que a esto concierne, puedo discernir que son numerosos los modos de articulación de un lenguaje, que es fácil de aprender y tan rico como cualquier otro en el mundo, aunque compuesto solo de sonidos, y mis amigos podrán saber más de esto en su tiempo libre, si les place.

Es muy misterioso y digno de ser estudiado, más de lo que se puede imaginar en un primer momento. A pesar de las dificultades, en el término de dos meses pude llegar a conocerlo, razón por la cual entendía más las preguntas que me hacían, pues podía religar los signos y las palabras, traduciéndolos razonablemente en mi mente. Pylonas, que envió por mí en variadas ocasiones, pudo constatarlo y se mostró complacido en enseñarme muchas cosas que mis Guardianes no habían osado transmitirme. Debo, sin embargo, decir que ellos nunca me ofendieron con ninguna mentira, o al menos no lo noté; pero si le hacía a alguien una pregunta que no deseaba contestar, se encogía de hombros como hacen los españoles y dejaba que otros hablaran por él.

Transcurridos siete meses, sucedió que el gran Irdonozur, habiéndose trasladado a doscientas millas del palacio de Pylonas, mandó por mí. La historia de ese viaje y las conversaciones que hubo entre nosotros serán relatadas en mi segundo libro. Solo esto diré ahora, que él no

me admitió en su presencia, sino que me hablaba a través de una ventana, por la cual yo podía oírle y él podía, a la vez, oírme y verme según deseara. Le ofrecí el resto de mis joyas, que aceptó muy agradecido, diciéndome que me las retribuiría con regalos de otro tipo y valor.

No permanecí ahí más que un cuarto de luna, entonces, fui enviado a Pylonas nuevamente y muy de prisa, puesto que de habernos quedado uno o dos días más, el Sol nos habría alcanzado antes de lograr guarecernos en nuestros respectivos hogares. Los presentes que me obsequió eran tan preciosos que por ellos un hombre habría rechazado montañas de oro. Eran nueve gemas en total y de tres tipos diferentes, unas llamadas *poleastis*, otras *machrus* y las últimas *ebelus*, de cada clase obtuve tres. Las primeras son del tamaño de una avellana, parecidas al azabache y, entre muchas otras virtudes, tienen la increíble propiedad, una vez posadas sobre el fuego, de retener –aunque no lo aparenten– el calor para siempre, hasta que este no se apague con algún tipo de licor, y esto no las daña en absoluto, aunque se calienten y apaguen diez mil veces. Su calor es tan potente que ponen al rojo vivo cualquier metal que se les acerque a menos de un pie y, puestas en una chimenea, calientan una habitación como si se hubiese encendido un gran fuego. Las *machrus*, mucho más preciosas que las anteriores, son del color del topacio y tan brillantes y resplandecientes que, aunque no mayores que un garbanzo, puestas de noche en el centro de una iglesia, la iluminan como si colgaran en derredor cien lámparas encendidas. ¿Puede imaginar que una piedra posea propiedades que consientan un uso más extraordinario que este? Sí, me atrevo a decir que mi *ebelus*, por lo que ofrece, será su preferida, aunque lo tienten con todas las piedras del mundo y depositen ante usted un montón de diamantes, zafiros, rubíes y esmeraldas. Además, posee un color sin igual, que en la Luna, como antes dije, es

tan increíblemente hermoso que un hombre debería viajar mil leguas solo para la contemplación de algo semejante. La forma es algo achatada, ancha como un pistolete y dos veces su grosor. De un lado es más iridiscente que del otro y, al ser frotada en la piel desnuda de un hombre, de cualquier parte del cuerpo que sea, le quita todo peso y cansancio: mientras que, girándola del otro lado, se incrementa la fuerza magnética que lo atrae a ese u otro mundo y el cuerpo pesa más de la mitad de lo que antes pesara. ¿No se maravillan ahora como yo que en tanto estimo esta piedra? Antes de verme nuevamente sobre la Tierra, sabrán algo más sobre el valor de tal inestimable gema.

Les pregunté a los selenitas si no tenían alguna piedra u otros medios para tornar a un hombre invisible, algo que estimo de gran y extraordinario uso. Muchos de nuestros sabios, puedo afirmar, han escrito abundantemente sobre el propósito. Ellos me contestaron que, aunque tal cosa fuese posible, se asegurarían de que Dios no temiera que fuese revelada a criaturas sujetas a tantas imperfecciones y propensas a abusar de los dones para fines malos. Y esto fue todo lo que pude obtener de ellos.

Ahora bien, no saben cuánto más que antes me respetaron todos los hombres luego de que se supo que Irdonozur, el gran monarca, me había hecho objeto de esos honores: mis guardianes, que hasta el momento habían sido tan amables relatándome todo lo concerniente al gobierno de ese mundo, se volvieron más abiertos, lo que me permitió saber, tanto de parte de ellos como de Pylonas, lo que informaré a ustedes aunque ahora solo adelantaré una parte, puesto que referiré las cosas con mayor amplitud en la segunda parte, que podrán conocer a mi retorno a España, y no antes, por causas que se desprenderán de mi relato.

Hace mil años que los selenitas no hacen uso de prostíbulos, las razones hay que hallarlas en que no hay nada que

al hombre le falte. Los alimentos crecen por doquier y sin necesidad de trabajar, y los hay de toda clase. Si se trata de vestimenta o de vivienda o de cualquier otra cosa que una persona pueda imaginar o desear, esta le es brindada por un Consejo de Superiores, a cambio de muy poco trabajo, razón por la cual no hacen nada más que jugar y solazarse.

Con respecto a sus mujeres, son todas de una absoluta belleza y no comprendo cómo aconteció aquí esta secreta disposición de la naturaleza. Una vez que un hombre conoce a una mujer, nunca más desea a otra.

Por lo que se refiere al asesinato, jamás oí que este crimen existiera entre ellos, también porque no es algo que sea posible cometer; en efecto, no hay herida proferida que no pueda ser curada, esto me aseguraron y debo creerles. Aunque a un hombre se le cortara la cabeza, en el espacio de tres lunas volvería a unirse nuevamente al torso, con el concurso del jugo de cierta hierba que ahí crece: las partes se unirían otra vez y las heridas sanarían perfectamente en pocas horas. Sin embargo, la causa principal, es la excelente disposición natural de la gente de este lugar; todos ellos, jóvenes y ancianos odian profundamente cualquier forma de vicio y, en verdad, viven en amor, paz y amistad, tanto que parece ser otro Paraíso. Lo cierto es que hay algunos más dispuestos que otros, pero eso ellos pueden saberlo de inmediato y desde el mismo instante del nacimiento. Hay entre ellos un decreto inviolable que prohíbe causarle la muerte a nadie y, ya sea por este estatuto o por otras normas, quienes manifiestan una disposición malvada o imperfecta son enviados lejos (ignoro por qué medios) a la Tierra y cambiados ahí por otros niños, antes de que tengan la capacidad u oportunidad de hacer algún mal entre ellos. Pero primero, dicen, los mantienen por algún tiempo hasta que el aire de la Tierra haya alterado su color y los vuelva parecido a los nuestros. El área donde llevan esto

a cabo es una colina del norte de América, y es fácil creer que ahí todos desciendan de ellos, no solo por su color sino también por el continuo uso que hacen del tabaco, que entre los selenitas es más que abundante, siendo que viven en un lugar tan rico tanto en perfección como en humedad, como por los placeres de los que disfrutan y otros aspectos que sería muy largo desarrollar ahora. A veces fallan en su objetivo y dan con la cristiandad, o Asia, o África, pero afortunadamente no sucede a menudo. Recuerdo que hace unos años atrás leí algunas historias que servían de confirmación a estos hechos protagonizados por los selenitas, me refiero especialmente a un capítulo de *Guil: Neubrigensis, de reb Angl*,⁴⁵ que no puedo recordar cuál es, pero que se halla hacia el final del primer libro. Consulten luego incluso a Inigo Mondejar, en su descripción de la Nueva Granada, segundo libro, y también a Joseph Desia de Carana, en su historia de México, si la memoria no me falla encontrarán detalles en estos libros que harán mi informe más creíble. Sin embargo, debo decir que lo que afirmo no depende de estos testimonios.

Quizá algún día tenga la alegría de poder volver a casa a salvo y la oportunidad de demostrar todo lo relatado y validarlo si es que surge alguna duda al respecto.

Probablemente quiera usted saber algo más sobre la forma de gobierno de los selenitas y sobre el modo en que ejecutan la justicia. ¿Qué necesidad tienen de castigos ejemplares? Aquí no se cometen crímenes, no hay necesidad de abogados, puesto que jamás hay juicio alguno y si la simiente de alguno comenzara a despuntar, sería arrancado de raíz por la sabiduría de los gobernantes.

45 Se refiere a las crónicas *Historia sive Chronica rerum anglicarum* escritas en el siglo XII por William of Newburgh que, luego de una breve referencia al reinado de Guillermo el Conquistador y de sus hijos, hace un relevamiento de la historia que le es contemporánea.

Necesitan, además, pocos médicos, ya que jamás se enferman tanto porque el aire siempre es templado y puro, como porque no existen causantes de enfermedad; esto por lo menos es lo que me ha parecido, ya que jamás vi que ninguno de ellos estuviese enfermo. Cuando llega el tiempo que la naturaleza les ha asignado, mueren sin dolor alguno, y sería más apropiado decir que cesan de vivir, como una vela de alumbrar, cuando lo que la nutre se consume. En una oportunidad presencié la partida de uno de ellos, que contemplé con mucho asombro. A pesar de la vida feliz que llevaba y la multitud de amigos que tenía y de los niños que debía abandonar, tan pronto él pudo con certeza y a conciencia percibir que se acercaba su fin, preparó una gran fiesta y llamó a su lado a todo aquel que estimaba especialmente, rogándole que fuese feliz y que se alegrara con él, puesto que había llegado el tiempo en que debía abandonar todo falso placer de ese mundo y ser partícipe de los verdaderos goces y la perfecta felicidad. No me asombró demasiado su constancia ni el comportamiento de sus amigos. Entre nosotros en casos similares, todos parecen lamentarse, cuando a menudo gran parte ríe para sus adentros, como si llevara una máscara. Ellos, por el contrario, jóvenes y ancianos por igual, demuestran sinceramente su alegría, y lo que podrían ocultar no es sino de su propio dolor, concebido por esa pérdida particular. Los cuerpos muertos no se pudren y, por lo tanto, no son enterrados, sino mantenidos en habitaciones que reservan para ese propósito. Esto permite a la mayoría de ellos ver los cuerpos incorruptos de sus ancestros a lo largo de varias generaciones.

Nunca tienen lluvia, viento o cambio alguno en el aire, nunca es verano o invierno sino una primavera constante que brinda placer, contento y liberación de todo pesar.

O, esposa e hijos, qué mal me habéis hecho al privarme de la felicidad de este lugar: poco importa, puesto que

con este viaje me he cerciorado de manera suficiente que, cuando dentro de poco la carrera de mi vida mortal llegue a su fin, en otra parte alcanzaré una felicidad mayor y para siempre.

Fue el 9 de setiembre que comencé mi ascenso desde El Pico, por doce días estuve viajando y luego llegué a la región de la Luna que ellos llaman Simiri, era el 21 de setiembre.

El día 12 de mayo, que era viernes, llegamos a la corte del gran Irdonozur y volvimos el 17 al palacio de Pylonas, donde permanecemos hasta el mes de marzo del año 1601, momento en el que le pedí encarecidamente a Pylonas, como había hecho muchas veces antes, que me dejara partir hacia la Tierra nuevamente, aún a riesgo de mi vida. Él intentó disuadirme, desgranando ante mí los peligros del viaje y las miserias del lugar del que yo provenía y resaltando a la vez la abundante felicidad de la que yo participaba en la actualidad, pero el recuerdo de mi esposa e hijos sobrepasó todas esas razones y, en verdad os digo, yo estaba de tal modo impelido por el deseo de la merecida gloria que podía alcanzar a mi regreso que pensé que no debía ser llamado español si no ponía en riesgo veinte vidas con tal de no perder aunque sea una porción pequeña de la que el destino me reservara. Por eso, le contesté que tal era el deseo que tenía de ver a mis hijos que sabía que no podría vivir más tiempo sin la esperanza de alcanzarlo. Cuando él me manifestó su deseo de que permaneciera un año más, le dije que mi partida no podía dilatarse sin perjuicio, porque mis aves comenzaban a debilitarse a falta de su migración habitual, en efecto tres de ellas habían muerto y, si me retrasaba aún más, toda posibilidad de retorno se alejaría para siempre. Con poca resistencia, por fin aceptó mi pedido, estando ya Irdonozur familiarizado con mi deseo, pues había oído a menudo el trinar de mis pájaros, que manifestaban su gran anhelo de echarse a volar.

Adecuada que fue mi máquina, me despedí de Pylonas que, a cambio de las cortesías recibidas, me pidió una sola cosa que me comprometí a realizar, que si alguna vez se me presentaban los medios necesarios, saludara en su nombre a Elizabeth, a quién llamó la gran Reina de Inglaterra, y de quien dijo ser la más gloriosa de las mujeres vivientes. Debo decir, al respecto, que muchas veces me había preguntado sobre ella con tanto deleite que no parecía cansarse jamás de hablar de ella. Me entregó también un obsequio de cuantioso valor para la reina y, si bien le mencioné que ella era enemiga de España, le aseguré que apenas estuviese en condiciones de hacerlo, cumpliría con la promesa. El 29 de marzo, siendo jueves, tres días después de despertar de mis últimas luces lunares, me amarré a mi máquina no sin antes tomar las joyas que Irdonozur me había obsequiado (y de cuyo uso había sido familiarizado por Pylonas) y algunas vituallas, que luego consumí largamente, como diré más adelante.

Una infinita multitud de personas estaba presente, entre las que se contaba el mismo Pylonas, al que di mi último adiós; solté luego las riendas de mis aves, que emprendieron vuelo con gran rapidez, llevándome lejos de su vista; me sentí igual que en el primer pasaje, nunca tuve ni hambre ni sed, hasta que llegué a China, sobre una montaña a unas cinco leguas de la alta y poderosa ciudad de Paquin.⁴⁶ Este viaje fue realizado en menos de nueve días y deseo aclarar que no tuve noticia alguna de esos hombres aéreos que avisté durante mi ascenso. Nada detuvo mi jornada, no sé si era por el sincero deseo de mis aves por volver a la Tierra, de la que se habían perdido una entera estación, o porque la atracción de la Tierra es más fuerte que la de la Luna, lo

46 Se refiere a Pekín, adaptación al español del nombre tradicional chino *Pinyin* o *Běijīngshí* (Beijing), que significa "capital del norte".

cierto es que intensificaron su esfuerzo, aunque tenía tres aves menos de las que originalmente llevaba conmigo. Los primeros ocho días las aves volaban delante de mí y yo con la máquina era arrastrado por ellas. El noveno día, cuando comenzamos a aproximarnos a las nubes, pude percibir que la máquina y yo íbamos delante de ellas, atraídos por la Tierra. Yo estaba aterrado, pensando que las aves no podrían soportar nuestro peso, puesto que su número era tan reducido, y que todos nos veríamos obligados a precipitarnos en tierra de cabeza. Pensé, entonces, que era el momento propicio para hacer uso del ebelus (una de las piedras que me confiara Irdonozur), golpeé con ella una parte expuesta de mi cuerpo y se me hizo evidente que mis pájaros hacían su camino con mucha más facilidad que antes, como aliviados de una gran carga, y sin esa ayuda no creo que hubiese sido factible que me acarrearán sobre la Tierra de manera segura.

China es un país tan poblado que estimo sea muy difícil que se encuentre –salvo en las zonas más áridas– un pedazo de tierra que no esté cuidadosamente trabajada, aunque tenga la longitud de dos o tres hombres. Estando aún en el aire, algunos pobladores me vieron y comenzaron a correr hacia mí en grupos, me atraparon y, de a poco y a la fuerza, me llevaron ante un oficial. No había más remedio que el de entregarme a ellos, pero cuando intenté ir, sentí que estaba tan liviano que tenía grandes dificultades de posar un pie si el otro estaba sobre el suelo. Se debía al ebelus, que aplicado sobre el cuerpo, había quitado de él todo peso y aplomo. Mientras me preguntaba qué hacer, comencé a sentir deseos de llevar a cabo ciertas necesidades de la naturaleza y, por signos lo dí a entender, ya que no sabían ninguno de los idiomas que yo podía hablar. Me permitieron ir tras unos arbustos, asegurándose de que no me fuese posible escapar. Estando allí, recordé las instrucciones que Pylonas me

había dado en relación al uso de las piedras. Al principio, las tomé a todas, junto con algunas de las joyas que me habían quedado de las que traje de la India, y las guardé en un pañuelo, excepción hecha de uno de los mejores ebelus. Hallé el modo de aplicarlo sobre mi cuerpo de forma tal que solo una cara entrara en contacto con mi piel, para que mi cuerpo no tuviese más que la mitad de su peso, hecho lo cual, atraje a mis guardianes y cuando los tuve a todos juntos lo suficientemente cerca pero sin cruzarse aún por mi camino, puse pies en polvorosa. Esto lo hice con el fin de tener la oportunidad de retener mis piedras y joyas que, de no impedirlo, sé que me habrían robado. Estando más ligero los instigué a perseguirme, pero no hubieran podido alcanzarme ni aún montados en la grupa de una zebra. Dirigí mi curso hacia un espeso bosque en el que me interné casi un cuarto de legua, luego de lo cual hallé un pequeño manantial, que tomé como referencia, y cerca de él metí mis joyas en un hoyo diminuto como los que pueden hacer los topos o criaturas semejantes. Ingerí después los víveres que tenía en el bolsillo, de los que no tuve deseos durante el viaje, y con los que me deleité hasta el momento en que la gente que me perseguía logró darme alcance. Me entregué en sus manos sin alboroto.

Me llevaron ante el oficial principal que, al comprender que me había escapado de los que primero me habían aprehendido, hizo construir un asiento con tablas en el que me hizo encerrar de tal suerte que solo la cabeza quedaba libre y luego fui acarreado sobre los hombros de cuatro esclavos, como lo hacen con los más notorios malhechores. Fui llevado ante un hombre de gran autoridad al que le dicen Mandarín, como supe más tarde al aprender su lenguaje, luego de un viaje de dos días, es decir cerca de una legua de distancia de la grande y famosa ciudad de Pachín o Paquín, que los chinos llaman Suntien.

No pude entender su idioma, pero por su tono discerní que se me acusaba por algo con gran vehemencia. La sustancia de tal acusación parece ser que derivaba del hecho que creían que era yo un mago –pues habían visto el extraño modo en que me desplazaba en el aire– y que, siendo extranjero –hecho evidente por mi lenguaje y mis ropajes– había trasgredido las leyes chinas, entrando al reino sin autorización y, probablemente, sin buenas intenciones. El Mandarín los escuchó con una infinita y compuesta gravedad y, al ser un hombre de rápida comprensión y gran estudioso de las novedades, les contestó que él iba a impartir la orden que el caso requería, es decir que mi intento audaz no debía obtener el acostumbrado castigo. Habiendo licenciado a los soldados, dio orden a sus sirvientes de que me llevaran a un lugar apartado de su vasto palacio y de que se me vigilara de manera estricta aunque cortés. Por lo que sucedió de inmediato y por lo que siguió luego, puedo suponer que se respetaron sus órdenes en un todo. Respecto de mi alojamiento, era mejor del que podía esperar: las estancias eran buenas, era buena la comida y buena la atención y de nada me podía quejar sino de mi detención. Seguí bajo ese régimen por muchos meses y ningún pensamiento me afligía, salvo el de mis aves, pues pensé que se habían perdido para siempre, como en efecto sucedió.

En ese tiempo, por mi personal aplicación y el atrevimiento de quienes me acompañaban, aprendí a hablar el idioma de esa provincia, pues casi todas las provincias de China tienen su propio idioma, por lo que discernirlo me tomó gran trabajo.

Se me permitía salir de las habitaciones y entrar en el espacioso jardín de ese palacio, un lugar de grandes placeres y deleite en el que se han plantado hierbas y flores admirables tanto por su dulzura como por su belleza. También hay una infinita variedad de frutos tanto europeos como otros y

todo estaba tan bien distribuido con tantas raras curiosidades que yo estaba embelezado en la contemplación de objetos tan placenteros. No había transcurrido tanto tiempo en esta recreación que el Mandarín ingresó al jardín, del lado en el que yo estaba paseando. Sus sirvientes me previnieron y advirtieron que me postrara ante él, como luego supe que hacen los grandes oficiales en las reverencias públicas. Lo hice y humildemente imploré su favor hacia un pobre extranjero que había llegado a esas tierras por secreta disposición de los cielos y no por propia voluntad.

Él empleó un idioma distinto que, según me habían dicho, usan todos los Mandarines y es parecido al de los selenitas, pues consiste en muchos tonos. Uno de sus sirvientes traducía para mí lo que él decía: deseaba que yo me mantuviera de buen ánimo porque no se proponía hacerme algún daño, y así ocurrió.

Al día siguiente se me pidió presentarme ante él, razón por la cual fui conducido a un comedor exquisitamente pintado y adornado. El Mandarín, habiendo pedido a todos que abandonaran la sala, accedió a hablar conmigo en idioma vulgar, preguntando primero sobre el estado de mi país, el poder de mi príncipe, la religión y las costumbres del pueblo; habiendo satisfecho todos estos puntos, finalmente descendió a las particularidades de mi educación y estudios y a los motivos que me había llevado hacia ese remoto país.

A continuación, desgrané por extenso ante él las aventuras de mi vida, con pequeñas omisiones aquí y allá que tuve muy bien en cuenta; me abstuve, por ejemplo, de hacer mención de las piedras que me ha habido obsequiado Irdonozur. La rareza de mis historias lo sorprendió mucho y nada en mi discurso le pareció que fuese deudor de la magia, de la que en un principio había esperado poder obtener algún conocimiento. Comenzó por admirar la excelencia

de mi ingenio y me alabó como el hombre más feliz que el mundo jamás hubiese producido. Luego, me permitió retirarme para que pudiera reponerme de haber pronunciado tan largo relato.

Después de este episodio, el Mandarín se deleitaba con mi presencia al punto de no pasar día sin que enviara por mí. Con el tiempo, me sugirió que vistiera con ropas del país, cosa que hice de muy buen agrado, y me permitió no solo desplazarme libremente por su casa sino también seguirlo cuando se dirigía a Paquín. Por tanto, tuve la oportunidad de ir aprendiendo de a poco algo más sobre el comportamiento de las personas y las políticas del país, cuyo relato reservo para la segunda parte. Debo admitir, sin embargo, que lo seguía no solo para ganar conocimiento de estas cosas, sino para incrementar las posibilidades de ser restituido al suelo natal y a las queridas prendas que valoro más que nada en el mundo, mi esposa e hijos. De tanto frecuentar Paquín, llegó finalmente a mis oídos la noticia de que se hallaban ahí algunos padres de la Compañía, que se habían hecho famosos por el extraordinario favor del que gozaban ante el rey, al que habían obsequiado con algunas baratijas europeas, como relojes a péndulo, de bolsillo o a dial,⁴⁷ que a él le parecían exquisitas rarezas. Con la venia del Mandarín me encomendé a ellos y fui bien acogido, pues se asombraron de ver a un laico español ahí donde tantas dificultades habían tenido ellos para obtener permiso de ingreso. Al padre Pantoja y a otros de la Compañía relaté todas mis aventuras previas y por indicación de ellos es que las puse por escrito y envié la historia de mis andanzas a Macao, siendo dirigidas de ahí a España, como emisarias

47 A principios del siglo XVI comenzó a utilizarse el resorte (reemplazando al sistema de pesas), lo que permitió construir relojes más pequeños. A partir de ahí, la relojería se modifica radicalmente y se diseñan los primeros relojes de bolsillo, conocidos como "huevo de Nüremberg". Evidentemente, Godwin se hace eco aquí de los avances y novedades en ese campo.

de mi regreso. El Mandarín fue muy indulgente conmigo, yo iba a menudo a ver a los padres, a quienes consultaba sobre muchos secretos en los que basaba la posibilidad del regreso, la hora bendita que esperaba con tanta paciencia y que enriquecería a mi país con el conocimiento de misterios ocultos, con los que quizá pueda cosechar la gloria de mis afortunadas desventuras.

"Sobre los niños verdes" (1196-1198) [fragmento]

William de Newburgh¹

Elina Montes (traducción)

Libro I, cap. 27

Tan extraño acontecimiento, del que jamás se han tenido noticias y que, ha tenido lugar en Inglaterra, durante el reinado del Rey Esteban no debe dejarse sin registrar. Es cierto que este tema me ha hecho dudar por largo tiempo, aunque me fuera relatado por mucha gente, pues el mismo me parecía difícil de creer por muchas y oscuras razones. Sin embargo, me excedió el peso de tantos testimonios y fui compelido a creer y arrastrado hacia el asombro, porque soy incapaz de entender o penetrar semejante cuestión, por más que fuerce mi mente.

Hay una comarca en el East Anglia a cuatro o cinco millas de distancia, se dice, del renombrado monasterio del bendito rey y mártir Edmundo. Cerca de ahí pueden observarse unos pozos muy antiguos a los que en inglés se les dice *Vulputes*, que vendría a ser *Wolf-Pits* ("pozos de los lobos"), el poblado cercano toma su nombre de ellos. Un

¹ William de Newburgh fue un canónigo e historiador del siglo XII que escribió *The History of William of Newburgh*, obra en la que reúne relatos de episodios reales, leyendas y cuentos folclóricos. Consulta online el 10.01.2013 en <http://www.fordham.edu/halsall/basis/williamofnewburgh-one.asp#27>. La traducción fue realizada por Elina Montes.

día, en tiempo de cosecha, cuando los segadores se afanaban en los campos, recolectando, emergieron de esos pozos dos pequeños, un niño y una niña, verdes de la cabeza a los pies y vestidos con ropas de colores insólitos y de telas desconocidas. Mientras vagaban por los campos, muy aturcidos, fueron descubiertos por los segadores y llevados hacia el poblado, donde se reunió una multitud para contemplar tamaña novedad. Pasaron muchos días encerrados sin ningún alimento. Pero, incluso cuando estaban casi literalmente a punto de expirar por el hambre, se rehusaban a aceptar alimento alguno, hasta que, por casualidad, les fue ofrecido un manojó de habas traídas del campo. De inmediato las asieron, buscaron entre los tallos, pero no hallaban nada satisfactorio entre los tallos y las vainas y lloraron amargamente. Más tarde, uno de los presentes les ofreció las habas sacadas de su vaina, que de inmediato tomaron con avidez y comieron.

Durante muchos meses fueron alimentados con ese alimento hasta que aprendieron a comer pan. En cierto momento, comenzaron a cambiar de color de a poco, debido a la influencia de la comida, se volvieron como nosotros e incluso aprendieron nuestro lenguaje. Los varones prudentes decidieron, entonces, que debían recibir el sagrado sacramento del bautismo, y esto fue llevado a cabo. Pero el varón, que parecía ser el menor de los dos, sobrevivió muy poco tiempo luego del bautismo, sucumbiendo a una muerte repentina. Su hermana, por otra parte, salió ilesa, y no era en nada diferente de cualquiera de nuestras mujeres. Es más, poco después se desposó en Lynn [*apud Lennam*], y se dice que pocos años atrás aún vivía.

Puesto que pudieron hablar nuestro lenguaje, se les preguntó de dónde habían venido y cuándo. Se dice que a esto respondieron: “Somos habitantes de la tierra de Saint Martin, que es un sitio muy venerado, en nuestro país”.

Cuando luego se les preguntó qué país era ese y cómo habían llegado de ahí hasta aquí, contestaron: “No sabríamos decirlo. Esto es lo que recordamos. Un día estábamos apacentando el ganado de nuestro padre en nuestros campos cuando oímos un sonido parecido al que dicen que se escucha cuando repican las campanas de San Albano. Cuando prestamos atención al sonido que nos atraía, fue como si de pronto entrara en nosotros y nos hallamos cerca de ustedes en los campos donde estaban cosechando”. Se les preguntó si creían en Cristo y si el Sol despuntaba en su tierra, a lo que contestaron que eran cristianos y tenían iglesias. “Pero, dijeron, el Sol no se eleva sobre nosotros y sus rayos apenas nos iluminan, se presenta en la misma medida que entre ustedes lo hace al amanecer o al atardecer. Además, hay una tierra luminosa visible no muy lejos de la nuestra, estando ambas separadas por un inmenso río”.

Estas y muchas otras cosas similares que sería muy largo repetir fueron dichas para contestar prolijamente a sus interlocutores. La gente puede decir y concluir lo que desee sobre el asunto, pero no me avergüenza haber relatado tan extraordinario evento.

Libro II, final del capítulo 28

Estas y otras cuestiones similares que sucedieron podrían parecer increíbles si no fuese porque testigos confiables dieron fe de ellas. Si los magos (como ha sido escrito) fueron capaces –a través de encantamientos egipcios y las secretas colaboraciones de ángeles malvados– de transformar leños en serpientes y agua en sangre y crear sapos de la nada, no por eso (dijo San Agustín) tenemos que pensar que esos magos son los verdaderos creadores de las serpientes y los sapos, como los labradores no lo son de su cosecha. En

efecto, una cosa es formar y producir una criatura de los más lejanos y remotos vínculos de la cadena causal –que es Él, Dios, el único Creador– y otra hacerlo a través de los medios y poderes que Él pueda proveer para provocar una operación, que tendrá cierto efecto en determinado momento y en determinada manera, y esto es algo que pueden hacer tanto los ángeles como los hombres malvados.

Algunas cosas [los ángeles malvados] las logran por el mismo poder de su naturaleza angélica, siempre que el más Alto Poder se lo permita; algunas las llevan a cabo a través de trucos o ilusiones, como la fiesta nocturna en el interior de la colina. Pero otras, son en verdad reales, como los perros, o los sapos con cadenas de oro, o la copa [alude a todo lo relatado en este capítulo], y la gente puede quedar atrapada en una fascinación carente de provecho. Estos ángeles malvados, cuando les es permitido, sin lugar a dudas representan con gran solicitud actos que pueden engañar peligrosamente a los seres humanos. Sin embargo, hallar una explicación [*ratio*] para los niños verdes que se dijo que habían aparecido en la Tierra es más misteriosa; la fragilidad de nuestra inteligencia es absolutamente incapaz de encontrar una explicación para esto.

El mensajero inanimado (*Nuncius inanimatus*, 1629)¹

Francis Godwin | Elina Montes (traducción)

1. No es posible imaginar que algo pueda ser percibido por el intelecto humano sin el auxilio de los Sentidos –el que no tenga aunque sea un conocimiento mínimo de filosofía debería ser tenido por ignorante–. Por tanto, aquel que pretenda comunicar los secretos de su mente a alguien que esté ausente o presente, necesita hacerlo por esa vía.

2. Y ciertamente para los que estén presentes no usamos otros medios que el habla, que a través del servicio prestado por el sentido de la audición, abre la mente de un hombre a otro hombre, como si estuviesen fusionados, a menos que por ventura no nos halláramos ante una nueva Palas, quien (como cuenta Tácito del liberto de Claudio) solía dar órdenes a sus sirvientes ya sea por escrito o con un movimiento de la cabeza.²

3. Hay quienes desean comunicar algo a un amigo ausente y no confían en la fidelidad de un mensajero, por tener que presentar ante sus ojos cosas que no deben ver o que

1 La traducción fue realizada por Elina Montes

2 Se refiere a Cleopatra. El episodio es mencionado en *Annales*, XI.30.

confiar a sus oídos lo que estiman no estará a salvo. Por esta razón comenzaron a ser de uso corriente las cartas, que son las intérpretes de nuestra mente. En general estas cumplen fielmente aquello por lo cual han sido enviadas, a menos que la perfidia o negligencia de aquellos que las lleven o los impedimentos del viaje sean la causa de que aquellas demostraciones de vuestra mente no lleguen al lugar al que eran destinadas.

4. Hay muchos y variados remedios para estos inconvenientes inventados por los Antiguos, que no solo parecen facilitar la tarea, sino también indicar cómo los mensajeros adecuados no puedan corromperse fácilmente. También prometen una celeridad que está más allá del poder del hombre, a menos que este, cual un nuevo Perseo pueda hacerse –no pregunten cómo– de un alado Pegaso para su provecho y la de su misiva.

5. No estaré arrepentido de haber tomado en consideración aquellos inventos sobre la materia, que estaban plasmados por las plumas de los historiadores. Cuando, finalmente, haya dado una descripción de mi Mensajero y haya explicado lo que promete, al lector inteligente no se le escapará cuánto nuestras invenciones excedan las de los Antiguos.

6. Cecina Volturreno, un noble de Roma (de acuerdo con el testimonio que ofrece Plinio) llevó consigo a la ciudad unas golondrinas que había tomado de los nidos, con las que envió a sus amigos noticias de la victoria, pues las pintó con los colores que lo indicaban. Y Fabio Píctor también cuenta en sus Anales que en ocasión del sitio de una guarnición romana por parte de los Lígures, usó una golondrina que tenía desde joven, a la que ató una hebra de hilo a una de sus patas. Por la cantidad de nudos los que la recibieron supieron qué día debían ir con más ayuda para facilitarles una salida. Décimo Bruto, durante el sitio de Módena, envió cartas atadas a las patas de palomas que iban hasta la tienda de

los Cónsules Ircio y Pansa, que fueron en su ayuda contra Antonio.

7. Pero el invento de los egipcios mamelucos que pelearon contra Alejandro supera a todos estos, así lo escribió Bernardo de Bridenbach, deán de Mentz. Aunque él afirma que pueda parecer increíble, sin embargo declaro que en verdad sucedió. Amiraldo siempre tenía consigo algunas palomas entrenadas de tal modo que, sin importar adónde fueran, siempre volvían a su tienda. Ahora bien, los pilotos que eran enviados para subir a los barcos que salían del puerto de Alejandría y comandarlos, una vez embarcados, llevaban consigo dos o tres palomas hasta que llegaban al lugar que debían explorar y del que hacían un reporte exhaustivo de las cosas que debían conocerse. Ataban el informe al cuello de una paloma y la dejaban volar lejos, pues con su vuelo sostenido y sin descanso pronto llegaría con la nota a la mesa de Amiraldo, que sabría así de su contenido y su emisor. Pero, si luego de haber enviado la primera paloma, alguna otra cosa tenía que ser comunicada a Amiraldo, de inmediato se enviaba una segunda, y una tercera de ser necesario. De ese modo, Amiraldo sabía qué se le comunicaba y de parte de quién, incluso mucho antes de que los barcos ingresaran a puerto. Se dice que tenía otras palomas que envió al Sultán de El Cairo, con las que hacía saber que algún asunto urgente y difícil ocurría. Además, si los pilotos enviados por Amiraldo no hallaban los barcos en condiciones, esto también se le informaba a través de las palomas.

8. A veces, por estos y otros ejemplos similares nos damos cuenta de que algo debe saberse sin demoras, y que a tal fin siempre se utilizaron pájaros para acarrear el mensaje. Sin embargo, nosotros prometemos mostrarles un emisario que no es un ave ni es alado, que no es una criatura viviente de ninguna especie, aunque las aventaja en la celeridad de su movimiento.

9. Las invenciones de los Antiguos se acercan de algún modo a nuestro objetivo, puesto que también a través del fuego encendido por las noches y a través del humo durante el día –que pueden percibirse en corto plazo– comunicaron sus propósitos a los amigos lejanos. Así lo hicieron los griegos cuando fueron a Chio con la confederación que montó las tiendas en Artemisio, y Mardonio el persa, desde Atenas e incluso en Asia, como lo relata Herodoto.

10. Ellos, sin embargo, por lo que puedo entender, no mostraban con estos medios todo lo que querían comunicar, sino una sola cosa, que habían acordado de antemano entre ellos; por ejemplo, cuando en determinados sitios se encendía un fuego o se enviaba humo, significaba que Atenas estaba sitiada en ese momento o que justo en ese instante estaban poniéndose en marcha en los campamentos enemigos.

11. Por mi parte, creo que un uso algo más trivial fue el que hizo Tiberio, según lo cuenta Suetonio,³ que en el mismo momento en que el monstruo perverso⁴ conspiraba en la isla de Capri, y mientras se esforzaba por doblegar el altivo espíritu de Sejano, ordenó que se le enviaran señales desde lejos (puesto que los mensajeros habrían tardado demasiado) y las esperó en lo alto de una roca para entender de inmediato lo que había sucedido; la historia parece dar a entender que Tiberio invirtió mucho en este ingenio; puesto que él habitaba la isla debe de haber sabido todo lo que se necesitaba comunicar (a través de las señales y la altura) al continente o la tierra principal.

12. Sobre el particular, si es que no estoy equivocado, resulta sorprendente constatar cómo pudo suceder que este arte, que comunica los secretos de nuestra mente sin la ayuda de ningún mensajero a quienes están ausentes y a

3 Historia de los doce césares, LXV.

4 Se refiere a Calígula.

gran distancia de nosotros, haya caído en desuso en nuestra Europa o, por lo menos, no se haya utilizado desde hace tiempo en el modo en que lo leo en las historias clásicas.

13. Y digo en nuestra Europa puesto que no puede negarse que incluso en estos días el método ha alcanzado gran perfección entre los cataianos, tal como lo testimonia Augerius Busbequiu;⁵ dudar de la fidelidad de lo que dice sería casi un pecado, a menos que él no haya dado crédito a otros hombres, a los que haya oído hablar del tema.

14. *luego de un viaje de muchos meses llegamos por fin a las costas del Imperio de Catay, puesto que una gran parte de los dominios del Rey de Catay es mediterránea, con montañas boscosas y escarpadas y rocas peligrosas, nadie puede ingresar sino a través de pasos estrechos vigilados por guarniciones del rey; ahí los mercaderes son interrogados acerca de lo que llevan consigo, de dónde vienen y cuántos son; una vez sabido todo esto, los vigías apostados por el rey, hacen señales de humo si es de día o con fuego si es de noche a los de la siguiente colina, que de igual modo lo hacen con los de la que sigue; y así unos tras otros, hasta que en un espacio de tiempo de pocas horas, que un mensajero no podría cubrir sino en días, la noticia del arribo de los mercaderes llega hasta el Rey de Catay, quien contesta con igual presteza y en idéntico modo, si está complacido con su admisión o si deben ser rechazados o retenidos.*

15. Nuestros ancestros no ignoraban que desde la altura de las colinas (que en Inglaterra llamamos *Beacons*)⁶ algo puede hacerse manifiesto, y de este hecho se ha derivado nuestra costumbre, y su auxilio es grande en el aviso de invasiones

5 Godwin alude a Embaxada y viages de Constantinopla y Amasea (1581), de Augerio Gissenio Busbequio, nombre latino del flamenco Ogier Ghiselin de Busbecq, escritor y diplomático al servicio de la Corona austríaca, que representó ante el Imperio Otomano.

6 En español se utilizaba la palabra "almenara", para indicar las señales hechas con fuego en un lugar elevado (nombre derivado del árabe *manâra*, "faro", y *nâr*, "fuego"). En Inglaterra la señalización a través del *beacon* era un sistema tanto interno (las colinas que tenían este faro eran llamadas *Beacon Hill*, y a eso se refiere Godwin), como costero, para avisar del avistaje de embarcaciones enemigas.

de enemigos extranjeros. Pero contar con un solo medio – en especial para dar aviso del número exacto de hombres y bestias, de la nacionalidad, del tipo de comercio y otras cosas que es necesario dar a conocer–, se parece (creo yo) más al trabajo abstruso y difícil llevado a cabo por la astucia de una nación bárbara, ignorante de la filosofía, tanto humana como divina. Demasiado hemos hablado acerca de la vista, que, no sin justa causa, el príncipe de los oradores dice que es la que da forma a todos los demás sentidos.

16. Debemos ahora pasar de los ojos a los oídos, aunque hasta el momento no he hallado en mis lecturas ningún invento –de los antiguos o puesto en práctica por alguien en nuestros tiempos– que le permita a un hombre, que esté a gran distancia, recibir noticias de algún negocio a través de los beneficios de este sentido, a menos que aquel no le sea comunicado por las palabras de un mensajero.

17. Sin embargo, al oído pertenece lo que el Sr. Camden, hijo de todos los anticuarios, en especial los británicos, ha hecho público con estas palabras:⁷ los habitantes de la zona de la Muralla de los Pictos⁸ (que Severo construyó en la parte Norte de Inglaterra) refieren que había una cañería de bronce colocada en el interior del muro; con ese raro artificio que funcionaba entre cada torre y castillo (todavía hoy se encuentran restos de esto aquí y allá) si alguien emitía un sonido a través de la misma, sin importar en qué torre estuviera, el sonido pasaba a la siguiente y de ahí a la otra, es decir, el sonido pasaba a través de cada una de ellas y sin interrupciones,⁹

7 William Camden, *Britannia* (1607), <http://ebooks.adelaide.edu.au/c/camden/william/britannia-gibson-1722/part108.html> (13-05-2013).

8 Se refiere a la muralla iniciada por Adriano y continuada por Severo, para contener la invasión de los pictos.

9 No hemos hallado registro de este tipo de elementos en el Muro de Adriano, pensado como señalización en casos de alerta. En 2012, sin embargo, el arqueólogo Andy Birley y su equipo, hallaron cuantiosos restos de una tubería de bronce que, aparentemente, recorría la muralla para la provisión

para indicar dónde debían temer el ataque del enemigo. Xifilino relata que, en la época de Severo, un prodigio similar se había instalado en las torres de Constantinopla, pero, sin importar lo que él diga, el muro está ahora derruido y la cañería no se ha hallado. Aquí, muchos poseen tierras concedidas por el favor de antiguos reyes, en *cornage*,¹⁰ como dicen los abogados, pues con el sonido de un corno debían alertar a sus vecinos si avanzaba el enemigo, costumbre que, al parecer, se tomó de los romanos. Hasta aquí lo dicho por Camden, quien con palabras como estas ha reunido todos los inventos de los antiguos que se hallan en vías de desaparición.

18. Quizá no sea inoportuno que, luego de haber hablado algo sobre la vista y el oído, digamos algunas cosas sobre el tacto. Con la ayuda de este sentido, creo sea poco creíble afirmar que todo pueda ser comunicado a quienes están lejos, especialmente sin un mensajero. Por mi parte, me atrevo a decir que puede hacerse fácilmente, con una distancia de una milla o tal vez dos, aunque no he tratado de verificarlo con ningún experimento, y no puedo decir si valdrá la pena esforzarse en este sentido en un futuro.

19. Sin embargo, por lo que concierne a aquellos otros sentidos (a saber, la vista y el oído) me atrevo a decir y a afirmar con confianza que un hombre habilidoso en este arte puede decir o pensar lo que le plazca, puede alcanzarle sus bienes a otro que esté distante y que posea habilidades semejante (si se halla a un cuarto de milla), aunque se encuentre sitiado, o se oculte o se halle detenido en un lugar que no sea directamente conocido por el que envía las noticias o, que aunque lo sepa no lo conozca. Aunque nadie se le puede aproximar,

de agua. No se menciona si se utilizaba esta misma u otra semejante para producir un sonido que pudiera resonar de un torreón a otro.

10 Antigua forma de concesión de tierras que obligaba a los tenedores, como señala Godwin, a dar aviso de la invasión territorial tocando el corno.

o su cuerpo esté encerrado en una prisión o sus manos atadas, o el rostro enmascarado, si no hay otros impedimentos para que pueda entender las palabras de su amigo ausente, si es que su libertad no le ha sido quitada al punto de no ser capaz de hacer las cosas que solía hacer a veces como hombre libre, o hacerlas sin temor o peligro.

20. Y digo más, si se conoce el lugar donde reside el amigo al que debe llegar el mensaje y ambos gozan de plena libertad, y pueden acordar de antemano la disponibilidad de los medios, cualquier cosa puede ser comunicada a ese amigo en corto plazo, una hora o quizá menos, sin que entre ambos medie un mensajero u otra criatura viviente, aunque él esté a cien o doscientas millas de distancia.

21. Algunos murmuran que estas cosas son extrañas y fantásticas, y que no hay que darles crédito de inmediato. Pero, ¿por qué parecen fantásticas e increíbles? Si tomamos el caso de *género* y *especie*¹¹ veremos que no hay otra cosa, si lo singular se presenta ante tus ojos, no tienes por qué descreer. Di en Londres a este Nuncio mío lo que desees me sea dicho usando el menor número de palabras, cuando yo esté en Bristol, Wells o incluso en Exeter, que sería aceptable, puesto que no me preocupa la distancia. Digo que pronuncies ante él en Londres, cuando se acerque el mediodía cualquiera de los versos de las Sagradas Escrituras y yo lo veré cumplir con nuestros deseos en el lugar designado (presta atención a lo que digo) antes del mediodía de ese mismo día.

22. No te apresures a decir que esto es imposible, puesto que el curso del Sol hace que el mediodía llegue algunos minutos después en Bristol que en Londres: lo que tienes que

11 Sigue la denominación aristotélica para referirse a las características generales y específicas de los organismos. El género es el conjunto de especies, por ende, más universal, lo que estaría aquí sugiriendo Godwin es que no desconfiamos toda vez que se presenta ante nosotros lo individual, puesto que inferimos que pertenece a un orden superior, que lo engloba, y lo mismo reclama, entonces, para aquello que introduce aquí.

preguntarte es si este mensajero superaría en velocidad el movimiento de los cielos. Lo haría, te digo que lo haría, de ser necesario o soy la persona más presumida que conozco, de las que escribe o habla.

23. ¿He hablado de torres o ciudades sitiadas? Nuestro nuncio inanimado, no temiéndole a nada, pasará a través de todas las tropas del enemigo: una zanja cavada tan profunda como el infierno o un muro tan alto como los de Babilonia no dificultarán su jornada. Al contrario, reproducirá fielmente el mensaje de quien lo ha enviado (si es conciso como debe serlo), a través de la zona sitiada y con una increíble celeridad, si dentro de las 5 o 7 millas, aunque dudo que pueda hacerlo con efectividad dentro de las 20 millas.

24. Tienen ante ustedes tres promesas hechas sobre este Nuncio mío, presentadas para su consideración, valdría la pena que, por amor a la claridad, les mostrara en qué se diferencian entre sí.

25. En primer lugar, resalté cómo burla astutamente, en segundo lugar, la rapidez de desplazamiento y, finalmente, su poder y su fuerza indisputados de penetrar todas las cosas.

26. Lo que está en primer lugar puede ser llevado a cabo sin costos o trabajo por parte de nadie, salvo del que hace el envío; tiene, sin embargo, el inconveniente de que su uso frecuente pueda despertar sospechas.

27. Lo que expongo en segundo lugar se efectúa a menudo, sin la ayuda de nadie, y en ciertos lugares casi sin costo alguno. Si se piensa en un uso permanente, sin una preparación previa podrá hacerse muy poco o nada; esta tendrá un costo de aproximadamente 5 libras por milla; nada de esto podrá hacerse sin la autorización del magistrado, que de otro modo podría muy fácilmente entorpecer la labor de nuestro Nuncio.

28. Por lo que concierne el tercer aspecto, en verdad no requiere grandes costos, pero debe cuidarse, para que

funcione, que se instale en un sitio –no muy alejado– en el que no peligre que lo venzan las fuerzas enemigas antes de que haya ejecutado su tarea; en este caso, no podemos negar –sin embargo– que éstas serían las peores condiciones para enviar y recibir un mensaje.

29. ¡Oh, lector! Me parece que te estás preguntando a través de qué puede un amigo percibir estas cosas de las que he hablado, puesto que los sentidos son centinelas, intérpretes y mensajeros del entendimiento (así lo pensaba Cicerón), únicas vías por las que podemos conocer: contesto que a veces a través del oído, otras de la vista; te preguntas cuál es la razón, te lo diré en pocas palabras, que serían poco claras sin el agregado de ejemplos.

30. Si necesitas representar algo ante los ojos de un amigo ausente, y repito ausente, que se encuentre a la mayor distancia a la que pueda hallarse separado cualquier organismo sublunar de su lugar de origen (esto lo aseguro), veremos que las Ideas o las formas visibles aumentarán en cantidad, se multiplicarán en número y serán tan diferentes como variadas sean las cosas que deban ser transmitidas en calidad, cantidad, posición y orden.

31. No hay nadie que no sepa que todo lo que se percibe con los oídos debe producir sonido, por ende, es necesario que aquel a quien se le transmita algo por mediación de la audición, pueda oír los sonidos y pueda hacerlo según la cantidad de cosas a ser oídas que, puesto que son infinitas, la variedad de sonidos que serán reproducidos también lo será: sin embargo, será suficiente con que se distingan según el tipo, tono, estilo y cantidad.

32. Quien pueda entender adecuadamente (y los ejemplos son tan claros como el Sol en su esplendor meridiano) cómo los sonidos de esta naturaleza sean llevados a un lugar tan distante jamás cuestionará lo que digo.

33. Que nadie tenga ni la más mínima sospecha de que

estas cosas se efectuarán a través de artes ilícitas o condenadas. En presencia de ese Dios que es a la vez el más grande y el mejor, lo objeto y declaro abiertamente que esta disciplina no contiene nada que no sea lícito o contrario a las leyes de Dios o de los hombres. Muchas cosas de las que aún no he hablado se ejecutan con la ayuda de la Aritmética, la Geometría y la Música, y otras con medios poco usuales pero lícitos y con muy bajo costo. Por cierto, muchas cosas deben hacerse de este modo con la menor pérdida que pueda imaginarse.

34. Y, viendo que esto es así, lo dejo al juicio de aquellos que sean criteriosos como para considerar lo mucho que estos inventos nuestros pueden ser de provecho, en el futuro, para la Nación: si se mostraran deficientes, dejen que mueran o, que no vean la luz, como los prematuros. Y si por casualidad ya habían visto la luz, no dejen que gocen de ella, extínganla de inmediato.

35. Sin embargo, yo creo que el uso de este arte se propagará tanto en tiempo de paz como en el de guerra, y aunque no lo haga de buen grado, estimo que es mi deber importunarlos con esta presentación, no sea que cuando se dé a conocer a muchos, no podamos ya manejar o practicar estas cosas con el tiempo que merecen.¹²

12 El *Nuncius Inanimatus* no describe los métodos de comunicación que el autor afirma que son posibles, muchos lectores se sintieron defraudados, pero no así John Wilkins, quien se inspiró en Godwin para escribir su obra *Mercury: or the Secret and Swift Messenger* (1641). En esta obra, Wilkins escribe que "Lo que por primera vez originó este discurso, fue la lectura del panfleto titulado *Nuncius Inanimatus*, que se estima de autoría de un obispo ya fallecido: en el mismo este afirma que existen modos de comunicarse con un amigo, aunque esté encerrado en una mazmorra, se encuentre en una ciudad sitiada o a miles de millas de distancia. La primera lectura atenta de lo que se promete, más que convencerme, me sorprendió, pues nunca antes había observado nada que tratara en detalle sobre este tema. Y hubiera pensado que se trataba de fabulaciones, de no ser por el crédito que merecía tan estimado autor. Luego, recogí todas las notas sobre el asunto que hube de hallar en mis anteriores estudios" (*The Mathematical and Philosophical Works of John Wilkins*).

El descubrimiento de un nuevo mundo, o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitable en la Luna

John Wilkins (1640)

INTRODUCCIÓN

John Wilkins, vida y contexto

María Inés Castagnino

John Wilkins nació en la localidad de Fawsley, en Northamptonshire, Inglaterra, a principios de 1614. Su parentesco más notable radica en el hecho de que su abuelo paterno era John Dod, un catedrático y clérigo protestante conocido por lo aplicado de su desempeño y la popularidad de sus escritos (en particular, un comentario sobre los Diez Mandamientos). La influencia de su abuelo determinaría en parte la futura postura religiosa de Wilkins, quien nació en su casa de Dod, se educó bajo su tutela por haber quedado huérfano de padre tempranamente y lo sucedió –por poco tiempo– como rector de Fawsley en 1637.

John Wilkins recibió una buena educación en la cercana ciudad de Oxford, donde, luego de una escolaridad primaria centrada en el estudio del latín y el griego, que tradicionalmente proveía un ingreso al estudio de las artes liberales en la universidad, se incorporó a Magdalen Hall. Con la obtención de su primer título de *Bachelor of Arts* en 1631 se incorporó a la jerarquía eclesiástica y, tras su breve paso por la rectoría de Fawsley, comenzó a desempeñarse como

capellán de distintos nobles destacados. Posteriormente adquiriría otros títulos, hasta llegar a ser Doctor en 1649.

La vida adulta de Wilkins se desarrolló en el marco de los gobiernos monárquicos de dos reyes de la dinastía Estuardo (Carlos I entre 1625 y 1649, Carlos II entre 1660 y 1685) y el interregno establecido entre 1649 y 1660, durante el cual se impuso el liderazgo puritano de Oliver Cromwell y el funcionamiento republicano. Dado que Wilkins se desempeñó en importantes cargos públicos de distinta índole, se encontró a veces en el ojo de la tormenta con respecto a los acontecimientos político-religiosos de su época. Cuando estalló la guerra civil que enfrentó a los defensores del rey con los del Parlamento, el puritano moderado Wilkins apoyó a los parlamentarios, quienes lo nombraron director de Wadham College, Oxford, para reemplazar a un adepto al rey con miras a llevar a cabo una reforma de las universidades. Allí ejerció una influencia tan benéfica que no solo puso al *college* al frente de la universidad, sino que en 1656 se le otorgó permiso para contraer matrimonio nada menos que con Robina, la hermana de Oliver Cromwell, pese a una prohibición estatutaria. En 1659 Richard Cromwell, el hijo de Oliver que lo sucediera brevemente como Lord Protector de Inglaterra, lo nombró director de Trinity College, Cambridge, para lo cual Wilkins renunció a su cargo en Oxford; esto no solo le valió pasar a detentar el cargo más elevado en la otra universidad, sino que le otorgó la particular cualidad de ser uno de los pocos que han dirigido *colleges* tanto de Oxford como de Cambridge. Mientras que todo esto refleja un alto grado de compromiso con la causa parlamentaria y disidente respecto a la iglesia anglicana establecida, en su desempeño de cargos eclesiásticos su actitud respecto a las divisiones religiosas y políticas que minaban la estabilidad nacional fue no obstante conciliatoria: promovía la tolerancia y rechazaba

las posturas extremas como fanatismo tanto en un bando como en otro. En esta actitud se aprecia la influencia de su abuelo, John Dod, según uno de sus biógrafos, a quien vale la pena citar en cierta extensión:

Sus enemigos, a quienes la moderación les era ajena, hicieron de esa virtud en la que él sobresalía el tema principal de sus reproches, como si él hubiera sido una persona de principios poco firmes, inestable en materia religiosa. Esto le trajo severas censuras (...) sin que se considerara que él no podía menos que expresar gran caridad hacia los disidentes, a causa de su educación al cuidado de su abuelo, el señor John Dod, quien disentía en muchas cuestiones con la iglesia anglicana mucho antes de la separación que siguiera posteriormente (...). Y así como su abuelo nunca aprobó los extremismos del otro bando, sino que se mantuvo leal hasta el final, y aconsejó a otros que mantuvieran su fidelidad, del mismo modo el Dr. Wilkins (aunque, cuando el gobierno se disolvió, tuvo la claridad de someterse a los poderes entonces en ejercicio, lo cual le procuró interés y parte en el gobierno de ambas universidades) fue siempre amigo de aquellos que eran leales, continuó afectado a la iglesia anglicana y protegió a varios de ellos por la participación que tenía en el gobierno de ese entonces.¹

A pesar de los reproches, su tolerancia fue la que lo hizo querido por muchos defensores de la monarquía y le permitió contemporizar con la iglesia anglicana cuando la

1 La versión facsimilar de una edición de 1802 del texto de Wilkins empleada para este trabajo incluye una detallada y encomiástica nota biográfica, pero no consigna el nombre de su autor. De las páginas vii y viii de la misma ha sido tomada esta cita; su traducción, así como la de todas las citas incluidas en esta introducción, es de M. I. Castagnino.

restitución de Carlos II –como señala el biógrafo–, con tanto éxito que, a pesar de perder el cargo en Cambridge, siguió obteniendo importantes posiciones y llegó a detentar, entre otros cargos, los de deán de Ripon y obispo de Chester. Entonces, fiel a su actitud conciliatoria, trabajó con éxito para atraer a los disidentes a la iglesia establecida.² Por todo esto era bien conocido en general, como lo atestiguan, entre otras fuentes, las menciones a su persona en los conocidos diarios de Samuel Pepys y de John Evelyn.³

Los vínculos de Wilkins con las dos antiguas universidades de Inglaterra reflejan un aspecto paralelo al de su desempeño como eclesiástico: su interés por el estudio y la investigación de diversos temas y disciplinas científicas. Dentro de este aspecto Wilkins se destaca por su relación con la filosofía natural, que involucraba los estudios astronómicos.⁴ Por su asidua práctica y dedicación a la cuestión, Wilkins estuvo vinculado con la fundación en 1660 de la asociación científica conocida como *Royal Society* de Inglaterra,⁵ y fue su primer secretario. La creación de esta

2 A partir de 1662, mediante un Acta de Uniformidad, se requirió formalmente del clero que estuviera ordenado dentro del anglicanismo para poder ejercer sus funciones. Esto, naturalmente, ocasionó el alejamiento de muchos disidentes de las prácticas eclesiásticas.

3 Samuel Pepys menciona a Wilkins en varias ocasiones a lo largo de su diario, sobre todo en relación con su última y más importante obra publicada en vida, el *Ensayo hacia un carácter real y un lenguaje filosófico* de 1668. Evelyn, por su parte, en su entrada del 10 de febrero de 1656, se refiere a Wilkins como “alguien de lo más servicial, que se casó con la hermana del Lord Protector e hizo grandes esfuerzos por preservar a las universidades de comandantes y soldados ignorantes y sacrílegos, que habrían querido destruir todos los lugares y a todas las personas que pretendieran vincularse con el conocimiento.”

4 La introducción escrita por el Dr. William Poole a la edición de Broadview Editions (Ontario, 2009) de *The Man in the Moone*, de Francis Godwin, provee una detallada explicación de los alcances y las características de la filosofía natural. Se la puede hallar en este mismo volumen, traducida por Elna Montes.

5 Wilkins promovió activamente los encuentros en Oxford del grupo de filósofos experimentales conocido como *Invisible College*, encabezado por Robert Boyle, que fue uno de los antecedentes de mayor peso para el establecimiento de la sociedad.

sociedad refleja el cambio de estatus que lentamente iba operando la Revolución Científica, por el cual disciplinas como la astronomía se iban apartando de las posturas clásicas, religiosas y filosóficas que tradicionalmente las afectaban para ser encaradas cada vez más desde un punto de vista científico moderno. El mismo biógrafo anterior deja constancia de cierto grado de conflicto entre estos intereses y el rol eclesiástico de Wilkins al afirmar:

A veces trataba asuntos que no correspondían estrictamente a su profesión, pero siempre con la intención de hacer que los hombres fueran más sabios y mejores; lo cual era su propósito capital al promover el conocimiento universal, y una de las razones principales por las que ingresara en la *Royal Society*. (Wilkins, 1982: vi)

En la vida de John Wilkins, entonces, se hicieron patentes los tironeos que su nación experimentó en una época transicional, especialmente aquellos entre disidentes y anglicanos, entre parlamentarios y monárquicos y entre religión y ciencia. Wilkins murió en Londres en noviembre de 1672. Para entonces había publicado los siguientes textos:

- » *El descubrimiento de un nuevo mundo o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitable en la Luna (The Discovery of a New World or a Discourse tending to prove that it is probable there may be another habitable World in the Moon, primera versión de 1638, dado a conocer en forma anónima).*
- » *Discurso concerniente a un nuevo planeta, tendiente a demostrar que es probable que nuestra Tierra sea uno de los planetas (Discourse concerning a New Planet, tending to prove that it is probable our Earth is one of the Planets, 1640; dado a conocer en forma anónima, y agregado al texto anterior);*

- » *Mercurio o el mensajero secreto, donde se demuestra cómo un hombre puede con privacidad y velocidad comunicar sus pensamientos a un amigo a cualquier distancia (Mercury or the Secret Messenger, showing how a Man may with Privacy and Speed communicate his Thoughts to his Friend at any Distance, 1641; texto inspirado por otro de Francis Godwin, titulado Nuncius Inanimatus);*
- » *Eclesiastés, o un discurso sobre el don de predicar, entendido según las reglas del arte (Ecclesiastes, or A Discourse of the Gift of Preaching, as it falls under the Rules of Art, 1646);*
- » *Magia matemática, o las maravillas que se pueden realizar mediante la geometría mecánica (Mathematical Magic, or the Wonders that may be performed by Mechanical Geometry, 1648);*
- » *Discurso sobre la belleza de la Providencia, en todos sus pasajes más rudos (Discourse concerning the Beauty of Providence, in all the rugged Passages of it, 1649);*
- » *Discurso sobre el don de la plegaria, donde se muestra qué es, en qué consiste y en qué medida se lo puede obtener siendo industrioso, etc. (Discourse concerning the Gift of Prayer, showing what it is, wherein it consists, and how far it is attainable by Industry, 1653);*
- » *Ensayo hacia un carácter real y un lenguaje filosófico, junto con un diccionario alfabético en el cual todas las palabras inglesas, de acuerdo con sus varios significados, son o bien referidas a sus lugares en las tablas filosóficas o explicadas mediante palabras que se encuentran en esas tablas (Essay towards a Real Character and a Philosophical Language and An Alphabetical Dictionary wherein all English Words, according to their various Significations, are either referred to their Places in the Philosophical Tables or explained by such Words as are in those Tables, 1668).*

En forma póstuma fueron publicados, además, *Sobre los principios y deberes de la religión natural (Of the Principles and Duties of Natural Religion, 1673)* y *Sermones predicados en diversas ocasiones (Sermons preached upon several Occasions, 1682)*. El último de los textos publicados durante su vida fue

su trabajo más importante, e interesó a Jorge Luis Borges en un opúsculo conocido,⁶ pero es el primero de ellos el que concita nuestro interés en esta ocasión.

El descubrimiento de un nuevo mundo: religión, ciencia y utopía

El descubrimiento de un mundo en la Luna o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitable en ese planeta (*The Discovery of a World in the Moon or a Discourse tending to prove that 'tis probable there may be another habitable World in that Planet*) fue dado a conocer originalmente en 1638, en forma anónima. Tuvo cuatro ediciones durante el siglo XVII; la tercera, de 1640, tenía como agregado particularmente interesante una decimocuarta proposición al final del texto, además de la incorporación de un segundo conjunto de diez proposiciones bajo el título de *Discurso concerniente a un nuevo planeta, tendiente a demostrar que es probable que nuestra Tierra sea uno de los planetas* (*Discourse concerning a New Planet, tending to prove that it is probable Our Earth is one of the Planets*). La modificación es muy significativa: el texto de Wilkins, en primera instancia, consistía en un análisis especulativo acerca de las características físicas de la Luna como planeta y terminaba con la proposición de “que es probable que haya habitantes en este otro mundo”; el agregado de 1640 se abre al futuro al proponer, además, “que es posible que alguien de la posteridad descubra un modo de trasportarse a este otro mundo y, si hay habitantes allí, tener comercio con ellos.” A partir de la cuarta edición, en 1684, el primer conjunto de catorce proposiciones (las trece originales de 1638 y la agregada en

6 “El idioma analítico de John Wilkins”, incluido en *Otras inquisiciones* (1952).

1640) es publicado como *El descubrimiento de un nuevo mundo, o un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitable en la Luna, con un discurso sobre la posibilidad de transportarse hasta allí*.

En 1638 Wilkins se encontraba en una primera etapa de su carrera como clérigo, y quizá la difusión anónima de su primer texto haya obedecido a la precaución de no ligar tempranamente su nombre con una publicación que ponía en evidencia su interés por lo científico, ámbito que, sobre todo a partir de la influencia trascendental de Francis Bacon, iba entrando cada vez más en conflicto con el religioso⁷. Ya que, si bien para un humanista como Wilkins en primera instancia “no hay conflicto entre fe y razón porque ambas son dones divinos” (Bush, *ibídem*: 82), sí se le plantea el problema de la resignificación y redefinición de los alcances del sacrificio de Cristo en un universo que alberga a otros seres además de los hombres en la Tierra.⁸ La cuestión de la naturaleza de los posibles habitantes de la Luna, como

7 En el artículo “Two Roads to Truth: Science and Religion in the Early Seventeenth Century”, de Douglas Bush, sumamente útil como síntesis del prolongado y complejo proceso por el cual ciencia y religión se establecen como esferas separadas a partir del Renacimiento, se señala que “En sus escritos filosóficos en general Bacon no negó los principios básicos del humanismo cristiano, y algunos los compartía, pero sí hizo bastante por atenuar su sentido.” (p. 88). Bush explicita también cómo la influencia de Bacon proveyó el ímpetu y la sanción necesarios para el establecimiento de la *Royal Society*. El aprecio particular de Wilkins por las opiniones de Bacon se hace patente en algunas alusiones incluidas en la nota al lector que sirve de prefacio a su *Descubrimiento*.

8 El problema es analizado por William Poole en su estudio incluido en este volumen, del cual rescatamos como ilustración puntual el siguiente fragmento en traducción de Elina Montes: “La vida alienígena (...) fue una cuestión muy seria para la modernidad temprana (...). Las razones de esto descansan en el papel que había jugado la física de la inmutabilidad supralunar en una conducción teológica antropocéntrica para la que el hombre ocupaba en exclusiva el centro del universo, y por el que se le había garantizado en exclusiva un salvador, que había muerto una vez y para siempre. La posibilidad de existencia de vida extraterrestre resultaba, por ende, perturbadora desde lo teológico, puesto que suscita interrogantes insolubles sobre la eficacia del sacrificio de Cristo (¿salvó también a los marcianos?) y fuerza a tomar una decisión sobre la existencia de la Caída en las naciones alienígenas.”

la de los habitantes del continente descubierto en 1492, es especialmente difícil de esclarecer. Wilkins no puede evitar preguntarse “si son de la simiente de Adán, si se encuentran allí en estado de gracia o, si no, qué medios puede haber para su salvación“, si tendrán su equivalente del pecado original y si la muerte de Cristo los salvó de él como a los hombres, y especula acerca de que pueda tratarse de seres de una naturaleza intermedia entre la de los hombres y la de los ángeles.

Tras dar cuenta de algunas interpretaciones ajenas de las Sagradas Escrituras en relación con estos problemas, Wilkins traza la línea que lo define en este sentido: “No me atrevo a chancear con verdades divinas, o a aplicar estos pasajes a mi antojo. Así como pienso que esta opinión [la posibilidad de la existencia de un mundo en la Luna] no contradice las Sagradas Escrituras en ninguna parte, del mismo modo pienso que no se la puede probar a partir de ellas”. Un dictamen similar le merecen los intentos de ubicar geográficamente el infierno y el cielo en la Tierra, y de establecer sus dimensiones y características, a partir de “datos” tomados de las Sagradas Escrituras. A la luz de comentarios como éstos, Douglas Bush apunta que Wilkins, “según los estándares modernos, hizo más que cualquier otro inglés por popularizar la doctrina copernicana, y quizá también algo por socavar la autoridad científica de las Sagradas Escrituras” (Bush, *ibídem*: 90).

El cariz científico del texto de Wilkins se pone en evidencia de diversas maneras. Por ejemplo, en lo variado de la lista de autoridades evocadas para articular sus argumentos: en ella, tanto la Biblia y sus exégetas como la Antigüedad grecolatina filosófica y literaria (Aristóteles, Arquímedes, Virgilio, Séneca, Plinio, Plutarco, Juvenal, Horacio, entre otros) conviven con “científicos” europeos de fines de la Edad Media y del Renacimiento (Nicolás de Cusa, Copérnico,

Fracastoro, Cardano, Rondelet, Gilbert, Bacon, Kepler); los argumentos de unas y otras fuentes funcionan codo a codo y en pie de igualdad. Por otra parte, se destina una minuciosa atención a la descripción de métodos experimentales, por ejemplo para calcular la altura hasta la que se extiende la atmósfera terrestre. Se apela desde un primer momento a la razón del lector (“...permíteme (...) aconsejarte que (...) encares [este texto] con una mente equitativa, no influenciada por prejuicios, sino desinteresadamente resuelta a aceptar esa verdad que, tras deliberación, te parezca más probable en virtud de tu razón.”) en oposición al apoyo tradicional e incondicional a preceptos filosóficos antiguos:

Es mi deseo (...) mover a algún espíritu más activo a la búsqueda de otras verdades ocultas y desconocidas; ya que debe ser un gran impedimento para el crecimiento de las ciencias que los hombres siempre marchen sobre principios trillados, así como que teman considerar cualquier cosa que pareciera contradecirlos. (...) Sin duda hay muchas verdades secretas que los antiguos han pasado por alto, que todavía quedan para hacer famosos por su descubrimiento a algunos de nuestra época.

Como dato agregado, en relación con la impronta fuertemente científica del texto, cabe mencionar que la edición de 1640 tenía un nuevo frontispicio, que recontextualizaba el diseño original de 1638. Sus implicancias han sido analizadas en detalle por Frédérique Aït-Touati:

El frontispicio de la edición de 1640 reúne los principales argumentos de la redefinición del espacio sublunar como un espacio geográfico a cruzar. Mediante la yuxtaposición de un mapa geográfico y uno celestial,

el grabado abarca la geografía y la cosmología y apunta a superponer, en la imaginación del lector, dos iconografías que son tradicionalmente distintas. La novedad radica en reunir dos tradiciones: la representación detallada y corográfica del espacio terrestre por una parte, y la representación del espacio celestial por medio de diagramas y modelos astronómicos por la otra. Al superponerlos, el frontispicio implica que no hay una diferencia de naturaleza entre ellos sino simplemente una de escala. La presencia simultánea de dos escalas en el mismo dibujo es así una representación visual del argumento de Wilkins: la Luna es otra Tierra.

Los otros elementos del grabado ilustran la teoría copernicana. En el centro, el Sol proclama que es la única fuente de luz, calor y movimiento de los planetas (*“omnibus do lucem, calorem, motum”*). Los ángulos de los rayos de luz entre Sol, Tierra y Luna muestran que la Tierra y la Luna son cuerpos similares que reflejan la luz del Sol. *“Mutuo se illuminant”*: se iluminan entre sí. La representación de un universo infinito está dada por las estrellas, que se extienden más allá de la última esfera hasta los bordes del grabado. Las figuras tutelares de la nueva astronomía aparecen representadas: Copérnico, Galileo y Kepler. Copérnico sostiene un modelo de su concepción heliocéntrica del universo, Galileo está equipado con su telescopio y Kepler se apoya en los hombros de Galileo. Las palabras de Kepler ya aluden a un posible viaje lunar: *“Sic itur ad astra”* (“así llegamos a las estrellas”). Pero al poner el famoso verso de Virgilio, que evocaba metafóricamente la apoteosis gloriosa de César o Augusto, en boca de Kepler, Wilkins hace surgir su sentido literal. Mediante esta superposición de referencias, el frontispicio combina la bendición

intelectual del gran astrónomo y la audaz hipótesis del viaje lunar. Un elemento final trata de hacer el viaje a la Luna aún más concebible: las líneas horizontales representan (según las convenciones de la época) el mar, evocando un posible viaje de descubrimiento. Ese elemento pictórico (ausente del frontispicio de la primera edición, en la cual la hipótesis del viaje a la Luna no estaba desarrollada) evoca el frontispicio de la *Nueva Atlántida* de Bacon y la idea del viaje más allá de los confines del universo conocido. (Aït-Touati, 2011: 58)

Este análisis pone en evidencia la relación que se establece naturalmente en el Renacimiento entre el progreso científico y el viaje de descubrimiento. Los siglos XVI y XVII en Inglaterra conllevaron acontecimientos fundamentales vinculados con el desarrollo sostenido del poder marítimo nacional y la expansión de sus intereses comerciales y coloniales a Asia, África y América del Norte, avances posibilitados en gran medida por el progreso científico. Como señala Aït-Touati, el viaje espacial puede equipararse, en la mente científica del siglo XVII, con el viaje marítimo de expansión y comercio; Wilkins traza el paralelo explícitamente en su decimocuarta proposición.

La idea del viaje se relaciona a su vez con otra cuestión presente en la proposición decimocuarta, agregada en 1640: la referencia explícita de Wilkins a “un relato fantástico reciente, bajo el nombre ficticio de Domingo Gonsales, escrito por un difunto reverendo y culto obispo; en el cual (además de numerosas particularidades con las cuales este último capítulo involuntariamente coincide) se describe una muy agradable y bien concebida fantasía concerniente a un viaje a este otro mundo.” Wilkins alude así a otro clérigo destacado que se había permitido tratar asuntos que no correspondían estrictamente a su profesión: Francis Godwin, cuyo

texto de ficción titulado *El hombre en la Luna, o un discurso acerca de un viaje hasta allí* (*The Man in the Moon or a Discourse of a Voyage Thither*) se dio a conocer poco tiempo antes que el de Wilkins, en 1638.⁹ El hecho de que el progreso científico contribuyera a trasladar el viaje de descubrimiento de la categoría de lo aparentemente imposible, solo pasible de ser imaginado, a la de lo patentemente posible ubicaba al discurso científico, a principios del siglo XVII, en un terreno que por momentos podía superponerse con el de la ficción. En este sentido, un antecedente importante, tanto para Godwin como para Wilkins, es el establecido por Johannes Kepler con su relato conocido como *Somnium*: la fantasía donde teorías astronómicas y observación científica se combinan con elementos de ficción, y en la que un personaje es transportado a la Luna por demonios.¹⁰ El mismo Bacon, además de haber estado involucrado personalmente en la empresa expansionista del establecimiento de las colonias inglesas de ultramar, había incursionado en la ficción con su ya mencionada *Nueva Atlántida*.

De este modo, la referencia de Wilkins a Godwin, así como a otros textos tales como *Ciudad del Sol*, de Campanella, sumada a la evocación de la *Nueva Atlántida* a través del frontispicio, abre la posibilidad de considerar *El descubrimiento...* bajo otra luz: la del género literario narrativo de la utopía. Como práctica literaria, la utopía queda establecida a principios del siglo XVI, a partir de ciertos antecedentes y en relación con el contexto inglés de expansionismo y conflicto político-religioso, de la mano de la *Utopía* de Tomás Moro. En ese, como en relatos utópicos subsiguientes, se explotaba la isla como partícula de territorio desconocido, “anclable”

9 Para un análisis de los antecedentes y características de este texto, así como de la vida de su autor, ver la introducción de Elina Montes a la traducción de *The Man in the Moon* incluida en este mismo volumen.

10 Este texto fue publicado en 1634, cuatro años después de la muerte de Kepler, por su hijo.

en cualquier punto de los anchos mares que acababan de revelar a la mirada europea nada menos que todo un nuevo continente; allí, pueblos virtuosos proponían con su ejemplo un camino a seguir para la resolución de conflictos y la vida pacífica en comunidad. Pero para principios del siglo XVII, con velocidad vertiginosa, la posibilidad de encontrar un auténtico territorio desconocido parecía estar llegando a su fin: Mercator ya había trazado el primer mapamundi, Francis Drake ya había dado la vuelta al mundo, y las tierras encontradas eran posesiones y fuentes de riqueza a explotar antes que misterios por develar. No es extraño, entonces, que la utopía, en busca de nuevos territorios desconocidos, haya retomado la tradición clásica del viaje a la Luna¹¹ como otra estrategia de escape del mundo real, donde la mayor parte de los órdenes jerárquicos sobre los que había descansado la existencia humana durante siglos seguía bajo cuestionamiento, y como eco de la revisión general de la posición del hombre ante el universo. En ese espacio a atravesar en busca de nuevos territorios, la luna además estaba cargada de significación como límite tradicional, en la cosmovisión heredada por el Renacimiento, entre la esfera de lo mutable y corruptible (la sublunar) y la de lo inmutable y perfecto (la supralunar).

Desde ya, la utopía es un género narrativo con una fuerte impronta de fantasía, mientras que el texto de Wilkins es una especulación racional filosófico-científica; sin embargo, se toca con la utopía desde un punto de vista muy particular al considerar seriamente la posibilidad de convertir la fantasía del viaje a la Luna en una realidad. La tensión entre ficción y realidad, o entre imaginación y razón, se explicita desde la estructura bipartita del título: la primera parte

11 La misma se inicia, hasta donde se ha podido saber, con los *Relatos verídicos* de Luciano. En esta línea, es de particular interés el opúsculo "Sobre la cara visible de la Luna", de Plutarco, mencionado por Wilkins en varias instancias del *Descubrimiento*.

del mismo (*El descubrimiento de un nuevo mundo*), apropiada para un texto narrativo de aventuras, se ve contrapesada por una segunda parte de corte más racional y cauteloso (*un discurso tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitable en la Luna*). La moderación de la segunda parte del título se relaciona con la idea de lo probable como noción científica a comienzos del siglo XVII:

Los eruditos ingleses, notablemente aquellos involucrados con la *Royal Society*, de la que Wilkins fue uno de los fundadores, convenían en que las ciencias naturales y morales no eran capaces de demostraciones *a priori* y que las pruebas en esos dominios eran de otra índole. Esto los llevó a definir y dividir distintos tipos de ciencia y conocimiento de acuerdo con una escala de grados de probabilidad, en un continuo que iba de los grados más bajos (la ficción en el estrato inferior, luego la mera opinión, luego la conjetura) al grado más elevado de “certeza moral” mediante el grado intermedio de lo “probable”. (Aït-Touati, 2011: 57)

Es esta categoría intermedia la que conecta el texto de Wilkins, o al menos la proposición final agregada, con su antecedente ficcional, el texto de Godwin, y por ende con la ficción en general, y a través de ella con la utopía. Aït-Touati analiza este aspecto con gran penetración:

La explicación técnica del vuelo vacía el relato de todo aspecto inexplicable y transforma lo ficcional en posible, con el resultado agregado de que el estatus de la ficción cambia. Podemos ver un movimiento de la definición antigua de ficción como falsedad a una concepción con más matices según la cual la ficción nos dice algo acerca del mundo. (Aït-Touati, 2011: 60)

A modo de conclusión

El sentido de *El descubrimiento de un nuevo mundo* se juega en un terreno donde la religión/fe cristiana y la ciencia/razón son polos relativamente conflictivos, y donde la ficción/imaginación puede proveer una salida al conflicto. Cuando la razón encuentra sus propios límites en la falta de evidencia constatable y concreta, en la imposibilidad de llevar a cabo experimentos relevantes y la escasez tecnológica, la fe, en su desapego de lo material, abre las puertas a la conjetura imaginativa:

(...) dado que no conocemos las regiones de ese lugar [la Luna], debemos ser completamente ignorantes respecto a sus habitantes. No ha habido aún ningún descubrimiento respecto a ellos sobre el cual podamos basar una certeza, o una buena probabilidad; podemos adivinar respecto a ellos, y eso incluso muy dudosamente, pero no hay nada que podamos saber. (...) No obstante, podemos adivinar en general que hay algunos habitantes en ese planeta, ya que ¿por qué otro motivo habría la Providencia dotado a ese lugar de comodidades para ser habitado tales como las declaradas más arriba?

Así, la fe se convierte en un paradójico aliciente para el progreso científico, puesto que, si bien el avance de la razón sobre la posibilidad de que haya vida inteligente y organizada en la Luna debe necesariamente detenerse por falta de evidencia concreta, la providencia divina es la garantía de que la manera de acceder a dicha evidencia le será dada al hombre a su debido momento:

Y si tan solo consideramos mediante qué pasos y a qué ritmo todas las artes usualmente van creciendo,

no tendremos motivo para dudar de que esto vaya a ser descubierto más adelante, entre otros secretos. El método de la providencia ha sido constantemente hasta ahora el de no mostrarnos todo de inmediato, sino conducirnos gradualmente del conocimiento de una cosa a otra.

En función de esta confianza, Wilkins se atreve a ejercer la imaginación y afirmar que “es posible construir un carruaje volador (...) que lo transporte [al hombre] por los aires.” El imaginario de la utopía y las formas primitivas de la ciencia ficción hacen así su ingreso en este discurso científico, al igual que el interés comercial y expansivo nacional. Al final de su texto, Wilkins vislumbra la resolución ficcional, pero no se la permite:

Y aquí, alguien con una potente imaginación sería más capaz de expresar el gran beneficio y placer que se obtendría de un viaje semejante, ya sea que se considere la extrañeza de las personas, las lenguas, las artes, la política o la religión de esos habitantes, además del nuevo comercio que se podría traer de allí. En resumen, considérese el placer y el provecho de los recientes descubrimientos en América, y necesariamente se concluye que esto está mucho más allá.

Pero imaginaciones como esta las dejo libradas a la fantasía del lector.

Los términos de la cita remiten a los rasgos fundamentales de la descripción de los países en distintos textos utópicos (lengua, arte, política, religión, economía), y los anticipan casi gozosamente como positivos (“gran beneficio”, “placer”, “provecho”). Es de imaginar cierto regocijo por parte de

Wilkins al descubrir que Godwin se había permitido el salto a la ficción que él no pretendía dar.

De este modo, religión/fe, ciencia/razón y ficción/imaginación encuentran en el viaje un motivo que las unifica al establecer un paralelo entre ellas: al viaje espiritual del alma humana al encuentro de su origen y sentido metafóricamente celestial, basado en la fe y formalizado mediante la religión, se superpone el futuro viaje material del cuerpo humano al encuentro de un pueblo concretamente celestial, basado en la razón y formalizado por la ciencia. Mientras eso sucede, el viaje puede ser abordado por la imaginación y formalizado mediante la ficción.

En “El idioma analítico de John Wilkins”, Borges deplora la mera enumeración de datos con la que se pretendió dar cuenta de la existencia de Wilkins en alguna versión de la *Enciclopedia Británica*, y señala así la discrepancia entre las circunstancias biográficas particulares y la vastedad trascendental de las esferas en las que se movía la mente de Wilkins (“la teología, la criptografía, la música, la fabricación de colmenas transparentes, el curso de un planeta invisible, la posibilidad de un viaje a la Luna, la posibilidad y los principios de un lenguaje mundial”). *El descubrimiento de un nuevo mundo* es quizá la evidencia de que la discrepancia era vivida por el mismo Wilkins, que trabajaba –en este y en otros de sus textos– en pos del día en que la utopía se hiciera realidad, con los pies en la Tierra y la cabeza en las nubes.

Nota sobre la traducción que aquí se presenta

Para los propósitos de la presente publicación, desarrollada en el marco de un proyecto de investigación centrado en las utopías literarias de los siglos XVI y XVII, no se ha traducido la totalidad del extenso tratado de Wilkins sino

solo sus dos últimas proposiciones, vinculadas en forma directa con el proyecto utópico del viaje a la Luna. De ellas puede deducirse fácilmente el tenor expositivo y argumental de las demás, el empleo de la cita de autoridades y otras características generales. La traducción está encabezada por el listado completo de las proposiciones que conforman el *Descubrimiento*, lo cual ilustra los distintos aspectos en los que se centra Wilkins en cada una. También se ha traducido la nota al lector que se encuentra al comienzo del texto, a modo de prefacio al mismo.

Para realizar esta traducción se ha empleado el texto en inglés según la edición impresa en Londres por C. Whittingham en 1802. Se ha consultado también la versión electrónica correspondiente a la edición de 1630, disponible en el sitio www.gutenberg.org/files/19103/19103-h/19103-h.htm, así como la versión electrónica correspondiente a la edición de 1684, disponible en el sitio: echo.mpiwg-berlin.mpg.de/ECHODocuView?url=/mpiwg/online/permanent/library/TG3ZW27M/

El tratado de Wilkins incluye referencias bibliográficas indicadas por el autor mediante notas. En esta traducción se mantienen dichas notas reproduciendo el texto original de las mismas en negrita, y a continuación, con el encabezamiento “N. de la T.” (nota de la traductora) y sin negrita, se provee una versión más explícita de la referencia consignada en la nota, ya que la forma abreviada empleada por Wilkins no siempre resulta clara para el lector actual. Otras notas, en todos los casos encabezadas directamente por “N. de la T.” y escritas sin negrita, han sido agregadas a la versión original. Las notas originales a menudo indican la ubicación precisa (libro, capítulo, versículo, etc.) de las citas o argumentos mencionados por Wilkins; en la mayoría de los casos, hasta donde se ha podido comprobar, la ubicación indicada es correcta, y si en algún caso no lo es esto puede deberse a las

características particulares de las versiones empleadas por Wilkins en su momento, naturalmente de difícil ubicación hoy en día.

Todas las citas de la Biblia incluidas en las notas han sido tomadas de la clásica traducción de Félix Torres Amat (texto de la edición impresa en 1884 traducida de la *Vulgata Latina* al español), con excepción de las que corresponden al cuarto libro de Esdras, que han sido tomadas del sitio: angeologia.es.tl/El-Libro-De-Esdras-IV,-Apocalipsis-De-Esdras.htm

En la traducción se ha modificado el empleo de mayúsculas, itálicas, números y puntuación en general, para adaptarlo al uso actual. En cuanto a los nombres propios, aquellos de autoridades antiguas o medievales han sido traducidos a sus versiones más comunes en español, mientras que los nombres propios de autoridades de los siglos XVI y principios del XVII han sido, en general, mantenidos con la forma –a menudo latinizada– empleada por Wilkins.

La traductora agradece especialmente la generosa colaboración del Prof. Mg. Ezequiel Gustavo Rivas para la elaboración de las notas, la de la Lic. Elina Montes para la obtención de material bibliográfico y la supervisión y orientación general de este trabajo, y la del Dr. Lucas Margarit en la dirección del proyecto de investigación que sirve de marco a este trabajo.

Bibliografía

Fuentes primarias

Wilkins, John. 1802. *The Mathematical and Philosophical Works of the Right Reverend John Wilkins*. Londres, C. Whittingham.

Versiones electrónicas (ambas consultadas hasta el 30 de junio de 2013):

www.gutenberg.org/files/19103/19103-h/19103-h.htm

echo.mpiwg-berlin.mpg.de/ECHOdocuView?url=/mpiwg/online/permanent/library/TG3ZW27M/

Fuentes secundarias

AA.VV. 1937-1938. *Dictionary of National Biography*. Londres, Oxford University Press.

Aït-Touati, Frédérique. 2011. *Fictions of the Cosmos. Science and Literature in the Seventeenth Century*. Emanuel, Susan (trad. del francés al inglés). Chicago/Londres, University of Chicago Press.

Anónimo. 1802. "The life of the author and an account of his writings", en: Wilkins, John. *The Mathematical and Philosophical Works of the Right Reverend John Wilkins*. Londres, C. Whittingham.

Borges, Jorge Luis. 1952. "El idioma analítico de John Wilkins", en *Otras inquisiciones*. Buenos Aires, Sur.

Bush, Douglas. 1941. "Two Roads to Truth: Science and Religion in the Early Seventeenth Century", en *ELH*, vol. 8, No. 2, junio, pp. 81-102. Disponible en internet: <http://www.jstor.org/stable/2871457>

Evelyn, John. 1901. *The Dairy of John Evelyn*. Washington/Londres, M. Walter Dunne.

Pepys, Samuel. 1943. *The Diary of Samuel Pepys*. Londres, J.M. Dent & Sons Ltd.

Pérez Tamayo, Ruy. 2012. *La revolución científica*. México, Fondo de Cultura Económica.

Pohl, Nicole. 2010. "Utopianism after More: The Renaissance and the Enlightenment.", en *The Cambridge Companion to Utopian Literature*. Cambridge, CUP.

Poole, William. 2009. "Introduction", en Godwin, Francis. *The Man in the Moone*. Ontario, Broadview Editions.

Widdowson, Peter. 2004. *The Palgrave Guide to English Literature and its Contexts 1500-2000*. Nueva York, Palgrave Macmillan.

El descubrimiento de un nuevo mundo, o un discurso¹ tendiente a demostrar que es probable que haya otro mundo habitable en la Luna, junto con un discurso sobre la posibilidad de transportarse hasta allí (1638-1640)

John Wilkins

María Inés Castagnino (selección y traducción)

Contenidos

Libro I: Que la Luna puede ser un mundo²

Proposición I. Que lo extraño de esta opinión no es razón suficiente para que sea rechazada; porque otras verdades seguras han sido previamente consideradas ridículas, y grandes absurdos sostenidos por común consentimiento. A modo de prefacio.

II. Que una pluralidad de mundos no contradice ningún principio de la razón o de la fe.

III. Que los cielos no se componen de materia tan pura que pueda eximirlos de cambios y corrupción como aquellos a los que están sujetos estos cuerpos inferiores.

1 N. de la T.: se ha optado por traducir en todas sus apariciones *discourse*, el vocablo inglés que Wilkins emplea para referirse a su texto (a este en particular y a otros de su autoría), y que designa la expresión verbal formal y ordenada de pensamientos acerca de un tema o materia, como "discurso", según una de las acepciones de este término en español: escrito o tratado de no mucha extensión, en que se discurre sobre una materia para enseñar o persuadir; exposición sobre un asunto serio hecha en tono ilustrativo por una persona a otras.

2 N. de la T.: *That the moon may be a world* en el original. Aquí Wilkins emplea *world*, traducible como "mundo", para significar que la Luna puede ser un planeta (un cuerpo sólido) similar a la Tierra, con parecidas características físicas y geográficas, y por ende pasible de ser habitado por seres similares a los hombres, tal como se deduce de los títulos de las demás proposiciones de su discurso.

IV. Que la Luna es un cuerpo sólido, compacto, opaco.

V. Que la Luna no tiene luz propia.

VI. Que hay un mundo en la Luna ha sido la opinión directa de muchos antiguos, junto con algunos matemáticos modernos; y se lo puede deducir probablemente de los principios de otros.

VII. Que esas manchas y partes más brillantes que mediante nuestra vista distinguimos en la Luna muestran la diferencia entre el mar y la tierra en ese otro mundo.

VIII. Que las manchas representan el mar y las partes más brillantes la tierra.

IX. Que hay altas montañas, valles profundos y espacia-sas llanuras en el cuerpo de la Luna.

X. Que hay una atmósfera, o una órbita de aire impuro y vaporoso, que rodea inmediatamente el cuerpo de la Luna.

XI. Que así como su mundo es nuestra Luna, nuestro mundo es su Luna.

XII. Que es probable que haya meteoros correspondientes a ese mundo de la Luna como los hay aquí en el nuestro.

XIII. Que es probable que haya habitantes en este otro mundo; pero de qué clase son es incierto.

XIV. Que es posible que alguien de la posteridad descubra un modo de trasportarse a este otro mundo y, si hay habitantes allí, tener comercio con ellos.

Al lector

Si, entre tus horas de ocio, puedes dedicar algunas al examen de este discurso, y buscas encontrar algo en él que sirva para tu información y beneficio, permíteme entonces aconsejarte que lo encares con una mente equitativa, no influenciada por prejuicios, sino desinteresadamente resuelta a aceptar esa verdad que, tras deliberación, te parezca más

probable en virtud de tu razón; y entonces no dudo que o bien concordarás conmigo en estas afirmaciones, o por lo menos no las creerás tan lejanas a la verdad como se opina comúnmente.

Hay dos advertencias que hacer, sobre las cuales quisiera aconsejarte al comienzo:

1. Que no deberías pretender encontrar aquí un discurso exacto y preciso; ya que este no es más que el fruto de algunos estudios menores, todos ellos muy apretados en un breve período, concebido y terminado en el lapso de unas pocas semanas; y por lo tanto no puedes esperar razonablemente que esté tan pulido como quizá el tema requeriría, o como el autor con más tiempo podría haberlo hecho.

2. Que recuerdes que solo prometo argumentos probables como comprobación de esta opinión; y por lo tanto no debes esperar que se pueda depender de manera innegable de cada consecuencia, o que la verdad de cada argumento se mida por su necesidad. Admito que algunos aspectos astronómicos podrían posiblemente resolverse de otra manera que la que aquí se emplea, pero aquello a lo que apunto es esto: que probablemente puedan ser resueltos tal como lo he expuesto aquí. Admitido lo cual (como pienso que debe ser), entonces no dudo que el lector imparcial encontrará alguna satisfacción en la cuestión principal a demostrar.

Muchos filósofos antiguos de los más notorios han defendido anteriormente esta afirmación que aquí yo expreso; y sería deseable que algunos de nosotros aplicáramos más nuestro empeño al examen de estas antiguas opiniones, en las cuales, aunque durante largo tiempo hayan sido descuidadas por otros, se pueden hallar muchas verdades que bien valen el esfuerzo y la consideración. Es erróneo presuponer que siempre han prevalecido las mejores entre la variedad y la búsqueda de opiniones de los antiguos. El

tiempo (dijo el sabio Verulam³) parecer ser de la naturaleza de un río o un arroyo, que nos trae aquello que es liviano o está hinchado, pero hunde aquello que tiene peso y solidez.

Es mi deseo, mediante este discurso, mover a algún espíritu más activo a la búsqueda de otras verdades ocultas y desconocidas; ya que debe ser un gran impedimento para el crecimiento de las ciencias que los hombres siempre marchen sobre principios trillados, así como que teman considerar cualquier cosa que pareciera contradecirlos. Cierta renuencia a analizar tales cuestiones es uno de esos errores del conocimiento en estos tiempos que observa el juicioso Verulam. Sin duda hay muchas verdades secretas que los antiguos han pasado por alto, que todavía quedan para hacer famosos por su descubrimiento a algunos de nuestra época.

Si en esta ocasión puedo provocar a algún lector a hacer un intento de esta naturaleza, me consideraré contento, y daré a esta obra por exitosa.

Proposición XIII: que es probable que haya habitantes en este otro mundo; pero de qué clase son es incierto.

Ya me he referido a las estaciones y a los meteoros correspondientes a este nuevo mundo; es requisito que a continuación pase a esa tercera cosa que prometí⁴ y diga algo

3 N. de la T.: referencia a Francis Bacon (1561-1626) a través de su título de Barón de Verulam. La cita, prácticamente literal, se encuentra en *Of the Proficiency and Advancement of Learning Divine and Human*, libro I: "(...) for the truth is, that time seemeth to be of the nature of a river or stream; which carrieth down to us that which is light and blown up, and sinketh and drowneth that which is weighty and solid." ("Pues la verdad es que el tiempo parece ser de la naturaleza de un río o un arroyo, que nos trae aquello que es liviano o está hinchado y hunde aquello que tiene peso y solidez"). La referencia a Verulam/Bacon en el párrafo siguiente remite al mismo texto.

4 N. de la T.: la promesa aquí mencionada se encuentra al final de la proposición VI del *Descubrimiento*. Allí se lee: "Antes de seguir adelante, es requisito que informe al lector sobre el método que seguiré para probar esta afirmación de que hay un mundo en la Luna. El orden que me guiará es aquel que Aristóteles emplea en su libro *De Mundo* (si es que ese libro es de él). Primero (...), aquellas partes

de los habitantes, con respecto a los cuales pueden hacerse muchas preguntas difíciles, tales como si ese lugar es más inconveniente para habitar que nuestro mundo (como piensa Kepler),⁵ si son de la simiente de Adán, si se encuentran allí en estado de gracia o, si no, qué medios puede haber para su salvación. Junto a muchas otras incertidumbres similares que de buena gana omito, dejándolas al análisis de aquellos que tienen más tiempo y conocimiento para la búsqueda de tales particularidades.

Por mi parte, me contento solamente con hacer constar las notas correspondientes a estas que he observado en otros escritores. *Cum tota illa regio nobis ignota sit, remanent inhabitatores illi ignoti penitus* (dice el Cusano):⁶ dado que no conocemos las regiones de ese lugar, debemos ser completamente ignorantes respecto a sus habitantes. No ha habido aún ningún descubrimiento respecto a ellos sobre el cual podamos basar una certeza, o una buena probabilidad; podemos adivinar sobre ellos, y eso incluso muy dudosamente, pero no hay nada que podamos saber. Ya que, si apenas adivinamos correctamente acerca de cosas que están en la Tierra, si a duras penas descubrimos las cosas que tenemos a mano, ¿cómo podemos entonces investigar esas cosas que están en el cielo?⁷ ¿Cuán poco es eso que sabemos, respecto a esas

principales que se hallan en él [ese mundo]; no lo elemental y lo etéreo (como él [Aristóteles] menciona allí), ya que esto no hace a la presente cuestión, sino el mar y la tierra, etc. Segundo, (...) esas cosas que le son extrínsecas, como las estaciones, los meteoros y los habitantes." El tratado de cosmografía *De Mundo*, entre tanto, es considerado en la actualidad como obra de Pseudo Aristóteles.

5 N. de la T.: como descubridor de las principales leyes del movimiento planetario, el astrónomo alemán Johannes Kepler (1571-1630) ocupa un lugar de privilegio en el podio de autoridades empleadas por Wilkins. Se reemplaza aquí, y en todas sus apariciones de aquí en adelante, "Keplar" por "Kepler".

6 **De doct. ignorantia, l.2. c.12.** N. de la T.: referencia a *De docta ignorantia*, de Nicolás de Cusa (1401-1464). La traducción de su cita en latín la provee el mismo Wilkins a continuación.

7 **Wisd. ix. 16.** N. de la T.: Antiguo Testamento, Libro de la Sabiduría 9:16: "Difícilmente llegamos a formar concepto de las cosas de la Tierra; y a duras penas entendemos las que tenemos delante de los ojos. ¿Quién podrá, pues, investigar aquellas que están en los cielos?"

muchas cuestiones contenidas en este gran universo? Todo este globo de tierra y agua, aunque nos parezca a nosotros de gran extensión, no obstante no es en proporción tan grande dentro del marco general de la naturaleza como un poco de arena lo es con respecto a él. ¿Y qué podemos discernir criaturas tan pequeñas como nosotros, que estamos atados a esta mota de tierra? ¿O qué pueden saber aquellos que están en la Luna de nosotros? Si entendemos algo (dijo Esdras),⁸ no es nada más que aquello que está sobre la Tierra; y aquel que habita allí arriba en los cielos solo puede entender las cosas que están allí arriba, en lo alto de los cielos.

De modo tal que sería algo muy innecesario para nosotros ir en busca de detalles. No obstante, podemos adivinar en general que hay algunos habitantes en ese planeta, ya que ¿por qué otro motivo habría la Providencia dotado a ese lugar de comodidades para ser habitado tales como las declaradas más arriba?⁹

Pero diréis, quizá: ¿no hace allí un calor demasiado elevado e intolerable, dado que el Sol está en su cenit todos los meses, y permanece allí tanto tiempo antes de abandonarlo?

Yo respondo:

1. Esto quizá podría estar remediado como lo está en la línea del Ecuador (por la frecuencia de los chaparrones de mediodía, que pueden nublar el Sol y refrescar su tierra).

2. La igualdad de sus noches puede templar mucho lo abrasador del día, y el frío extremo que proviene de las

8 **2 Esd. iv. 21.** N. de la T.: referencia a uno de los libros apócrifos del Antiguo Testamento, el cuarto libro de Esdras 4:21: "Del mismo modo que la Tierra ha sido dada al bosque y el mar a las aguas, así aquellos que habitan la Tierra pueden comprender solamente las cosas terrestres, pero no las cosas celestes y supracelastes." Existe cierta disparidad de criterios en cuanto a la inclusión o exclusión y la manera de referirse a los cuatro libros de Esdras según las distintas versiones de la Biblia, y Wilkins, siguiendo el criterio general de los protestantes ingleses, lo menciona como segundo libro de Esdras (**2 Esd.**).

9 N. de la T.: Wilkins ha desarrollado el análisis de las cualidades aquí aludidas particularmente en las proposiciones VII a XI de su discurso.

unas tarda cierto tiempo en ser disipado por el otro; de modo que, al pasar un buen rato antes de que el calor obtenga la victoria, este no tiene después demasiado tiempo para rabiarse. Por lo cual, a pesar de esta duda, aún así el lugar puede ser habitable. Y esta era la opinión del Cardinal de Cusa cuando, hablando de este planeta, dice: *Hic locus mundi est habitatio hominum et animalium atque vegetabilium*.¹⁰ “Esta parte del mundo está habitada por hombres, bestias y plantas.” A lo cual asintió Campanella,¹¹ pero no puede determinar si se trata de hombres o más bien de otra especie de criaturas. Si fueran hombres, entonces cree que no pueden estar infectados por el pecado de Adán; aún así, quizá tengan uno propio, que podría tenerlos sujetos a la misma desdicha que nosotros; de la cual, quizá, fueron liberados por el mismo medio que nosotros, la muerte de Cristo; y así cree él que puede interpretarse esa parte en Efesios donde el apóstol dice: Dios reunió todas las cosas en Cristo, tanto las que están en la Tierra como las que están en los cielos.¹² Y también eso que se halla en el mismo apóstol a los Colosenses, donde dice que quiso el Padre reconciliar todas las cosas en sí mismo por medio de Cristo, ya sean cosas en la Tierra o cosas en el cielo.¹³

Mas no me atrevo a chancar con verdades divinas, o aplicar estos pasajes a mi antojo. Así como pienso que esta opinión no contradice las Sagradas Escrituras en ninguna

10 **De doct.ign. l.2. Cap.12.** N. de la T.: referencia a *De docta ignorantia* (ver nota 6). La traducción de su cita en latín la provee el mismo Wilkins a continuación.

11 N. de la T.: referencia al erudito italiano Tommaso Campanella (1568-1639), cuyo texto más celebrado es *La ciudad del sol*, donde se describe un reino utópico.

12 **Ephes. i. 10.** N. de la T.: Nuevo Testamento, epístola del apóstol San Pablo a los efesios 1:10: [es la voluntad de Dios] “el restaurar en Cristo, cumplidos los tiempos prescritos, todas las cosas de los cielos y las de la Tierra, reuniéndolas todas por él mismo en un cuerpo o Iglesia.”

13 **Col. i. 20.** N. de la T.: Nuevo Testamento, epístola del apóstol San Pablo a los colosenses 1:20: [plugo a Dios] “reconciliar por él [Cristo] todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre cielo y Tierra, por medio de la sangre que derramó en la cruz.”

parte, del mismo modo pienso que no se la puede probar a partir de ellas. Por lo cual la segunda conjetura de Campanella puede ser más probable: que los habitantes de ese mundo no sean hombres como nosotros, sino otro tipo de criaturas que guardan cierta proporción y similitud con nuestra naturaleza. O puede ser que sean de una naturaleza bastante diferente a todo lo que hay aquí abajo, tal que no hay imaginación que pueda describirla, por ser nuestra comprensión solo capaz de concebir cosas tales como las que hemos captado a través de nuestros sentidos, o naturalezas mixtas tales como se puedan componer a partir de ellas. Ahora bien, puede haber muchas más especies de criaturas aparte de aquellas ya conocidas en el mundo; hay un gran abismo entre la naturaleza de los hombres y la de los ángeles; puede ser que los habitantes de los planetas sean de una naturaleza intermedia entre estas dos. No es improbable que Dios haya creado algunos de cada especie para su más completa gloria en la obra de su poder y sabiduría.

El Cusano también piensa que ellos difieren de nosotros en muchos aspectos. Copiaré sus palabras tal como se las puede hallar en el lugar antes citado:

Susplicamur in regione solis magis esse solares, claros & illuminatos intellectuales habitatores, spirituales etiam quam in luna, ubi magis lunatici, & in terra magis materiales & crassi, ut illi intellectualis naturae solares sint multum in actu & parum in potentia, terreni vero magis in potentia, & parum in actu, lunares in medio fluctuantes. Hoc quidem opinamur ex influenza ignis solis, aquatica simul & aerea lunae & gravitine materiali terrae, & consimiliter de aliis stellarum regionibus, suspicantes nullam habitationibus carere, quasi tot sint partes particulares mundiales unius uni-

versi, quot sunt stellae quarum non est numerus, nisi apud eum qui omnia in numero creavit.

Podemos conjeturar (dijo él) que los habitantes del Sol son similares a la naturaleza de ese planeta, más claros y brillantes, más intelectuales que aquellos de la Luna, que están más cerca de la naturaleza de ese planeta más apagado, siendo los de la Tierra más toscos y materiales que los otros dos; de modo que estas naturalezas intelectuales en el Sol son más forma que materia, las de la Tierra más materia que forma, y las de la Luna intermedias. Esto podemos adivinarlo de la influencia fogosa del Sol, de la influencia acuosa y aérea de la Luna, así como también de la pesadez material de la Tierra. De una manera similar sucede con las regiones de las otras estrellas, ya que conjeturamos que ninguna de ellas carece de habitantes, sino que hay tantos mundos particulares y partes de este universo como estrellas, que son innumerables, excepto para Él que creó todas las cosas en su número.

Pues él sostenía que las estrellas no estaban todas en una misma órbita, como suponemos comúnmente, sino que algunas estaban mucho más alto que otras, lo cual las hacía ser menos visibles; y que muchas otras estaban tanto más arriba que estas, que nos resultaban directamente invisibles. Una opinión que (según entiendo) no tiene una gran probabilidad a favor, ni certeza en su contra.

El sacerdote de Saturno, al describirle a Plutarco (según él finje) la naturaleza de estos selenitas, le dijo que eran de disposiciones diversas, deseando algunos de ellos vivir en las partes más bajas de la Luna, donde podían mirar hacia abajo, hacia nosotros, mientras otros se hallaban más seguramente montados sobre ella; brillando todos ellos como

los rayos del Sol y, por ser victoriosos, coronados con guirnaldas hechas de las alas de Eustacia o la Constanca.¹⁴

Ha sido la opinión de algunos de los antiguos que el cielo y sus campos Elíseos se encontraban en la Luna, donde el aire es más calmo y puro. Tanto Sócrates como Platón,¹⁵ con sus seguidores, estimaron que este era el lugar donde habitaban esas almas más puras, libres del sepulcro y los contagios del cuerpo. Y la fábula de Ceres, que vaga continuamente en busca de su hija Proserpina, no significa otra cosa que las ansias de los hombres, que viven en Ceres, la Tierra, por lograr un lugar en Proserpina, la Luna o el cielo¹⁶.

Plutarco también parece consentir en esto, pero piensa, además, que hay dos lugares de felicidad correspondientes a las dos partes que él cree que quedan de un hombre una vez que este muere: el alma y el entendimiento. El alma, piensa él, está hecha de la Luna; y así como nuestros cuerpos provienen del polvo de esta tierra, y han de volver a él posteriormente, así nuestras almas se generaron a partir de aquel planeta, y se redisolverán en él de nuevo. Mientras que el entendimiento ascenderá hasta el Sol, del cual fue hecho, donde tendrá una eternidad de bienestar y una felicidad mucho mayor que aquella que se disfruta en la Luna.

14 N. de la T.: referencia al opúsculo "Sobre la cara visible de la Luna", uno de los textos del autor griego Plutarco (46-120 d. C.) incluido en la compilación de restos de sus obras realizada en el siglo XIII, y conocida como *Moralia* u *Obras morales y de costumbres*. Este texto, que registra rasgos observados en la Luna a simple vista, concitó la atención de Kepler y lo inspiró para la escritura del *Somnium*.

15 **Nat. Com. I.3. c.19.** N. de la T.: la referencia no resulta clara. En estos párrafos Wilkins fundamentalmente parafrasea el texto de Plutarco indicado en la nota anterior a esta, donde Platón es mencionado en varias ocasiones, y donde se señala que la región de la Luna que da hacia el firmamento recibe el nombre de Campos Elíseos, mientras que aquella que da hacia la Tierra recibe el nombre de Campos de Proserpina.

16 N. de la T.: referencia al mito clásico de Proserpina o Perséfone, hija de Ceres/Deméter, según el cual la joven, raptada por el dios Plutón/Hades y llevada a los infiernos, fue buscada afanosamente por su madre.

De modo que cuando un hombre muere, si su alma está muy poluta, entonces debe deambular de arriba abajo por esa región intermedia del aire donde se encuentra el infierno, y sufrir allí tormentos indescriptibles por aquellos pecados de los cuales es culpable. Mientras que las almas de los mejores hombres, una vez que han sido durante un tiempo purgadas de esa impureza que se derivó de sus cuerpos, vuelven entonces a la Luna, donde son poseídas por tal gozo como el que sienten los hombres que profesan los misterios sagrados; lugar de lo cual (decía él) algunos son enviados para supervisar los oráculos, siendo diligentes ya sea en la preservación del bien, en todos sus peligros, como en la prevención o el castigo de todas las acciones malvadas. Pero si en este empleo se comportan mal, entonces nuevamente han de ser aprisionados en un cuerpo; de lo contrario, permanecen en la Luna hasta que sus almas se redisuelven en ella y el entendimiento, liberado de todo impedimento, asciende al Sol, que es el lugar que le corresponde. Pero esto requiere diversos lapsos de tiempo, de acuerdo con las diversas afecciones del alma. En cuanto a aquellos que se han mantenido retirados y honestos, adictos a una vida de estudio y quietud, son rápidamente ascendidos a una felicidad superior. Pero aquellos que se han ocupado en muchos embrollos, o han perseguido vehementemente ciertas ansias, como el hombre ambicioso, el enamorado o el iracundo, estos aún vislumbran o sueñan con esas cosas que han llevado a cabo con sus cuerpos, lo cual o bien los incapacita completamente para quedarse allí donde están, o bien los mantiene un largo rato antes de que puedan liberar sus almas. Así podéis ver la opinión de Plutarco respecto a los habitantes y vecinos de la Luna, la cual (a la manera de los académicos) expresa en tercera persona; veis que hace de ese planeta una especie inferior de cielo; y aunque difiere en muchas circunstancias, no obstante lo describe como

un lugar similar a como suponemos que es el paraíso. Veis igualmente su opinión con respecto al lugar de los espíritus condenados, que se encuentra en la región intermedia del aire; y en ninguna de estas dos opiniones es el único, sino que otros escritores ortodoxos posteriores han concordado con él. En cuanto al lugar del infierno, muchos piensan que puede estar en el aire como en cualquier otra parte.

Cierto es, afirma San Agustín,¹⁷ que no se puede descubrir este lugar; pero hay otros que pueden mostrar su ubicación a partir de las Sagradas Escrituras. Algunos sostienen que se encuentra en otro mundo fuera de este, porque nuestro Salvador lo llama σκότος εξώτερον,¹⁸ oscuridad exterior. Pero la mayoría lo ubica hacia el centro de nuestra Tierra, porque se dice que Cristo descendió a las partes inferiores de la Tierra; y algunos están tan confiados de que esta es su ubicación que pueden describir también su tamaño, y qué capacidad tiene. Francisco Ribera, en su comentario a las Revelaciones,¹⁹ refiriéndose a esas palabras donde se dice que la sangre saltó del lagar hasta las riendas de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios,²⁰ interpreta que esto se dice con respecto del infierno, y que ese número expresa

17 **De Civit. Dei, l.22. c.16.** N. de la T.: referencia a *Ciudad de Dios*, obra destacada de San Agustín de Hipona (354-430). Lo indicado por Wilkins se encuentra en realidad en el capítulo 16 del libro 20, y no en el del libro 22.

18 **Mat. xxv. 30. Eph. iv. 9.** N. de la T.: Nuevo Testamento, evangelio según San Mateo 25:30: "Ahora bien, a ese siervo inútil arrojadle a las tinieblas de afuera: allí será el llorar y el crujir de dientes." Epístola del apóstol San Pablo a los efesios 4:9: "Mas ¿por qué se dice que [Cristo] subió, sino porque antes había descendido a los lugares más ínfimos de la tierra?"

19 N. de la T.: Referencia a *In Sacrum Beati Ioannis Apostoli, & Evangelistiae Apocalypsin Commentari*, un extenso comentario profético sobre el Libro de la Revelación o Apocalipsis escrito por el teólogo jesuita español Francisco de Ribera (1537-1591).

20 **Rev. xiv. 20.** N. de la T.: Nuevo Testamento, libro del apocalipsis o revelación del apóstol San Juan 14:20: "Y la vendimia fue pisada en el lagar fuera de la ciudad santa, y corrió sangre del lagar en tanta abundancia, que llegaba hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios."

el diámetro de su concavidad, que es de 200 millas italianas.²¹ Pero Lessius²² cree que esta opinión da demasiado lugar a los que están en el infierno, y por lo tanto deduce que no es tan ancho; pues, decía él, si se multiplica al cubo el diámetro de una legua, daría una esfera capaz de contener 800.000 millones de cuerpos condenados, tomando para cada uno seis pies cuadrados; mientras que, dice él, es seguro que no habrá más que cien mil millones en total que estarán condenados. Ya veis que el audaz jesuita fue cuidadoso de que todos tuvieran apenas espacio suficiente en el infierno; y por lo extraño de la conjetura, podéis adivinar que prefirió ser absurdo antes que parecer poco caritativo o ignorante. Recuerdo que hay un relato en Plinio acerca de cómo Dionisodoro, un matemático, estando muerto, envió una carta desde este lugar a algunos de sus amigos en la Tierra, para certificar qué distancia había entre el centro y la superficie;²³ bien podría haber evitado esta controversia, y haberles informado la capacidad total del lugar. No obstante, lo cierto es que no puede saberse ese número; y lo probable es que el lugar no haya sido aún determinado, sino que el infierno se encuentre allí donde haya un alma atormentada, lo cual puede ser tanto en las regiones del aire como en el centro; y por eso es quizá que al diablo se lo llama el príncipe del aire. Pero se lo llama así solo ocasionalmente, y a raíz de la opinión de Plutarco concerniente a aquellos que se encuentran cerca de la Luna. En cuanto a la Luna en sí misma, él estima que es una clase inferior de cielo; y por lo tanto en otro lugar la llama una estrella terrestre, y una tierra celestial u olímpica; lo cual responde,

21 N. de la T.: una milla italiana equivalía a unos 1.341 m.

22 **De morib. Div. l.13. c.24.** N. de la T.: referencia a *De perfectionibus moribusque divinis*, del teólogo jesuita Leonardo Lessio (1554-1623).

23 N. de la T.: la historia en cuestión se encuentra en *Naturalis historia*, enciclopedia de historia natural del filósofo romano Plinio el Viejo (23-79 d. C.).

según entiendo, al paraíso de los escolásticos.²⁴ Y que el paraíso se encuentra en o cerca de la Luna es la opinión de algunos escritores antiguos, que la derivaron (probablemente) de la afirmación de Platón, y quizá esta de Plutarco. Tostatus le atribuye esta opinión a Isidorus Hispalensis y el venerable Beda;²⁵ y Pererius la funda en Strabus y su maestro Rabanus.²⁶ Algunos consideran que debe estar situado en un lugar donde no pueda ser descubierto; lo cual hizo que el autor de Esdras estimara más difícil conocer los límites del paraíso que pesar el fuego, o medir las ráfagas del viento, o volver a traer un día del pasado.²⁷ No obstante, hay otros que piensan que se encuentra en la cima de alguna alta montaña bajo el Ecuador; y estos han interpretado que la zona tórrida era la espada flamígera que guardaba el paraíso. Otros varios coinciden en que el paraíso se sitúa en algún lugar elevado y eminente. Así dice Tostatus: *Est*

24 **Cur silent oracula.** N. de la T.: esta frase en latín a la que se limita la nota de Wilkins es traducible como “por qué callan los oráculos”, aparentemente en alusión a “Sobre la desaparición de los oráculos”, uno de los textos que integran las *Obras morales y de costumbres* de Plutarco; allí se encuentran las referencias a la Luna como estrella terrestre o tierra celestial.

25 N. de la T.: Tostatus Abulensis, nombre latino de Alonso Tostado o Alonso Fernández de Madrigal (ca. 1400-1455), teólogo, erudito y obispo de Ávila; autor y exégeta extraordinariamente prolífico en latín y español. Isidorus Hispalensis es San Isidoro o Isidro de Sevilla (ca. 560-636), estudioso y arzobispo de Sevilla. Beda el venerable (ca. 672-735) es el monje inglés conocido como importante estudioso y autor.

26 **Sir W. Raw. li. c.3. Sect.7.** N. de la T.: la nota de Wilkins remite a *The History of the World*, de Sir Walter Raleigh (ca. 1554-1618); la séptima sección del capítulo III del primer libro de dicho texto se titula “Sobre la opinión de aquellos que sostienen que el paraíso está a la altura de la Luna, y otros que sostienen que está más alto que la región intermedia del aire”. Tanto el filósofo y teólogo jesuita Benito Pereyra (1535-1610) como los monjes Walafrid Strabo (ca. 808-849) y Hrabano Mauro (ca. 780-856) son mencionados a menudo en el texto de Raleigh.

27 **2 Esdr. iv.7.** N. de la T.: cuarto libro de Esdras 4:7 (ver nota 8): “...Si te preguntara, ¿cuántas moradas hay? ¿Cuántos manantiales en la superficie del abismo? o ¿cuántas carreteras encima del cielo? o ¿cuál es el camino del infierno o el del paraíso?” Wilkins parafrasea también el versículo 5 del mismo libro: “Habla, Señor –le dije. Él respondió: Ve a pesar el fuego con una balanza; a medir el viento con una medida, o si no, vuelve a llamar hacia mí el día que ya ha pasado.”

*etiam paradisis situ altissima, supra omnem terrae altitudinem.*²⁸

“El paraíso está ubicado en algún lugar elevado por encima de la Tierra.” Y por lo tanto, en su comentario acerca del capítulo 49 del Génesis, entiende que la bendición de Jacob respecto a las colinas eternas se refiere al paraíso, y que la bendición en sí misma no es otra cosa que una promesa de la venida de Cristo, mediante cuya pasión serán abiertas las puertas del paraíso. Con él concordaron Rupertus, Scotus y la mayoría de los otros escolásticos, según los encuentro citados por Pererius, y a partir de él en Sir Walter Raleigh.²⁹ Su razón era esta: que probablemente este lugar no fue inundado por el diluvio, ya que no había pecadores que pudieran atraer hacia allí esa desgracia. Más aún, Tostatus piensa que el cuerpo de Enoc³⁰ fue guardado allí; y algunos de los padres, como Tertuliano y Agustín,³¹ han afirmado que las almas benditas son reservadas en ese lugar hasta el día del juicio; y por lo tanto es probable que no haya sido inundado por el diluvio. Es fácil hallar el consentimiento unánime de los padres en que el paraíso existe realmente. Cualquiera que los estudie atentamente puede observar con facilidad cómo en general interpretan el paraíso adonde San Pablo³²

28 **In Genes.** N. de la T.: referencia al comentario sobre el libro del Génesis elaborado por Alonso Tostado (ver nota 25).

29 **Comment. In 2 Gen. v.8. li. c.3. Sect.6, 7.** N. de la T.: referencia a *Commentarium et disputatio-nim in Genesim* de Benito Pereyra (ver nota 26). Rupertus es probablemente Rupertus Meldeni-us, es decir Peter Meiderlin (1582-1651), teólogo y educador luterano; Scotus es el filósofo y teólogo Duns Scoto (ca.1266-1308).

30 N. de la T.: referencia a Enoc o Henoch, uno de los patriarcas anteriores al diluvio. En el Antiguo Testamento, libro del Génesis 5:24, se lee que, en vez de morir, “desapareció porque Dios le trasladó.” De ahí las especulaciones respecto al paradero de su cuerpo.

31 N. de la T.: Quinto Tertuliano (ca. 160-225) y San Agustín de Hipona (354-430), padres del Cristianismo y la teología occidental.

32 **2 Cor. Xii. 4. Luke xxiii. 43.** N. de la T.: Nuevo Testamento, epístola segunda del apóstol San Pablo a los corintios 12:4: [un hombre] “fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras inefables, que no es lícito o posible a un hombre el proferirlas o explicarlas”; y evangelio según san Lucas, 23:43: “Y Jesús le dijo [a uno de los ladrones]: en verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.”

fue transportado, y aquel en el cual nuestro Salvador prometió al ladrón que estaría con él, como el mismo lugar del cual nuestros padres originales fueron expulsados. Ahora bien, no existe ningún lugar en la Tierra que pueda ser así; y por lo tanto no es del todo improbable que esté en este otro mundo.

Y además, dado que todos los hombres habrían andado desnudos si Adán no hubiera caído, es requisito por lo tanto que esté situado en un lugar privilegiado entre los extremos del calor y el frío. Pero esto no podía darse (pensaban) tan convenientemente en el aire más bajo como podía darse en el más alto. Por estas y otras consideraciones similares es que tantos han afirmado que el paraíso se encuentra en un lugar muy elevado, y algunos han concebido que no puede ser otro que la Luna: pues no podría estar en la cima de ninguna montaña, ni podemos pensar en ningún otro cuerpo separado de esta Tierra que sea un lugar más conveniente para habitar que ese planeta; por lo tanto, concluyeron que se encuentra allí.

No podría estar en la cima de ninguna montaña:

1. Porque está expresamente dicho en las Sagradas Escrituras que hasta las más altas fueron cubiertas por las aguas.³³

2. Porque debe ser de una mayor extensión, y no un pequeño pedazo de terreno, ya que probablemente todos los hombres habrían vivido allí si Adán no hubiera caído. Pero para tener la satisfacción de los argumentos junto con más comentarios sobre el paraíso, os refiero a aquellos que han escrito a propósito sobre este tema. Por mi parte, me contento con haber dicho sobre él lo conducente a mostrar las

33 **Gen. Vii. 19.** N. de la T.: Antiguo Testamento, libro del Génesis 7:19: "En suma, las aguas sobrepujaron desmesuradamente la tierra: y vinieron a cubrirse todos los montes encumbrados debajo de todo el cielo."

opiniones de otros respecto a los habitantes de la Luna; yo no me atrevo a afirmar nada de estos selenitas, porque no conozco ningún fundamento sobre el cual basar una opinión probable. Pero creo que las eras futuras descubrirán más; y nuestra posteridad, quizá, pueda inventar algún medio para que conozcamos mejor a estos habitantes.

Proposición XIV: que es posible que alguien de la posteridad descubra un modo de transportarse a este otro mundo y, si hay habitantes allí, tener comercio con ellos.

Todo lo que se ha dicho respecto a la gente del nuevo mundo es mera conjetura, llena de incertidumbres; y no podemos esperar que haya más descubrimientos evidentes o probables de este tipo, a menos que haya esperanzas de inventar un medio de transportarse hasta allí. Esta posibilidad será el tema de nuestra indagación en esta última proposición.

Y si tan solo consideramos mediante qué pasos y a qué ritmo todas las artes usualmente van creciendo, no tendremos motivo para dudar de que esto vaya a ser descubierto más adelante, entre otros secretos. El método de la providencia ha sido constantemente hasta ahora el de no mostrarnos todo de inmediato, sino conducirnos gradualmente del conocimiento de una cosa a otra.

Pasó mucho tiempo hasta que los planetas fueran distinguidos de las estrellas fijas; y un poco más de tiempo después de eso, antes de que se supiera que la estrella matutina y la nocturna eran la misma; y en un lapso mayor de tiempo (no lo dudo) este y otros misterios igualmente excelentes serán descubiertos. El tiempo, que siempre ha sido padre de nuevas verdades, y que nos ha revelado muchas cosas que nuestros ancestros ignoraban, también manifestará a nuestra posteridad aquello que nosotros ahora deseamos pero

no podemos saber. *Veniet tempus* (dijo Séneca)³⁴ *quo ista quae nunc latent, in lucem dies extrahet, et longioris aevi diligentia*. Ya vendrá el tiempo en que los esfuerzos de eras posteriores sacarán a la luz esas cosas que ahora están en la oscuridad. Las artes no han llegado aún a su solsticio; sino que la industriosa de tiempos futuros, asistida por la labor de sus antecesores, puede alcanzar esas alturas a las que nosotros no podemos llegar. *Veniet tempus quo posteri nostri nos tam aperta nescisse mirentur*.³⁵ Así como ahora nos sorprende la ceguera de nuestros ancestros, que no fueron capaces de discernir esas cosas que a nosotros nos parecen claras y obvias, nuestra posteridad se admirará de nuestra ignorancia en materias igualmente perspicuas.

En las primeras épocas del mundo, quienes vivían en el continente creían ser los únicos habitantes de la Tierra, o, si había otros, no podían concebir cómo podrían tener comercio alguno con ellos, al estar separados por el ancho y profundo mar. Pero épocas posteriores descubrieron cómo construir barcos; con los cuales, no obstante, solo algunos hombres muy audaces se atrevieron a aventurarse, según el autor trágico:

Audax nimium qui freta primus
Rate tam fragili perfida rupit.³⁶

34 **Nat. Qu. l.7 c.25 N.** de la T.: referencia a *Naturales Quaestiones*, especie de enciclopedia descriptiva de los fenómenos naturales y climáticos, del filósofo y político romano Séneca (4-65 d. C.). La traducción de la primera cita en latín es provista por Wilkins a continuación. La segunda cita en latín, *Veniet tempus quo posteri nostri...*, corresponde al mismo libro y capítulo.

35 N. de la T.: "Llegará el tiempo en que nuestros sucesores se admirarán de que nosotros hubiésemos desconocido cosas tan evidentes."

36 **Sen. Med. Act. 1 Vide Hor. Od. S. Juvenal sat.12 Claud. Praef. ad. 1 lib. de rap. Proser.** N. de la T.: la cita en latín corresponde a la tragedia *Medea* de Séneca, como indica Wilkins en primera instancia en su nota, y está traducida a continuación en el cuerpo del texto. La nota de Wilkins remite también, aunque no se los cita, a la oda 3 del libro I de las *Odas* de Horacio (65-8 a. C.), donde se hace referencia a un viaje por mar del poeta Virgilio; al libro 4, sátira 12, de las *Sátiras* de Juvenal

Muy audaz fue aquel que, en un barco tan frágil,
Primero se aventuró a navegar en las olas traicioneras.

Y sin embargo ahora, ¿cuán sencillo le resulta esto incluso a una naturaleza cobarde y temerosa? Y sin duda, la invención de algún medio de transporte a la Luna no puede parecernos más increíble a nosotros que lo que esto les pareciera al principio a ellos. Y por lo tanto no tenemos justas razones para sentirnos descorazonados en nuestras esperanzas de un éxito similar.

Sí, pero (diréis vosotros) no se puede ir navegando hasta allí, a menos que fuera verdad aquello que el poeta no dice más que ficticiamente, que la Luna tiene su lecho en el mar. Ahora no tenemos ningún Drake, o Colón, que emprenda este viaje, ni ningún Dédalo que invente un medio de transporte por el aire³⁷.

Yo respondo que, aunque no los tenemos, ¿por qué no podrían las épocas posteriores hacer surgir espíritus igualmente eminentes para esos nuevos intentos, e invenciones tan extrañas como las que hubo antes que ellos? Es la opinión de Kepler³⁸ que, ni bien se descubra el arte de volar, algunos de su propia nación crearán una de las primeras colonias que han de trasplantarse a ese otro mundo. Supongo

(ca. 55-127 d. C.), donde se hace referencia al naufragio del poeta Catulo; y al prefacio de la épica mitológica *De Raptu Proserpinae*, del poeta clásico Claudiano (ca. 370-404), donde se menciona también la cuestión de la navegación y el creciente coraje de los marineros que poco a poco fueron atreviéndose a surcar aguas desconocidas.

37 N. de la T.: Sir Francis Drake (1540/43-1596), el marino y político inglés destacado durante el reinado de Isabel I, completó la vuelta al mundo navegando. Por otra parte, en la mitología griega, Dédalo es un hábil inventor y artesano, conocido por haber fabricado unas alas que aplicó mediante cera a su cuerpo y al de su hijo Ícaro, lo cual les permitió huir volando del laberinto en el que habían sido encerrados por Minos, rey de Creta. Wilkins apela en una misma oración a figuras históricas y mitológicas, poniéndolas, al menos textualmente, a un mismo nivel.

38 **Dissert. cum. Nun. Syder.** N. de la T.: referencia a *Dissertatio cum Nuncio Sidereo*, obra de Kepler que dialoga con la anterior *Sidereus Nuncius* de Galileo Galilei (1564-1642).

que este apropiarse de la preeminencia para sus propios compatriotas puede surgir de un afecto excesivamente parcial por ellos. Pero aún así concuerdo con él hasta el punto de que, cuando ese arte sea inventado, o cualquier otro por el cual un hombre pueda ser transportado a unas veinte millas de altura, aproximadamente, no es del todo improbable que alguno u otro pueda tener éxito en este intento.

Para aclarar mejor todo esto, primero haré constar y luego responderé a esas dudas que lo hacen parecer totalmente imposible. Son principalmente tres:

La primera proviene de la pesadez natural del cuerpo de un hombre, por la cual no resulta apto para el movimiento ascendente, además de la vasta distancia entre aquel lugar y nosotros.

2. El frío extremo del aire etéreo.

3. Su extrema ligereza.

Cualidades estas dos que vuelven este aire intransitable, tanto si hubiera tan pocas millas hasta la Luna como hay miles.

En cuanto a la primera duda: aún suponiendo que un hombre pudiera volar, bien podemos pensar que sería muy lento al hacerlo, por tener un cuerpo tan pesado y de tales características que la naturaleza no lo destinó principalmente para ese tipo de movimiento. Se observa usualmente que, entre la variedad de los pájaros, aquellos que más tiempo pasan en tierra y que son más rápidos al correr, como el faisán, la perdiz, etc., junto con todas las aves domésticas, son menos capaces para el vuelo que otros que están la mayor parte del tiempo sobre sus alas, como la golondrina, el vencejo, etc. Y por lo tanto bien podemos pensar que el hombre, al no estar naturalmente dotado de condiciones tales que le permitan este movimiento, y estando necesariamente atado a una especial permanencia sobre la Tierra, debe necesariamente ser más lento que cualquier ave, o menos capaz de

sostenerse. Lo mismo sucede con el nadar; arte en el cual, aunque se haya crecido hasta cierta eminencia, no obstante el hombre más capaz no puede igualar en continuidad o velocidad a un pez, porque no está naturalmente dotado para eso. De modo tal que, aunque un hombre pudiera volar, lo haría tan lentamente, y se cansaría tan rápido, que jamás podría pensar en realizar un viaje tan grande como el que lleva a la Luna.

Pero aún suponiendo que pudiera volar tan rápida y largamente como el pájaro más veloz, igualmente no se puede concebir cómo lograría atravesar una distancia tan vasta como la que hay entre la Luna y nuestra Tierra. Ya que a este planeta, de acuerdo con conocimientos básicos comunes, se le adjudica usualmente el estar a por lo menos 52 semidiámetros terrestres de nosotros; calculando por cada semidiámetro 3.456 millas inglesas, el espacio total sería de unas 179.712.³⁹

De modo que aunque un hombre pudiera mantenerse constante en su viaje hacia allá en una línea recta, aunque pudiera volar mil millas por día, aún así no podría llegar allá en menos de 180 días, o medio año.

¿Y cómo sería posible que alguien se mantuviera así sin alimentarse ni dormir?

1. En cuanto a la alimentación, supongo que no se puede confiar en esa fantasía de Filón el Judío (antes mencionado),⁴⁰ que cree que la música de las esferas proveería la fuerza del alimento.

39 N. de la T.: si bien la extensión exacta de la milla no fue establecida definitivamente en Inglaterra hasta 1959, si se toma su extensión fija actual (1.609,344 m), la distancia entre la Tierra y la Luna indicada por Wilkins es de unos 289.218,43 km. La distancia efectiva entre ambos astros oscila entre los 356.000 km y los 406.000 km.

40 Prop. 3.N. de la T.: en la tercera proposición del *Descubrimiento...*, titulada "Que los cielos no se componen de materia tan pura que pueda eximirlos de cambios y corrupción como aquellos a los que están sujetos estos cuerpos inferiores", Wilkins se refiere a esta idea del filósofo judío Filón de Alejandría (ca. 15/10 a. C.-50 d. C.) que se encuentra en algunas de sus obras.

Tampoco podemos concebir claramente cómo un hombre podría llevar consigo el equipaje suficiente para su *viaticum*⁴¹ en un trayecto tan tedioso.

2. Pero aún si pudiera, igualmente tendría que tener algo de tiempo para descansar y dormir. Y no creo que encontrara albergue por el camino. No hay posadas para recibir pasajeros, ni castillos en el aire (a menos que sean castillos encantados) que reciban a peregrinos pobres o caballeros errantes. Y por lo tanto, no hay esperanza posible de que alcance aquel lugar.

No obstante todo lo cual haré constar esta postura: que, suponiendo que un hombre pudiera volar, o por cualquier otro medio elevarse unas veinte millas, aproximadamente, sería posible para él llegar a la Luna.

En cuanto a los argumentos de la primera clase, que parecen derrocar la verdad de esta afirmación, se desarrollan sobre una base equivocada al suponer que un cuerpo denso, en cualquier lugar del aire, mantendrá siempre una fuerte inclinación hacia abajo, al centro de esta tierra. Mientras que es más probable que si se encontrara apenas por encima de la órbita de aire turbio, podría quedarse allí inmóvil, y no tendría propensión alguna a este movimiento descendiente.

Para ilustrar mejor esto, debéis saber que la pesadez de un cuerpo, o (como la define Aristóteles)⁴² su propensión a tender hacia abajo, a algún centro, no es una cualidad absoluta intrínseca a él, de modo tal que en cualquier parte donde el cuerpo retuviera su esencia retendría también esta cualidad; o como si la naturaleza hubiera implantado en todos los cuerpos densos *appetitionem centri & fugam extremitatis*, tal amor al centro y odio a los extremos. Porque siendo uno

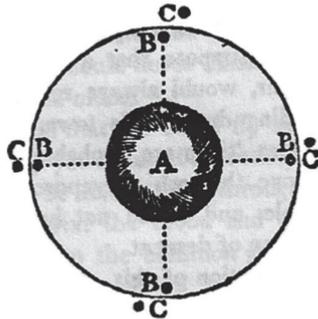
41 N. de la T.: señalada en cursiva en el texto de la edición de 1802 como palabra latina, si bien se la empleaba regularmente en inglés para referirse a las provisiones para un viaje.

42 **De caelo, lib.4, c.1.** N. de la T.: referencia a *De Caelo*, el principal tratado cosmológico de Aristóteles (384-322 a. C.).

de estos inferior a cierta medida, y no siendo mayor el otro, no pueden tener ningún poder de atracción o repulsión en sí mismos. Según ese principio común, *quantitatis nulla est efficacia*.⁴³

Ahora bien, la naturaleza verdadera de la gravedad es esta: es un deseo de unión respectivo y mutuo, por el cual los cuerpos densos, cuando ingresan en sus esferas de influencia, se aplican naturalmente el uno al otro por atracción o coito. Pero al estar fuera del alcance de sus efectos uno del otro, entonces dejan de moverse y, aunque tengan esa aptitud en general, no obstante no tienen en ese momento ninguna inclinación o propensión el uno al otro. Y por lo tanto no se los puede llamar pesados.⁴⁴

El significado de esto quedará ilustrado más claramente mediante un símil. Así como cualquier cuerpo luminoso (supongamos el Sol) emite sus rayos en forma orbicular, del mismo modo cualquier cuerpo magnético, por ejemplo un imán redondo, emite su fuerza magnética en forma de esfera.⁴⁵ Así:



43 N. de la T.: literalmente, "la eficacia no es algo de la cantidad" en latín; en otras palabras "cantidad no es eficacia", o "la cantidad no hace a la eficacia".

44 Así en Kepler, *Somn. Astrom. N.66. Coper.l.1.cap.26. Foscarin en epist. Ad Sebast. Fantonum*. N. de la T.: referencias al *Somnium* de Johannes Kepler; a *De revolutionibus orbium coelestium*, de Copérnico (1473-1543), la obra que estableciera las bases de la teoría heliocéntrica; y a *Lettera sopra l'opinione de' Pittagorici e del Copernico, della mobilità della Terra e stabilità del Sole, e il nuovo Pittagorico Sistema del Mondo*, del científico y religioso Paolo Antonio Foscarini (1565-1616), en la que el autor se propuso demostrar racional y teológicamente que la teoría copernicana no contradecía las Sagradas Escrituras.

45 Gilbert, *de Magnet. l.2. Cap.7*. N. de la T.: referencia a *De Magnete, Magneticisque Corporibus, et de Magno Magnete Tellure*, obra fundadora de la doctrina del magnetismo terrestre escrita por el físico William Gilbert (1540-1603).

En la cual intérpretese que el círculo interior de A representa el imán, y el círculo exterior entre B y C la órbita que determina su influencia.

Ahora bien, cualquier cuerpo se verá afectado de la misma manera al ingresar en esta esfera, como B, y descenderá hacia el centro de esta, y en ese sentido se lo puede considerar pesado. Pero ubíquese fuera de esta esfera, como C, y entonces el deseo de unión cesa, y consecuentemente también el movimiento.

Aplíquese entonces lo que se ha dicho. Este gran globo de tierra y agua, como ha sido comprobado por muchas observaciones, posee propiedades magnéticas. Y así como el imán emite su propia fuerza en torno a su cuerpo, en una esfera magnética, lo mismo hace nuestra Tierra. La diferencia es que la atracción que ocasiona la unión del metal y el imán es de otro tipo que la que hace que los cuerpos se muevan hacia la Tierra. La primera es cierta especie de cercanía y similitud en sus naturalezas, para la cual la filosofía, hasta ahora, no ha encontrado un nombre. La otra surge de esa particular cualidad por la cual la Tierra se distingue claramente de los demás elementos, que es su densidad. Cuanto más comparta un objeto esta cualidad, más fuerte será el deseo de unión con ella. Así el oro y otros metales que son muy cercanos en su composición son igualmente muy rápidos en su movimiento de descenso.

Y aunque parezca contradecir esto el caso de los metales que son del mismo peso cuando son derretidos que cuando están sólidos, y el agua, que no se comporta diferentemente con respecto a la gravedad cuando está congelada que cuando es fluida, no obstante debemos saber que derretir los metales no los refina, sino que los reblandece. Y lo mismo pasa con las aguas congeladas, no se vuelven verdaderamente más densas sino que cuajan en una sustancia más dura, cuyas partes no están más apretadamente contraídas entre

sí, sino que siguen teniendo la misma extensión. Pero aun así (digo yo) es muy probable que exista una esfera tal en torno a la Tierra que ponga un límite a su poder de atraer cosas hacia ella. De modo que suponiendo que un cuerpo se encontrara dentro de los límites de esta esfera, deberá tender hacia abajo, hacia el centro de esta. Pero, por el contrario, si se encuentra más allá de esta esfera, entonces no puede haber tal atracción mutua; y en consecuencia debe permanecer inmóvil, ajeno a tal movimiento.

Para mayor confirmación de esto, propongo dos observaciones pertinentes. La primera fue realizada en presencia de muchos médicos, y relatada por un hombre eminente en esa profesión, Hieronymus Fracastorius.⁴⁶ Con varias agujas de distintas clases, como las de una carta de navegación, descubrieron que había un poder de atracción no solo en el imán, sino que el hierro, el acero y la plata también atraían su propio metal. De lo cual concluye: *omne trahit quod sibi simile est.*⁴⁷ Y así como estas similitudes peculiares tienen tal eficacia mutua, del mismo modo es probable que esta cualidad más general de su densidad sea la causa por la cual las cosas así afectadas deseen unirse con la Tierra.⁴⁸ Y aunque es probable que esto surgiera entre dos cuerpos menos densos (como, supongamos, dos trozos de tierra), si ambos fueran puestos en libertad en el aire etéreo, no obstante, al estar cerca de la Tierra, la especie más fuerte de este gran globo ahoga, por así decirlo, al menor.

Es una experiencia común que un trozo de mineral o piedra que se encuentra en el suelo, que no puede ser movido por menos de seis hombres, en el fondo de una mina profunda

46 **Lib. de Sympath. & Antip. c.7.** N. de la T.: referencia a *De sympathia et antipathia rerum*, tratado del médico y erudito Girolamo Fracastoro (1478-1553).

47 N. de la T.: "todo lleva consigo / conlleva lo que le es similar".

48 **Vid. Bapt. Masul. Exer. Acad. de attract. Exer. 4.** N. de la T.: esta referencia no ha podido ser rastreada.

puede ser desplazado por dos. El motivo es que en ese caso está rodeado de rayos atractivos, de los cuales hay tantos por encima como por debajo de él. De lo cual podemos probablemente inferir (dijo el sabio Verulam)⁴⁹ “que la naturaleza de la gravedad opera débilmente lejos de la Tierra; porque el apetito de unión entre cuerpos densos debe ser más apagado con respecto a la distancia.” Como también podemos concluirlo a partir del movimiento de los pájaros, que se elevan del suelo pesadamente, y con mucho esfuerzo; mientras que al estar en lo alto pueden mantenerse y remontarse por la mera extensión de sus alas. Ahora bien, la razón de esta diferencia no es (como algunos falsamente entienden) la profundidad del aire debajo de ellos. Pues un pájaro no es más pesado cuando tiene apenas un pie de aire por debajo que cuando tiene un *furlong*.⁵⁰ Como se hace aparente con un barco en el agua (una instancia de la misma naturaleza), que no se hunde más, y en consecuencia no es más pesado, cuando está en una profundidad de apenas cinco brazas que en una de cincuenta.⁵¹ Sino que la razón verdadera es la debilidad del deseo de unión en los cuerpos densos a la distancia.

De modo que, a partir de esto, habría justa ocasión para reprochar a Aristóteles y sus seguidores por enseñar que la pesadez es una cualidad absoluta en sí misma, distinta de la densidad: mientras que no es más que una modificación de esta última, o más bien otro nombre que se le da a un cuerpo denso con referencia a su movimiento.

Ya que si fuera absoluta, sería siempre inherente a su sujeto, y su esencia no dependería de que el cuerpo se encontrara aquí o allá. Pero no es así. Ya que:

49 *Nat. Hist. Cent. I. exper. 33*. N. de la T.: referencia a la obra *Sylva Sylvarum or a Natural History in Ten Centuries*, de Francis Bacon (ver nota 3).

50 N. de la T.: el término *furlong* no tiene equivalente exacto en español. Designa una medida de distancia equivalente a 201,168 m. Un pie, por su parte, equivale a 0,3048 m.

51 N. de la T.: una braza (*fathom* en el original) equivale a 1,8288 m.

1. Nada es pesado en el lugar que le corresponde, de acuerdo a su propio principio. *Nihil grave est in suo loco*. Y además,

2. Nada es pesado si se encuentra tan distante de la apropiada órbita a la cual pertenece que no entra en los alcances de su efecto. Como se confirmó anteriormente.

Pero a esto se puede objetar que, aunque un cuerpo así ubicado no sea pesado *in actu secundo*, lo es *in actu primo*;⁵² porque retiene en sí una tendencia interna a moverse hacia abajo, una vez amputado del lugar que le corresponde. Y esta sería razón suficiente por la cual la cualidad de la pesadez tendría una entidad absoluta.

Respondo que esta distinción solo se aplica a poderes naturales tales que puedan suspender sus actos; y no se cumple respecto a cualidades elementales, cuya esencia misma requiere necesariamente del ejercicio del segundo acto, como se puede discernir fácilmente por inducción de todo lo demás. No puedo decir de un cuerpo que tenga en sí la cualidad del calor, el frío, la sequedad, la humedad, la dureza, la blandura, etc., que por el momento no tenga el segundo acto de estas cualidades. Y si os referís por su esencia a un poder sobre esas cualidades, pues bien, no hay ningún cuerpo natural que no tenga el poder de tenerlas todas.

De lo que se ha dicho respecto a la naturaleza de la gravedad se deduce que si un hombre estuviera por encima de la esfera de esta fuerza magnética que procede de la Tierra podría mantenerse de pie tan firmemente en el aire como puede hacerlo ahora sobre la Tierra. Y no solo eso, sino que también podría moverse con mucha mayor ligereza que cualquier criatura viviente aquí abajo; porque entonces estará fuera de toda gravedad, sin ser atraído en ninguna

52 N. de la T.: *in actu primo*, literalmente en el primer acto. Wilkins emplea aquí términos propios de la filosofía escolástica. *Actus primus* denomina a una cualidad primera y primordial de un ente, como tal no antecedida por ninguna otra pero que a la vez requiere de una cualidad complementaria (*actus secundus*).

dirección; y en consecuencia no estará sujeto a impedimentos como los que podrían mínimamente resistirse al tipo de movimiento al que quisiera aplicarse.

Si aun así os preguntáis cómo podríamos concebir como posible siquiera que un cuerpo denso no fuera pesado en tal lugar, yo respondo: por la misma razón que un cuerpo no es pesado en el lugar apropiado. De esto haré constar dos instancias.

1. Cuando un hombre se encuentra en el fondo de un río profundo, aunque tenga sobre sí una multitud de pesadas aguas, no obstante no está agobiado por su peso. Y aunque otro cuerpo de igual gravedad que estas aguas, estando el hombre fuera de ellas, sería lo suficientemente pesado como para aplastarlo, no obstante, mientras se encuentran en su cauce, no lo aplastan con su peso en lo más mínimo. La razón es que ambos se encuentran en el lugar apropiado; y es apropiado que el hombre, por ser su cuerpo el más denso, esté por debajo de las aguas. O, más bien, porque el cuerpo del hombre está en mayor consonancia con la Tierra, en cuanto a estas fuerzas que son la base de su atracción, y por lo tanto esta lo atrae con mayor fuerza que a las aguas que se encuentran por encima de él. En un caso como este, un cuerpo puede perder la acción de su gravedad, que es la de moverse o presionar hacia abajo; lo mismo puede suceder al encontrarse este cuerpo tan lejos de su lugar que este poder de atracción no lo alcance.

Con respecto a esto, hay una atractiva idea, mencionada por Alberto de Sajonia,⁵³ y a partir de él por Francisco de Mendoza,⁵⁴ de que el aire es en parte navegable. Y que en base a este principio estático, cualquier recipiente de latón o

53 **Phys. I.3. Q. Art. 2.6.** N. de la T.: referencia a la obra *Expositio et quaestiones in Aristotelis libros Physicorum*, del filósofo y científico Alberto de Sajonia (1320-1390).

54 **Viridar. I.4. Prob.47.** N. de la T.: referencia a la obra *Viridarium sacrae ac profanae eruditionis*, del jesuita Francisco Mendoza (1573-1626).

de hierro (supongamos una pava) cuya sustancia es mucho más pesada que la del agua, estando llena del aire más liviano flotará en ella y no se hundirá.⁵⁵ Así que supongamos que una taza o recipiente de madera se encuentra en los bordes exteriores de este aire elemental; al llenarse su cavidad de fuego, o más bien de aire etéreo, necesariamente debe, en base a esto mismo, mantenerse flotando allí, y no puede caer, del mismo modo que un barco vacío no puede hundirse.

2. Se admite comúnmente que, si hubiera un pozo que atravesara el centro de la Tierra, aunque se dejara caer un cuerpo pesado (digamos una piedra de molino) dentro de él, al llegar al lugar del centro se quedaría allí quieto, inmóvil en el aire. En ese caso, su propia densidad no es impedimento, sino que debe detenerse en el aire cuando no hay otro lugar al cual pueda ser atraído; de modo que tampoco habría ningún impedimento si se lo ubicara por fuera de la esfera del vigor magnético de la Tierra, donde no habría atracción alguna.

A partir de lo cual entonces (sostengo) se puede concebir que si un hombre se encontrara fuera de esta esfera, podría estar allí firmemente en el aire como ahora sobre la Tierra. Y si puede estar allí quieto, ¿por qué no podría moverse allí? Y si es así, entonces hay igualmente una posibilidad de tener otros medios de transporte.

Y en este punto se puede considerar que, dado que nuestros cuerpos estarán entonces libres de gravedad y otros impedimentos al movimiento, no nos desgastaremos en ningún esfuerzo, y en consecuencia no tendremos mucha necesidad de la reparación del alimento; sino que podríamos quizá vivir prescindiendo totalmente de él, como han

55 **Vid. Arch. I. de insidentibus humido.** N. de la T.: referencia al tratado *De insidentibus in humido*, de Arquímedes (287-212 a. C.).

hecho esas criaturas que, por dormir durante varios días seguidos, no han agotado sus energías, y por lo tanto no necesitan nada de comida; lo cual se sabe comúnmente acerca de serpientes, cocodrilos, osos, cuclillos, golondrinas y demás. En este sentido, Mendoza⁵⁶ recoge varias descripciones extrañas. Como la de Epiménides, de quien se dice que durmió 75 años.⁵⁷ Y otra acerca de un campesino en Alemania, quien, cubierto accidentalmente por un montículo de heno, durmió allí durante todo el otoño y el invierno siguientes sin nutrición alguna.

O, si esto no sirve, ¿por qué no podría un papista ayunar tanto tiempo como Ignacio o Javier?⁵⁸ O si no, si el pan de la eucaristía tiene la extraordinaria eficacia que los relatos milagrosos le atribuyen, entonces bien puede servirles eso para su *viaticum*.⁵⁹

O bien, si es necesario que nos alimentemos de otra cosa, ¿por qué no han de nutrirnos los olores? Plutarco,⁶⁰ Plinio⁶¹ y muchos otros antiguos nos hablan de una nación de la India que vivía solo de aromas agradables. Y es opinión común de los médicos que estos refuerzan y reparan extrañamente nuestras energías. Así fue como Demócrito pudo, durante varios días seguidos, alimentarse meramente del olor del pan caliente.⁶²

56 **Viridar. l.4. Prob.24.** N. de la T.: referencia a *Viridarium* (ver nota 54).

57 N. de la T.: Epiménides de Cnosos, filósofo y poeta griego que probablemente vivió en el siglo VI a. C. Se decía de él que, tras dormir durante varios años en una cueva sagrada, había despertado con la capacidad de profetizar.

58 N. de la T.: alusiones al religioso Ignacio de Loyola (1491-1556), fundador de la Compañía de Jesús, conocido entre otros aspectos por sus prácticas ascéticas, y al religioso y misionero Francisco Javier (1506-1552), uno de los primeros reclutados por Ignacio.

59 N. de la T.: ver nota 41.

60 **De facie in luna.** N. de la T.: referencia a "Acerca de la cara de la luna" (ver nota 14).

61 **Nat. Hist.l.7.c.2.** N. de la T.: referencia a *Naturalis Historia* (ver nota 23).

62 **Diog.Laer.l.1.c.9.** N. de la T.: referencia a *Vida y opiniones de los filósofos más ilustres*, del historia-

O, si es necesario que nuestros estómagos reciban la comida, entonces no es imposible que la pureza del aire etéreo, al no estar mezclada con vapores inapropiados, resulte tan conveniente a nuestros cuerpos como para darnos alimento suficiente; de acuerdo con lo que dice el poeta:⁶³

Vescitur aura Aetherea

Según un antiguo principio platónico, hay en alguna parte del mundo un lugar donde los hombres podrían alimentarse en abundancia del aire que respiran; lo cual no se puede atribuir más apropiadamente a un aire en particular que al aire etéreo que se encuentra por sobre el nuestro.

Sé que la opinión común es que ningún elemento puede resultar nutritivo, porque no está en proporción con los cuerpos de las criaturas vivientes que son compuestas.⁶⁴ Pero:

1. El aire etéreo no es un elemento; y aunque sea más puro, tal vez sea más agradable a la naturaleza y la constitución del hombre.

2. Si consultamos la experiencia y las descripciones creíbles de otros, encontraremos que es bastante probable que muchas cosas reciban nutrición de los elementos adecuados.

dor Diógenes Laercio (siglo III d. C.), donde se describe este episodio concerniente a la vida del filósofo presocrático griego Demócrito de Abdera (ca. 460-370 a. C.).

63 **Virgil.** N. de la T.: referencia a los versos 546/7 del libro I de la *Eneida* de Virgilio (70-19 a. C.): "Si los hados protegen a este hombre, si se alimenta del aura etérea y no duerme aún en las sombras crueles ..." Lo aquí subrayado corresponde a lo citado en latín por Wilkins a continuación.

64 **Arist. De Sens.c.5.** N. de la T.: referencia a *De sensu et sensibilibus*, uno de los tratados breves de Aristóteles que integran el conjunto conocido como *Parva Naturalia*, y a la teoría clásica de los elementos, según la cual todos los seres vivos estaban compuestos por una combinación de aire, agua, tierra y fuego en distintas proporciones.

Primeramente, en cuanto a la Tierra: Aristóteles⁶⁵ y Plinio,⁶⁶ esos dos grandes naturalistas, nos hablan de algunas criaturas que se alimentan solo de ella. Y la maldición de la serpiente (Génesis, iii, 14) fue “Sobre tu vientre has de arrastrarte, y polvo comerás todos los días de tu vida.”

Igualmente en cuanto al agua. Alberto Magno⁶⁷ habla de un hombre que vivió siete semanas seguidas meramente bebiendo agua. Rondoletius⁶⁸ (a cuya diligencia mucho deben estas épocas en cuanto a varias observaciones respecto a la naturaleza de los seres acuáticos) afirma que su esposa tuvo un pez en un recipiente con agua, sin ninguna otra comida, por tres años; lapso durante el cual el pez aumentó constantemente, hasta que, al principio, no podía moverse del lugar donde se lo había puesto, y al final fue demasiado grande para el recipiente mismo, aunque era de gran capacidad. Cardano nos cuenta de ciertas lombrices que se crían y se nutren de la nieve, y que, una vez separadas de ella, mueren.⁶⁹

Así es también con el aire, del cual bien podemos concebir que contribuye fundamentalmente a la nutrición de todos los vegetales. Pues si estos extrajeran todo su alimento de la tierra, debería haber una decadencia perceptible del terreno a su alrededor, especialmente dado que año tras año renuevan sus hojas y frutos; lo cual, por ser tantos, y

65 **Hist. Animal. l.8. c.5.** N. de la T.: referencia a *Historia Animalium*, tratado de zoología de Aristóteles.

66 **Hist. l.10. c.72.** N. de la T.: referencia a *Naturalis Historia* (ver nota 23).

67 **De Animal. l.7.** N. de la T.: referencia a *Quaestiones super de animalibus*, tratado del filósofo y teólogo Alberto Magno (ca. 1200-1280) basado en la *Historia Animalium* de Aristóteles.

68 **De Pisc.l.1.c.12.** N. de la T.: referencia a *Libri de piscibus marinis*, tratado del médico y naturalista Guillaume Rondelet (1507-1566), donde se describen detalladamente unas 250 clases de animales marinos.

69 **Subtil. l.9.N.** de la T.: referencia a *De subtilitate rerum*, obra popular del médico, matemático y filósofo Girolamo Cardano (1501-1576) donde se describen experimentos e invenciones junto a anécdotas diversas.

sucedir tan seguido, no podría producirse sin abundante nutrición. Viene a cuento el experimento de los árboles cortados que por sí solos emiten nuevos brotes. Y también el de las cebollas y la siempreviva, que curiosamente brotan y crecen estando suspendidas al aire libre. Del mismo modo sucede con algunas criaturas sensibles: el camaleón (han dicho Plinio⁷⁰ y Solino)⁷¹ se alimenta meramente de esto, y también las aves del paraíso, mencionadas por muchos, que residen constantemente en el aire por no haberles dado patas la naturaleza, y por ende nunca se las ve en tierra, a menos que estén muertas.⁷² Si preguntáis cómo se multiplican, la respuesta es que ponen sus huevos en las espaldas de otra de estas aves, sobre la que se sientan hasta que su cría está empollada. Rhondoletius,⁷³ a partir de la historia de Hermolaus Barbarus,⁷⁴ nos cuenta de un sacerdote (bajo custodia de uno de los papas) que vivió meramente del aire durante cuarenta años. Como también de una doncella en Francia, y otra en Alemania, que durante varios años seguidos se alimentaron nada más que de esto; incluso afirma haber visto por sí mismo a uno que vivió durante diez años sin ningún otro sustento. Podéis encontrar la mayoría de estos, y algunos otros ejemplos que vienen a cuento, reunidos

70 **Hist.l.8.cap.33.Polyhistor.cap.53** N. de la T.: nueva referencia a *Naturalis Historia* (ver nota 23), y a *De mirabilibus mundi* (también conocido como *Polyhistor*), obra del gramático latino Solino (siglo III) cuyos contenidos retoman en gran medida los de la obra anterior de Plinio.

71 **Lop.hist.Ind.Occid.cap.96.Maiolus,Colloq.3** N. de la T.: referencia a la *Historia general de las Indias*, crónica de la conquista escrita por Francisco López de Gómara (1511-ca. 1564), y a *Dies Caniculares*, tratado del religioso Simone Maioli (1520-1597).

72 **Es probable que estos pájaros residan principalmente en el aire etéreo, donde se alimentan y sostienen.**

73 **De Piscibus, l.1.cap.13.** N. de la T.: nueva referencia a *Libri de piscibus marinis* (ver nota 68).

74 N. de la T.: Ermolao Barbaro (1453/4-1493) fue traductor y editor de varias obras de la Antigüedad clásica, y autor, entre otros textos, de *Castigationes plinianae*, una exhaustiva discusión de *Naturalis historia* de Plinio.

por Mendoza, *Viridarium*, libro 4, problemas 23, 24.⁷⁵ Ahora bien, si este aire elemental, que está mezclado con vapores tan inapropiados, puede alimentar accidentalmente a algunas personas, entonces quizá ese aire etéreo puro pueda ser en sí mismo más afín a nuestras naturalezas.

Mas si ninguna de estas conjeturas es satisfactoria, puede por ventura que haya algún medio posible para transportar otros alimentos, como se mostrará más adelante.

Nuevamente, dado que no nos desgastaremos en ningún tipo de esfuerzo, no necesitaremos quizá del descanso del sueño. Pero si así fuera, no podríamos desear cama más suave que el aire, sobre el cual podremos reposar tan firme y seguramente como en nuestras recámaras.

Pero aquí quizá preguntéis si existe algún medio por el que podamos saber hasta dónde se extiende la esfera de la fuerza atractiva de la Tierra.

Yo respondo que seguramente no llega mucho más lejos que la órbita de aire espeso y turbio que rodea a la Tierra, porque es probable que el Sol exhale algunos vapores terrenales casi hasta el último confín de la esfera que les corresponde.

Ahora bien, hay diversas maneras empleadas por los astrónomos para medir la altitud de este aire turbio, tales como observar la altura del aire que ocasiona el crepúsculo⁷⁶ o la penumbra, para lo cual los antiguos empleaban este método: ni bien discernían que el aire en el este se veía alterado por una mínima luz, calculaban mediante la ubicación de las estrellas a cuántos grados por debajo del horizonte se

75 N. de la T.: nueva referencia a *Viridarium* (ver nota 54), esta vez incorporada al texto principal de Wilkins y no indicada en nota al pie.

76 N. de la T.: *crepusculum* en el original. En función del procedimiento y demás detalles descriptos a continuación, se hace evidente que Wilkins emplea el término para designar la claridad que precede a la salida del Sol, y no a la atenuación de la luz que sigue a su puesta, como es más frecuente en la actualidad.

encontraba el Sol, lo cual era habitualmente unos dieciocho grados. Y de allí podían concluir fácilmente a qué altura por encima de nosotros debía llegar ese aire sobre el cual brillaba el Sol cuando estaba 18 grados por debajo de nosotros. Y a partir de esta observación se llegó a la conclusión de que debía llegar a unas 52 millas de altura.⁷⁷

Pero en esta conclusión los antiguos estaban muy equivocados, porque procedían en base a premisas incorrectas al suponer que el brillo de los rayos directos del Sol sobre el aire era el único motivo del crepúsculo; mientras que es seguro que hay muchas otras cosas que también inciden en su ocasión,⁷⁸ tales como:

1. Algunas nubes brillantes por debajo del horizonte que, al ser iluminadas por el Sol, pueden transmitir cierta luz a nuestro aire antes de que los rayos directos del Sol lo toquen.

2. La frecuente refracción de estos rayos, que suelen sufrir una repercusión proveniente de la cavidad de esta esfera, puede igualmente darnos algo de luz.

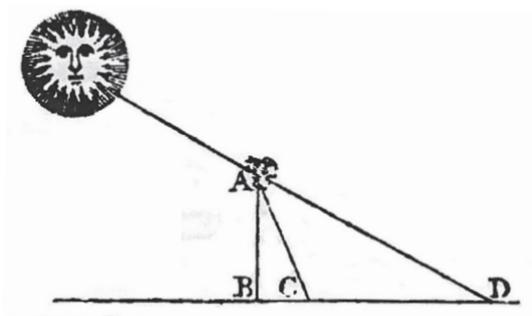
3. Lo mismo puede suceder con la órbita de aire iluminado que rodea al Sol, parte de la cual se alza antes que su cuerpo.

La segunda manera por la cual podemos con mayor certeza descubrir la altitud de este aire más impuro es midiendo la altura de la nube más elevada, lo cual puede hacerse (1) ya sea como se mide la altitud de las cosas a las cuales uno no puede acercarse, a saber: desde dos puestos, cuando dos personas al mismo tiempo, estando en lugares distintos, observan el declive de alguna nube respecto del punto vertical. O (2), una manera más sencilla, cuando un hombre

77 **Vitel. l.10.Theo.7.** N. de la T.: probable referencia al tratado *Perspectiva*, de Witelo, también llamado Vitello, Vitellio o Vitellius, teólogo y filósofo natural del siglo XIII.

78 **Kepler Ep.Coper. l.1.part 3.** N. de la T.: referencia a *Epitome astronomiae Copernicanae*, texto introductorio a la astronomía copernicana, de Johannes Kepler.

se posiciona de modo tal que pueda, desde cierta distancia, distinguir el lugar sobre el cual la nube echa su sombra, y de ese modo observa cuánto declinan tanto la nube como el Sol respecto del punto vertical.⁷⁹ De lo cual puede deducir fácilmente su verdadera altitud, como comprenderéis más claramente mediante el siguiente diagrama.



Donde AB es la perpendicular respecto a la nube, C la posición del que mide, y D el lugar donde cae la sombra de la nube.

Al dirigirse el instrumento desde la posición C a la nube en A, la perpendicular determinará el ángulo BAC. Haciendo luego que el Sol brille a través de la mira de vuestro instrumento, su perpendicular determinará el ángulo BAD. Luego, habiendo medido la distancia CD en pasos, podréis, de acuerdo con las reglas comunes, calcular la altura BA.⁸⁰

Pero si, sin hacer vosotros la observación, deseáis saber a qué altitud se encuentran las más altas nubes según

79 **Stevinus, Geog. l.3.prop.3.** N. de la T.: referencia al matemático flamenco Simon Stevin (1548-1620); la obra indicada podría ser *Problematum geometricorum*, su único texto escrito originalmente en latín.

80 **Pitisc. Trigon.** N. de la T.: referencia a la obra *Trigonometría libri quinque, item problematum variorum libri decem*, del matemático Bartolomeo Pitiscus (1561-1613).

observaciones, Cardano⁸¹ responde que a no más de dos millas; Kepler,⁸² que a no más de 16.000 pasos, más o menos.

3. Otra manera de descubrir la altura de este aire turbio es sabiendo la diferencia de altitud que causa al refractar los rayos de cualquier estrella cercana al horizonte. Y a partir de esta observación también se concluye usualmente que tiene dos o tres millas de alto.

Mas ahora no debéis concebir que la órbita del vigor magnético esté delimitada por una superficie exacta, o que ejerza su fuerza igualmente hasta determinado punto exacto, y no más lejos. Sino que, así como se ha dicho respecto a la primera región que termina allí donde el calor del reflejo comienza a languidecer, del mismo modo es probable que este vigor magnético remita en grado proporcional a su distancia de la Tierra, que lo ocasiona; y por lo tanto, aunque las nubes más espesas no lleguen más alto, no obstante esta órbita puede continuar en grado más débil un poco más allá de ellas. Supondremos (lo cual probablemente sea lo máximo) que tiene unas veinte millas de alto. De modo que, como veis, la hipótesis anterior sigue siendo probable; que si un hombre pudiera tan solo volar, o por cualquier otro medio ascender unas veinte millas, sería posible para él alcanzar la Luna.

Pero aquí podría objetarse nuevamente que aunque todo esto fuera verdad, aunque existiera tal órbita de aire que pusiera fin al vigor de la Tierra, y aunque el peso de nuestros cuerpos no obstaculizara nuestro pasaje por los vastos espacios del aire etéreo, hay aún otros dos impedimentos que parecen negar la posibilidad de un viaje semejante.

1. El frío extremo de dicho aire. Si algunas de nuestras montañas más altas no son habitables por este motivo,

81 **Subt.l.17.** N. de la T.: referencia a *De subtilitate rerum* (ver nota 69).

82 **Epit.Cop.l.1.p.3.** N. de la T.: referencia a *Epitome astronomiae Copernicanae* (ver nota 78).

mucho menos entonces lo serán esos lugares que se hallan aún más lejos de cualquier fuente de calor.

2. Su extremada ligereza, la cual podría volverlo inadecuado para respirar. Ya que si en algunas montañas (como dice Aristóteles respecto del Olimpo, y a partir de él San Agustín)⁸³ el aire es tan delgado que los hombres no pueden respirar a menos que sea a través de una esponja humedecida, mucho más delgado entonces será ese aire que más remoto se encuentra de las causas de impureza y mezcla. Y aparte de esto, la refracción creada por el aire turbio que rodea nuestra Tierra puede probar suficientemente que hay una gran diferencia entre el aire etéreo y este en cuanto a refinamiento.

A la primera de estas respondo que aunque la segunda región esté naturalmente dotada de un frío tal que la vuelve apropiada para la producción de meteoros, no se sigue de esto que todo el aire allí arriba, que no sirve al mismo propósito, comparta esta misma condición; sino que parece más probable que este aire etéreo esté libre de tener cualquier cualidad en grado extremo. Y esto puede confirmarse a partir de esos argumentos comunes que se traen a colación habitualmente para probar la calidez de la tercera región, como puede verse en Fromundus⁸⁴ y otros que tratan este tema.

Afirma Pererius⁸⁵ que la segunda región no es fría meramente por la razón de estar distante de las causas ordinarias de calor, sino porque fue hecha así en primera instancia,

83 **In Gen. ad litteram, l.3.cap.2.** N. de la T.: referencia a la obra *De Genesi ad litteram*, de San Agustín, que consiste en un extenso comentario del primer capítulo del libro del Génesis en el Antiguo Testamento.

84 **Meteor.lib.1.ca.2.art.1.** N. de la T.: referencia a la obra *Meteorologicum libri VI*, del teólogo y científico Libert Froidmont (1587-1653).

85 **Comment.in Gen.i.8.** N. de la T.: referencia al *Commentatorium...* de Benito Pereyra (ver notas 26 y 29).

para la condensación de las nubes y la producción de otros meteoros que allí iban a generarse; lo cual (según entiendo) puede confirmarse suficientemente por aquel orden de la creación observado por Moisés, quien nos dice que las aguas por encima del firmamento (por lo cual lo más probable es que debemos entender las nubes en la segunda región) fueron creadas el segundo día, Génesis 1:7-8, mientras que el Sol mismo (cuyo reflejo es origen del calor) no fue creado sino hasta el cuarto día, versículos 16, 19.⁸⁶

A la otra objeción respondo que, aunque el aire en la segunda región (donde a causa del frío hay muchos vapores espesos) ocasione una gran refracción, es probable que el aire que está contiguo a la Tierra sea, a veces y en algunas partes, de una ligereza mucho mayor; incluso tan ligero como el aire etéreo mismo; ya que a veces el calor del Sol es tan especial que puede refinarlo en grado eminente; y en algunos lugares secos no hay exhalaciones groseras o impuras que se mezclen con él.

Pero aquí podría objetarse: si el aire de la segunda región fuera más denso y pesado que este en el que respiramos, entonces necesariamente debería tender hacia abajo y ocupar el lugar inferior.

A esto algunos responden que el hecho de que las nubes estén suspendidas en el aire no es nada menos que un milagro. Esas son las palabras de Plinio:⁸⁷ *quid mirabilius*

86 N. de la T.: Nuevo Testamento, libro del Génesis 1:7-8: "E hizo Dios el firmamento, y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de aquellas que estaban sobre el firmamento. Y quedó hecho así. Y al firmamento llámole Dios cielo. Con lo que de tarde y de mañana, se cumplió el día segundo." 1:16-19: "Hizo, pues, Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese al día; y la lumbrera menor, para presidir a la noche: e hizo las estrellas. Y colocolas en el firmamento o extensión del cielo, para que resplandeciesen sobre la Tierra, y presidiesen al día y a la noche, y separasen la luz de las tinieblas. Y vio Dios que la cosa era buena. Con lo que de tarde y de mañana, resultó el día cuarto."

87 **Hist.I.3.cap.1.** N. de la T.: referencia a *Naturalis historia* (ver nota 23).

aquis in caelo stantibus? ¿Qué hay de más maravilloso que el que las aguas se mantengan suspendidas en los cielos? Otros prueban esto de la derivación de la palabra שמים de שאה, *stupescere*, y מים, *aquae*:⁸⁸ porque las aguas están allí suspendidas de manera asombrosa e inconcebible; postura que también favorecen las escrituras, donde se menciona como un gran argumento de la omnipotencia de Dios que sostiene las nubes e impide que caigan. Él contiene las aguas en sus espesas nubes, y las nubes no se desgarran por ellas.⁸⁹

Pero aquello que a mí me parece dar satisfacción completa respecto a esta duda es esta consideración: que el vigor natural por el cual la Tierra atrae cuerpos densos hacia sí es menos eficaz a la distancia; y, por lo tanto, un cuerpo de menor densidad que esté cerca de ella, como supongamos este aire ligero en el cual respiramos, puede situarse naturalmente más abajo que otro de mayor densidad que esté más lejos, como, supongamos, las nubes en la segunda región. Y aunque este último sea absolutamente y en sí mismo más adecuado para este movimiento de descenso, no obstante a causa de su distancia la virtud magnética de la Tierra no puede operar tan poderosamente sobre él.

En cuanto a lo relatado por Aristóteles, si fuera verdad, aún así no prueba que este aire sea totalmente intransitable, dado que una esponja humedecida podría ayudarnos a contrarrestar su ligereza; pero es probable que haya dado fe a información ajena, como hizo con algunos otros comentarios concernientes a la altura de las montañas, en los que es evidente que está gravemente equivocado; como donde nos cuenta acerca del Cáucaso que la sombra de este se extiende

88 N. de la T.: שאה (*shah*), *stupescere*, pasmarse, quedarse atónito, según el significado que le atribuye Wilkins; מים (*máim*), *aquae*, aguas. De estas dos palabras en hebreo se derivaría, según esta hipótesis, la primera: שמים (*shamáim*), cielo.

89 **Job xxvi.8.** N. de la T.: Antiguo Testamento, libro de Job 26:8: "Él es quien contiene las aguas en sus nubes para que no se precipiten de golpe hacia abajo."

por 560 millas.⁹⁰ Y dado que este comentario es de la misma naturaleza, no podemos confiar seguros en él en cuanto a su verdad.

Si se inquiera aquí por conjeturas acerca de qué medios podrían emplearse para que ascendiéramos más allá de la esfera del vigor magnético de la tierra, yo respondo:

1. Quizá no es imposible que un hombre pueda volar adosando alas a su propio cuerpo, tal como se representa a los ángeles, como lo pretendieron Mercurio y Dédalo,⁹¹ y como ha sido intentado por varios, particularmente un turco en Constantinopla, como relata Busbequius.⁹²

2. Si hay un ave Roc tan enorme en Madagascar como el veneciano Marco Polo⁹³ menciona, con alas cuyas plumas miden doce pies de largo, que puede elevar por los aires un caballo con su jinete, o un elefante, como nuestros milanos lo hacen con un ratón, entonces no hay más que enseñar a uno de estos a llevar a un hombre y se podrá ir hasta allí, como hace Ganimedes,⁹⁴ en un águila.

O, si ninguna de estas dos maneras sirve, no obstante afirmo seriamente y sobre buenas bases que es posible construir un carruaje volador, en el que un hombre pueda sentarse y al cual pueda imprimirle un movimiento que lo transporte por los aires. Y este podría quizá ser construido lo suficientemente grande como para llevar a varios

90 **Meteor.I.1.c.11.** N. de la T.: referencia a la obra *Meteorologica*, de Aristóteles.

91 N. de la T.: el dios romano Mercurio ha sido tradicionalmente representado con sombrero y sandalias alados, y era protector de los viajeros. En cuanto a Dédalo, ver nota 37.

92 N. de la T.: referencia a Ogier Ghislain de Busbecq (1522-1592), diplomático belga que publicara en 1581 un libro sobre sus experiencias como embajador del Imperio Otomano en Constantinopla titulado *Itinera Constantinopolitanum et Amasianum*, luego más conocido como *Cartas Turcas*.

93 **Lib.3.c.40.** N. de la T.: referencia al texto popularmente conocido como *Los viajes de Marco Polo*, del famoso viajero que viviera entre 1254 y 1324.

94 N. de la T.: en la mitología griega, Ganimedes, el más hermoso de los mortales, fue raptado por Zeus, quien adoptó la forma de un águila para transportarlo al Olimpo, donde servía a los dioses como escanciador.

hombres al mismo tiempo, además de comida para su *viam* y mercancía para comerciar. No es el tamaño de ninguna cosa de este tipo lo que puede obstaculizar su movimiento, si la facultad motora es proporcional a él. Vemos que un barco enorme flota al igual que un corcho pequeño, y un águila vuela por el aire al igual que un pequeño jején.

Este ingenio podría construirse a partir de los mismos principios por los cuales Arquitas hizo una paloma de madera, y Regiomontano un águila de madera.⁹⁵

Concibo que no sería muy difícil (si un hombre tuviera el tiempo suficiente) mostrar con mayor particularidad los medios para construirla.

El perfeccionamiento de una invención semejante sería de uso tan excelente que bastaría no solo para hacer famoso a un hombre sino también a su época. Ya que, además de los extraños descubrimientos que podría ocasionar en este otro mundo, también tendría inconcebibles ventajas para viajar, por encima de cualquier otro medio de transporte que esté ahora en uso.

De modo que, a pesar de todas estas aparentes imposibilidades, es bastante probable que se pueda inventar un medio para viajar a la Luna; ¿y cuán felices serán aquellos que primero tengan éxito en este intento?

Felicesque animae, quas nubila supra,
Et turpes fumos, plenumque vaporibus orbem,
Inseruit cælo sancti scintilla Promethei.⁹⁶

95 N. de la T.: alusiones al matemático y filósofo Arquitas de Tarento (ca. 400-365 a. C.), a quien se atribuye la invención, entre otros mecanismos, de un autómatas de madera en forma de paloma voladora, y al matemático Johannes Müller von Königsberg (1436-1476, conocido por el gentilicio latino Regiomontanus), a quien se atribuye la construcción de un águila autómatas.

96 N. de la T.: las primeras dos líneas se traducen como "Y felices las almas que están sobre las nubes, y torpes humos, y el mundo lleno de vapores"; la tercera, "Insertó en el cielo la chispa del sagrado Prometeo". La proveniencia y la articulación entre estas líneas no resulta clara.

Habiendo así terminado este discurso, hallé por casualidad un relato fantástico reciente, bajo el nombre ficticio de Domingo Gonsales, escrito por un difunto padre y culto obispo; en el cual (además de numerosas particularidades con las cuales este último capítulo involuntariamente coincide) se describe una muy agradable y bien concebida fantasía concerniente a un viaje a este otro mundo.

Él supone que hay un pasaje natural y habitual para muchas criaturas entre nuestra Tierra y ese planeta. Así, dice él, esas grandes multitudes de langostas por las cuales diversos países han sido destruidos proceden de allí. Y si revisamos lo que los autores dicen de ellas, hallaremos que muchas veces vuelan en tropas innumerables, o enjambres, y que por varios días seguidos antes de descender se las ve sobre esos lugares en grandes nubes elevadas, tales que al acercarse son de extensión suficiente para oscurecer el día y obstaculizar la luz del Sol. A partir de lo cual, junto con muchas otras descripciones, concluye que no es del todo improbable que provengan de la Luna. Igualmente supone que las golondrinas, cuclillos y ruiseñores, junto a diversas otras aves que están con nosotros solo una mitad del año, vuelan hacia allí cuando nos abandonan. Entre estas especies hay un cisne salvaje de las Indias orientales que en ciertas épocas del año vuela constantemente hacia allá. Al ser este pájaro de gran fuerza, capaz de volar prolongadamente, y viajar usualmente en bandadas, como nuestros gansos salvajes, él supone que varios de estos juntos podrían ser adiestrados para llevar el peso de un hombre, especialmente si se construyera un dispositivo tal (como él cree que se podría) que cada uno de ellos llevara una parte equitativa de la carga. De modo que por este medio puede concebirse fácilmente cómo una vez al año un hombre podría completar el viaje, yendo con estos pájaros al comienzo del invierno y volviendo con ellos en la primavera.

Y aquí, alguien con una potente imaginación sería más capaz de expresar el gran beneficio y placer que se obtendría de un viaje semejante, ya sea que se considere la extrañeza de las personas, las lenguas, las artes, la política o la religión de esos habitantes, además del nuevo comercio que se podría traer de allí. En resumen, considérese el placer y el provecho de los recientes descubrimientos en América, y necesariamente se concluye que esto está mucho más allá.

Pero imaginaciones como esta las dejo libradas a la fantasía del lector.

Sic itur ad astra.

Reptet humi quicunque velit

Coelo restat iter, coelo tentabimus ire.⁹⁷

97 N. de la T.: el primer verso aquí incluido por Wilkins proviene del libro IX de la *Eneida*, "Por aquí se va a las estrellas". El segundo puede traducirse como "Que repten por la tierra el que quiera". El último proviene del libro II de *Ars Amandi*, de Ovidio: "Queda un camino por los cielos; por los cielos intentaremos ir." La proveniencia de la segunda línea no resulta clara, como tampoco la articulación entre las tres.

Poemas atómicos

Margaret Cavendish (1653)



Here on this "Figure Club" a Silence,
That is as if it were by Chance,
Your eyes for you they must not stray
Since this like Shadow on the Day
It only, is, for a Day,
Her Beauty's found beyond the Shell
Of the god's - Bayonet, in Mirrace,
These lovely Lines, within her face,
Draw her Soul's Part, Imparted with
From that high Line, which shall prove
By "Beauty's" Power, drawn, alone
To see, Fair but here, Can justify come.

INTRODUCCIÓN

La atomización del lenguaje poético. Los poemas científicos de Margaret Cavendish

Lucas Margarit

*Poetry is the finest work that Nature hath made...
playing so well upon the Brain
as it strikes the strings of heart with delight.*

Margaret Cavendish, Duquesa de Newcastle (1624?-1674), es una de las figuras más heterodoxas dentro del panorama de la literatura inglesa del siglo XVII. Poesía, novela, drama, tratados científicos o filosóficos, son las disciplinas por las que circulan sus escritos. Esta pluralidad de géneros y temas va a establecer su no pertenencia a ninguno de estos géneros en especial y muchas veces, al abordar alguno de ellos, se va a apartar de cierta estructura canónica, ubicándose en un espacio liminar desde donde expondrá, en voz queda, teorías que quiebran los paradigmas del conocimiento de su época. En una de sus obras más importantes, *Observations Upon Experimental Philosophy* ([1666] 2001), Cavendish va a demostrar su oposición a los métodos científicos basados en la experiencia empírica y en la dioptría. Su espíritu se mostrará escéptico con respecto a estos nuevos inventos. Sostenía que tanto el telescopio como el microscopio engañan al ojo humano y, por ello fomentan teorías equivocadas. Para ella, todo método experimental debe estar subordinado al pensamiento especulativo que parte de una reflexión individual y particular del sujeto cognitivo.

Cavendish, que no tiene una formación metódica, va a estudiar las teorías filosóficas y científicas de su época en la intimidad y va a reformular muchas de sus lecturas a partir de su propia subjetividad. Virginia Woolf, compone en *The Common Reader* (Woolf, 1948: 98-109), un perfil donde remarca este lugar lateral que ocupa la Duquesa en relación al mundo donde se desenvuelve y al modo en que ella adquiere sus conocimientos gracias al tipo de formación que tendrá bajo el cuidado de su madre.

Entonces, veremos que ante esta subjetividad, que podemos relacionar con el método especulativo, el modo de pensar tanto sus obras literarias, como filosóficas y científicas, va a estar enmarcado en esta falta de metodología más relacionada con el espíritu cientificista o académico, espacio de discusión, entonces vedado a las mujeres. Veremos que esta carencia de una formación metódica en los textos de la Duquesa de Newcastle, va a permitir una libertad con respecto a los límites clasificatorios, no solo en el nivel de los géneros literarios, sino también en el de los temas que trata y en el modo en que son abordados.

Si el pensamiento de Margaret Cavendish no puede ser ubicado en un sistema de manera definitiva, sus textos literarios también van a estar en ese espacio lável donde los límites empiezan a diluirse. Esta falta de una clasificación certera va a ser uno de los elementos que se le va a criticar en un mundo más racionalista, ligado al método primero baconiano y luego newtoniano de la ciencia. Margaret Cavendish, en el último período de su pensamiento, va a describir la naturaleza como un organismo que se divide en infinitas y diversas partes. Cada parte diversa “*tiene un conocimiento y percepción, distinta y particular, tanto sensitiva como racional*” (Cavendish, [1666] 200: 47).¹ Con esta afirmación

1 La traducción nos pertenece.

está proponiendo un claro relativismo con respecto al conocimiento en su sentido más amplio. En tal caso, si el conocimiento se presenta como un sistema relativo, también estaría postulando una defensa de su propio lugar como intelectual, como escritora, como científica y, ante todo, como mujer.

Cavendish va a comenzar su carrera literaria y su reflexión sobre el conocimiento científico del mundo físico con una serie de poemas acerca de la teoría atómica o atomista. Este primer volumen de su obra fue publicado en 1653 y se titula *Poems and Fancies*.² En este conjunto de textos poéticos ella va a exponer su primera teoría acerca de la Naturaleza, la cual se constituye a partir de una teoría particular de los átomos. Es notoria la elección del verso para el desarrollo de su posición científica, quizá podríamos suponer que se explique, como ella misma afirma, a los “errores” que es necesario disimular, pero no podemos obviar que también se debe tanto a su exposición claramente especulativa con respecto al conocimiento de la naturaleza y de los átomos, como a la necesidad de hacer oír su voz de mujer y de científica en una disciplina y en un mundo conformado por el discurso masculino. Dice en la introducción a su *Poems and Fancies*:

Y la razón por la que escribo en verso es porque creo que los errores se disimulan más en la poesía que en la prosa, ya que los poetas escriben ficción, y la ficción no se manifiesta como verdad, sino como un pasatiempo. Me temo que mis átomos sean un pasatiempo tan diminuto como ellos mismos, porque nada puede

² El grupo de poemas “Atomic Poems” es tomado del volumen *Poems and Fancies*, Londres, J. Martín & J. Alleystre, 1653. Este volumen tuvo dos reediciones más en los años 1664 y 1668. Las traducciones que se presentan en esta introducción han sido realizadas por el autor.

ser menos que un átomo. Sin embargo, mi deseo de que complazcan al lector es tan grande como el mundo que ellos forman.

Aquí encontraremos dos influencias evidentes, por un lado el atomismo de Gassendi y, por otro lado, el texto *Sobre la naturaleza de las cosas* de Lucrecio.

Gassendi va a formular su teoría del conocimiento a partir de las impresiones sensibles. Para él la naturaleza está formada por átomos (como también lo sostenía Epicuro) y la forma de las cosas en el mundo queda signada por el movimiento de estos átomos y, a partir de allí, de la energía que perciben los órganos sensibles. Gassendi formula, a partir de estas afirmaciones, una teoría causal y mecánica, algo con lo cual Cavendish va a discutir en su teoría filosófica. Para Gassendi, las percepciones sobre las cosas verdaderas pueden fundamentarse a partir de un discurso verdadero, sin embargo, los juicios que se plantean sobre esas cosas pueden ser erróneos o falsos. Ese va a ser otro aspecto al cual se opondrá Margaret Cavendish.

En la teoría de Margaret Cavendish, los átomos no son visibles, pero sí sus consecuencias, derivaciones y efectos. Entonces, el atomismo se va a postular como una hipótesis posible. En este caso va a ser la especulación acerca de la existencia de los átomos la que dará inicio a su pensamiento científico y filosófico y, en este volumen en particular a la escritura poética. El título del volumen atiende a dos formas de aprehender la experiencia de la autora, por un lado el género poético, y por otro las *fancies* que podríamos traducir como “fantasía” o “imaginación creadora” y es en este detalle donde se apoya el planteo especulativo de su teoría. Asimismo, podemos considerar el término *fancy* como “extravagancia” lo cual también nos habla del lugar que ocupa la mujer dentro del panorama de la ciencia del siglo XVII,

situación que Cavendish reconocía de manera harto evidente: presentar su teoría como una extravagancia es alinearse dentro de un discurso posible, es decir la racionalidad le estaría vedada y por ello la Condesa presenta sus reflexiones acerca de la naturaleza bajo este título. Por otra parte, debemos considerar que ella es consciente de la perspectiva especulativa de su teoría, lo cual también pone en evidencia que el conocimiento científico no es definitivo, sino que la “equivocación” proviene de un aspecto discursivo que no debe ser tomado como “verdadero” y único. Leemos nuevamente en la introducción:

No puedo afirmar que no haya oído hablar de átomos, figuras, movimientos y materia, pero no lo he razonado exhaustivamente. Si me conduzco erróneamente, no tiene mucha importancia, porque mi discurso sobre esos aspectos no tiene que ser tomado como auténtico

Sin embargo, para Gassendi el movimiento que se produce en los átomos no surge de ellos mismos, sino que va a apelar a una suerte de primer motor inmóvil. La figura de Dios va a formar parte así del sistema de hipótesis necesario para la constitución del mundo material y atómico. La defensa de la presencia de este Dios va a ser lo que dé la posibilidad de que el mundo sea ordenado. Para Cavendish, en cambio, Dios no tiene ningún lugar en el pensamiento científico, expone un hiato profundo entre los asuntos religiosos y teológicos con respecto a su sistema científico. Por ello en uno de sus poemas, “A World made by Atomes” podemos leer:

Small Atomes of themselves a World may make,
As being subtle, and of every shape:
And as they dance about, fit places finde,

Such Formes as best agree, make every kinde.

Pequeños Átomos pueden hacer un Mundo
por sí mismos
al ser tan sutiles y de todas las formas;
y mientras van danzando, encuentran
lugares adecuados
cuyas Formas, como mejor conciertan,
forjan a cada especie.

Vemos en estos versos que los átomos tienen una autonomía con respecto al movimiento y es por ello que nuestra científica va a relacionar directamente la idea de vida a la materia moviente, lo cual nos conduce hacia la otra influencia que recibirá: Lucrecio.

De este pensador latino tomará la idea de que la materia es infinita y, por lo tanto, se desarrolla en un espacio infinito. Por otro lado, el alma, para ambos, también es material, y es lo que proporcionaría a la materia la capacidad de movimiento. En *La naturaleza de las cosas*, libro II, Lucrecio va a sostener que hay un Universo infinito, compuesto de materia infinita, lo cual posibilitaría la existencia de una multiplicidad indefinida de mundos.³ Si la materia es infinita y el espacio que ocupa también lo es (y por lo tanto eterno), las preguntas que surgen son ¿cuántos mundos posibles podrían existir? ¿Hacia dónde se conduce la materia en movimiento? Pero también nacerá otro tipo de interrogantes de carácter religioso: ¿dónde podrían estar presentes los dioses? En este aspecto también Cavendish va a dar una opinión similar, ya que cuando ella concluye sus teorías, la teología, la fe y la figura de Dios, quedan fuera de su paradigma científico.

³ *Cfr.* el modo en que luego desarrollará esta idea por ejemplo Bernard Le Bouvier de Fontenelle desde una posición más racionalista y mecanicista.

Por último, hay otro atomista, que recibe la influencia de las teorías de Demócrito, Epicuro y Lucrecio, y va a instalar el atomismo en Inglaterra; es el filósofo alemán Johannes Magirus (1560-1596), quien tiene suma importancia en la expansión de las teorías atomistas en toda la isla. Si retomamos el poema que recién citamos, pero destacando ahora los últimos versos que son:

Thus by their severall Motions, and their Formes,
As severall work-men serve each others turnes.
And thus, by chance, may a New World create:
Or else predestined to worke my Fate.

Así, por sus Movimientos y sus Formas
como trabajadores se reemplazan unos a otros.
Y así, por casualidad, un Nuevo Mundo pueden crear,
O, si no, eatar predestinados a labrar mi Destino.

Podemos apreciar que Cavendish plantea la Naturaleza como un sistema conformado por átomos que pueden producir por sí mismos un mundo, pero que también pueden predestinar la suerte del sujeto. La autonomía que le da Cavendish a la materia también se relacionaría con esa materialidad del alma que nos propone, porque el movimiento de la materia implica que hay una razón y una sensibilidad dentro de ese mundo material (del cual nosotros formamos parte). Este movimiento autosuficiente de los átomos va a ser lo que va a dar forma al mundo que se percibe por los sentidos.

Por otro lado, como comentamos anteriormente, hay que tener en cuenta que estos átomos, desde el punto de vista de un texto poético o de un pensamiento especulativo, se presentan como *fancy*. Si los átomos en esa imagen del mundo y del Universo que está creando Cavendish pueden

hacer mundos posibles, otras imágenes poéticas pueden construir un mundo donde el sujeto sea el centro de ese nuevo mundo. Así, estaría dando lugar a una utopía, que va a ser desarrollada en una novela de proto-ciencia ficción, *The Blazing World* ([1666] 1992), donde las jerarquías se muestran alteradas, se relativiza el conocimiento como un absoluto y la creación de un mundo alternativo permitirá establecer una nueva legalidad y un nuevo sistema social.

Otro punto interesante en este grupo de poemas es el que da inicio a la serie y está dedicado a algunos lectores, “To Natural Philosophers”. Este poema funcionaría como una suerte de *captatio benevolentiae*. Está dirigido directamente a los filósofos y científicos con la intención de justificar su propia escritura. Ella va a decir, como una justificación para poder escribir su teoría científica, que lo que le interesa al componer este grupo de poemas es entretener, desarrollar ciertas *fantasías* con respecto a la naturaleza física del mundo. Si lo relacionamos con toda su teoría de la especulación, nos daremos cuenta que lo que está haciendo con esas *fantasías* es asentar un pensamiento científico y filosófico, oponiéndose al pensamiento imperante en su momento. Leemos algunos versos:

Nunca leí, ni escuché de ningún libro inglés
algo que me influyera.
Por cierto, no comprendo otra lengua,
ni el francés,
aunque haya vivido en Francia cinco años.
Ni siquiera mi lengua materna entiendo bien,
ya que hay palabras que no sé qué significan,
solo conservo su parte vulgar;
es decir, lo más coloquial.
Y no digo nada de aquellas palabras usadas
por los *clowns* en cada condado.

En algunas zonas su lenguaje nadie entiende,
excepto aquellos que allí nacieron.
Y no solo cada condado tiene su lenguaje,
sino que cada familia ofrece signos
para cosas acordes a su imaginación.
Pero mi ignorancia de la lengua materna
me vuelve ignorante de opiniones y discursos
([1666] 1992)

En estos versos también está planteando una relativización del lenguaje: qué es lo que el lenguaje realmente puede enunciar, y qué verdades podría llegar a decir. Por lo tanto, otra de las cosas que está aniquilando es la posibilidad de un discurso científico que pueda enunciar una verdad absoluta o un conocimiento único y verdadero. A su vez, estas particularidades lingüísticas (es decir, este uso particular de los lenguajes) también estaría sosteniendo su propio discurso, no solo como científica, sino también como mujer. Con lo cual, estaría argumentando la necesidad de utilizar una perífrasis para poder hablar sobre un tópico científico. Podríamos suponer, entonces, que el lenguaje poético es el instrumento que le sirve para poder exponer su idea del mundo e indirectamente oponerse a otros usos retóricos del lenguaje científico de su época.

En otro fragmento de sus *Observations* dice:

Si existe alguna providencia en la Naturaleza, entonces, la Naturaleza tiene conocimiento y sabiduría; y si tiene conocimiento y sabiduría, entonces, tiene sensibilidad y razón; y, si tiene sensibilidad y razón, entonces, tiene automovimiento. Y si la Naturaleza tiene automovimiento ninguna de sus partes podría considerarse inanimada o sin alma. ([1666] 2001: 72)

Cavendish está relaborando de manera mucho más compleja su teoría sobre los átomos. En este momento de su pensamiento (trece años más tarde de su primer texto filosófico y poético) se va a ir apartando de las teorías atomistas; porque, para ella, la naturaleza va a funcionar como un todo. Y esto nos puede hacer pensar en otro poema, que se titula “A world in an Eare-Ring”. Dice:

An Eare-Ring round may wll a Zodiacke bee
Where in a Sun goeth round, and we not see.
And Planets seven about that Sun may move
And Hee stand still, as some wise men would probe.⁴

Aquí se presenta la relación de un micromundo y un macrocosmos. Todo pertenece a esta Naturaleza y todo es naturaleza.

Entonces, desde esta perspectiva, la naturaleza se va a plantear como una estructura orgánica y autónoma, sin ningún motor inmóvil, que le ofrezca energía o movimiento. El conocimiento de la Naturaleza va a producir un movimiento guiado por su propia sabiduría. Si todas las cosas forman parte de un todo, otro de los problemas que encontramos es la relación entre sujeto y objeto. El sujeto y el objeto de conocimiento es el mismo. Uno como parte de la naturaleza, al estudiarla, también está reflexionando sobre sí mismo. Entonces, mediante la negación de esta realidad (sujeto-objeto), se diseñaría la superación de la división entre un sujeto activo y un objeto pasivo y, consecuentemente, se

4 Citado en Mora Charles, Marisol, “El *Blazing World* de Margaret Cavendish: entre la ciencia y la literatura” en Mora Charles, 2000, p. 79. [“Un pendiente bien puede ser un zodiaco, / donde en un sol gira y no lo vemos. / Y siete planetas alrededor del sol se mueven, / y él está quieto como han probado hombres sabios” [la traducción nos pertenece]. Agradecemos a la profesora Marisol Mora Charles de la Universidad del País Vasco por el envío de su libro donde elabora un acercamiento a la obra de MargaretCavendish.

estaría anulando la división masculino-femenino. Margaret Cavendish, a partir de la relativización de esas verdades absolutas, intenta confeccionar un mundo creado desde una subjetividad y que tiene su mismo origen en una primera especulación poética acerca de los átomos.

Bibliografía

Cavendish, Margaret. [1666] 2001. *Observations upon Experimental Philosophy*, Cambridge texts in the History of Philosophy, Cambridge, Cambridge University Press.

———. [1666] 1992) *The Blazing World & Other Writings*, Londres, Penguin.

Mora Charles, Marisol. 2000. "El Blazing World de Margaret Cavendish: entre la ciencia y la literatura" en Mora Charles, Marisol (ed.). *Los mundos posibles*. San Sebastián, Universidad del País Vasco, p. 79.

Woolf, Virginia. 1948. "The Duchess of Newcastle", en *The Common Reader*. Londres, Hogarth Press, pp. 98-109.

A World made by Atomes

Small *Atomes* of themselves a *World* may make,
As being subtle, and of every shape:
And as they dance about, fit places finde,
Such *Formes* as best agree, make every kinde.
For when we build a house of Bricke, and Stone, [5]
We lay them even, every one by one:
And when we finde a gap that's big, or small,
We seeke out Stones, to fit that place withall.
For when not fit, too big, or little be,
They fall away, and cannot stay we see. [10]
So *Atomes*, as they dance, finde places fit,
They there remaine, lye close, and fast will sticke.
Those that unfit, the rest that rove about,
Do never leave, untill they thrust them out.
Thus by their severall *Motions*, and their *Formes*, [15]
As severall work-men serve each others turnes.
And thus, by chance, may a *New World* create:
Or else predestined to worke my *Fate*.

Atomic Poems (antología)

Margaret Cavendish, Duquesa de Newcastle¹

Lucas Margarit (selección y traducción)

Un mundo hecho de Átomos

Pequeños Átomos pueden hacer un Mundo de sí mismos
y de cada figura, al ser tan sutiles;
y mientras danzan por todas partes, encuentran lugares adecuados
cuyas Formas, como mejor conciertan, forjan a cada especie,
como cuando construimos una casa de Ladrillo y Piedra
colocándolos uno a uno:
y cuando encontramos un grieta ya sea grande o pequeña
buscamos piedras para cubrir ese espacio por completo.
Pues, mientras no se adecuen, por ser demasiado grandes o pequeñas
Se desintegran y no pueden permanecer para que las veamos.
Cuando danzan, los Átomos encuentran un lugar apropiado
allí reposan, yacen cercanos y rápidamente se juntan.
Los que son inadecuados forman un resto que vaga por todas partes,
nunca se separan, hasta que los expulsan.
Así, por sus Movimientos y sus Formas
son como algunos trabajadores aptos para otros cambios.
Y así, por casualidad, un Nuevo Mundo puede crearse,
U otro predestinado para labrar mi Destino.

¹ Traducción de Lucas Margarit. Agradecemos las sugerencias de Elina Montes. Los poemas pertenecen al grupo "Atomic Poems" del volumen *Poems and Fancies*, Londres, Martín & J. Alleystre, 1653. Este volumen tuvo dos reediciones más en los años 1664 y 1668. La carta fue extraída de Mahl, Mary R. y Koon, Helene. *The Female Spectator. English Women Writers before 1800*, Nueva York, Indiana University Press / Londres, The Feminist Press, 1977.

The foure principall Figur'd Atomes make the foure Elements, as Square, Round, Long, and Sharpe

THE *Square flat Atomes*, as dull *Earth* appeare,
The *Atomes Round* do make the *Water* cleere.
The *Long streight Atomes* like to *Arrowes* fly,
Mount next the points, and make the *Aiery Skie*;
The *Sharpest Atomes* do into *Fire* turne, [5]

Which by their peircing quality they burne:
That *Figure* makes them *active*, active, Light;
Which makes them get about the rest in flight;
by this *Figure* they stick fast, and draw
Up other *Atomes* which are *Round* and *Raw*: [10]
As *Waters are round drops*, though nere so small,
Which shew that *water* is all *sphæricall*,

That *Figure* makes it *spungy*, spungy, wet,
For being hollow, softnesse doth beget.
And being soft, that makes it run about; [15]
More solid *Atomes* thrust it in, or out;
But *sharpest Atomes* have most power thereon,
To nip it up with *Cold*, or *Heate* to run.

But *Atomes Flat*, are heavy, dull, and slow,
And sinking downward to the bottome go: [20]
Those *Figur'd Atomes* are not active, Light,
Whereas the *Longe* are like the *Sharp* in flight.

For as the *Sharpe* do pierce, and get on high,
So do the long shoot streight, and evenly.
The *Round* are next the *Flat*, the *Long* next *Round*, [25]

Those which are *sharp*, are still the highest found:
The *Flat* turne all to *Earth*, which lye most low,
The *Round*, to *Water* cleer, which liquid flow.
The *Long* to *Aire* turne, from whence Clouds grow,
The *Sharp* to *Fire* turne, which hot doth glow, [30]

Los cuatro principales Átomos Figurados hicieron los cuatro Elementos: Cuadrados, Circulares, Oblongos y Puntiagudos

Los Átomos Cuadrados y planos se manifiestan como la tierra opaca,
los Átomos Circulares hacen el agua clara.

Los Átomos Oblongos y rectos vuelan como flechas,
elevándose hacia los puntos próximos y formar el Cielo Aéreo,
los Átomos puntiagudos se convierten en Fuego,
que por su cualidad penetrante arden:
esta Figura los vuelve activos, activos, Luz
los que los hace alcanzar al resto en vuelo,
y por su Figura se unen rápidamente y arrastran
a los otros Átomos que son Circulares y Fríos:
como el Agua está formada por gotas circulares,
aunque demasiado pequeñas,
demuestra que el agua es totalmente esférica.

Esta figura la hace girar, girar, húmeda
al ser hueca engendra suavidad
y por ser suave, hace que fluya por todas partes;
los Átomos más sólidos los empujan hacia dentro o hacia afuera;
pero los Átomos más puntiagudos tienen más poder sobre ellos
para vencerlos con Frío o Calor al fluir.

Los Átomos planos son pesados, opacos y lentos
y se hunden hasta el fondo.

Aquellos Átomos Figurados no son activos, Luz,
mientras que los Oblongos son como los Puntiagudos en vuelo.

Así, los puntiagudos penetran y se elevan
en forma pareja por el disparo extenso y recto.

Los Circulares están cerca de los Planos, los Oblongos
próximos a los Circulares,
aquellos que son Puntiagudos pueden ser encontrados en lo más alto:
los Planos se vuelven hacia la Tierra que yace en lo más bajo,
los Circulares hacia el Agua clara que es líquido que fluye.
Los Oblongos hacia el Aire se vuelven, desde donde crecen las nubes,

These *Four Figures foure Elements* do make,
 And as their *Figures* do incline, they take.
 Not taking any shape, but what's their owne.
 What *Forme* is else. must still take from each part, [35]
 Either from *Round*, or *Long*, or *Square*, or *Sharp*;
 As those that are like to *Triangulars* cut,
 Part of three *Figures* in one *Forme* is put.
 And those that bow and bend like to a Bow;
 Like to the *Round*, and *joynted Atomes* shew. [40]
 Those that are *Branch'd*, or those which *crooked* be,
 You may both the *Long*, and *sharp Figures* see.

 Thus severall *Figures*, severall tempers make,
 But what is mixt, doth of the *Four* partake.

Of Aire

THE reason, why *Aire* doth so equall spread,
 Is *Atomes long*, at each end ballanced.
 For being *long*, and each end both alike,
 Are like to *Weights*, which keep it steddy, right:
 For howsoere it moves, to what *Forme* joyne, [5]
 Yet still that *Figure* lies in every line.
 For *Atomes long*, their *Formes* are like a *Thread*,
 Which interveaves like to a Spiders *Web*.
 And thus being thin, it so subtle growes,
 That into every empty place it goes. [10]

los puntiagudos hacia el Fuego que fulgura calor,
estas Cuatro Figuras forjan los Cuatro Elementos,
y ellos son según sus Figuras se inclinen.
Puesto que ellos son perfectos en sí mismos
no toman ninguna forma, sino que ya le es propia.
Para que la forma sea otra, debería tomar de cada parte,
tanto de lo Circular o de lo Oblongo, o de lo Cuadrado
o de lo Puntiagudo
como aquellos que son Triangulares
donde cierta parte de tres Figuras es puesta en una Forma.
Y aquellos que se curvan y doblan como un Arco-Iris;
como el círculo y mostraron los Átomos unidos.
Aquellos que están Ramificados o lo que son inválidos
los puedes ver tanto en las Figuras Oblongas como en las Puntiagudas.

Así algunas Figuras, hacen algunos humores
pero lo que está mezclado participa de las Cuatro.

Del Aire

La razón por la cual el Aire se extiende de forma pareja
son los Átomos oblongos a cada extremo balanceados.
Al ser oblongos y cada uno de los extremos similares
Son similares a Pesas, lo que los mantiene estables, firmes:
Aunque se muevan hacia lo que la Forma une
habitualmente esta Figura yace en cada línea.
Para los Átomos oblongos, sus Formas son como un Filamento
que entreteje como una Tela de Araña,
y al ser delgada crece tan sutilmente
que se extiende por todo el espacio vacío.

The weight of Atomes

IF *Atomes* are as small, as small can bee,
They must in *quantity* of *Matter* all agree:
And if consisting *Matter* of the same (be right,)
Then every *Atome* must weigh just alike.
Thus *Quantity*, *Quality* and *Weight*, all
Together meets in every *Atome* small.

[5]

What Atomes make Death

Life is a *Fire*, and burnes full hot,
But when *Round watry Atomes* power have got:
Then do they quench *Lifes Atomes* out,
Blunting their *Points*, and kill their courage stout.
Thus they sometimes do quite thrust out each other,
When equall mix'd, live quietly together.
The *cause* why things do *live* and *dye*,
Is as the *mixed Atomes* lye.

[5]

What Atomes make Life

All pointed Atomes to Life do tend
Whether pointed all or at one end.
Or whether Round, are set like to a Ring;
Or whether Long, are roul'd as on a String.
Those which are pointed, straight, quick Motion give;
But those that bowe and bend, more dull do live.
For Life lives dull, or merrilie,
According as Sharpe Atomes be.
The Cause why things do live and dye,
Is, as the mixed Atomes lye.

[5]

[10]

El peso de los Átomos

Si los Átomos son tan pequeños, tan pequeños como pueden ser
deben concordar en cantidad de Materia;
y si la materia constituyente es la misma (está bien)
Entonces cada Átomo debe pesar exactamente lo mismo.
Así Cantidad, Calidad y Peso, se
Encuentran juntos en cada Átomo pequeño.

Qué Átomos causan la Muerte

La Vida es un Fuego y arde al máximo calor
pero cuando el poder de los Átomos húmedos
y Circulares la han alcanzado
entonces expulsan los Átomos Vitales
desafilan sus puntas y aniquilan su firme impulso.
De este modo, algunas veces se expulsan unos a otros completamente;
cuando la mezcla es pareja perduran juntos tranquilamente.
Las causas por las que las cosas viven y mueren
es el modo en que los Átomos se encuentran mezclados.

Qué átomos causan la vida

Todo átomo con punta tiende a la vida,
Ya sea si tiene varias puntas o termina en una.
Están los redondos que conforman más bien un anillo,
y los largos que se estiran como una cuerda.
Aquellos rectos y en punta, producen un movimiento rápido,
y aquellos que se inclinan y curvan son más pesados.
Pues la vida más triste o alegre resulta
según cuántos de ellos acaben en punta.
La causa por la que las cosas viven o mueren
reside en cómo se mezclen los átomos.

What Atomes cause Sicknesse

When sicke the Body is, and well by fits,
Atomes are fighting, but none the better gets.
If they agree, then Health returnes againe,
And so shall live as long as Peace remaine.

Of Loose Atomes

In every Braine loose Atomes there do lye,
Those which are Sharpe, from them do Fancies flye.
Those that are long, and Aiery, nimble be.
But Atomes Round, and Square, are dull, and sleepeie.

Change is made by several-figur'd Atomes, and Motion

If Atomes all are of the selfe same Matter;
As Fire, Aire, Earth, and Water:
Then must their severall Figures make all Change
By Motions helpe, which orders, as they range.

Motion directs, while Atomes dance

Atomes will dance, and measures keep just time;
And one by one will hold round circle line,
Run in and out, as we do dance the Hay;
Crossing about, yet keepe just time and way:
While Motion, as Musicke directs the Time:
Thus by consent, they altogether joyne.
This Harmony is Health, makes Life live long;
But when they're out, 'tis death, so dancing's done.

[5]

Qué átomos causan la enfermedad

Cuando enfermo el cuerpo, se enfrenta a un mal,
los átomos están en lucha, y no hay mejora.
si llegan a un acuerdo, la Salud regresa
y se seguirá viviendo mientras haya paz.

De los átomos sueltos

En cada cerebro yacen átomos sueltos:
de los puntiagudos, la fantasía levanta su vuelo.
Los que son aéreos y largos, ágiles son
y tardo será y dará somnolencia el que sea redondo o cuadrado.

El cambio se produce por las varias formas de los átomos y el movimiento

Si todos los átomos son de la misma materia,
(de aire, de fuego, de agua o de tierra),
todo cambio deben producir sus variadas figuras,
con el movimiento, que pone orden, mientras que se disponen.

El movimiento dirige, mientras los átomos bailan

Los átomos bailan, marcando el compás medido;
Y de a uno se enganchan en la rueda, en línea circular,
entrando y saliendo, igual que nosotros bailamos la danza del heno
cruzando de aquí para allá, y mantenemos el paso y compás.
Mientras el movimiento, igual que la música manda el compás,
por consentimiento, ellos todos se juntan.
Esta armonía es salud, y nos hace la vida más larga.
Pero si quedan fuera del baile, he aquí la muerte y el baile se acaba.

Motion is the Life of all things

As *darknesse* a *privation* is of *Light*;
That's when the *Optick Nerve* is stopt from *Light*:
So *Death* is even a *cessation* in
Those *Formes*, and *Bodies*, wherein *Motions* spin.
As *Light* can only shine but in the *Eye*,
So *Life* doth only in a *Motion* lye.
Thus *Life* is out, when *Motion* leaves to bee,
Like to an *Eye*, that's shut, no *Light* can see.

[5]

A World made by foure Atomes

Sharpe Atomes Fire subtle, quicke, and dry,
The Long, like Shafts still into Aire fly.
The Round to Water moist, (a hollow Forme,)
The Figure square to heavy dull Earth turne.
The Atomes sharpe hard Mineralls do make,
The Atomes round soft Vegetables take.
In Animals none singly lye alone,
But the foure Atomes meet, and joyne as one.
And thus four Atomes the Substance is of all;
With their foure Figures make a worldly Ball.

[5]

[10]

If Infinite Worlds, Infinite Centers

If *Infinites* of *Worlds*, they must be plac'd
At such a distance, as between lies waste.
If they were joynd close, moving about,
By justling they would push each other out.
And if they swim in *Aire*, as *Fishes* do
In *Water*, they would meet as they did go.

[5]

El movimiento es la Vida de todas las cosas

Así como la oscuridad es la privación de la Luz
tal es cuando el Nervio Óptico es bloqueado de la luz.
Así la Muerte es un constante cese en
aquellas Formas y Cuerpos en dónde los Movimientos animan.
Así como la Luz puede brillar solo en el Ojo
La Vida solo se encuentra en el Movimiento.
Así, la Vida se retira cuando el movimiento se detiene
Similar a un Ojo, que estando cerrado, no puede ver la Luz.

Un mundo compuesto por cuatro átomos

El átomo del fuego agudo y sutil, rápido y seco;
el largo, que, como flecha, en el aire mantiene su vuelo;
el redondo que al agua humedece, (de Forma hueca);
el de figura cuadrada, que en tierra pesada se torna.
Los átomos puntiagudos forman el duro Mineral.
Los átomos redondos, moldean vegetales blandos.
En los animales, un único tipo nunca yace solo,
sino que los cuatro átomos se encuentran
y juntan formando un compuesto.
Así que los cuatro átomos son la sustancia de todas las cosas,
y con sus cuatro formas componen el baile del mundo.

Si hay infinitos Mundos, hay infinitos Centros

Si infinitos Mundos se ubican obligadamente
A cierta distancia, puesto que entre ellos nada hay
Si estuvieran muy cerca, moviéndose por allí,
Al chocar se empujarían entre sí.
Y si se desplazan por el aire, como hacen los peces
En el agua, al desplazarse colisionarían.

But if the *Aire* each *World* doth inclose
Them all about, then like to *Water* flows;
Keeping them *equall*, and in *order* right.
That as they move, shall not each other strike. [10]
Or like to *water wheels* by *water* turn'd,
So *Aire* round about those *Worlds* do run:
And by that *Motion* they do turne about,
No further then that *Motions* strength runs out.
Like to a *Bowle*, which will no further go, [15]
But runs according as that strength do throw.
Thus like as *Bowles*, the *Worlds* do turne, and run,
But still the *Jacke*, and *Center* is the *Sun*.

Pero si el Aire encierra a cada mundo
En derredor, entonces tal como fluye el agua,
Los mantiene invariados y en perfecto orden
Y mientras se muevan no se golpearían unos a otros.
O como las ruedas de Agua que por el agua son giradas²,
Así el aire gira alrededor de aquellos Mundos:
Y por ese Movimiento giran
No más allá de lo que la fuerza de ese Movimiento permita.
Como una bocha, que no va más allá
Sino que marcha según la fuerza en que fue lanzada.
Así, como las bochas, los Mundos giran y marchan
Con distancia en el “arrime”, y siendo el Centro el Sol.

2 Se refiere a las ruedas hidráulicas de los molinos.

Una epístola a mis lectores

Tal vez mis historias irreales no están descritas tan vividamente como deberían estarlo, ya que mis descripciones no son expresadas tan vivamente por mi pluma como las pinturas de Sir Anthony Van Dyke por el pincel. La razón es que yo no copio de originales reales, sino que son solo formas de la fantasía. A causa de que no he leído demasiado historia como para informarme de épocas pasadas; de verdad, no me atrevo a examinar tiempos pasados, por temor a encontrarme con aquello de mi sexo que ha logrado toda la gloria que puedo anhelar o esperar alcanzar. Por eso confieso que mi ambición no descansa y no es ordinaria, porque tendría una fama extraordinaria. Y desde entonces, todas las acciones heroicas, los empleos públicos, los gobiernos poderosos y los argumentos elocuentes están denegados a nuestro sexo en esta época, o al menos podrían ser condenados por falta de costumbre, es la razón por la que escribo demasiado, por mi ambición de estar inquieta, aunque más ocupada que industriosa, sin embargo esto ha hecho que mi pequeño ingenio corra detrás de cada disciplina de la que pueda pensar o sea apta para que escriba sobre ella; para después proporcionar un libro más que esté escribiendo; no puedo decir qué más redactar, a menos que pudiera escribir nuevamente de disciplinas similares, lo cual sería tan tedioso como infinito.

M. Newcastle

From Philosophical and Physical Opinions (1655)

Mis más reconocidos profesores,

Aquí les presento esta obra filosófica, sin esperar que los sabios, o los tenaces estudiantes, puedan pensar que tiene algún valor, sino solamente para que la reciban sin desprecio, para estímulo de nuestro sexo, pues puede que pasado el tiempo, nos convirtamos en idiotas irracionales por el desánimo de nuestro espíritu, debido a la negligencia y la arrogancia que el sexo masculino muestra hacia el femenino; pues creen que es imposible que nosotras podamos tener sabiduría o entendimiento, ingenio o juicio, como si no tuviéramos almas racionales al igual que los hombres. Y puede que nosotras, acostumbradas al desánimo, lo creyéramos también, lo que nos haría abandonar cualquier esfuerzo hacia el conocimiento provechoso, estando como estamos, ocupadas en labores de poca importancia, lo que reduce, no solo nuestras habilidades hacia las artes, sino nuestras más altas capacidades en la especulación. Así nos convertiríamos en gusanos, y solo podríamos vivir en la tierra de la ignorancia, retorciéndonos fuera de ella a veces, con la ayuda de la lluvia refrescante de la buena educación, que rara vez nos es ofrecida; porque nosotras estamos como pájaros en una jaula, saltando de un lado a otro dentro de nuestras casas, sin disfrutar de los viajes, para contemplar los diversos cambios del mundo, y los diferentes humores, ordenados y creados por la naturaleza; y deseosas de experimentarla, necesitamos el entendimiento y el conocimiento, y por lo tanto la prudencia y la capacidad inventiva de los hombres; así, en mi opinión, yo creo que es un error de los hombres, mantenernos apartadas de todo poder y autoridad, nunca se nos emplea en asuntos civiles o de guerra, nuestros consejos son rechazados y se ríen de nosotras, la mejor de nuestras acciones es pisoteada con desdén por la

arrogancia y la altanería de los hombres y por el desprecio que nos muestran. Pero creo que si hay un juicio justo y un verdadero entendimiento y el respeto vive en algún sitio, ese sitio es sin duda la universidad, donde mejor se conoce a la naturaleza, donde la verdad se encuentra con mucha frecuencia, donde la cortesía se practica normalmente; y si no encuentro resentimiento alguno aquí (tampoco creo que me lo merezca), tengo mucha fe en no encontrarlo en ningún otro sitio, aunque ustedes no me aprueben; pero si no merezco alabanzas, estoy segura de recibir tan buen trato de su sabia sociedad, como para enterrarme en silencio, puede que así tenga una tumba tranquila, ya que si no valgo para la fama, ser enterrada bajo el polvo de una universidad será para mí todo un honor, más incluso que si fuera adorada por el vulgo como una diosa.

Cronología del contexto de la época de producción y difusión de las obras

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1562	Nace Francis Godwin.		
1563	Aprobación de los Treinta y Nueve Artículos que establecen la doctrina de la Iglesia Anglicana.		<i>La torre de Babel</i> , de Brueghel.
1569		Mapa mundial de Gerardus Mercator inaugura la cartografía moderna.	
1572	John Donne nace en Londres.		
1574	Joseph Hall nace en Ashby-de-la-Zouch.		
1579		Christopher Saxton publica primer atlas nacional de Inglaterra y Gales, encargado por Isabel I.	
1580	Francis Drake completa el viaje que iniciara en 1577 y es el primer navegante inglés en dar la vuelta al mundo.		
1582	Nace Phineas Fletcher.		
1588		Se traduce al inglés la <i>Historia de las cosas más notables, ritos y costumbres del gran reino de la China</i> , del agustino Juan González de Mendoza.	

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1591			Se imprime <i>Endimion, the Man in the Moon</i> , obra de John Lyly basada libremente en el mito clásico de Endimión y su amor por la luna.
1596			<i>The Faerie Queen</i> , de Edmund Spenser.
1598-1600	<ul style="list-style-type: none"> - Nacen Samuel Hartli(e)b y Gabriel Plattes. - Phineas Fletcher ingresa al King's College. 	<p><i>The Principal Navigations, Voiages, Traffiques and Discoveries of the English Nation</i> de Richard Hakluyt, escritor y diplomático inglés.</p> <p><i>De Magnete...</i> (Sobre el imán y los cuerpos magnéticos y sobre el gran imán la Tierra) de William Gilbert, astrónomo inglés.</p>	
1600			
1601			Se publica <i>A Catalogue of the Bishops of England</i> , de Francis Godwin.
1602	Creación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales.		
1603	Muerte de Isabel I de Inglaterra. Unión de las coronas de Inglaterra y de Escocia bajo Jacobo I.		

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1604	- Se firma la paz entre Inglaterra y España. - Conspiración de la pólvora.		
1605			<i>Mundus alter et idem</i> , de Joseph Hall.
1608	John Milton nace en diciembre, en Londres.		
1609	Galileo construye un telescopio y observa cráteres en la luna.	<i>Astronomia nova</i> , de J. Kepler, en la que se enuncian las primeras leyes del movimiento planetario.	
1610	Galileo observa los anillos de Saturno y las lunas de Júpiter.	<i>Siderus nuncius (El mensajero sideral)</i> de G. Galilei.	<i>A Funeral Elegie</i> , de John Donne.
1611	Kepler inventa el telescopio astronómico.	<i>Dissertatio cum nuncio Sidereo</i> , de J. Kepler.	- <i>The Tempest</i> de William Shakespeare. - <i>An Anatomy of the World</i> , de John Donne. - <i>King James Bible</i>
1613	Samuel Gott nace el 20 de enero.		
1614	John Wilkins nace en Fawsley (Northamptonshire).		

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1616	Galileo acusado de herejía por la iglesia católica.		<i>Rerum anglicarum</i> , de Francis Godwin.
1617	Godwin es elegido obispo de Hereford.		
1620	Henry Neville nace en Waltham St Lawrence, Berkshire.	<i>Novum organum</i> , de F. Bacon.	<i>News from the New World Discovered in the Moon</i> , masque de Ben Jonson representada ante Carlos I y publicada en 1641.
1621	Felipe IV rey de España. Reanuda la guerra en los Países Bajos.		<i>Anatomía de la melancolía</i> , de R. Burton.
1622			<i>Argenis</i> , de John Barclay.
1623	Nace Margaret Lucas, (luego Duquesa de Newcastle).		
1625	Carlos I rey de Inglaterra.		<i>Purchas his Pilgrimes</i> , de Samuel Purchas.
1626	- Samuel Gott ingresa en la Merchant Tylor's School y luego en el St. Catherine's College, Cambridge. - Muere Francis Bacon, el 9 de abril.		
1627			- <i>Nueva Atlántida</i> , de Francis Bacon - <i>Vel Pietas Jesuitica</i> , de Phineas Fletcher.
1628	Petición de Derechos en Inglaterra.	<i>De motu cordis</i> , de W. Harvey.	

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1629			<i>Nuncius inanimatus</i> , de Francis Godwin.
1630	Muere Johannes Kepler.		
1631	Muere John Donne, el 31 de marzo en Londres.		
1632	Samuel Gott obtiene su bachillerato.		<i>La lección de anatomía</i> de Rembrandt.
1633	- Se inicia el proceso contra Galileo Galilei, el 9 de abril. - Francis Godwin muere el 29 de abril.		<i>The Purple Island</i> , de Phineas Fletcher.
1634		<i>Somnium</i> , de J. Kepler.	
1637		<i>Discurso del método</i> , de Descartes.	
1638	Sublevación de los escoceses contra Carlos I.	- <i>Ciencia nueva</i> de G. Galilei. - <i>Treatise of Husbandry</i> , de Gabriel Plattes.	- <i>The Man in the Moone</i> , de Francis Godwin. - <i>The Discovery of a New World</i> , de John Wilkins, publicado anónimamente <i>Lycidas</i> , de John Milton.
1640			<i>Discourse concerning a New Planet; tending to prove that it is probable Our Earth is one of the Planets</i> de Wilkins, publicado anónimamente.

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1641			<i>Mercury or the Secret Messenger: showing how a man may with Privacy and Speed communicate his thoughts to his Friend at any Distance</i> , de John Wilkins (texto inspirado por <i>Nunciarius Inanimatus</i> , de Godwin). <i>Description of the Famous Kingdom of Macaria</i> , de Samuel Hartli(e)b.
1642	- Guerra civil en Gran Bretaña. - Isaac Newton nace en Woolsthorpe, Lincolnshire.		<i>La ronda nocturna</i> , de Rembrandt.
1644	Muere Gabriel Plattes.		
1645	- Margaret Lucas desposa a William Cavendish, 1er. Duque de Newcastle. - Samuel Gott inicia su actividad en el Parlamento.		<i>The Parliament of Ladies</i> , sátira de Henry Neville.
1646	Margaret Cavendish sigue a la corte en el exilio francés.		<i>Ecclesiastes; or, a Discourse of the Gift of Preaching, as it falls under the Rules of Art</i> , de Wilkins.
1647			<i>Novae Solymae</i> , de Samuel Gott.

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1648	John Wilkins nombrado <i>warden</i> de Wadham College, Universidad de Oxford.		<ul style="list-style-type: none"> - <i>Mathematical Magic; or, the Wonders that may be performed by Mechanical.</i> - <i>Geometry</i>, de Wilkins. - Segunda edición de <i>Novae Solymae</i>.
1649	<ul style="list-style-type: none"> - Ejecución del rey Carlos I. - Establecimiento de la Commonwealth. - Gran Purga en el Parlamento: Gott deja su escaño. - Neville forma parte del Council of State. 		<ul style="list-style-type: none"> - <i>Discourse concerning the Beauty of Providence, in all the rugged Passages of it</i>, de Wilkins. - <i>An Essay of the True Happines of Man</i>, de Samuel Gott.
1650	Muerte de Phineas Fletcher.		
1653			<ul style="list-style-type: none"> - <i>Discourse concerning the Gift of Prayer; showing what it is; wherein it consists; and how far it is attainable by industry</i>, de Wilkins. - <i>Poems and Fancies</i>, de Margaret Cavendish.
1656	<ul style="list-style-type: none"> - John Wilkins contrae matrimonio con Robina, hermana de Oliver Cromwell. - Joseph Hall muere el 8 de setiembre. 		
1657			<i>El otro mundo</i> , de Cyrano de Bergerac.

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1658	<ul style="list-style-type: none"> - Muerte de Oliver Cromwell. - Samuel Gott regresa al Parlamento. 		
1659	John Wilkins nombrado <i>Master</i> de Trinity College, Universidad de Cambridge.		
1660	Restauración de Carlos II en Inglaterra.	Creación de Royal Society de Londres, con John Wilkins como uno de sus miembros fundadores.	
1662	Muere Samuel Hartli(e)b.		<i>The Divine History of the Genesis of the World</i> , de Samuel Gott.
1664			<i>Philosophical Letters</i> , de Margaret Cavendish.
1666			<ul style="list-style-type: none"> <i>Observations upon Experimental Philosophy</i> de Margaret Cavendish <i>The Description of a New World, Called The Blazing-World</i>, de Margaret Cavendish
1667			<ul style="list-style-type: none"> - Versión de <i>The Tempest or the Enchanted Island de Dryden/D'Avenant</i>, adaptación de la obra de Shakespeare. - <i>Paradise Lost</i>, de John Milton.

Año	Hechos históricos	Contexto científico, filosófico, geográfico	Publicación de los autores de esta edición y otras producciones artísticas relevantes
1668	John Wilkins nombrado Obispo de Chester.		<ul style="list-style-type: none"> - <i>Ensayo hacia un carácter real y un lenguaje filosófico (Essay Towards a Real Character and a Philosophical Language,</i> de John Wilkins - Se publican las tres primeras versiones de <i>The Isle of Pines</i> de Henry Neville.
1670	Samuel Gott muere el 18 de diciembre.		
1671			Plato Redivivus, diálogo político de Henry Neville.
1672	Muere John Wilkins en Londres.		
1673	Muere Margaret Cavendish.		<i>Of the Principles and Duties of Natural Religion</i> , de John Wilkins, publicado póstumamente.
1674	John Milton muere en noviembre.		
1682			<i>Sermons preached upon several Occasions</i> de Wilkins, publicado póstumamente.
1684		<i>De motu</i> , de I. Newton.	
1694	Muere Henry Neville.		

Los autores

María Inés Castagnino

Docente, investigadora y traductora. Licenciada en Letras y Profesora por la Universidad de Buenos Aires; actualmente es becaria UBACyT y está realizando su doctorado en Letras en la misma casa de estudios. Ha realizado cursos de especialización en Oxford, Inglaterra. Desde 1996 se desempeña como ayudante en la cátedra de Literatura Inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras. Desde 1998 ha integrado diferentes proyectos de investigación UBACyT; en la actualidad integra el equipo que trabaja sobre textos utópicos en la literatura inglesa, a cargo del Dr. Lucas Margarit. Ha publicado artículos y reseñas en medios académicos y revistas, y participado en congresos y jornadas nacionales e internacionales de la especialidad. Tiene publicadas traducciones de obras de Oscar Wilde, Tom Stoppard y Edward Albee, y es autora del libro *Tom Stoppard. Las huellas del camaleón*.

Lucas Margarit

Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Buenos Aires. Su tesis trató acerca de la poesía de Samuel Beckett. Es poeta, docente e investigador en la cátedra de Literatura Inglesa de la UBA. Actualmente realiza su posdoctorado sobre la traducción y la autotraducción en la obra de Samuel Beckett y dirige un proyecto de investigación UBACyT acerca de los textos utópicos ingleses en el siglo XVIII, continuación de otro anterior dedicado a los siglos XVI y XVII. Asimismo forma parte del proyecto UBACyT sobre Poesía y traducción dirigido por Delfina Muschietti. Es

director, junto con Elina Montes de la revista *Beckettiana*, Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Ha colaborado con numerosas publicaciones tanto en la Argentina como en el exterior. Publicó los libros de poesía, *Círculos y piedras*, *Lazlo y Alvis* y *El libro de los elementos*, de ensayo *Samuel Beckett. Las huellas en el vacío*, *Leer a Shakespeare: notas sobre la ambigüedad*. Tradujo *Enrique VIII* de William Shakespeare, *Poemas atómicos* de Margaret Cavendish (1653) y *La isla de los Pines* de Henry Neville (1668), *La defensa de la poesía de Sir Philip Sidney*, entre otros autores ingleses. Su obra inédita son dos conjuntos de poemas: *Bernat Metge y H&H*, y el libro *La poesía de Samuel Beckett: silencio y fracaso de una poética*.

Elina Montes

Licenciada en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente se encuentra escribiendo su tesis de Maestría (Estudios Interdisciplinarios del Sujeto y la Subjetividad), cursada en la misma casa de estudios. Desde 1996 se desempeña en la cátedra de Literatura inglesa en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA), primero como ayudante y luego como Jefa de Trabajos Prácticos y Adjunta interina. Ha publicado artículos y reseñas en medios académicos y revistas y participado en numerosas jornadas nacionales e internacionales de la disciplina. Ha participado, desde 1996, en proyectos de investigación (UBACyT) vinculados al estudio de diversos aspectos de la literatura inglesa y, junto con el Dr. Lucas Margarit, es codirectora de la revista *Beckettiana*. Está preparando, con el Dr. Margarit, una colección de escritos históricos que incidieron en la creación de obras de William Shakespeare y de otros autores que se inspiraron en la creación del dramaturgo isabelino.

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
OFICINA DE PUBLICACIONES

**DIRECTORA DE IMPRENTA, COMPOSICIÓN
Y VENTA DE PUBLICACIONES**
Rosa Gómez

COORDINACIÓN

Leonor Agüero
Martín Gonzalo Gómez
Verónica Valeria Montenegro
Ayelén Suárez

Agentes

Claudia De Luca
María de las Mercedes
Domínguez Valle
Néida Domínguez Valle

PRODUCCIÓN

Jefe del Departamento
Alejandro Dasso

Agentes

Juan Accorinti
Omar Ramón Dobarro
Ana María Garay
Ramón Antonio Gómez
Martín González
Julio Maciel
Atilio Monzón
Carlos Eduardo Ortiz
Diego Alberto Teves
Eduardo Zelaya

COMERCIALIZACIÓN

Jefe del Departamento
Sergio Castelo

Agentes

Nicolás Aguirre
Matías Cirelli
Marisa Cuello
Alejandro Rivas
Christian Tamargo
Martín Yanik

**ENCUADERNACIÓN Y
TRABAJOS ESPECIALES**
Nora Silvana Gómez

**COLABORADORES
EXTERNOS**

Coordinación Editorial
María Clara Diez

Corrección
Liliana Cometta

Diagramación
Gonzalo Mingorance

COMPOSICIÓN

Jefa del Departamento
Rosa Graciela Palmas

